

# REVISTA CONSERVADORA

NOVEMBRE. 1963



JOHN FITZGERALD KENNEDY  
1917-1963

38

NICARAGUA. 5 Córdoba  
EXTERIOR. 1 Dólar

# Revista Conservadora

VOL. 7 — No. 38

NOVIEMBRE, 1963

## SUMARIO

Página

- 1 REVISTA CONSERVADORA dedica este número a la memoria del Presidente John Fitzgerald Kennedy
- 3 Oh Capitán! Mi Capitán! - Poema - Walt Whitman
- 4 KENNEDY: su vida - Bruce Lee
- 28 KENNEDY: su pensamiento
- 90 Oraciones Fúnebres:  
Mike Mansfield  
Earl Warren  
John W. McCormack
- 93 Condolencia del Cuerpo Diplomático en Nicaragua  
Argentina: Héctor Cantos  
Colombia: Anita Díaz de Bonilla  
Chile: Pastor Román Larrain  
El Salvador: Francisco Lino Osegueda  
España: Félix Fernández-Shaw  
Guatemala: Enrique Pellecer López  
México: Daniel Escalante  
Venezuela: Rafael Armando Rojas
- 98 Un Gobierno siempre en marcha:  
El Presidente Lyndon B. Johnson:  
Su primer mensaje al Congreso  
Declaración sobre La Alianza

DIRECTOR

JOAQUIN ZAVALA URTECHO

REDACTOR

ORLANDO CUADRA DOWNING

COLABORADORES  
DE  
ESTE  
NUMERO

Walt Whitman

Bruce Lee

Mike Mansfield

Earl Warren

John W. McCormack

Héctor Cantos

Anita Díaz de Bonilla

Pastor Román Larrain

Francisco Lino Osegueda

Félix Fernández-Shaw

Enrique Pellecer López

Daniel Escalante

Rafael Armando Rojas

Lyndon B. Johnson

CREDITOS FOTOGRAFICOS:

Archivo de la Embajada Americana y de Revista Conservadora.

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización por escrito del Director.

EDITADA

por  
Publicidad de Nicaragua  
APTO. 2108 TEL.: 5049  
en  
EDITORIAL ALEMANA  
Managua

# El valor de un producto de calidad

En la industria moderna el precio de un producto está determinado por diversos factores, tales como, maquinaria, técnica, mano de obra y materia prima, todo lo cual se considera bajo el nombre de "costo". Todos esos factores unidos dan por resultado un producto que adquiere preeminencia en el mercado nacional e internacional, según sea su calidad. Si cada uno de los factores mencionados son de la mejor calidad, el costo del producto está en la misma proporción, y en consecuencia el precio de ese mismo producto.

Cuando en una empresa como la de CAFE SOLUBLE, S. A., la fábrica es la más moderna del mundo, la técnica es de lo más avanzada, la mano de obra es especializada, y la materia prima es de la mejor calidad, el producto elaborado es de lo mejor que puede lanzarse al mercado y, por lo tanto, su precio no puede compararse con productos de inferior calidad.

Café "PRESTO" Soluble es un producto de calidad.





**solamente  
Goodyear  
tiene  
LA CUERDA  
3T**

**SOLAMENTE LA CONSTRUCCION  
CON LA CUERDA 3T, EXCLUSIVA  
DE GOOD YEAR, HACE POSIBLE  
UNA LLANTA SIN CAMARA TAN  
EXCEPCIONAL.**

**Custom Super-Cushion**

**GOOD YEAR**

**CASA PELLAS**

**TELS. 6971 - 6972 - 6973 - 6974 - 6975**

**YNTS**  
**RADIOMIL**  
 VOZ DE INFORMACION Y CULTURA  
 1 0 0 0 K L C S . O N D A L A R G A  
 Tel. 7-10-38 — 6o. Piso Edificio Mil  
 MANAGUA, NICARAGUA, C. A.



**PROGRAMACION ESPECIAL DE RADIOMIL**

- 6:30 a 7:15 A.M. Diario Matutino. — Lunes a Sábado.
- 7:15 a 8:00 A.M. HOY.—Lunes a Viernes, programa de información, noticias, comentarios, entrevistas, curiosidades, etc., a cargo de JULIO VIVAS BENARD.
- 8:00 a 10:00 A.M. NEW WINGS.—A cargo de Antonio Amaya.
- 11:30 a 12:00 M. Informativo de Tránsito.—A cargo de Edgardo Jiménez.
- 12:05 a 12:35 P.M. LA VOZ.—Radioperiódico a cargo de GABRY RIVAS.
- 12:45 a 1:00 P.M. TEMAS Y MOTIVOS DE LA VIDA SOCIAL.—A cargo de LILLIAM MOLIERI.
- 1:05 a 1:15 P.M. LA OPINION.—Noticiero a cargo de ARIEL LUNA BRENES.
- 1:15 a 2:00 P.M. MOMENTO NACIONAL.—Lunes a Viernes, programa en mesa redonda, a cargo de HUMBERTO TORRES MOLINA, GABRY RIVAS, JULIO VIVAS BENARD, BUENAVENTURA SELVA TORRES Y UN INVITADO.
- 3:00 a 4:00 P.M. BAILABLES de 3 a 4.
- 5:45 a 6:00 P.M. MARAVILLAS DEL UNIVERSO.—Lunes a Viernes, programa a cargo de JULIO VIVAS BENARD.
- 6:05 a 6:30 P.M. LA TARDE.—Noticiero a cargo de EDWIN ACEVEDO URCUYO Y FRANCISCO RIVAS.
- 6:45 a 7:00 P.M. CUENTOS Y OCURENCIAS INFANTILES, programa a cargo de LILLIAM MOLIERI.
- 9:05 a 9:30 P.M. LA NOCHE.—Noticiero a cargo de ARIEL LUNA BRENES.
- 9:30 a 10:00 P.M. COMENTARIOS INTERNACIONALES, programa a cargo de JULIO VIVAS BENARD.

NOTA:—En las horas intermedias: programas musicales con los últimos éxitos.

NO DIGA GRACIAS...  
 DIGA: GRACIAS MIL.

**YN SC**



**700 Kcs.**

Una voz de la cultura  
 Nicaraguense.

**AHORA CON DOBLE  
 POTENCIA Y  
 PROGRAMACION  
 SIEMPRE EXCELENTE.**

**Busque programas diarios  
 en "La Prensa"**

**SALVADOR CARDENAL A.**

Director.

Managua, D. N., Nicaragua  
 Apto. 1929 — Tel. 45-43

Sólo ventajas con

*Novedades*

*Novedades* es el aliado del hombre de negocios, al proporcionarle la mejor información antes que los otros diarios, sobre los adelantos más importantes en los campos de la agricultura, la industria, la banca y el comercio.



**MEJOR INFORMACION NACIONAL Y EXTRANJERA:  
POLITICA, COMERCIAL y DEPORTIVA**

**MODERNO EQUIPO DE TELETIPO Y TELEFOTO  
SERVICIO DE UNITED PRESS INTERNATIONAL**

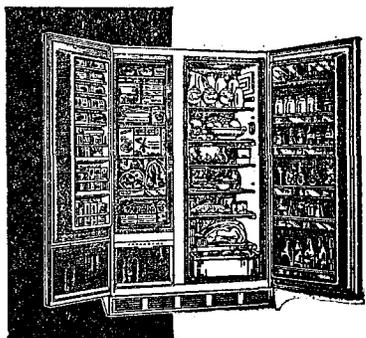
**TIRAS COMICAS, CRUCIGRAMAS  
Y SERVICIOS ILUSTRATIVOS**

**DEPARTAMENTO DE ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES  
¡A SUS ORDENES!**

*Novedades* le ilustra

«DE LO MEJOR DE LO ANTIGUO VIENE  
LO MEJOR DE LO NUEVO.»

REFRIGERADORAS LEONARD  
DESDE 1881



**SALA DE ARTES**

TEL. 22-81  
MANAGUA

**MENNEN SKIN BRACER**

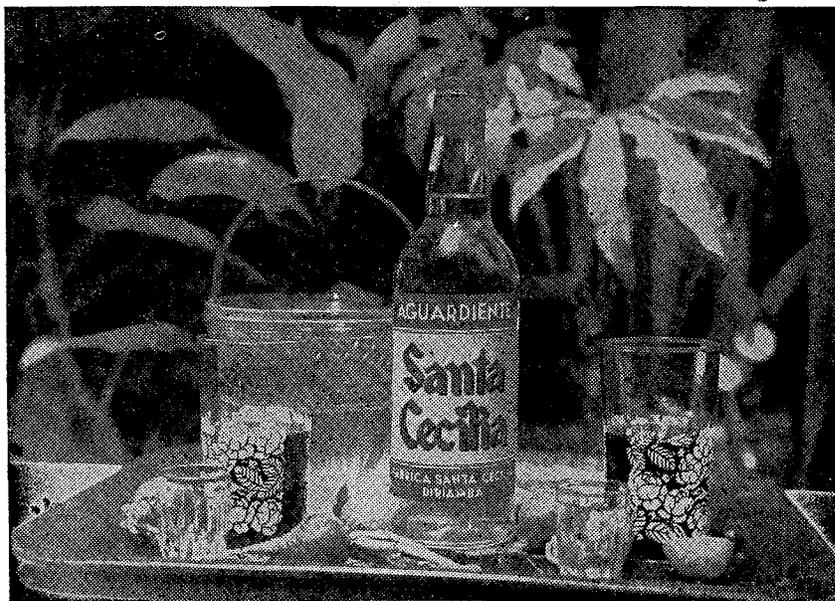


LA LOCION FACIAL  
DE LOS HOMBRES.  
USTED ES HOMBRE...  
USTED NECESITA MENNEN

**Alegre su Mesa y deleite su Paladar**

CON

**Santa  
Cecilia**



**DE CALIDAD INALTERABLE!**

**EMBOTELLADORA**

**MILCA**

**FABRICANTES DE:**

- Coca Cola
- Soda Canada Dry
- Uva Fanta
- Ginger Ale Canada Dry
- Milca Roja
- Quinac Canada Dry
- Milca Chocóa
- Agua Purificada
- Milca Naranja
- Agua Destilada

Managua,

Tels. 4803 y 4873

**Optica Santa Lucía**

**DR. ERNESTO CORREA REYES**

- \* Medidas de la Vista.
- \* Adaptación de Bifocales de Ojos Plásticos.
- \* Lentes de Contacto.
- \* Medidas de Aparatos para Sordos.

**Frente al**

**Parque SAN ANTONIO,**

**— Managua —**

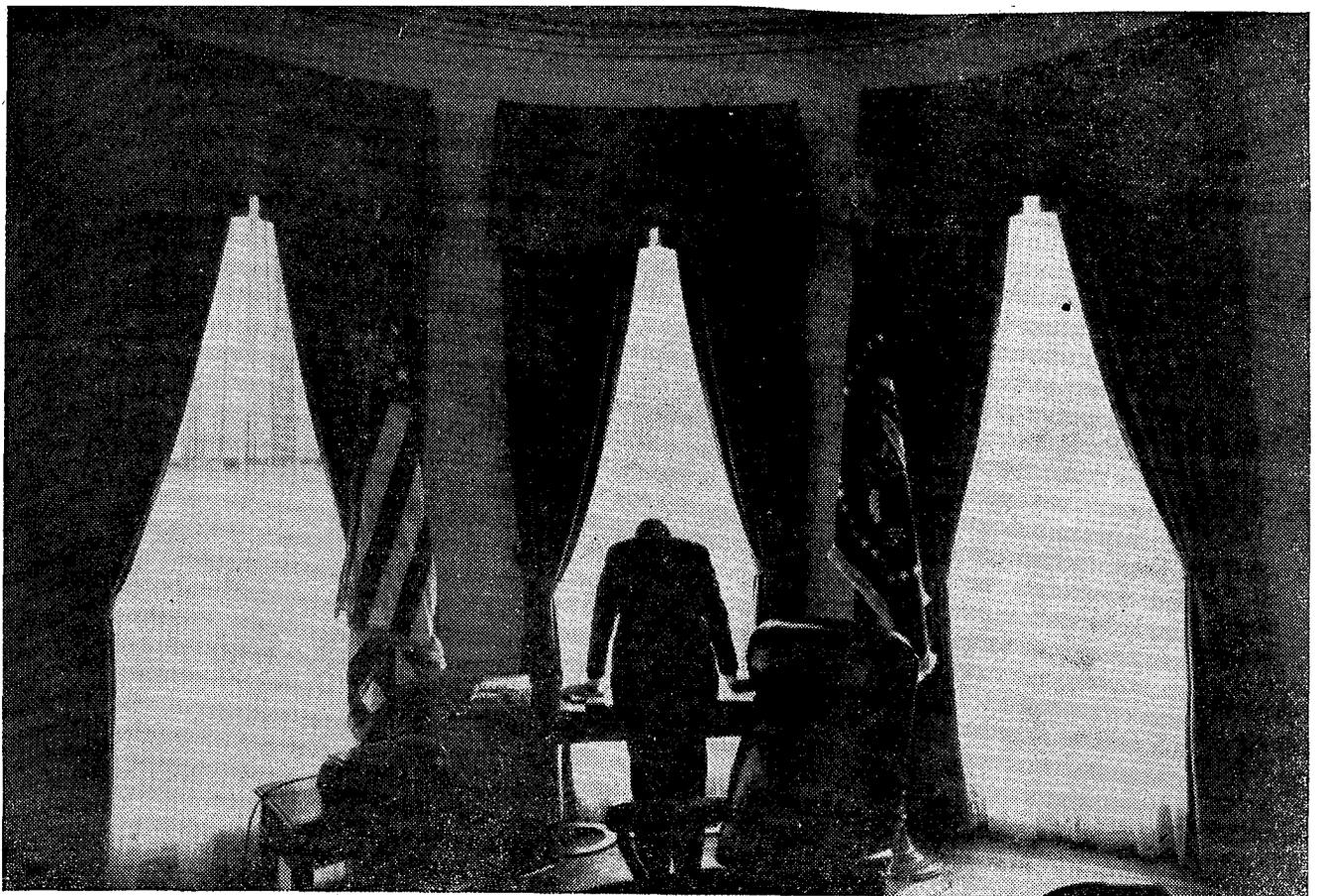
**O C A L**

**OFICINA CESAR AUGUSTO LACAYO**

Presenta al Gobierno y Pueblo de los  
Estados Unidos de América su profunda  
condolencia ante la trágica muerte del  
Presidente

**JOHN F. KENNEDY**

**(Q. D. D. G.)**



**REVISTA CONSERVADORA** dedica este número a la memoria del Presidente John Fitzgerald Kennedy.

La personalidad del Presidente Kennedy se había destacado por su dedicación al trabajo en pro del bienestar de los pueblos, de la dignidad de los hombres y de la paz mundial. No escatimó esfuerzos y sacrificios para alcanzar tan altos objetivos y en medio de esos empeños llegó la muerte trágica —en forma de una bala asesina, el 22 de Noviembre de 1963, en Dallas, Texas— a cortar en flor su vida abierta a la esperanza de un mundo mejor. Con su vida y con su muerte se inmortalizó en la historia.

Su violenta desaparición dejó al mundo entero atónito y sorprendido. Los sentimientos de pesar han sido universales. El hecho de que su sangre derramada haya salpicado a su bella y joven esposa, da un tono más dramático a la tragedia. Mas esa aparentemente frágil mujer nos ha dado una gran muestra de entereza y estoicismo espartano. Cuando en medio de sus contenidas lágrimas y las palpitaciones de su corazón destrozado, presenció el juramento del Vice Presidente Lyndon B. Johnson como sucesor de su esposo a la Presidencia de la República, debe haber pensado en las palabras de James A. Garfield —el que habría de morir también asesinado— cuando en la mañana de la muerte de Abraham Lincoln en 1865, dijo en el Congreso como Diputado por Ohio: “Compatriotas, Dios reina y el Gobierno de Washington todavía permanece”.

La activa gestión del Presidente Kennedy en los 34 meses de incansable ejercicio de la Presidencia, —que puede apreciarse en la variedad de temas de los discursos que extractamos en este número—, era movida por su profundo interés en que la Nueva Frontera, que su dinamismo político había abierto a su patria, alcanzara a todos los rincones de la tierra y a las altas esferas del espacio.

“Todo esto no podrá conseguirse en los primeros cien días, ni podrá conseguirse en los primeros mil días ni en el tiempo que dure este Gobierno, ni tal vez

en toda nuestra vida sobre este planeta. Pero pongamos manos a la obra". Tal dijo en aquél memorable discurso inaugural. Y eso fue precisamente lo que hizo. Poner manos a la obra con dedicación y empeño, aunque sin saberlo quizás, estaba con aquellas palabras dando el mejor veredicto de la historia a su breve paso por la Presidencia de la República.

Dentro de esa activa gestión y dentro de esos interrumpidos empeños estaba su programa, la Alianza para el Progreso. "Nos comprometemos a esto y a más aún... A las repúblicas hermanas que se hallan al sur de nuestras fronteras les hacemos un ofrecimiento especial: convertir nuestras buenas palabras en buenas obras, en una nueva Alianza para el Progreso..." dijo en su discurso de la toma de posesión. Y a dos escasos meses de haber pronunciado esas palabras de ofrecimiento, el 13 de Marzo de 1961, pronunció su célebre discurso sobre la Alianza para el Progreso.

En ese discurso dijo: "...Pero si hemos de afrontar un problema de tan imponentes dimensiones, nuestro proceder debe ser audaz y a tono con la concepción majestuosa de la "Operación Panamericana". Por eso he hecho un llamamiento a todos los pueblos del hemisferio para que nos aunemos en una nueva "Alianza para el Progreso", en un vasto esfuerzo de cooperación, sin paralelo en su magnitud y en la nobleza de sus propósitos, a fin de satisfacer las necesidades fundamentales de los pueblos de las Américas, las necesidades fundamentales de techo, trabajo y tierra, salud y escuelas". Todas sus palabras y conceptos llevaron siempre el tono de su entusiasmo juvenil, pero dichos con una elocuencia madura y eterna.

Su prematura y trágica muerte no debe aminorar el espíritu dinámico de la Alianza que él mismo le infundiera. Es este un legado suyo que debemos aprovechar y no desperdiciar. Tal vez los esfuerzos por institucionalizar la Alianza, por apartarla del culto a la personalidad del hombre que la impulsó y aun de desapegarla de los mismos Estados Unidos, se conviertan ahora en un movimiento más vigoroso. Tal idea no era ajena a su pensamiento cuando dijo: "...Quiero recalcar que solamente los esfuerzos resueltos de las propias naciones americanas pueden asegurar el éxito de esta empresa. Ellas, y solamente ellas, pueden movilizar recursos, alistar las energías del pueblo y modificar los patrones sociales, de modo que los frutos del crecimiento sean compartidos por todos y no sólo por unos cuantos privilegiados. Si se logra este esfuerzo, la asistencia del exterior dará un impulso vital al progreso; si no se logra, no habrá ayuda capaz de contribuir al bienestar del pueblo".

No dudamos que la muerte del Presidente Kennedy puede tener proyecciones políticas insospechadas. El pretendía reelegirse y probablemente hubiera sido reelecto. Ahora, un triunfo Republicano adquiere mayores posibilidades. Todos sabemos el mayor énfasis que los Republicanos imprimen a la participación de la iniciativa privada en cuantos aspectos fundamentales de la política interior y exterior se propongan. En caso de realizarse cambio tan fundamental en el Gobierno de los Estados Unidos, la iniciativa privada tendrá que jugar un papel decisivo en el éxito o fracaso de la Alianza para el Progreso.

El futuro feliz de la Alianza para el Progreso dependerá de una mayor coordinación de los Partidos políticos democráticos para ejecutar las reformas legales exigidas por la Alianza. Para esto deberá ponerse mayor énfasis en los principios y prácticas de la democracia representativa. Tales eran los ideales que inspiraron a ese gran estadista que se llamó John Fitzgerald Kennedy. El nos señaló una pauta de conducta cuando dijo: "...La energía, la fe y la devoción con que acometamos esta empresa iluminará a nuestro país y a todos los que le sirven, y el resplandor de ese incendio ciertamente iluminará el mundo".

La antorcha sobre su tumba es símbolo de su pensamiento, y que brille para él la Luz eterna.

# Oh Capitán! Mi Capitán!

¡Oh capitán!, mi capitán!, nuestro viaje terrible ha terminado;  
el barco ha sufrido todas las embestidas, el premio que buscábamos  
está ganado;

el puerto está cerca, oigo las campanas, el pueblo que te aclama,  
los ojos siguiendo la quilla impertérrita, la nave imponente y audaz:

Pero ¡oh corazón!, ¡corazón!, ¡corazón!

Oh las sangrantes gotas rojas,  
allí donde en el puente yace mi capitán,  
tendido frío y muerto.

¡Oh capitán!, ¡mi capitán!, levántate y escucha las campanas;  
levántate — por tí es lanzada la bandera — por tí trinan los clarines;  
por tí ramos y coronas encintadas — por tí las playas apiñadas;  
claman por tí, la ondeante muchedumbre; sus rostros ansiosos  
volteándose;

¡Bueno mi capitán!, ¡padre mío!

Mi brazo bajo tu cabeza;  
es un sueño que en el puente,  
estés tendido frío y muerto.

Mi capitán no responde; sus labios están pálidos e inmóviles;  
mi padre no siente mi brazo, no tiene pulso ni voluntad;  
el barco ha anclado sano y salvo, su viaje cumplido y terminado;  
del viaje terrible, el barco triunfante regresa con su objeto ganado;

¡Playas, alegraos, y repicad campanas!

Pero yo, con pasos tristes,  
recorro el puente donde yace mi capitán  
tendido frío y muerto.

WALT WHITMAN

# Kennedy: SU VIDA

BRUCE LEE

## LOS PRIMEROS AÑOS

### Jack y Joe

Estamos en 1929, en el hogar de la familia Kennedy, una gran mansión de estilo georgiano rodeada de espacioso terreno en un sector muy elegante de Bronxville, precisamente al Norte de la ciudad de Nueva York.

En el interior, sobre la alfombra del cuarto de estar, dos muchachos están luchando. El de más edad, Joe junior, tiene catorce años, es robusto y de aspecto atractivo. El más joven, John, llamado Jack por todo el mundo, tiene doce años, es menos corpulento y más delgado que su hermano. Desde la escalera, seis Kennedy de menos edad contemplan la lucha. Cinco son niñas: Rosemary, Kathleen, Eunice, Pat y Jean. El menor de todos, de sólo cuatro años de edad, es otro chico: Bobby. Unos años después vendrá al mundo el noveno retoño varón de los Kennedy, Teddy.

Joe ganará la pelea, como casi siempre. Es mayor, más pesado y más fuerte. Pero Jack lucha fieramente, aporreando a su hermano y siendo machacado a su vez en justa correspondencia.

No es una pelea ordinaria, porque ésta no es una familia ordinaria.

Instantes después, la lucha ha terminado y los mayores, Joe y Jack incluidos, porque son otra vez los mejores compañeros del mundo, estarán jugando con unos amigos, en el amplio césped que se extiende delante de la casa, un violento partido de "touch", capaz de partir un hueso a cualquiera.

Desde la banda, Joseph P. Kennedy senior suele contemplar el juego, constituido por su cuenta en imparcial "hinchada", gritando y jaleando primero a favor de un bando y luego a favor del otro. El "viejo Joe —recuerda un amigo de los jóvenes Kennedy— "no solía participar en los juegos. Era demasiado astuto para eso".

En verdad, Joseph P. Kennedy no es tampoco un hombre corriente. Apenas cumplidos los cuarenta años es ya, por su propio esfuerzo, multimillonario. A medida que vayan pasando los años se irá convirtiendo en uno de los hombres más ricos del país. Participa activamente en la política y desempeñará altos cargos gubernamentales. Inició su fortuna en Boston. Al crecer sus negocios trasladó su numerosa familia a Nueva York en el año 1926, cuando su segundo hijo, Jack, tenía diez años. Está extraordinariamente orgulloso de sus hijos en desarrollo, interesado en su bienestar y preocupado por su futuro.

El padre de Joe, Patrick Kennedy, luchó contra el arraigado prejuicio anti-irlandés que prevalecía en Boston, y llegó a ser jefe político del sector Este de la ciudad. A su vez, Joe Kennedy había experimentado por sí mismo los sinsabores de ser irlandés y católico en Boston. Esta fue, en realidad, una de las razones de que trasladara su familia a Nueva York. Un día llegaría a ser embajador de los Estados Unidos en Inglaterra. Pero —meditaba— ¿qué sería de aquella ardiente y acometedora bandada de niños que veía jugando sobre el césped? En cualquier caso, él les ayudaría, no con dinero, porque ya podía verse que no iba a faltarles nunca, sino inculcándoles las cualidades que cuentan: valor, laboriosidad, ambición, lealtad familiar, patriotismo, firmes creencias religiosas y espíritu de competición.

La madre de los niños, Rose, contempla el juego desde una ventana de la casa. Tampoco ella es una persona corriente. Graciosa, culta, competente y be-



Kennedy a la edad de ocho años, cuando estudiaba en Dexter School, Brookline, Massachusetts.

lla, es hija de John Fitzgerald, llamado "Honey Fitz" (Fitz el Melifluo), ex-alcalde de Boston. Los primeros recuerdos de Jack se remontan a los tempranos años de su niñez, cuando en Brookline (Massachusetts), iba a visitar a los prohombres políticos acompañando a su abuelo Fitzgerald, que estaba entonces empeñado en una dura campaña electoral por el cargo de gobernador de Massachusetts. Años después, cuando Jack se presente a su vez a unas elecciones, algún socarrón dirá:

—Los Kennedy no son verdaderamente demócratas y con seguridad tampoco son republicanos: forman un partido político por su cuenta.

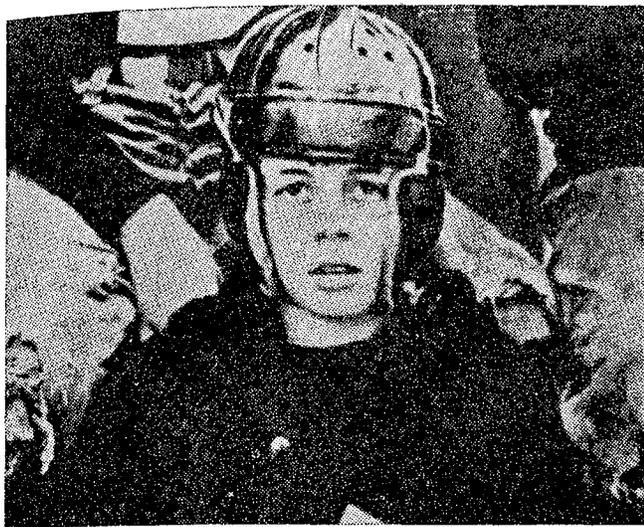
La firme disciplina y el espíritu de competición que Joseph P. Kennedy inculcó a sus nueve hijos fueron sólidamente asimilados. Cuando el padre estaba lejos del hogar por culpa de los negocios o de la política, traspasaba la vara de la autoridad al joven Joe, que era tan severo como su padre.

Así resultó, de manera natural, que Jack fue el único y verdadero rival que Joe tuvo en la familia, los demás hermanos próximos a él en edad eran chicas, y los chicos más jóvenes eran aún demasiado pequeños. De este modo, los hijos mayores, Joe y Jack, luchaban frecuente, y dura y largamente. Como Jack era menor, siempre quedaba en segundo puesto.

Naturalmente, el padre de los muchachos conocía esta rivalidad entre sus hijos, pero hacía poco por impedirlo. Porque sabía que Joe compensaba sus rudos procedimientos con una ilimitada generosidad a la hora de ayudar a sus hermanos y hermanas menores. Jack reconoce hoy que, a pesar de sus peleas con el hermano mayor, su amistad y amor mutuos eran muy profundos. Jack tiene todavía una elevada y afectuosa opinión de su hermano mayor, pero admite:

"Joe tenía un temperamento belicoso. Más adelante se suavizó, pero aquello constituyó para mí un problema en mi niñez".

Es evidente que aquel problema fue doloroso, a



En 1927, a los diez años de edad, jugador de fútbol de Dexter School.



Joseph P. Kennedy, rodeado de su esposa y sus nueve hijos.

nadie le gusta ser el eterno perdedor, y para un Kennedy, criado para triunfar, aquello de perder se le hacía muy cuesta arriba. Que perder nunca se convirtió en un hábito de Jack es también evidente, porque su esforzado ánimo nunca se doblegó y con tenacidad ponía a prueba a su hermano mayor una y otra vez. La victoria, cuando llegó, fue precisamente por esto mucho más sabrosa.

Victoria y valor eran las claves de la filosofía que Joseph P. Kennedy transmitió a sus hijos. En realidad, éste era el código que le había traspasado a él su padre, Patrick, quien trepó hábilmente hasta lo alto de la cucaña política de Boston.

"Joe quería que sus hijos fueran hombres de pensamiento y de acción" —recuerda Tom Schriber, amigo íntimo de Joe desde la infancia—. "Solía decirles: "No me importa lo que hagáis en la vida, pero, hagáis lo que hagáis, sed los mejores del mundo. Si habéis de ser picapedreros, sed los mejores picapedreros del mundo".

La familia hizo cuanto pudo por iniciar a los niños en todas las formas del atletismo. En la casa veraniega familiar, situada en Hyannis Port, cerca del cabo Cod, en Massachusetts, tenían pistas de tenis y facilidades para practicar los deportes de vela y natación. Hasta las niñas aprendían a jugar una modalidad particularmente violenta del "touch". Más adelante, aunque las chicas temían ganarse el calificativo de "marimachos", aun sabían pasar, chutar y correr casi tan bien como sus hermanos varones. A veces cuando éstos las habían zurrado fuertemente en un disputado partido de tenis, ellas se retiraban sollozando de la pista sólo para volver al cabo de un rato en un nuevo intento de derrotarlos. En la residencia invernal de la familia, en Palm Beach, Florida, su padre tenía siempre un entrenador profesional a mano para estar seguro de que sus hijos estaban siempre en plena forma física. El profesional se responsabilizaba de que nadaran tantos largos de la piscina, que hicieran tantas flexiones de brazos suspendidos de la barra o que perfeccionaran su boxeo.

"Forman la familia más competitiva y al mismo tiempo más unida que he visto —decía un amigo de la familia—. Primero se pelean y luego se miman. Se estimulan unos a otros. Sus mentes echan chispas. Cada uno tiene buenos amigos, pero a nadie quieren y admiran tanto como a sus hermanos y hermanas".

Uno de los pasatiempos favoritos de los niños era la navegación de vela. Cuando eran pequeños solían ir todos juntos en una pequeña balandra que llamaban la "Tenofus". Luego, cuando nació Teddy, la superpoblación en la balandra se hizo excesiva y entonces compraron una embarcación más grande, a

la que pusieron el nombre de "Onemore" (uno más). Naturalmente, cuando Jack recibió su primera embarcación, la llamó "Victoria". "Tiene algo que ver con "Victoria", explicó cuando le preguntaron el significado de la palabreja.

"Ni Jack ni Joe tenían miedo de nada" —cuenta uno de sus compañeros de navegación.

Los dos muchachos solían navegar en días de mar tan gruesa que apenas podía verse la embarcación entre las olas. Uno de estos clásicos viajes tuvo lugar cierta vez que las olas eran tan altas que ninguna otra embarcación del puerto se atrevió a dejar su fondeadero, pero Jack, Joe y dos amigos salieron a dar un arriesgado y húmedo paseo. Joe y su amigo, como dominaban la situación, obligaron a Jack y al suyo a sentarse a barlovento, donde las olas los remojaban constantemente. Fue un largo paseo, y tanto Jack como su compañero estaban furiosos. Pero como no podían hacer nada, tuvieron que aguantarse, aunque no en silencio. La memoria de aquella excursión marítima perdura todavía viva en sus mentes, pero lo que hoy es tema de bromas no lo fue en su tiempo.

Mientras Jack y su hermano se divertían con los deportes, su padre seguía esforzándose por perfeccionar sus mentes. Solía llevar a los chicos a la biblioteca de su casa de Bronxville para discutir con ellos los últimos temas de actualidad. Cuando los hijos menores fueron creciendo, su padre trasladó el escenario de las conversaciones de la biblioteca al comedor, y pronto la hora de comer se convirtió en el momento de las discusiones, sesudas y a veces empeñadas, acerca de los acontecimientos del instante.

La familia era rica, pero los padres hicieron los dos un supremo esfuerzo para evitar que sus hijos se estropearan por culpa del dinero.

"Intentamos enseñarles a no desperdiciar ninguna oportunidad —explica Rose—. Nunca les dimos para sus gastos más dinero del que recibían los hijos de nuestros vecinos. Nunca ponderamos nada sólo porque fuera caro. En Boston no se habla de dinero, y nosotros establecimos la norma de no hablar nunca de dinero en nuestra casa".

Para probar su afirmación, los Kennedy muestran una carta escrita por Jack pidiendo un aumento en su asignación poco después de entrar en los "boy scouts". Su gramática era terrible, pero lograba hacerse entender.

"Mi actual asignación es de 40 centavos —empezaba diciendo—. Esto lo usaba para aeroplanos y otros juguetes de niños, pero ahora soy un "scout" y dejo a un lado mis cosas infantiles".

"Antes gastaría 20 de los 40 centavos y en cinco minutos tendría los bolsillos vacíos, nada ganado y

20 centavos perdidos. Ahora que soy un "scout" he de comprar cantimploras, mochilas, mantas, linternas, ponchos y otras cosas que durarán años y podré usar siempre, mientras que no puedo usar siempre el chocolate, las pastillas de malvavisco y el helado de los domingos; por eso solicito que mi asignación sea elevada en 30 centavos para mí y para comprar cosas de "scouts" y para invitar a los amigos".

El dinero sólo se empleaba como premio en ocasiones extraordinarias. El padre obtuvo de ellos una promesa formal por la que cada niño se comprometía a no fumar ni beber hasta que cumpliera los veintiún años. El incentivo para mantener la promesa era una prima de 2.000 dólares, pagadera al cumplir el interesado los veintiún años, que podía ser conservada o devuelta según el niño hubiera cumplido o no su promesa.

La norma de los Kennedy de no hablar de dinero fue cumplida tan estrictamente que los padres no dijeron a sus hijos que, cuando alcanzaran los veintiún años, recibirían un fideicomiso de un millón de dólares. Según Rose Kennedy, ninguno de sus hijos supo nada de este dinero hasta que se enteraron por una revista.

Es interesante notar que, aunque Joe Kennedy era testarudo y agrio en el calor de la discusión, se mantuvo firme en que sus hijos fueran económicamente independientes y tuvieran el valor de decidirse por sí mismos. Hablando de los fideicomisos, dice con orgullo:

"Los establecí para que cualquiera de mis hijos, financieramente hablando, pudiera mirarme a la cara y mandarme a paseo".

Jack adelantó firmemente, escalón por escalón, a lo largo de los grados cuarto, quinto y sexto en el cercano colegio Riverside, en el West Bronx. De vez en cuando, su madre se presentaba en el colegio y hablaba con los profesores para enterarse de los progresos de su hijo. Hoy, sus maestros recuerdan a Jack como un niño despejado, educado y serio, enamorado de la historia y dotado de un fuerte temperamento.

"Su niñez fue sosegada y estudiosa —dice Rose cuando recuerda los primeros pasos de su hijo—. En realidad, mirando atrás, creo que fue el más sosegado de los niños".

Sosegado o no, Jack era muy capaz de armar jaleo. Y las travesuras infantiles encontraban poca indulgencia en su madre.

"Soy una mujer más bien anticuada —dice muy en serio Rose Kennedy— y creo en el castigo corporal, son muchos los cachefes que he dado a Jack y a los otros".

Rose Kennedy es profundamente religiosa y ha transmitido sus creencias a sus hijos. Explicando sus opiniones a este respecto, suele decir:

"No sé nada de la religión considerada como cuestión nacional o política, pero creo que la religión es maravillosa para los niños. La mayoría de los niños buscan en ella estabilidad y sentido; la religión ha significado mucho en la vida de Jack".

Recapitulando la vida de los jóvenes Kennedy en el hogar, Rose explicaba recientemente las razones de la fuerte solidaridad familiar de los Kennedy.

"Supongo que se debe a su formación hogareña —dice—. Hemos sido siempre una familia católica muy estable, y mi marido encontró siempre tiempo para discutir las cosas con sus hijos, por acuciantes que fueran sus actividades políticas. Mi marido fue siempre un padre muy severo, le gustaba que sus hijos triunfaran en los deportes y en todo cuanto emprendían. Si no ganaban, discutía el fallo con ellos, pero no tenía mucha paciencia con el perdedor".

Jack, como recuerda Rose, su madre, fue el gran lector entre sus hijos. Recuerda que apenas le conocía cuando no le veía con un libro en las manos. Nada le hacía tan feliz como ser el primero en coger el diario. Leía, sigue recordando Rose, con total concentración que no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Sus hábitos de lector y su afición por la lectura acompañarían a Jack toda la vida.

En 1930, a los trece años, Jack se dispuso a aban-

donar el hogar por primera vez: pronto empezaría los estudios preuniversitarios a la Canterbury School, de New Milford, en Connecticut. Se acabaría la constante proximidad, característica del apiñado círculo de familia, que había significado tanto para él. Sus padres creían que si los niños mayores recibían una buena formación, enseñarían a su vez a los hermanos menores. Y así fue: Joe y Jack enseñaron a sus hermanos y hermanas más pequeños todo lo que sabían. Al hacerlo así, ambos muchachos aprendieron a amar y a apreciar a los menores. Hay chicos mayores que consideran a los pequeños como piedras de molino atadas a sus cuellos. Esto no ocurrió con los Kennedy. Sería triste, pensaba Jack, abandonar tan maravillosa familia para marcharse a la escuela preparatoria.

## Escuela preparatoria

Pocos meses después de entrar en Canterbury, Jack había vencido su inicial sentimiento de soledad. "He añorado mucho el hogar, pero ahora todo va bien", escribió a su casa una vez que estuvo acostumbrado a la vida escolar.

Aunque era un verdadero atleta, Jack sufrió su primera contrariedad cuando intentó ingresar en el equipo de fútbol americano y fue rechazado porque no pesaba lo suficiente. Impertérrito, buscó otro deporte estudiantil y pronto comunicó a su casa que había progresado tanto en natación que podía cubrir 50 yardas en medio minuto.

Ajustándose a un rígido plan, escribía a su madre: "Vamos a la capilla cada mañana y cada noche, creo que seré mucho más pío cuando vaya a casa". Pero su éxito en los estudios era sólo moderado y, como indican sus cartas, la ortografía no era su fuerte. En cierta ocasión, Jack tuvo serias dificultades con el latín, y su profesor comentaba en su cuaderno de notas: "Puede hacerlo mejor".

A pesar de sus problemas con los estudios, Jack estaba al corriente de las noticias de actualidad. Escribió a su padre pidiéndole que le enviara el "Literary Digest", una revista política de los primeros años treinta.

Cuando se aplicaba, mostraba una notable aptitud para recordar lo que leía. "Estamos leyendo 'Ivanhoe' en inglés —escribía a su padre—, y aunque yo puedo no recordar cosas materiales, como billetes, cuantes y demás, sí puedo recordar cosas como Ivanhoe, y la última vez que hemos tenido un examen sobre esto he sacado 98".

Cuando regresó a su casa para pasar las vacaciones de Pascua, Jack sufrió un ataque de apendicitis y no pudo acabar el semestre de primavera en Canterbury.

En el otoño, Jack se reunió con su hermano mayor, Joe, en la escuela preparatoria de Choate, también en Connecticut, una de las mejores escuelas privadas de Nueva Inglaterra. Es significativo que Choate no fuese una escuela católica, como lo era Canterbury. El traslado de Jack a Choate indicaba firmemente la norma de educación que Joe Sr. había pensado para sus hijos: las niñas irían a escuelas parroquiales católicas; los muchachos, a escuelas no confesionales. El razonamiento de su padre era sencillo. Ya preveía que los muchachos podrían algún día dedicarse a la política y en una escuela no parroquial tendrían oportunidad de encontrar una selección de amigos más amplia y variada. Aunque Choate no era una escuela católica, los muchachos continuaron cumpliendo sus obligaciones religiosas, y en largas cartas referían constantemente a su casa lo que estaban haciendo.

Joe llevaba a Jack mucha delantera en la escuela. El mayor de los muchachos empezó a forjarse fama de atleta destacado en cuanto llegó a Choate. Jack, más ligero y menos corpulento, se encontró incapaz de competir con su hermano en el plano universitario. Pero amaba el atletismo y participaba en los campeonatos internos de la escuela, en los que

competía con muchachos de su talla con ferocidad propia de un tigre.

"Lo más saliente que puedo recordar acerca de Jack es que era un luchador —recuerda con orgullo su entrenador de fútbol americano—, cojan ustedes a Joe y verán que era un auténtico atleta. Pero Jack compensaba con su lucha lo que le faltaba de capacidad atlética".

Jack era perezoso en los entrenamientos, pero no cuando las cosas se ponían mal. Frecuentemente, el entrenador intentaba acelerar las evoluciones de los jugadores en el campo corriendo detrás de los muchachos, y si podía alcanzarlos les daba un buen golpe para hacerles correr más. Pero nunca pudo atrapar a Jack.

"Jack solía galopar a lo largo del campo, y cuando yo me acercaba, daba un estirón y me dejaba atrás —recuerda riendo el entrenador—. Era terriblemente rápido. Yo podía correr cien yardas en once segundos, pero él me ganaba".

Los principales fallos del joven Kennedy eran en los estudios. Sus calificaciones estaban muy por encima del nivel normal en inglés y en historia, pero tenía dificultades con las lenguas, especialmente con el latín. La biología y la química le aburrían. Por consiguiente, se encontró en apuros varias veces.

"John sólo hacía esfuerzos medianos, por lo que sólo conseguía calificaciones medianas —recuerda su profesor—, yo solía hablar con él regularmente. El prometía esmerarse, pero los resultados no llegaban; era exactamente igual que todos los muchachos de su edad. Celebrábamos conferencias cada dos semanas acerca de sus notas. A veces las necesitaba, otras veces, no".

Los compañeros de Jack están de acuerdo con esta apreciación.

"No se esforzaba mucho en el trabajo" —cuenta un amigo.

Su compañero de habitación, LeMoyne Billings, resume así la cuestión:

"La diferencia entre el Jack de entonces y el de ahora es que hoy, si considera que es débil en algún sector particular, se esforzará en perfeccionarse en él".

A medida que los años iban pasando, Jack ganaba en estatura y atractivo y adquiría más seguridad en sí mismo. Los fuertes lazos familiares persistían, pero también crecía en él un fuerte sentido de individualidad y de conciencia de sí mismo. Era Jack Kennedy ya, con sus talentos, sus fallos, sus intereses. Jack empezó a darse cuenta de que la clave de su vida consistía en explotar sus talentos e intereses y en vencer sus fallos lo mejor que pudiera. Aquello era un proceso de crecimiento, y Jack, a medida que maduraba, descubría que sus talentos y sus intereses eran muchos. "Era una de las personas más polifacéticas que he conocido —dice Billings—. Siempre que pasaba algo, él tenía que estar metido en ello".

Todavía encontró tiempo Jack para suscribirse al "New York Times" y se engolfaba en su grave contenido todos los días. El interés por los asuntos internacionales que le había inculcado su padre nunca decayó.

"Era evidente que no compraba el periódico sólo para leer la sección de deportes y las historietas gráficas" —dice un conocido.

Jack vestía sin etiquetas. Pantalón caqui, gruesos jerseys y zapatos blancos de ante constituían su atuendo habitual durante el día. Por la noche, los muchachos tenían que llevar americana y corbata para cenar y asistir a la diaria función religiosa no oficial antes de entrar a la sala de estudio. A pesar de la actitud despreocupada que adoptaba, Jack se daba cuenta de sus fallos. Sabía que su padre deseaba verle quedar bien, pero le costaba apechugar con asignaturas que no le interesaban. "Si no fuera por el latín —escribió una vez a su madre—, sería probablemente el primero del curso medio, pero me faltan diez puntos para ello". Otra vez escribía: "Tal vez papá crea que pretendo disculparme, pero no es así. He tenido algunos apuros con las asignaturas por culpa de aquello que decía papá que me pasa: empiezo con grandes bríos para desinflarme luego".

Cuando quería, Jack era capaz de desplegar una formidable fuerza de concentración.

"Si estaba absorto en un libro —recuerda Billings—, ya podías hablarle; ni siquiera se daba cuenta de tu presencia".

Muchas noches Jack visitaba a su hermano Joe para echar una buena parrafada. Los chicos solían hablar de todo lo que les venía a la mente: de lo que les molestaba la severa disciplina de la escuela, de las probabilidades del equipo de Choate en su próximo partido con una escuela rival y, como es bastante natural, hablaban de chicas.

Por entonces, entre Joe y Jack se había creado un vínculo de cálido cariño. La vieja rivalidad había sido ampliamente sustituida por la comprensión mutua. Naturalmente existían diferencias en sus capacidades y en sus personalidades, Jack deseaba ser tan buen atleta como Joe, pero su ligera constitución se lo impedía. Joe era franco y cordial; Jack era más sosegado, pero formaba amistades más íntimas. Los amigos y profesores de ambos muchachos niegan que existiera ningún conflicto serio entre los dos durante sus años en Choate.

—Se ha exagerado mucho la rivalidad entre Jack y Joe —dice hoy un compañero de clase—. Si se dice que Jack no era tan sociable como Joe no se acierta del todo. Jack tenía más amigos, más amigos íntimos, que Joe tuvo jamás. Jack era mucho más extravertido, dígame lo que se quiera. Era Joe el más difícil de llegar a conocer.

Tom Schriber, uno de los más íntimos amigos de la infancia de Joe, confirma esto:

"Indudablemente, creo que Joe le proporcionó a Jack algo de complejo en aquellos primeros años —dice—, pero era en gran parte el sentimiento propio de un hermano menor hacia el mayor. Joe maduró muy pronto, pero Jack fue mejorando a medida que crecía. Joe era aproximadamente un año mayor que Jack y éste no pudo superar la diferencia, pero aun así estuvieron tan unidos como es posible que lo estén dos hermanos. Y creo que si Joe viviera hoy, Jack le habría sobrepasado como político. Esto se vio muy pronto. Jack siempre tendía al compromiso, Joe jamás".

"Naturalmente, solían pelearse. Aquello era grave, cierto, pero nunca llegaban a lastimarse el uno al otro. Por regla general solía haber greca en la casa porque Joe quería ir en barca a un sitio y Jack quería ir a otro. Y, claro, se peleaban. Pero luego Jack se iba con él tan contento".

Tom Schriber recuerda que los hermanos hacían algo más que ir en barca juntos. Bajo la experta dirección de su padre aprendían a pensar de una manera razonada y lógica acerca de las cuestiones de candente actualidad. Schriber relata una escena que tuvo lugar durante unas vacaciones en la biblioteca de alto techo y paredes tapizadas de libros alineados de la casa de Bronxville. Joe Kennedy, sus hijos Jack y Joe y Schriber estaban presentes. Papá Kennedy empezó a hablar del Cuerpo Civil de Conservación, un nuevo programa juvenil que el presidente Roosevelt acababa de lanzar para combatir la depresión. Rápida e intensamente los jóvenes Kennedy se enfrascaron en una discusión y examinaron el tema desde todos los puntos de vista. Durante más de una hora el nuevo Cuerpo fue objeto de discusión y cuando los muchachos salieron de la biblioteca estaban tan enterados del asunto como la mayoría de los adultos, y probablemente más.

Después del debate, recuerda Schriber, los chicos salieron al amplio césped situado delante de la casa. Jack y algunos de sus hermanos y hermanas menores refarón inmediatamente a Joe y a Schriber a un partido de "touch".

Describiendo a un periodista el fregado subsiguiente, Schriber contaba:

—Estábamos rodeados de niños por todas partes. Nosotros éramos mayores y más fuertes, y ganamos. Pero ellos eran más que nosotros y uno nunca sabía lo que le iba a pasar. Había que tener en cuenta los muchos árboles que se alzaban alrededor del prado en Bronxville. Yo corría siempre mirando a los ár-

boles y a la pelota al mismo tiempo. Pero Jack, Joe y Bobby no lo hacían nunca y... ¡plaf!, se daban cada trastrozo que se quedaban fuera de combate. Puedo recordar varias ocasiones en que uno u otro de los chicos hubo de ser recogido inconsciente, iban siempre vendados y magullados por todas partes.

Por la época en que seguían el curso superior, Jack y su compañero de habitación LeMoyne Billings decidieron que su sencillo cuarto de madera y yeso podía emplearse en actividades más serias que en armar meras jaranas. Jack escribió a su padre que Lem y él habían hablado muy en serio acerca de la manera de mejorar sus poco brillantes calificaciones:

—“Hemos decidido definitivamente dejar de hacer tonterías —escribió—. Me doy cuenta de que necesito trabajar mucho este año si quiero ir a Inglaterra. Veo verdaderamente, ahora que pienso en ello, que he estado engañándome a mí mismo acerca del trabajo efectivo que he hecho”.

Las notas de Jack mejoraron casi de la noche a la mañana. Y recibió como premio el prometido viaje a Inglaterra.

Pero la fuerza impulsora de la súbita mejoría en las calificaciones de Jack no era la simple promesa de un viaje al extranjero o alguna otra ganancia material por un trabajo bien hecho. Su padre sacó tiempo de su sobrecargado programa para escribirle: “Ahora, Jack, no quiero dar la impresión de que soy un regañón, porque bien sabe Dios que es lo peor que puede ser un padre. Después de una larga experiencia en calibrar a las personas sé definitivamente que tú vales y que puedes ir muy lejos. Y ahora, ¿no te parece un disparate no aprovechar todo lo que Dios te ha dado?”.

“Después de todo —continuaba su padre—, yo fallaría incluso como amigo si no te urgiera a que aproveches las cualidades que tienes. Es muy difícil compensar la falta de conocimientos fundamentales que se han descuidado cuando uno es joven, y por esto es por lo que te incito a que hagas cuanto puedas. No espero demasiado y no quedaría desilusionado si no resultas un verdadero genio, pero creo que puedes ser un digno ciudadano con buen criterio y entendimiento”...

De esta prudente y comprensiva forma, Joe Kennedy Sr. ayudaba a sus hijos durante sus años de estudios.

“Lo mejor que tenía el padre de Jack era lo unido que estaba a sus hijos —dice un amigo—. No hubieran podido ser lo que hoy son sin la ayuda que él les proporcionó. Pero lo notable era que nunca los forzó ni acució. Debíó de ser para él una cosa muy difícil no estropearlos dándoles demasiado”.

Durante su curso superior en Choate, Jack jugó mucho al golf, se hizo muy fuerte en el tenis y remó en el segundo equipo. Tenía dieciocho años, era esbelto, alto, apuesto, inteligente y ampliamente respetado por sus compañeros de curso.

Aunque algunos recuerdan a Jack como un muchacho sosegado, sus amigos íntimos de Choate le consideran de una manera un tanto diferente.

—“Es indudable que Jack era franco, pero no tenía demasiado tacto —dice un amigo—. Tenía el genio vivo, pero nunca conservaba rencores. Estallaba de pronto y al minuto siguiente ya se le había olvidado. Ciertamente no era una perita en dulce”.

Jack empezaba a ver que el éxito, en todo, suponía dos cosas: capacidad e intenso trabajo. El tenía capacidad, bien lo sabía. Estaba precisamente aprendiendo a aplicarse al trabajo intenso.

En el curso superior, sus calificaciones se remontaron hasta la cumbre y fue admitido en la Universidad de Princeton como alumno de primer curso. También ingresó en Princeton su compañero de habitación en Choate, Lem Billings. Su hermano Joe estaba en Harvard, donde a primeros de siglo había estudiado Joe Sr. Jack, encantado con su nueva independencia, planeaba superarse a sí mismo en Princeton.

A fines de la primavera de 1935, Jack se graduó en Choate. Proféticamente, su clase le eligió como el alumno “con más posibilidades de triunfar”.

## La depresión

En octubre de 1929, cuando Jack Kennedy tenía doce años y aún no había entrado en la escuela preparatoria, los Estados Unidos fueron sorprendidos por un derrumbamiento en la Bolsa de Comercio, que empezó el día que hoy se conoce en Wall Street como el “Viernes Negro”.

Durante los meses que siguieron, fortunas personales que valían millones y millones de dólares fueron barridas, muchos Bancos se hundieron y desaparecieron del mundo de los negocios. Algunos especuladores de Wall Street, antes que enfrentarse con el horror de la quiebra, se suicidaron. Millares de pequeños inversionistas desprevenidos —el trabajador a jornal, el limpiabotas, el ama de casa, el agricultor, el médico— vieron los ahorros de toda una vida convertidos en polvo. De pronto dejó de importarle la cantidad de valores que poseía una persona. Las acciones parecían sin valor y millones de personas se encontraron en paro forzoso.

Hoy es difícil hacerse cargo del terror que atenazó al país en los años de depresión siguientes al hundimiento de 1929. Personas hambrientas hacían cola durante horas esperando un cazo de sopa y una manzana gratis que repartían las cocinas de asistencia pública, apresuradamente instaladas. El que tenía un empleo que le proporcionaba unos pocos dólares por semana era considerado como persona afortunada. Eran tiempos de desesperación para la mayoría de la gente.

Sin embargo, la depresión no afectó a Joseph P. Kennedy y a su familia. Sólo un mes antes del derrumbamiento, en agosto de 1929, retiró súbitamente todo su dinero de la Bolsa. Entonces, aquella determinación pareció mal aconsejada. Las acciones seguían en alza y todos los días se hacían nuevas fortunas. Cuando el globo estalló y los otros inversionistas fueron barridos, Joe se encontró sólidamente asentado.

Años después, Joe explicaría aquella retirada a los periodistas. Según contó, iba un día Wall Street abajo cuando se le ocurrió entrar en un taller de limpiabotas.

El muchacho que empezó a lustrarle los zapatos no le conocía. “Levantó los ojos —cuenta Joe— mientras hacía restallar el paño en mis zapatos y me dijo todo lo que iba a pasar con los diversos valores en la sesión de aquel día”.

El mozo no estaba buscando una propina en pago de sus informes confidenciales ni intentaba impresionar a Joe con sus conocimientos. Sólo hablaba sencillamente sobre lo que iba a ocurrir.

“Yo escuché mientras le miraba desde arriba —sigue Joe—, y cuando salí del local pensé: “Cuando llega el momento en que un muchacho limpiabotas sabe tanto como yo de lo que pasa en la Bolsa y tiene toda la razón, eso quiere decir que hay algo equivocado en mí o en la Bolsa, y es hora de que me retire del juego. Así lo hice”.

Cuando los años veinte dejaron paso a los años treinta, el país se hallaba en estado lamentable, pero Joe iba viento en popa. Tenía una fortuna considerable, tiempo por delante y llevaba la política en la sangre. Tenía además un amigo cuya estrella estaba ascendiendo en el cielo político: Franklin Delano Roosevelt.

En 1932, Roosevelt fue designado candidato por el partido demócrata para la presidencia de los Estados Unidos, y Joe Kennedy fue uno de sus más firmes partidarios.

“Soy la única persona con más de doce dólares en el bolsillo que está a favor de Roosevelt” —solía decir Joe en broma a sus amigos, y en muchos aspectos tenía razón.

En noviembre de 1932, mientras Jack estaba en Choate, Roosevelt fue elegido presidente. Tomó posesión del cargo en marzo de 1933. Un año después de inaugurar su mandato, Roosevelt pidió a su amigo Joe Kennedy que aceptara la presidencia de la Comisión de Valores y Cambio, una nueva agencia fe-

deral encargada de cooperar en la reconstrucción e inspección de la Bolsa.

Mucha gente creyó que Roosevelt había cometido un error al encargar a un magnate financiero como Joe Kennedy la inspección de Wall Street. Los diarios publicaron violentos editoriales contra Joe, los financieros de Wall Street tronaban contra la designación, mientras comían en el club de la Bolsa. Pero no podían negar que el derrumbamiento de 1929 había dejado una mancha en el nombre de Wall Street. El mercado de valores necesitaba un fuerte conjunto de normas que frenara a los especuladores, defraudadores, estafadores y vendedores sin escrúpulos que colocaban acciones desprovistas de valor a un público poco informado. Y Joe Kennedy, que había operado como un lobo solitario cuando el mercado estaba en plena euforia, conocía perfectamente tales trucos y se sabía todos los trucos de los agentes sin escrúpulos y de los sindicatos de especuladores en Bolsa.

Joe irrumpió en los problemas de Wall Street con una energía que asombró a toda la nación. Persiguió de costa a costa las operaciones fraudulentas de Bolsa, limpiando los bolsillos de los ávidos agentes, con el instinto de un experto cazador. En seis meses dio grandes pasos hacia la reconstrucción de la confianza del país en Wall Street. Cuando Joe tomó posesión del cargo, sólo se lanzaban mensualmente al mercado acciones por valor de un millón de dólares. Poco más de un año después, nuevas emisiones por valor de unos 235 millones de dólares eran ofrecidas cada mes y Joe comprendió que había hecho un buen trabajo.

Exactamente a los 431 días de su toma de posesión, Joe decidió dejar el cargo y dirigir sus actividades a sectores más comprometidos. Roosevelt le designó pronto para encabezar la Comisión Marítima, y de nuevo Joe realizó una excelente labor.

Así, cuando el adolescente Jack Kennedy, en la escuela de Choate, en Connecticut, leía diariamente el "New York Times", tenía muchas ocasiones de enterarse de las últimas hazañas de su enérgico padre. Esto, naturalmente, contribuía a intensificar el interés de Jack en las cuestiones económicas y políticas.

En un no muy lejano futuro, otro importante puesto público esperaba a Joseph P. Kennedy. Cuando esto sucediera, Jack no se limitaría a leer: él mismo estaría directamente interesado en el asunto.

## Harvard

Antes de que Jack entrara en la Universidad, su padre quiso que visitara Londres, durante el verano, para estudiar en la Escuela de Economía de Londres, dirigida por el profesor socialista Harold Laski, famoso en todo el mundo. Así, recién salido de Choate, el tenso y alto joven de dieciocho años salió para descubrir Europa y un nuevo mundo.

Joe Kennedy estimaba que sus hijos ganarían mucho estudiando en Inglaterra con Laski, y así lo había hecho Joe Jr. el verano anterior. Aunque Joe Sr. no era socialista ni mucho menos, sabía que Laski tenía una aguda inteligencia y que los jóvenes Kennedy se beneficiarían entrando en contacto con creencias que diferían tanto de las suyas. En un gesto similar, posteriormente, procuró que los dos muchachos tuvieran una oportunidad de ver Rusia y el sistema comunista.

En Londres, Jack se vio enfrentado con muchos conceptos nuevos al codearse con el amplio grupo de sus condiscípulos. Allí conoció Jack intelectuales, revolucionarios, economistas y escritores de todas las partes del entonces dilatadísimo Imperio británico.

Desgraciadamente, Jack no pudo aprovecharse de estas experiencias con tanta intensidad como su hermano Joe, quien el año anterior se había ganado las alabanzas del batallador Laski por su rápida comprensión de las cuestiones económicas. Jack cayó enfermo de ictericia y tuvo que abandonar la Escuela de Londres, permaneciendo en la lista de bajas por enfermedad hasta poco después de la apertura de curso en Princeton.

Cuando al fin pudo entrar en la Facultad, Jack se quedó entusiasmado con la magnificencia de las instalaciones universitarias de Princeton. Se apresuró a entrar en contacto con sus compañeros de habitación, Lem Billings y Ralph Horton Jr., y a ponerse al corriente en sus asignaturas. Antes que alojarse en uno de los departamentos de lujo, cosa que podía permitirse perfectamente, prefirió residir con Billings y Horton, que no estaban tan boyantes como él desde el punto de vista financiero. Los tres establecieron sus reales en el South Reunion Hall, donde el cuarto de baño estaba en el sótano y los estudiantes de primer año tenían que subir y bajar sesenta y cinco escalones para llegar a su dormitorio.

Pero sólo dos meses después, cuando todo iba como una seda, Jack recayó en su ictericia. No podía hacer más que abandonar Princeton. Así lo hizo, y pasó la mayor parte del invierno intentando recuperar la salud en Arizona. En el otoño, en vez de volver a Princeton y empezar de nuevo con todo un año de retraso respecto de sus compañeros, Jack decidió trasladarse a Harvard, donde su hermano estaba terminando la carrera.

Así, en septiembre de 1936, Jack regresó a Boston, su ciudad natal. Habían pasado diez años desde que la familia Kennedy se había trasladado de Brookline, un arrabal de Boston, a Bronxville, un arrabal de Nueva York.

Cuando Jack Kennedy empezó en "El Patio", como llaman a la ciudad universitaria de Harvard, sus objetivos habían cambiado muy poco en relación con los que persiguió años antes en Choate.

El atletismo constituyó su primer interés. Intentó practicar todos los deportes que pudo —fútbol americano, natación y golf— y formó parte de los equipos de primer año, aunque nunca en el primer equipo, en los tres deportes. Fue en el campo de fútbol donde se ganó por primera vez el respeto de su futuro compañero de habitación Torbert H. Macdonald, llamado "Toby", que luego jugó como zaguero en el once de Harvard y fue designado como el mejor jugador en su puesto de toda Norteamérica.

Tenazmente decidido a jugar como delantero ala titular en el equipo de fútbol americano del primer curso, Jack solía pedir a Macdonald que se quedara en el campo después de los entrenamientos y le lanzara pases hasta que se hacía demasiado oscuro para ver la trayectoria del balón. Pero aunque impresionó a Macdonald por su acometividad, y aunque el entrenador del equipo del primer año de Harvard admitía que Jack era el que mejor recogía los pases del conjunto, no llegaba al peso requerido y no pudo formar parte del equipo de la Universidad.

Kennedy se negó a desanimarse por su falta de peso. Antes que sentirse abatido, y en vez de dedicarse a un deporte más fácil, entró en el equipo B de la Universidad y su juego acometedor le procuró otra contrariedad: una grave lesión que más adelante estaría a punto de costarle la vida. Alegrementemente decidió no hacer caso de ella.

La determinación de Jack por destacar era devastadora. Buscó un puesto en el equipo de natación de Harvard en la especialidad de espalda. Pero una semana antes de que tuviera lugar una importante prueba, sufrió un fuerte ataque de gripe y hubo de ser hospitalizado en la enfermería de Harvard.

Jack tenía que la parca dieta de la enfermería (sus platos favoritos en la Universidad eran la sopa con crema, rosbif o filetes, patatas, zanahorias con manteca, helado y leche) no le proporcionaba la suficiente energía para las pruebas de natación. Así, Jack pidió a Macdonald que le introdujera de contrabando filetes y leche malteada para conservar su vigor. Luego, ayudado por su compañero de habitación, solía escabullirse de la enfermería por las tardes y, a despecho de la alta fiebre, se entrenaba en la piscina de natación cuando no había moros en la costa.

Pero a pesar de estos planes tan elaborados, Jack no pudo ganar un puesto en el equipo que tomaría parte en la competición. Su lugar fue ocupado por su condiscípulo Richard Tragaskis, el que luego fue

famoso corresponsal de guerra y autor del escalofriante libro "Diario de Guadalcanal".

El entrenador de natación de Jack, Harold Ulen, recuerda vivamente al muchacho que intentó con tanto tesón formar parte del equipo:

"Era un estupendo muchacho, delicado y no demasiado fuerte, pero siempre daba todo lo que tenía —rememora Ulen—. Era hombre de equipo más que individualista, y tan modesto que solía esconderse cuando los fotógrafos de prensa se presentaban para obtener fotografías del equipo. A veces, cuando yo medía su tiempo con el cronómetro y la marca no le parecía satisfactoria, se quedaba un poco deprimido, pero nada más. Era de la clase de los que vuelven inmediatamente a la carga".

Durante sus dos primeros años en Harvard Jack prosperó sólo pasablemente en sus estudios. Sus calificaciones eran la "C de caballero" en la mayor parte de las asignaturas, pero una C de media en Harvard apenas basta para "ir tirando" y evitar complicaciones con las oficinas del decano.

Pero su latente capacidad no escapó a la aguda mirada de los profesores, uno de los cuales escribió por aquella época: "La preparación de Kennedy puede ser incompleta, pero su capacidad general debe ayudarlo. Es sorprendentemente capaz cuando se aplica al trabajo. Un muchacho recomendable".

Durante aquel período, la Universidad de Harvard se agitaba inquieta. Esto derivaba en gran parte de la depresión y de las reformas, debidas al "New Deal", del presidente Roosevelt, que comenzaban a hacerse sentir por toda la nación. Además el mundo estaba revuelto y el excitado cuerpo estudiantil seguía de cerca la nueva amenaza que había surgido contra la libertad mundial: el nazismo alemán y su jefe Adolfo Hitler.

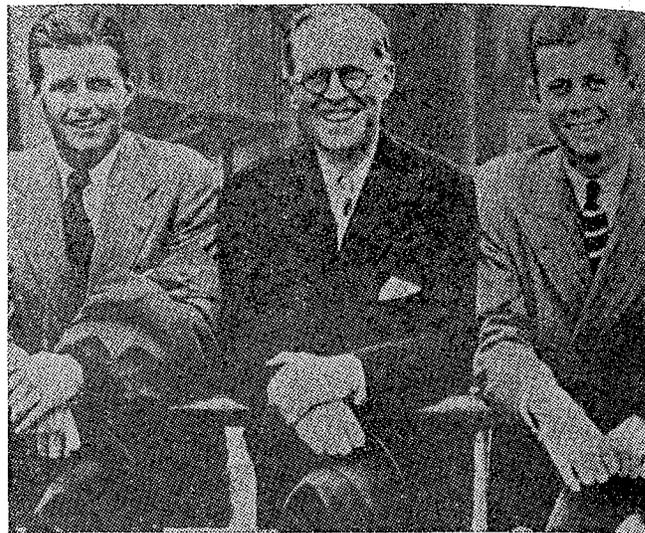
Pequeños clubs dedicados a una u otra causa política brotaban por toda la Universidad. Había grupos de extrema izquierda, grupos de extrema derecha y grupos de centro, pero todos demostraban un febril interés. Los estudiantes organizaban manifestaciones para expresar su indignación acerca de los acontecimientos mundiales, y a veces iban a parar a la cárcel por perturbar la paz. Era un tiempo en el que la juventud del país estaba dividida entre el pasado y el presente. Si el pasado había sido malo, pensaban los jóvenes, el presente era peor y el futuro podía ser calamitoso.

Es extraño, por consiguiente, que Jack Kennedy no se comprometiera con ninguno de estos recién nacidos grupos estudiantiles de protesta. Pero lo cierto es que no lo hizo y, como el historiador James MacGregor Burns señala escuetamente, "lo que el joven Kennedy no hizo en Harvard es más significativo que lo que hizo".

Jack limitó su colaboración a actividades más tradicionales en Harvard. Se destacó en el "Harvard Crimson", el influyente diario estudiantil de la Universidad, se afilió al Club Católico San Pablo y al Hasty Pudding (un club que representa todos los años una comedia musical por todo el país durante las vacaciones de Navidad) y se hizo miembro de uno de los más selectos clubs gastronómicos de la Universidad.

"Jack tenía la habilidad de formar parte de muchos grupos diferentes y de distintas tendencias —así explicaba las actividades de Jack en la vida universitaria uno de sus condiscípulos—. Estaba igualmente a sus anchas con los aficionados al atletismo y con el grupo más intelectual del Crimson. Tenía la facultad de poder participar en una amplia gama de actividades sin verse atado a ningún estrecho grupo".

Jack era querido por sus compañeros de clase y nunca mostró signo alguno de engreimiento por su riqueza y su posición como hijo de una persona famosa. Su compañero de habitación, Torby Macdonald, era hijo de un profesor de segunda enseñanza, pero esta diferencia de medios económicos nunca ejerció influencia en ninguno de los dos muchachos. La verdad es que el cuarto que los dos jóvenes compartían presentaba generalmente un aspecto como si acabara de pasar un ciclón por allí. Tenían la expe-



El Embajador Kennedy y sus dos hijos mayores: Joe Jr. (a su derecha) y Jack (a su izquierda).

ditiva costumbre de ponerse lo primero que veían por la mañana en el montón de ropa. Inevitablemente era una deformada chaqueta de "tweed", un pantalón caqui y unos mocasines.

"Una vez —cuenta muy complacido Macdonald a sus amigos—, Jack estaba cambiándose de ropa para salir y tiraba amontonadas en medio de la habitación las prendas que se quitaba. Le dije que se fijara en lo que hacía, porque estaba dejando el cuarto hecho un baratillo".

"¡No seas remilgado! —me dijo Jack—. ¿Qué crees que hay debajo de las cosas mías que estoy tirando así? ¡Las tuyas!".

"No se volvió a hablar del asunto".

Cuando Jack cumplió sus veintiún años entró en posesión del fideicomiso de un millón de dólares, pero en Harvard nadie se enteró.

En cierta ocasión que él y Torby llevaron a sus amigas a cenar en un restaurante caro de Boston, descubrieron con horror que no podían pagar la cuenta. Jack, hecho ya un millonario, no llevaba un céntimo encima. Su compañero de habitación sólo tenía ocho dólares, que eran insuficientes para salir del apuro. Los dos infelices hubieron de pedir dinero prestado a sus damas para no verse obligados a saldar la cuenta fregando platos.

## Inquietud en Europa

De regreso a Harvard en el otoño de 1938, Jack se pasó el invierno leyendo en los diarios las noticias del sombrío preludio de la guerra que amenazaba a Europa. En septiembre, parte de Checoslovaquia fue entregada a Alemania en un gesto de apaciguamiento del primer ministro británico Neville Chamberlain. Había pocas dudas de que Hitler planeaba conquistar Europa, toda Europa. Los perspicaces hombres de negocios norteamericanos estaban ya abandonando el continente para volver a su tierra, y esto incrementaba, como es natural, el trabajo en las Embajadas de los Estados Unidos en Europa. Leyendo las cartas en las que su padre le hablaba de los problemas con que se enfrentaba el personal de la Embajada, Jack se excitaba más y más. Se desesperaba por no poder contemplar con sus propios ojos la agitación que se extendía por Europa. Después de todo, él estaba estudiando Historia, arte de gobernar y política, y tenía una maravillosa oportunidad de contemplar de cerca los acontecimientos. Reuniendo todas sus razones, convenció a las autoridades de Harvard para que le dejaran pasar en Europa el resto de su segundo curso. En marzo de 1939, mientras las tropas nazis ocupaban

Checoslovaquia, Jack cruzaba el Atlántico para reunirse con su padre.

Era un época excitante. Jack tenía veintidós años, era apuesto, capaz y despierto. Allí, extendido ante su mente curiosa, estaba el cuadro de un mundo que se volvía loco. Encabezando el desfile iba un genio de la locura, Hitler. Y todavía más enloquecedora que él era la idea de que no se podía hacer nada eficaz para detener aquella locura. Dejando aparte la triste realidad de su coste en vidas humanas, la situación era de las que sólo se presentan una vez en la vida a la contemplación de un joven estudiante de Ciencias Políticas como Jack Kennedy. Cuando se reunió con su padre en Londres pudo comprobar alegremente que tendría no sólo una oportunidad de observar la situación, sino también de tomar parte en ella como diplomático.

La llegada de Jack alegró a su padre. Hacía tiempo que el embajador Kennedy se había dado cuenta de que para cumplir satisfactoriamente sus deberes debía informar a Washington de los acontecimientos en Europa con todo detalle. Necesitaba, como se dice en la jerga periodística, buenos sabuesos, periodistas de calle y corresponsales con agudos ojos y oídos. Sus dos hijos Joe y Jack demostraron sus excelentes dotes como corresponsales.

En Londres, en 1939, Jack recibió instrucciones de su padre e inmediatamente se fue a pasar la primavera en París, donde trabajó a las órdenes del embajador William Bullitt. Algunas de sus misiones fueron importantes, mientras que otras eran de mero trámite. Durante la primavera y el verano visitó Polonia, Rusia, Turquía y Palestina.

En el curso de aquellos viajes, Jack envió a su padre extensos informes de todo lo que vio y experimentó. Después de cada escala, el joven escribía y remitía al embajador en Londres un resumen de la situación tal como él la veía. Sus notas contenían puntos de vista sorprendentemente serenos y objetivos sobre los diferentes problemas, y fueron de gran utilidad para el embajador Kennedy.

Con el instinto de un periodista para informar totalmente de una situación, Jack hablaba con representantes de diversos grupos políticos para captar los diferentes aspectos de las cuestiones. Cuando estuvo en Varsovia, por ejemplo, se entrevistó tanto con periodistas como con diplomáticos y, además, con una "infinidad de polacos, ricos y pobres", en un esfuerzo por comprender la disputa entre polacos y alemanes acerca del pequeño territorio fronterizo de Dantzig. Su informe a su padre contenía una firme conclusión: "Probablemente, la impresión más fuerte que he recibido es la de que, con razón o sin ella, los polacos "lucharán" por la cuestión de Dantzig", escribió. No muchos meses después, la opinión de Jack se reveló exacta.

En Rusia, Jack obtuvo una impresión de primera mano sobre la vida comunista. Rusia, un gigante industrial dormido, apenas había empezado a dar sus primeros pasos adelante. Luego el joven Jack recordaría a la Unión Soviética como un "país tosco, atrasado e irremediamente burocrático".

Jack visitó también la península de Crimea, donde se embarcó para visitar Estambul. De allí se dirigió a Jerusalén, desde donde envió a su padre un informe sobre la delicada cuestión de las relaciones entre ingleses, árabes y judíos, en el que se manifestaba de acuerdo en lo fundamental con la política británica.

En conjunto, aquella fue una época trascendental para Jack.

Sólo una semana antes de que estallara la guerra, Jack terminó un viaje a Egipto y regresó a Berlín, donde residió en la Embajada de los Estados Unidos.

El teléfono de la Embajada había sido desconectado y todas las bombillas eléctricas habían sido retiradas. De pronto, el encargado de Negocios de Norteamérica, Alex Kirk, rogó al joven Kennedy que le acompañara a un lugar reservado y habló en voz bajísima a Jack, que se inclinaba para estar seguro de que no perdía una sola palabra.

"John —susurró Kirk—, debe llevar este mensaje a su padre. Dígame que se ha fijado ya la fecha en

que empezará la guerra. Los nazis avanzarán tres días después del aniversario de la batalla de Tannenberg, que es el 27 de agosto. Máchese de Alemania ahora mismo, antes de que le localicen".

Jack salió de Berlín inmediatamente, con el secreto guardado en su memoria. Llegó a Londres con el tiempo justo de transmitir el mensaje a su padre. Porque, como Kirk había anunciado, los nazis estaban listos para declarar la guerra. El primero de septiembre de 1939, cinco días después del aniversario de la batalla de Tannenberg, los alemanes invadían implacablemente Polonia.

## Por qué Inglaterra dormía

En septiemzbe de 1939, unas semanas después de que Alemania invadiera Polonia, Jack regresó a Harvard para cursar su último año de carrera. La atención de todo el mundo se centraba en la hirviente caldera de la Europa desgarrada por la guerra. La gira de Jack por las capitales del continente como ayudante de su padre le había proporcionado una clara opinión sobre la crisis europea. Pronto descubrió que se había convertido en una especie de celebridad entre los universitarios de Harvard. "Aquí me consideran casi un adivino", escribió a su padre, que se encontraba aún en Europa.

Pero no fue éste su único descubrimiento. Su observación de Europa en llamas despertó en él un interés inmediato y una verdadera fascinación por las clases de Economía Política. Avidamente se matriculó en los cursos de gobierno y economía como asignaturas adicionales. Escribió editoriales para el "Crimson". Arrastrado por su creciente interés, sus calificaciones subieron a B. Y más importante todavía: se dio cuenta otra vez, y de una manera más intensa, que estirar los músculos de una aguda inteligencia podía ser tan divertido como flexionar los músculos de un cuerpo atlético. En pocas palabras, estaba aprendiendo. Y era para él un sentimiento estimulante percibir la fuerza y la percepción con que su cerebro podía aplicarse a un problema. Por primera vez en su vida, Jack estaba progresando de verdad en sus estudios. Con entusiasmo, se sumergió más profundamente en las complicaciones de su mundo intelectual.

Sus notas, cada vez más altas, le capacitaron para intentar graduarse con honores en Ciencias Políticas. Para poder optar a la graduación con honores, Jack hubo de escribir una extensa tesis. Se titulaba "Apaciguamiento en Munich", y era un estudio de aquel error capital de política exterior que había conducido a Inglaterra y a toda Europa a una sangrienta guerra.

Durante sus viajes por Europa, Jack había quedado fuertemente impresionado por las críticas contra Neville Chamberlain, el primer ministro británico. Fue Chamberlain el que se entrevistó en Munich con Hitler en 1938 y el que permitió a los nazis apoderarse de Checoslovaquia sin oposición alguna. La acción de Chamberlain evitó una inmediata guerra en Europa, pero apaciguando a Hitler dio a los alemanes una fuerza todavía mayor. Era evidente que aquella fuerza se volvería pronto y furiosamente contra Inglaterra.

Jack estudió el problema durante meses. Leyó viejos debates parlamentarios, minutas del Foreign Office y comentarios de la prensa británica. Finalmente redactó su tesis.

Al principio, la tesis de Jack se consideró como un mero trabajo de estudiante universitario. Empleaba palabras grandilocuentes y había fallos en su plan. Pero aunque el trabajo era débil en ciertos aspectos, en otros tenía insospechada fuerza e impacto. Kennedy era absolutamente imparcial cuando describía la crisis que se estaba desarrollando en Europa. Del mismo modo que opera un médico intentando hallar un tumor canceroso situado profundamente en el cuerpo del enfermo, Jack sondeaba la situación.

Con el mismo tono de imparcialidad, Kennedy presentaba su propio argumento. Trazaba analíticamente la fría reacción británica al rearme de Alemania. Afirmaba que fueron los grupos pacifistas, los

industriales preocupados sólo por sus intereses y los mezquinos partidos políticos los que motivaron que Inglaterra, en general, ignorase el amenazador desafío que venía del otro lado del Canal de la Mancha. Jack opinaba que el mundo había reaccionado con excesivo apasionamiento ante los problemas de Munich para poder ver la cuestión claramente. Chamberlain no cedió en Munich porque temiera al Ejército alemán. Fueron las fuerzas que había detrás de Chamberlain —la general apatía, la preocupación por el provecho y la seguridad, el pacifismo— las que forzaron a Chamberlain a hacer lo que hizo... "los que critican (a Chamberlain) —escribía Jack— han estado disparando sobre un blanco equivocado. El pacto de Munich en sí mismo no debe ser el objeto de las críticas, sino más bien los factores subyacentes, tales como el estado de la opinión inglesa y la situación de los armamentos británicos, que hicieron la rendición inevitable".

Uno de los puntos más inquietantes de la tesis de Jack era aquel en que afirmaba que las naciones democráticas, como Inglaterra y los Estados Unidos, no podrían hacer frente a las duras exigencias de la guerra sin convertirse a su vez en Estados totalitarios. Un Gobierno democrático, sujeto a la voluntad del pueblo, se mueve despacio. La falta de fuerza de la Inglaterra de entonces daba peso a su argumento. Como contraste, la rápida fuerza del nazismo, que exigió la máxima e inmediata acción de la industria alemana, pudo construir una ingente máquina de guerra en poco tiempo. Era un juicio desapasionado.

Además, el joven Jack veía el reto con que se enfrentaban los Estados Unidos. Norteamérica debía rearmarse tan rápidamente como fuera posible, declaraba, si tenemos que salvar la democracia americana. América sólo podía salvarse por la fuerza y no debía permitirse a sí misma el caer en la trampa de la apatía que casi había estrangulado a Inglaterra. A través de toda la obra de Jack se traslucía el tema del sacrificio ciudadano. El pueblo en la democracia debe ayudar voluntariamente al Gobierno durante los tiempos de crisis: debe pensar en lo que puede hacer "por" el Gobierno en vez de pensar en recibir "del" Gobierno. Veinte años después, Jack volvería a interpretar este tema en tono mayor, en un intento de reagrupar al pueblo norteamericano en otra época de crisis.

Al iniciarse la primavera de 1940, al mismo tiempo que Jack entregaba su tesis para que fuera calificada por los profesores de Harvard, los acontecimientos de Europa demostraban la exactitud de muchos de sus argumentos. El moderno Ejército alemán, equipado con tanques nuevos y bombarderos en picado, barría una Europa mal preparada, como una guadaña mortal.

Aparentemente nada podía resistir el avance de la horda nazi. Holanda y Bélgica se derrumbaron a los primeros golpes. Francia, con su Línea Maginot —la pretendida defensa perfecta—, iba a ser la víctima siguiente. Aquel vasto dispositivo francés de casamatas de cemento erizadas de cañones de gran calibre y ametralladoras y enlazadas por túneles subterráneos por los que enteros batallones podían marchar según las necesidades del momento, cayó como fácil presa del Ejército alemán mecanizado. Los carros de combate alemanes rebasaron el flanco del sistema defensivo francés y las ametralladoras y cañones franceses, preparados para combatir contra un enemigo que atacase de frente, fueron flanqueados, desarticulados y reducidos a la impotencia. Se derrumbó la confianza de los franceses en su soberbio Ejército. Y Francia se rindió a Alemania.

Sólo Inglaterra seguía luchando. El Ejército británico fue acorralado contra el mar en Dunkerque. Millares de embarcaciones —vaporcitos para excursionistas, transbordadores, barcas de vela y yates de placer— zarparon de Inglaterra para salvar a los soldados ingleses de una completa aniquilación. Milagrosamente, la operación de salvamento tuvo éxito y el Ejército británico fue conservado para luchar en otra ocasión.

La suerte de Inglaterra era dudosa. El peligro era tan grande que a veces parecía como si ella tam-

bién fuese que sucumbir. Sólo el indomable espíritu británico, estimulado y enaltecido por Winston Churchill, mantenía a Inglaterra viva en su momento de crisis.

Y así, mientras Jack Kennedy se graduaba en Harvard con toda la pompa y espectacularidad tradicionales en los fines de curso de aquella Universidad, Europa estaba en llamas. La tesis de Jack, que describía el trasfondo político de la conflagración, fue bien recibida. Se graduó "cum laude" en Ciencias Políticas y su tesis fue declarada "magna cum laude". "Dos cosas he sabido siempre acerca de ti —le telegrafaba el embajador Kennedy muy orgulloso—: la primera, que eres listo, la segunda, que eres un chico estupendo. Con cariño. Papá".

A primeros de aquel año, animado por la buena recepción que había tenido su tesis, Jack intentó que alguna editorial se la publicara. El embajador Kennedy estuvo de acuerdo en que tal publicación sería aconsejable, y a partir de entonces se cruzó una voluminosa correspondencia entre padre e hijo acerca de algunos puntos.

El padre creía que, en ciertos aspectos, Jack había ido demasiado lejos al librar de responsabilidad a los políticos ingleses por la debilidad de su nación en tiempos del pacto de Munich. Con una buena dosis de sinceridad, el embajador decía que, aunque Jack podía censurar al pueblo británico en general por no preocuparse, no podía absolver a los políticos de "toda" la responsabilidad. Después de todo, afirmaba el embajador, un político debe hacer algo más que limitarse a escuchar los pensamientos del pueblo. "El político, se supone que ha de cuidar del bienestar nacional —escribía a Jack— y ha de intentar educar al pueblo"... Jack aceptó muchos de los consejos de su padre cuando redactó de nuevo la tesis para publicarla en forma de libro.

Si algunas de las líneas maestras de pensamiento fueron aportadas por el embajador, la mayoría de ellas eran de la cosecha del joven Jack, quien implacablemente aplicaba sus enseñanzas a su país. "Decir que la democracia se ha despertado por los acontecimientos de las últimas semanas no es suficiente —escribe Jack—. Cualquiera persona se despertaría si su casa estuviera ardiendo. Lo que necesitamos es una guardia armada que despierte al primer disparo o, mejor, que no permita que haya disparo alguno".

"Debemos aprovechar la lección de Inglaterra y hacer que nuestra democracia funcione. Necesitamos que funcione bien ahora. Cualquier sistema de gobierno funciona cuando todo va bien. Pero es el sistema que funciona en los momentos de apuro el que sobrevive".

Las palabras eran imperiosas y su significado implicaba una mesurada invitación a la prisa. El tema era de actualidad y Jack disponía de observaciones de primera mano para apoyarlo. El mensaje era claro para todos los que lo leyeron. Los Estados Unidos iban hacia la guerra. Probablemente no se podría evitar la tragedia. Pero las causas de la guerra, la blandura y la laxitud del Gobierno británico, debían ser comprendidas y había que precaverse contra ellas en el futuro.

Jack tituló su libro "Por qué dormía Inglaterra". Fue un éxito inmediato y se situó de la noche a la mañana en la lista de libros más vendidos. Era una verdadera hazaña para el primer libro de un autor de veintitrés años. El embajador Kennedy envió ejemplares a la reina de Inglaterra, al primer ministro Churchill y al antiguo maestro de Economía de su hijo, profesor Laski. En una carta, el embajador decía a su hijo: "Verás con sorpresa que un libro que causa verdadero impacto entre la gente importante te situará en magnífica posición en los años por venir... "No hay duda que te has hecho mucho bien a ti mismo".

Si Jack Kennedy estaba haciéndose mucho bien a sí mismo, como escribía su padre, no podía decirse otro tanto de éste en relación con su propia carrera. El embajador Kennedy, expuesto entonces al brutal bombardeo de Londres por los alemanes, reforzó su

actitud contraria a la entrada de Norteamérica en la guerra.

"Si ustedes estuvieran tan cerca de la guerra como yo —dijo a los periodistas—, si ustedes pudieran ver lo que las bombas han hecho a Londres y a las gentes que han tenido que permanecer en la ciudad, comprenderán por qué digo que ésta no es nuestra guerra".

En mensaje tras mensaje enviados al presidente Roosevelt, el embajador Kennedy repetía sus opiniones. Norteamérica debía abstenerse de entrar en el conflicto y debía armarse para su propia defensa.

El embajador Kennedy creía que gran parte de Europa caería bajo el régimen comunista. En esta predicción demostró que estaba en lo cierto. Mientras contemplaba cómo el "blitz" alemán aplastaba a Londres, decía al Presidente que sería inútil ayudar a Inglaterra. Su causa, en su opinión, estaba perdida. Fue una de las pocas ocasiones de su vida en que Joseph P. Kennedy estuvo completamente equivocado.

No mucho después de la aparición del libro de Jack, los puntos de vista del embajador Kennedy acerca de la situación inglesa fueron publicados en un diario de Boston. En una entrevista que creyó no destinada a la publicación, habló francamente de sus temores sobre el futuro de la democracia en Inglaterra. Cuando la entrevista fue recogida por los periódicos de todo el mundo, la utilidad del embajador Kennedy como representante diplomático estaba destruida. No podía hacer otra cosa sino dimitir. Y esto fue lo que hizo.

## La calma antes de la tempestad

En el verano de 1940, cuando el mundo se dirigía irrevocablemente hacia el desastre, los Kennedy parecían deseosos de apurar los últimos meses de paz. Instintivamente se daban cuenta de que aquello era el fin de la niñez dorada de una fabulosa familia y, al mismo tiempo, el fin de la niñez dorada de una fabulosa nación. Dentro de unos meses, la familia y la nación tomarían los arreos de la guerra, no como niños, sino como adultos, resueltos a cumplir su misión. El triunfo en la guerra, sin embargo, no suponía para ellos un retorno a la niñez: era un mundo complejo, acosado, cruel y adulto el que esperaba a los Kennedy y a Norteamérica al otro lado del arco iris de 1945.

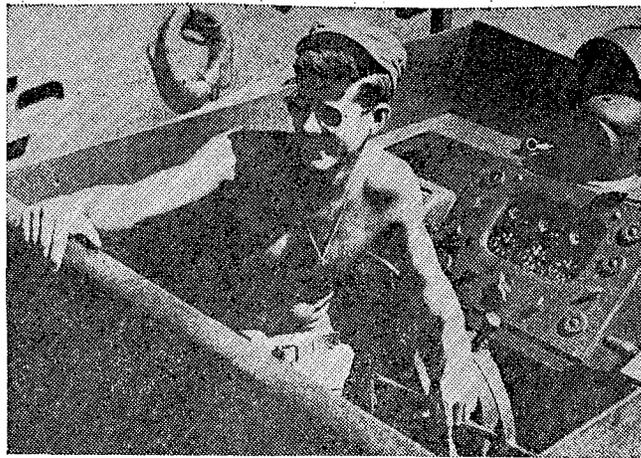
En aquellos días de 1940 rivalizaban fieramente en Hyannis Port en fútbol, en tenis, en navegación a vela, en todo. Y siempre, a medida que los Kennedy luchaban, crecían colectiva e individualmente. Se transmitían el uno al otro la fuerza y la confianza que necesitarían en los años siguientes. Mientras se perrechaban para un incierto futuro, casi se podía percibir el pensamiento que se ocultaba bajo el vigor y vitalidad de los Kennedy: "por ahora es bueno estar vivos".

El magistrado William O. Douglas, del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, describía la apiñada vida de los Kennedy de esta manera:

"La mayor parte de los jóvenes, cuando crecen, buscan su principal estímulo y sus principales intereses fuera del hogar, pero los Kennedy encontraron estas cosas en su propio círculo de familia... Era un hogar estimulante, un sitio donde se estaba bien, lleno de diversiones y juegos y de encantadora conversación. Era difícil para ellos encontrar algo tan fascinante fuera de casa. Por esto están tan unidos unos a otros y tan confiados".

Más tarde, Joseph E. Dineen, un veterano periodista político de Boston, diría de los Kennedy lo siguiente:

"Los hijos e hijas de Joseph P. Kennedy no están interesados en el dinero "per se". Cada uno de ellos es millonario; su padre cuidó de esto hace años, cuando estableció los fideicomisos a sus nombres. Fueron preparados desde la niñez para las funciones públicas, y su confesado y decidido propósito es hacer el mayor bien posible con su dinero mientras ellos es-



Al timón de la lancha torpedera PT-109.

tén aquí. Un Kennedy no puede medir su éxito por la cantidad de dinero que gana. La única medida válida en la familia es: "¿Qué has realizado?".

El idílico verano acabó demasiado pronto. Cuando llegó el verano siguiente, Joe se había alistado en la Marina como cadete de aviación.

Jack, que había proyectado continuar sus estudios en la facultad de Derecho de Yale, cambió de idea y se marchó a la costa occidental para estudiar la técnica de la dirección de empresas en la universidad de Stanford durante seis meses. Luego, deseoso de volver a viajar, realizó un largo periplo por América del Sur. Cuando regresó, la guerra se estaba aproximando a Norteamérica y Jack Kennedy se dispuso a alistarse en las fuerzas armadas.

Significativamente, mientras Joe había entrado con facilidad en la Marina, Jack hubo de superar un obstáculo de categoría antes de poder hacerlo. Mas para Jack, como característica propia, un obstáculo era sólo algo para ser vencido.

Primeramente quiso alistarse en la Aviación, pero sabía que la lesión en la espalda que había sufrido jugando al fútbol americano en Harvard le descalificaría. Luego quiso entrar en el Ejército, pero fue rechazado porque los médicos creyeron que su espalda no podría resistir la tensión a que está sometido un combatiente de Infantería.

Para un Kennedy, verse imposibilitado de aceptar un desafío por insuficiencia física fue una amarga experiencia. Bajo la dirección de monitores de preparación física, Jack pasó cinco meses de rigurosos ejercicios para fortificar su espalda. Finalmente, obtuvo un destino en la Marina.

Al principio, Jack fue asignado a un puesto en el servicio de información, que consistía en estar sentado detrás de una mesa en Washington. Y estar detrás de una mesa en Washington no correspondía a la idea que se había hecho Jack acerca de cómo debe lucharse en una guerra. Puso en juego toda su influencia —y la de su padre— para lograr que le destinaran a un puesto de combate.

A fines de 1942, Jack vio realizada su ambición cuando se le designó para seguir un curso de instrucción en la Escuela de Lanchas Torpederas de Patrulla. Durante seis meses aprendió todos los problemas relativos al manejo de uno de esos acometedores y peligrosos barquichuelos.

Nada podía haber sometido su lesionada espalda a una prueba más dura. Las endebles embarcaciones —que en lo relativo a la protección confiaban antes en la velocidad que en el blindaje— cruzaban las olas a velocidades de cincuenta millas por hora, sacudiendo, zarandeando y descoyuntando a sus tripulaciones con fuerza implacable.

En la escuela de lanchas PT, el joven Jack representaba una fuente de confusión para sus compañeros los oficiales. Medía seis pies de altura, pero era fla-

co como un palillo y rápidamente se ganó el apodo de "Shafly" por su ligera constitución física. Su pelo, castaño, caído sobre la frente, le daba un aspecto extremadamente juvenil, pues representaba mucho menos de los veinticinco años que tenía. Varias veces, cuando vestía de paisano, le confundieron con el hijo de algún oficial o le tomaban por un nuevo tipo de recluta. En ocasiones, el error lo cometían personas que luego se enteraban, muy a su pesar, de que el joven Kennedy iba a ser su instructor en la técnica de manejar lanchas PT.

Si Jack tenía dificultades para dárse las de lobo de mar ante sus compañeros de la Marina mientras

estaban en tierra, en cambio no tenía ninguna cuando las embarcaciones se hacían a la mar. Cuando se aproximaba el fin de su período de instrucción, sus superiores le calificaron como casi perfecto en el mando de los barcos y "muy animoso y consciente".

A primeros de 1943, Jack embarcó en San Francisco para unirse al gran asalto por tierra, mar y aire contra el Japón, que se estaba preparando en el Pacífico meridional. Jack fue destinado a una base situada en la isla de Rendowa, al Sur de Nueva Georgia. Pronto fue nombrado comandante de su lancha, la "PT-109", teniendo a su mando dos oficiales y diez hombres de tripulación.

## GUERRA

### El sabor de la muerte

La "PT-109" se enfrentó con un duro servicio. Su comandante, el subteniente John F. Kennedy, la condujo a lo largo y a lo ancho de las aguas de las islas Salomón, hundiendo embarcaciones de desembarco japonesas y castigando las instalaciones costeras. Era un servicio peligroso, pero el hábil mando de Kennedy sobre aquella lancha de 25 metros de eslora hizo que la tripulación casi creyera que su débil buque era indestructible.

Por agosto de 1943, Kennedy había pilotado la "PT-109" en treinta misiones de combate, y él y su flotilla tomaron parte en el contraataque norteamericano contra las fuerzas japonesas atrincheradas alrededor de la isla de Nueva Georgia, en el Pacífico meridional. La lancha había participado en fieros combates, haciendo frecuentes equilibrios sobre el delgado filo que separa el peligro de la muerte, pero Kennedy, su tripulación y la "PT-109" habían salido indemnes.

La misión número treinta y uno fue diferente. Kennedy estaba al timón de la lancha, en el pequeño puente abierto situado cerca de la proa. Para que el movimiento de la lancha fuera silencioso, la máquina central de la "PT-109" marchaba a poca velocidad, las otras dos máquinas estaban en punto muerto. Todos los tripulantes se hallaban en sus puestos de combate, forzando sus ojos en busca de objetivos enemigos escondidos en la cerrada negrura de la noche.

Muy cerca, aunque el subteniente Kennedy y sus hombres no se habían dado cuenta, estaba el destructor "Amagiri", de la Marina imperial japonesa. En el puente del destructor, el capitán Kohei Hanami también escrutaba las tinieblas de la noche. Su buque había sido acosado todo el día por los aviones norteamericanos y ahora el capitán estaba preocupado por las omnipresentes lanchas PT norteamericanas. De pronto, Hanami vio una lancha PT moviéndose lentamente a menos de media milla de distancia.

—¡Diez grados a estribor! —gritó Hanami al timonel, y el destructor viró ligeramente a la derecha.

En la lancha PT, el comandante Kennedy y su tripulación maldecían la negra noche que ocultaba al enemigo a sus ojos. De pronto, un vigía gritó:

—¡Buque a las dos! ¡O sea, 60 grados a estribor).

Kennedy, sobresaltado, vio el rápido y siniestro destructor precipitándose sobre su lancha.

Apretó el botón de alarma general y exclamó:

—¡Toca zafarrancho de combate!

Al mismo tiempo, Kennedy hizo señal al maquinista para que pusiera a toda velocidad adelante los dos motores parados. A proa, el alférez George Ross, que había estado escrutando las tinieblas con unos gemelos nocturnos, intentó febrilmente cargar una granada en el cañón de treinta milímetros que la tripulación había montado allí de manera provisional sobre un fuerte madero. Ross consiguió introducir la granada en el cañón, pero ya no pudo cerrar la recámara.

A treinta nudos, el destructor abordó la frágil es-

tructura de la lancha PT, la cortó limpiamente en dos y siguió adelante sin reducir la marcha. La "PT-109" se partió con un aterrador ruido de desvencijamiento y estalló en llamas.

Kennedy y el radiotelegrafista John Maguire fueron derribados sobre la cubierta de la lancha con fuerza formidable, y Maguire pudo oír a Jack que jadeaba a causa del dolor del golpe.

El destructor continuó su marcha adelante y desapareció en la negra noche. El capitán Hanami ordenó a las dotaciones de sus cañones que disparasen unas granadas sobre el buque naufragado, pero se desistió al ver que la lancha estaba ya en llamas por el incendio de la gasolina de alto octanaje que empleaban las máquinas de la lancha PT. La destrucción de la embarcación era completa. No debía de haber supervivientes, pensaron. Y también el joven Jack, cuando cayó sobre la cubierta, pensó: "Este es el sabor de la muerte".

Pero hubo supervivientes. Afortunadamente, la mitad de la lancha donde estaba Kennedy no se hundió en seguida. Cuando recuperó el aliento, Jack empezó a contar los supervivientes y vio que cuatro miembros de la tripulación estaban aferrados a los restos del naufragio. Gritó para saber si había vivo alguien más y oyó voces de contestación procedentes de otros seis hombres que flotaban en las aguas próximas. Uno de ellos, el maquinista Pat McMahon, había salido a la superficie entre las llamas, y su cara, manos y brazos habían sufrido graves quemaduras. Otro superviviente, el artillero Charles Harris, estaba junto a McMahon e intentaba ayudarlo. Pero Harris había resultado herido en una pierna a consecuencia del golpe y no podía moverla con la suficiente fuerza para nadar.

Harris gritó a Kennedy:

—¡Comandante! ¡Comandante! McMahon tiene graves quemaduras. ¿Puede usted echarle una mano?

Kennedy se lanzó rápidamente al agua y llegó en un par de minutos hasta donde estaban los dos hombres. Aferrando a McMahon, le remolcó hasta la parte de la PT que todavía flotaba, y los demás hombres subieron el herido a bordo. Luego Kennedy volvió a nadar para recoger a Harris.

Cuando llegó otra vez junto a Harris, Kennedy le sostuvo a flote mientras quitaba al herido su pesado jersey y sus zapatos. Luego le ayudó a endosarse de nuevo su chaleco salvavidas y empezó a empujarle hacia los restos de la lancha.

Pero la pierna herida de Harris comenzó a envararse y el hombre no podía nadar.

—Comandante —dijo—, no puedo nadar, me es imposible.

—Inténtelo —replicó Kennedy.

—No puedo ir más lejos —protestó Harris.

Kennedy le miró y dijo:

—Para ser de Boston está usted echándole mucho cuento a la cosa, Harris.

Harris intentó nadar y Kennedy le ayudó en su marcha. Pero les costó a los dos hombres una hora alcanzar el casco partido, porque éste derivaba empujado por la corriente y el viento.

La parte delantera de la "PT-109" tenía comparti-

mientos estancos que la conservaron a flote, y los once supervivientes estaban tendidos sobre aquel pecio, aturcidos y atemorizados. McMahon empezó a dolerse de sus quemaduras y Bill Johnston, otro maquinista, sufría náuseas por haber tragado mucha gasolina.

La situación era desesperada. Aquellos hombres no tenían víveres ni agua ni, lo peor de todo, medicamentos. El cielo ardía al Norte con los incendios de la guerra, pero en aquella negra franja de mar no se veían posibilidades de un rápido salvamento.

Lentamente se fue disipando la noche. Cuando las primeras luces grises de la incierta aurora mostraron que no había indicios de auxilio, les invadió la desalentadora idea de que debían de haberles dado por desaparecidos en combate.

La embarcación comenzó a escorar y a hundirse más profundamente en el agua. Por el Nordeste, Sur y Oeste había islas llenas de fieros soldados japoneses, entrenados para la lucha en la selva, que no mostrarían piedad hacia los norteamericanos.

¿Qué podían hacer ahora? La pregunta se formulaba con la mayor intensidad en la mente de Kennedy. La responsabilidad de salvar a su tripulación pesaba fuertemente sobre él.

—¿Qué desean ustedes hacer si los japoneses vienen sobre nosotros? —preguntó Jack a sus compañeros—. ¿Rendirse o luchar?

—¿Luchar, con qué? —preguntó uno de los hombres.

Era una pregunta difícil de contestar.

La tripulación sólo había podido salvar una metralleta Thompson, seis pistolas automáticas del calibre 45 y un revólver del 38. No eran muchas armas si había que luchar.

—Bien, ¿qué quieren hacer? —preguntó Kennedy otra vez.

—Lo que usted diga, mi subteniente —dijo alguien—. Usted es el jefe.

Kennedy meditó durante unos minutos y luego preguntó de nuevo las opiniones de la tripulación. Pero la discusión condujo a un debate acalorado y Kennedy se dio cuenta de que tendría que tomar él las decisiones que fueran necesarias.

El fragmento de casco en el que estaban tendidos se hundía ahora más rápidamente y Jack ordenó que todos, menos los heridos, se sumergieran en el agua. Luego el casco volvió la quilla al aire y Kennedy consideró que sería preferible abandonarlo y nadar hasta un islote que se divisaba a unas tres millas hacia el Sudeste.

Los náufragos estaban entonces a una milla de distancia de una gran isla ocupada por los japoneses y podían ver un campamento militar lleno de camiones y soldados. Por consiguiente, cuando Kennedy declaró que estaban derivando hacia aquella tierra, los hombres abandonaron sus refugio sin pensarlo dos veces.

Kennedy adoptó su decisión acerca de la necesidad de nadar para salvarse como la cosa más natural del mundo.

—Vamos al islote —dijo serenamente—. Tendremos que nadar para alcanzarlo. Que todo el mundo se agarre al madero. Yo me cuidaré de McMahon.

Cuando todos los náufragos se hubieron despedido del casco partido, Kennedy enganchó dos largas correas al chaleco salvavidas de McMahon, puso sus extremos entre sus dientes y empezó a nadar remolcando al herido.

Transcurrió una hora. Kennedy nadaba delante de los otros hombres aferrados al grueso madero que había servido para montar el cañón de 37 milímetros sobre cubierta. De vez en cuando, el comandante tenía que defenderse para recuperar el aliento y escuchar el agua que había tragado. Luego se ponía de nuevo en movimiento para defenderse al cabo de un rato, volver a nadar y pararse otra vez mientras preguntaba:

—¿Cómo está usted, McMahon?

Con lentitud desesperante el grupo avanzó oblicuamente hacia el islote. Después de cinco horas de continuo nadar, alcanzaron tierra. Kennedy ayudó

a McMahon a pasar sobre los arrecifes de coral, cuyas aristas produjeron hondos cortes a los dos herido al que había salvado se derrumbaron sobre la arena. En total, Kennedy había pasado en el agua casi quince horas seguidas.

Los supervivientes de la PT-109 se arrastraron sobre el atolón barrido por el viento y se tumbaron exhaustos bajo las palmeras. El crepúsculo caía y Kennedy quería volver a sumergirse en el canal para hacer señales a alguna lancha torpedera que pudiera cruzarlo en servicio de patrulla.

Kennedy explicó a la tripulación que las lanchas de su flotilla utilizarían el paso de Ferguson —situado sólo unas millas más allá de un islote próximo— y que él había proyectado nadar hasta el centro del paso. Una vez allí, sosteniéndose sobre el agua por el sistema de "hacer la bicicleta" (1), lanzaría señales luminosas en demanda de socorro.

Sin decir una palabra más, Jack tomó la linterna de la lancha, se endosó un chaleco salvavidas, se ató el revólver del 38 al cuello y se dirigió al agua arrastrando pensativamente los pies.

A la luz del ocaso nadó hacia el arrecife. De pronto notó que un gran pez pasaba sólo a unos metros de distancia.

¿Qué pensamientos debieron de cruzar por la cansada mente de Kennedy? ¿Qué dominio de sí mismo había de tener en aquella situación una persona que conocía las terribles historias que se cuentan de esos peces, las barracudas en forma de torpedo, que se deslizan bajo los hombres para cortarles las piernas a mordiscos?

Sin embargo, continuó su natación solitaria. Finalmente, se adentró en el paso de Ferguson. Allí, aterido y entumecido, hizo "la bicicleta" y balanceó la linterna con la esperanza de recibir socorro.

Pero ninguna lancha se presentó en el canal. Desanimado, y habiendo llegado al mismo límite de su resistencia, Kennedy emprendió el viaje de regreso.

Entonces descubrió que la corriente le era contraria y cada vez más intensa. Le pareció que la voluntad le abandonaba, su mente empezó a extraviarse, y derivó llevado por la corriente en estado casi de inconsciencia, sostenido a flote sólo por su chaleco salvavidas, pero todavía empuñaba la pesada linterna, que era su único medio para entrar en contacto con otros hombres vivos.

Entre tanto, en tierra, los hombres de Kennedy estaban preocupados por su comandante. Sabían los peligros que estaba afrontando en el canal y nadie se atrevía a hablar de ellos. Pero conservaban la esperanza de volverle a ver.

Los hombres establecieron turnos en espera de su regreso. Según el plan de Kennedy, si encontraba un barco, transmitiría con la linterna la señal "Roger". La tripulación le devolvería la señal "Wilco".

Pero cuando Kennedy vio que iba a pasar cerca de la isla, llevado por la corriente, dirigió la luz de la linterna una vez hacia sus hombres y gritó: "¡Roger, Roger!". Los hombres se encaramaron sobre el arrecife en un vano intento de recogerle cuando pasara impotente, llevado por las aguas.

La corriente arrastró a Kennedy toda la noche, describiendo amplios círculos y llevándolo a la deriva como un madero junto a unas islas, situadas al Norte y al Este, ocupadas por los japoneses. Y como un niño juguetero, le dejó libre de su abrazo a la mañana siguiente casi en el mismo sitio del paso de Ferguson donde le había capturado doce horas antes.

Una vez más, Kennedy se dirigió hacia tierra. Encaminándose hacia el arrecife, siguió su marcha a través del cortante coral, rasgándose los pies en la afilada y venenosa roca. Finalmente, se abrió paso hasta la isla, se arrastró por la pendiente de la playa sobre sus manos y pies, vomitando a causa del ago-

(1) "Hacer la bicicleta" en natación, consiste en nadar en posición vertical, con la cabeza fuera del agua y moviendo los pies, como si se marchara en bicicleta o se pisara el agua.

tamiento y del agua que había ingerido durante la noche. Cuando sus hombres le rodearon, Kennedy miró desde el suelo a su tercer oficial, el alférez George Ross, y dijo:

—Perfectamente, a usted le toca esta noche.

Y se desmayó.

De vuelta a su base, la flotilla de Kennedy había perdido todas las esperanzas de hallar a los 13 hombres de la PT-109. En realidad, no estaba programada la participación de la lancha en aquel servicio de patrulla. Pero un ataque aéreo realizado por los japoneses aquella tarde había inutilizado otras lanchas de la flotilla, y Kennedy y su tripulación, que iban a disfrutar de un día de permiso, tuvieron de pronto que volver a entrar en servicio.

En un solemne acto, los hombres de la base se reunieron para celebrar un servicio fúnebre en memoria de los hombres de la PT-109 supuestamente perdidos en la acción. Un oficial escribió una carta a la madre de uno de los compañeros de tripulación de Kennedy diciéndole que su hijo había muerto por una causa que consideraba "más importante que cualquiera de nosotros". La carta continuaba diciendo que el joven Kennedy, hijo del ex-embajador en Inglaterra, había perdido la vida en la misma operación.

## Los indígenas ayudan

Aquella noche, el alférez Ross nadó hasta el estrecho de Ferguson para acechar el paso de alguna lancha torpedera, como su comandante lo había hecho la noche previa. Pero su suerte fue tan mala como la de Kennedy.

En tierra, los hombres comenzaban a sufrir terriblemente de sed. No había agua dulce en la isla, ni siquiera cocos que se pudieran romper para beber su azucarada leche. Kennedy pasó despierto la mayor parte de la noche, enfermo y helado, preocupado del futuro.

Por la mañana, cuando Ross regresó, Kennedy decidió llevar a sus hombres a una isla más próxima al paso de Ferguson y donde tuvieran mejores posibilidades de ser salvados. Pensaba en un lugar algo mayor y con más árboles. Una vez más, el pequeño y cansado grupo se puso en marcha. Kennedy iba el primero, remolcando a McMahan por las correas del chaleco salvavidas, como hizo el primer día de su aventura. Los otros hombres se agruparon alrededor del grueso madero y empezaron otra vez a nadar.

McMahan estaba aún vivo. Pero sus quemaduras empezaban a enconarse y mostraban el inflamado aspecto que acompaña a la infección.

También Kennedy se hallaba en mal estado por entonces. Nadaba en cabeza, lenta y penosamente, como en una película tomada con cámara lenta. Sus pies estaban llenos de rasguños y terriblemente hinchados a causa de los cortes producidos por el coral, y de vez en cuando tenía que dejar de nadar para vomitar, pues sentía náuseas debidas al efecto del agua salada que estaba tragando.

Tres horas después, la macilenta tripulación llegó al fin a la nueva isla, y los hombres se arrastraron hasta tierra firme, donde les saludó el espectáculo de los coños maduros caídos sobre la arena. Rápidamente rompieron las cortezas y bebieron con avidez la deliciosa leche. Y con la misma rapidez, sus estómagos, que llevaban tres días sin recibir alimento alguno, se rebelaron contra la rica leche de coco, provocando, en los hombres, fuertes convulsiones estomacales. Algunos tenían tanta hambre que intentaron comer caracoles crudos, pero su sabor era tan horrible que el experimento acabó en seguida.

Aquella noche llovió a torrentes, y los hombres, en su delirio por beber agua fresca, lamían la que corría por los troncos y las hojas de los árboles. Pero a la siguiente mañana descubrieron la causa de que el agua de lluvia, que debía haber sabido dulce, tuviera un sabor tan amargo. La isla había sido utilizada como criadero por las aves, y toda la vegetación estaba cubierta por sus excrementos. Fastidiados, los hombres llamaron a aquel lugar la Isla de las Aves.

Aquella mañana inició el cuarto día de naufragio de los hombres de Kennedy. Las esperanzas de ser salvados estaban disipándose, y uno de los hombres, viendo el rosario que llevaba otro de la tripulación, le dijo:

—Maguire, da otra pasada a ese collar.

Maguire pasó sus dedos por las cuentas del rosario.

—Sí —dijo—, os tendré en cuenta a todos, muchachos.

No había aún indicios de buques o aviones norteamericanos. Un transporte japonés dio la vuelta lentamente al atolón, sin ver a los norteamericanos, ocultos entre la maleza. Los aviones japoneses volaban continuamente sobre la isla, pero los hombres se escondían de tal manera que los aviadores enemigos no pudieron localizarlos.

Kennedy meditaba en el futuro. Había estado contemplando otra isla, llamada Nauru, situada junto al paso, y decidió trasladarse a nado hasta ella. Su única esperanza era establecer una base lo más cerca posible del paso de Ferguson y desde ella hacer señales a alguna embarcación norteamericana.

Escogió al alférez Ross para acompañarle, y ambos iniciaron a nado la travesía de media milla hasta la isla de Nauru. Avanzando pulgada a pulgada, mientras sus músculos protestaban a cada momento del viaje, los dos hombres necesitaron más de una hora para alcanzar su destino. Una nueva playa de coral desgarró profundamente los pies de Ross y Kennedy, mientras cruzaban la isla medio caminando, medio arrastrándose. Esperaban a cada instante encontrar una patrulla de soldados japoneses.

Pero en vez de encontrar la isla ocupada por los enemigos, Ross y Kennedy descubrieron sólo los restos abandonados de una lancha de desembarco japonesa que había naufragado allí. Buscando en el casco encontraron un barril de agua y algunas galletas rancias de munición. Los dos se dieron un banquete con el primer alimento de verdad que habían tomado desde que naufragó la PT-109.

Otra vez los hombres permanecieron despiertos toda la noche vigilando las aguas por si pasaba alguna lancha norteamericana. Y otra vez los buques no se dejaron ver.

A la mañana siguiente, Kennedy recorrió la isla y encontró una canoa hecha con un tronco vaciado, capaz para un solo hombre, oculta por algún grupo de nativos bajo las palmeras. Encantado con el descubrimiento, remó en la canoa hasta el paso aquella noche, pero, una vez más, no pudo encontrar ningún buque de salvamento.

Abrumado por la mala suerte, Kennedy remó en solitario hasta la isla donde estaba escondido el resto de sus hombres, llevándoles como un magnífico regalo el barrilito de agua y las galletas de munición.

Pero al volver a Nauru, Kennedy se encontró metido en nuevos apuros. De pronto, su débil embarcación zozobró ante la embestida de una súbita tormenta tropical, y Jack se encontró solo en medio del chubasco. Afortunadamente, un grupo de indígenas amigos que pasaban por allí en su canoa de guerra divisaron al joven comandante que luchaba contra las olas, le recogieron y le llevaron a Nauru. Cuando Ross, desde su escondite en la isla, vio que los primitivos indígenas, que lucían huesos afilados atravesándoles las narices, transportaban a Jack hasta la tierra firme, creyó que su comandante estaba moribundo; tan malo era su aspecto.

Durante largo rato, Kennedy y Ross intentaron hablar con los indígenas en el inglés chapurreado que se emplea en China, y que es también el lenguaje universal en el Sur del Pacífico, pero fue inútil. Los indígenas no comprendían. "Rendowa, Rendowa, Rendowa", decían continuamente los dos naufragos. "Americanos, americanos, americanos".

Al fin, Kennedy cogió una corteza lisa de coco y garrapateó en ella con su cortaplumas el siguiente mensaje:

"Once supervivientes, el indígena conoce posición y arrecifes isla Nauru. Kennedy".

Luego, entregando la corteza a uno de los indíge-

nas, Kennedy exclamó otra vez: "Rendowa, Rendowa, Rendowa", el nombre de la base donde estaban estacionadas las demás lanchas PT de la flotilla.

Uno de los nativos comprendió al fin y explicó a los demás de su partida lo que deseaba Kennedy. Antes de marcharse, los indígenas enseñaron a los dos norteamericanos el lugar donde podían encontrar una canoa de dos plazas. Luego, después de mucho hablar entre ellos, los indígenas embarcaron en su canoa de guerra y partieron en dirección a Rendowa. Contemplando cómo los nativos se alejaban, Kennedy y Ross se sentaron y se durmieron.

Kennedy y Ross permanecieron tumbados todo el día, exhaustos, en la playa, pero cuando la noche se aproximaba, Kennedy decidió que debían intentar una vez más entrar en contacto con la Marina.

Treparon hasta el lugar donde los nativos les habían dicho que estaba la canoa de dos plazas, y la pareja se adentró en el paso de Ferguson en cuanto cayó la noche. De pronto, el viento cambió de dirección y los dos se encontraron en medio de un ululante chubasco. Las olas barrieron la débil embarcación, la cual zozobró. Por tercera vez, Kennedy se veía en el océano nadando para salvar la vida.

Durante dos horas, los hombres lucharon contra una peligrosa corriente producida por la marea que amenazaba arrastrarlos a alta mar. De nuevo su objetivo era volver a Nauru.

—Siento haberle metido en ésta, Barney —gritó Kennedy entre el rugir del viento.

—Ahora sería una estupenda ocasión para decirle que va se lo advertí —aulló Ross—, pero no quiero hacerlo.

El par de oficiales siguieron nadando hasta que finalmente oyeron el ruido de las olas rompiendo contra el arrecife. Kennedy notó que una gran ola le desprendía de la canoa, a la que se había mantenido fuertemente aferrado hasta entonces y le zarandeaba arriba y abajo en sus violentas corrientes. Difícilmente podría imaginarse nada más peligroso, y Kennedy esperaba a cada momento verse golpeado con fuerza mortal contra el arrecife coralino y sus rocas afiladas como cuchillos. Milagrosamente fue depositado en tierra dentro de un pequeño remolino que hacía girar suavemente el agua a su alrededor. Pero Ross no fue tan afortunado. La misma ola que había depositado a Kennedy con tanta suavidad en tierra, golpeó fuertemente a Ross, que recibió profundos cortes en un brazo y un hombro.

En su marcha hacia la playa, Kennedy tuvo que ir extendiendo los remos de la canoa uno tras otro para que Ross pudiera, caminando sobre ellos, cruzar el coral con sus lacerados pies. Cuando llegaron a la arena se derrumbaron otra vez, exhaustos, y se durmieron.

Mientras los dos hombres descansaban, su penosa prueba estaba tocando a su fin. Cuando se despertaron a la mañana siguiente, cuatro indígenas estaban a su lado.

Uno de los nativos, hablando en un inglés impecable, contempló a Kennedy y dijo:

—Tengo una carta para usted, señor.  
Kennedy abrió el sobre y leyó:

"Al servicio de Su Majestad. Al oficial superior. Isla de Nauru".

"Acabo de enterarme de su presencia en la isla de Nauru. Estoy al mando de una patrulla de infantería neozelandesa que opera en Nueva Georgia. Le aconsejo encarecidamente que venga aquí con los nativos. Entre tanto, estaré en comunicación por radio con sus autoridades, y podemos ultimar planes para rescatar el resto de su fuerza. Teniente Wincote".

El socorro no podía llegar en momento más oportuno. El brazo de Ross se había hinchado hasta adquirir el tamaño de un muslo a causa de un envenenamiento producido por el coral, y las quemaduras de McMahon se habían infectado peligrosamente.



El Teniente Kennedy felicitado por el Capitán F. L. Conklin, en Boston, 1944, por la condecoración recibida por heroísmo en acción desarrollada en el Pacífico del Sur.

Los dos necesitarían tratamiento médico en el plazo de dos horas.

Kennedy trepó a la canoa de los indígenas. Se tumbó en el fondo del débil barquichuelo, y los nativos se aseguraron de que no podría ser visto desde los aviones japoneses cubriéndole con hojas de palmera. Así iniciaron el largo viaje hacia donde estaba la patrulla neozelandesa de Nueva Georgia.

Aquella noche, al fin, Kennedy pudo entrar en contacto con una lancha de patrulla norteamericana en un determinado punto de reunión. Oyó cuatro disparos que venían de algún lugar del océano y disparó otros cuatro como contestación. Súbitamente, una lancha torpedera se deslizó al costado de la canoa, y manos amigas subieron a Jack a bordo.

Pocas horas después, navegando por bajíos y canales bajo la dirección de los nativos, la lancha y Kennedy llegaban a la Isla de las Aves para recoger el resto de su tripulación. Y luego zarparon en dirección de la base.

Durante el viaje de vuelta, uno de los hombres de Kennedy, reconfortado con un poco de brandy medicinal, fue a sentarse a proa de la lancha torpedera junto a dos de los indígenas que habían participado en el salvamento y que evidentemente habían recibido instrucción de los misioneros. Jack Kennedy, exhausto pero feliz, miraba desde la borda cómo aquellos tres hombres, estrechamente abrazados, cantaban un himno religioso que aprendieron siendo niños a más de diez mil millas de distancia unos de otros:

"Jesús me ama, yo bien lo sé,  
porque la Biblia así lo dice.  
Los pequeños le pertenecen.  
Ellos son débiles, pero El es fuerte.  
Sí, Jesús me ama, sí, Jesús me ama"...

Precisamente en el momento en que Jack era salvado, su familia recibía un triste telegrama que rezaba:

"El Secretario de la Marina lamenta informarle que el subteniente John Fitzgerald Kennedy ha sido dado por desaparecido en acción de guerra".

El regreso de Kennedy a Rendowa fue celebrado con entusiasmo. Los relatos de los supervivientes sobre los incesantes esfuerzos de Kennedy para encontrar ayuda se difundieron rápidamente por toda la base. Jack fue condecorado con el Corazón Púrpura y la Medalla de la Marina. El almirante William F.

Halsey firmaba la mención, en la que, entre otras cosas, se decía:

"Su valor, resistencia y excelente mando contribuyeron al salvamento de varias vidas, de acuerdo con las más altas tradiciones del Servicio Naval de los Estados Unidos".

El resto de la guerra fue una prolongada angustia para Kennedy. Antes que aceptar un traslado a los Estados Unidos cuando su primer turno de servicio estuvo cumplido, se prestó voluntariamente a realizar un segundo turno en el Pacífico meridional. Pero contra la malaria y su peso, que siempre había sido bajo, descendió alarmantemente a 57 kilos. Estaba casi veinte kilos por debajo de su peso normal, y sus amigos de la Marina, que seguían llamándole "Flecha", le miraban con inquietud. La malaria le daba un aspecto terriblemente enfermizo, como si sufriera desnutrición. Y lo peor de todo era que su espalda, lesionada en la colisión con el destructor, le dolía cada vez más.

## La muerte de Joe

Jack pasó los primeros meses de 1944 en el hospital naval de Chelsea. Luego, en agosto, llegaron noticias de que Joe Jr. había muerto combatiendo en los cielos de Europa. Esta vez el telegrama que la familia Kennedy recibió decía: "muerto en acción". El mensaje era terriblemente definitivo y la familia quedó sumergida en honda tristeza.

Jack se enteró de la muerte de Joe estando aún en el hospital.

La muerte de su hermano mayor le conmovió hasta lo hondo del alma. Había querido y admirado a Joe, había rivalizado y luchado con él siendo niño. Fue el belicoso Joe quien dio a Jack estilo e impulso, y fue en la personalidad de Joe donde Jack encontró cosas que emular y que rechazar. Joe fue en realidad el yunque sobre el que se forjó el alma de Jack. Joe era sociable, muy seguro de sí mismo, de temperamento rápido y con modales inmensamente atractivos. Jack era sosegado, reflexivo y frío: un hombre joven que pensaba las cosas antes de hacerlas y que ahora tendría que continuar él solo su pensamiento y su desarrollo, sin la presencia del herma-

no al que tanto había admirado. Joe estaba muerto, Jack tendría que seguir adelante él solo.

Más adelante, Jack recordaría a su hermano en un libro impreso en edición privada y titulado: "Cuando recordamos a Joe". En él escribiría: "Creo que si los jóvenes Kennedy somos algo o si vamos a ser algo más, ello se deberá a la conducta y constante ejemplo de Joe más que a ningún otro factor".

El próximo Kennedy que sufriría el azote de la guerra sería Kathleen, que tenía entonces veintitrés años. Era una joven extraordinariamente linda y seguía trabajando como periodista en Washington cuando decidió entrar en la Cruz Roja. Debido a su conocimiento previo de Inglaterra, la destinaron a Londres. Allí empezó a salir con William John Robert Cavendish, marqués de Hartington.

Posteriormente, Kathleen dejó la Cruz Roja para ayudar a su futuro marido en su campaña electoral por un escaño en la Cámara de los Comunes. Cuando él fue vencido, Kathleen se mantuvo a su lado, y pocos meses después se casaron.

De nuevo un destino fatal se cernía sobre los Kennedy. Kathleen y William apenas pudieron vivir poco más de un mes en su piso de Londres. Luego, William, que pertenecía al famoso cuerpo de los Coldstream Guards, se incorporó a su regimiento y embarcó rumbo a Francia para prestar servicio activo. Kathleen regresó a América, donde debía residir con su familia durante el resto de la guerra. Pero el 10 de aquel mes de septiembre, sólo tres semanas después de que la familia recibiera noticia de la muerte de Joe durante el desarrollo del malhadado "Proyecto Yunque", el Ministerio inglés de la Guerra comunicó que William había resultado muerto en combate. Mandaba una patrulla de infantería que exploraba el terreno delante de una columna de tanques cuando la muerte le salió al encuentro.

Como trágico epílogo de aquella desgracia, Kathleen pereció al estrellarse al Sur de Francia el pequeño avión que había fletado.

Para Jack, la muerte del marido de Kathleen colmó el dolor que sentía por la muerte de Joe. Los Kennedy, como muchas otras familias norteamericanas, habían sufrido atrocemente como consecuencia de la guerra. Cuando ésta llegaba a su final, Joe estaba muerto, el reciente marido de Kathleen estaba muerto, y Jack, después de experimentar su propio roce con la muerte, estaba todavía recuperándose en un hospital militar de una dolorosa herida de guerra.

## PAZ Y POLÍTICA

### Política

La guerra estaba terminando. A principios de 1945, un frenético ejército alemán se estaba retirando en dos frentes. Los japoneses eran desalojados de una isla tras otra en el Pacífico meridional y su orgullosa máquina de guerra estaba desmoronándose. Lentamente y con precauciones, el mundo desgarrado por la guerra parecía dirigirse hacia el futuro y hacia la paz.

Lo mismo hizo el joven Kennedy.

¿Qué iba a hacer ahora? El problema le preocupaba grandemente. Jack tenía veintiocho años, era guapo, héroe de guerra acreditado y millonario. En la columna del "debe" aparecía el problema de los continuos dolores de su espalda, que todavía necesitaba un ligero chaleco ortopédico para sostenerse. Además, no tenía empleo ni profesión. El problema no habría preocupado a mucha gente en circunstancias similares. Después de todo, un millonario no tiene por qué trabajar.

Pero la vida de un señorito deportista no era precisamente lo que Jack Kennedy tenía en la mente. Los Kennedy, lo mismo que otras familias norteamericanas de gran fortuna, como los Roosevelt, los Rockefeller y los Harriman, no creían que el deporte en sí mismo pudiera constituir una forma de vida.

Antes bien, los Kennedy opinaban que los esparcimientos sólo eran divertidos cuando servían de contrapunto al intenso trabajo. Mientras miraba hacia el futuro, Jack buscaba un puesto en el que pudiera trabajar intensamente y desempeñar una función útil.

Su decisión fue natural. Su mayor talento era su habilidad en el empleo de las palabras, y decidió poner a prueba esta cualidad. Se fue a Nueva York, donde solicitó y obtuvo un empleo como reportero en la agencia de prensa Internacional News Service, propiedad del famoso Hearst.

Su primera misión le llevó a San Francisco para informar sobre la reunión inicial de una organización destinada a conservar la paz.

Jack hizo también un breve viaje por Europa y remitió a la I. N. S. informaciones sobre las elecciones británicas y otros acontecimientos de la posguerra. El continente estaba en pleno fermento mientras las democracias europeas se esforzaban por reconstruir sus economías trastornadas por la guerra. Era un período interesantísimo para un joven tan impetuoso en los problemas de política internacional como Jack: el espíritu que reinaba en Europa era diametralmente opuesto a la apatía que Jack había descrito en su primer éxito literario: "Por qué dormía Inglaterra".

Pero mientras Kennedy pasaba el tiempo siguiendo pistas e intentando descubrir el significado escondido

dido tras los velados partes diplomáticos, se dio cuenta de que la vida de periodista no se había hecho para él. Vio que un reportero está definitivamente apartado de la verdadera acción del mundo. Un periodista escribe y comenta las cosas que hacen otros. "Es un papel demasiado pasivo", confió a sus amigos habiendo de los inconvenientes de su nueva carrera. Estaba recuperando su fuerza y se sentía impulsado a moverse en campos más activos, donde pudiera crear las noticias para que otros las escribieran.

Estos eran los pensamientos que anidaban en la mente de Kennedy cuando regresó de Europa en 1945 y dimitió de su puesto como reportero de la International News Service.

Dice la leyenda que John F. Kennedy decidió dedicarse a la política una noche, después de una larga conversación con su padre. Se afirmaba que Joe senior había dicho a Jack que como su hermano Joe había dado su vida por la patria durante la guerra, le correspondía a Jack sostener la tradición familiar de entregarse al servicio público en el campo político. Toda la familia apoyaría a Jack, dijo su padre. Y la historia sigue diciendo que Jack atendió al llamamiento y decidió en el acto dedicarse a la política.

Pero la verdad es algo distinta. Ciertamente, ha existido una tradición política en la familia Kennedy. Es seguro que Joe quería ver esta tradición continuada, y además entendía que la misión debía ser desempeñada por Jack una vez que Joe había muerto. Pero esta versión es demasiado simple, porque tiene en cuenta todas las cosas excepto la más importante: la notable personalidad de Jack Kennedy.

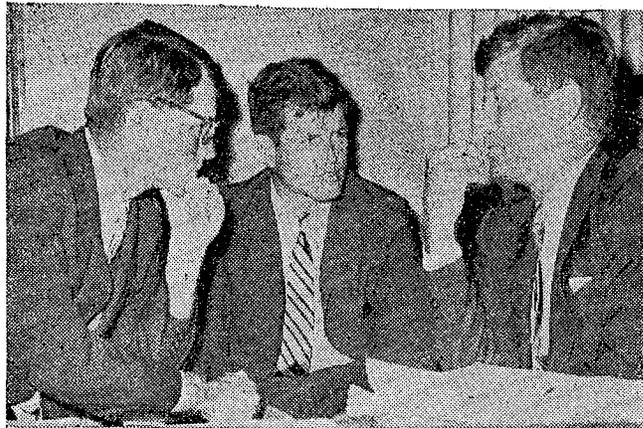
Su decisión sorprendió a los políticos profesionales de Boston. Eran hombres endurecidos y acostumbrados desde hacía mucho tiempo a seguir sus propios métodos. Los acontecimientos pasados habían mostrado la corrupción que se ocultaba en muchas de sus prácticas. Algunos de estos políticos, al contemplar a primera vista al pequeño David que se atrevía a desafiarlos, lo tomaron a broma y decidieron que la amenaza de Jack no tenía por qué preocuparlos. No sólo era muy joven, pensaban, sino que estaba claramente extenuado por las enfermedades sufridas durante la guerra y su piel tenía ese extraño matiz amarillento que producen las tabletas de Atabrine, el medicamento contra la malaria que se le administraba. Jack era exactamente el polo opuesto de lo que se supone que debe ser un político de Boston. No llevaba sombrero hongo, no se pasaba el tiempo metido en los bares y no tenía el aspecto del tipo que llena la lista de cargos de la localidad con sus amigos y parientes, los cuales, en verdad, no lo necesitaban. En suma, los políticos de Boston pensaron que Jack era algo así como un pez fuera del agua.

Pero Jack tenía sus propios planes. La primera lucha de su carrera política había de ser su propia lucha. Nadie iba a ganarla para él.

Los políticos de Boston no conocían la fuerza de carácter que poseía el joven Kennedy, y esta ignorancia los condujo a cometer un grave error de cálculo. El undécimo distrito electoral, por el que se presentaba Jack, resultaría un hueso demasiado duro de roer para un recién llegado, pensaban los políticos a la vieja usanza. Ciertamente incluía la Universidad de Harvard, donde había estudiado Jack, pero esta circunstancia no le daría demasiados votos. Además, el undécimo distrito era uno de los más duros y ásperos de Boston. Sus barrios bajos eran de lo peor de la nación, con uno de los más altos índices de criminalidad. "Ningún pipiolo de la Universidad nos va a quitar esas zonas", concluyeron los políticos.

Pero el distrito tenía un par de sectores que podían ayudar a Jack. Incluía el Este de Boston, donde su padre había nacido, así como el extremo Norte de la ciudad, donde estaba el hogar de su madre. Las dos zonas podían ser trabajadas eficazmente en busca de votantes que recordaran la vieja familia de los Kennedy y su honrada cepa política, tan distinta de las recientes Administraciones desprestigiadas por los escándalos.

Como Jack había comenzado la campaña antes que los demás candidatos, éstos dedicaron escasa



John F. Kennedy (a la derecha) y sus hermanos, Robert (Bob, a la izquierda) y Edward (Ted), conferenciando.

atención a los esfuerzos de Jack. Pero cuando descubrieron que no podían neutralizar con burlas la creciente popularidad de Jack, empezaron a arrojarle barro. Un candidato llamó a Jack "pobre señorito millonario". Otro pretendió comprar su retirada ofreciéndole nombrarle secretario suyo en Washington si abandonaba la campaña. Pero Jack se negó a ser comprado. No le daban miedo las pedradas que le estaban lanzando sus contrarios. Y cuando éstos difundieron el rumor de que el padre de Kennedy estaba intentando comprar votos, Jack volvió a la brecha con redoblado ardor y entró en contacto con más votantes que nunca.

Al cabo de pocos meses, Kennedy se había convertido en un experto en lides electorales. Su esmerado análisis de los deseos del votante individual, más sus propias convicciones, le ayudaron a confeccionar un prudente programa político. Jack era el único veterano de la guerra que tomaba parte en la competición y abordó las pequeñas cuestiones de la vida cotidiana que significaban mucho para los electores: viviendas, prestaciones para los veteranos, empleos.

Cuando llegó el día de la elección primaria, Jack derrotó abrumadoramente a sus nueve contrincantes. Hasta sus más ardientes partidarios quedaron sorprendidos por la cantidad de votos que reunió. Pero Jack lo tomó con filosofía.

—"La oportunidad significa casi todo en política —dijo luego a los periodistas—. Fui elegido porque era el único veterano entre los candidatos, y si mi hermano Joe no hubiera muerto, él habría sido el miembro del Congreso".

Tal disminución de sus propios méritos no era merecida. Sin embargo, ésta era la forma que tenía Jack de ver las cosas. Para él, todo podía mejorarse. Jack estaba en el camino del éxito, pero siempre tuvo la impresión de que no se debía sólo a sus esfuerzos.

—"Me dediqué a la política únicamente porque Joe murió— explicaría luego a unos periodistas que le entrevistaban—, si algo me ocurriera a mí mañana, Bobby continuaría... y si Bobby muriera, Teddy ocuparía su lugar".

## El senador Kennedy y su dama

Cuando Jack Kennedy fue por primera vez a Washington como miembro del Congreso, corrieron falsas historias acerca de cómo el juvenil legislador fue confundido con un paje del Senado. Aunque tales historias no eran ciertas, era evidente que Jack no se parecía en nada a un diputado.

Tenía veintinueve años y era muchos años más joven que la mayoría de sus compañeros del Congreso. Su pelambre de color castaño, cayendo incontrolable sobre su frente sin arrugas, daba a muchos la

impresión de que acababa de salir de la universidad. Jack empezó a desvirtuar esa idea con la mayor rapidez que le fue posible. A diferencia de algunos de sus colegas, que hacían equilibrios entre sus promesas y sus hechos, Jack comenzó a servir a sus electores de Boston como había ofrecido. En compensación, consiguió ser reelegido para su puesto en el Congreso en 1948 y otra vez en 1950. Aprendió los intrínquilos de la complicada vida política de Washington, y su popularidad en su Estado natal creció con cada reelección sucesiva.

Jack tenía un "escaño seguro", o sea, un puesto que nunca le sería disputado seriamente, pero pronto se dio cuenta de que si no se movía corría el riesgo de quedarse estancado en el Congreso. ¿Qué podía hacer? ¿Hacia qué lado debía volverse? ¿Debía presentarse a las elecciones de gobernador de Massachusetts o bien debía ir en busca de un cargo más importante en la política nacional?

Jack prosiguió incansablemente su programa durante la primera parte de 1950. Y cuando se presentó la oportunidad de mejorar, estaba preparado. Decidió presentarse a las elecciones para un puesto en el Senado.

De nuevo se trataba de una decisión audaz. Pero, analizada la situación por el ojo frío y desapasionado de Jack, no parecía descabellada. Como uno de los 435 miembros del Congreso, Jack no era, ni probablemente lo sería nunca, una personalidad de relieve en el escenario nacional y en el internacional. Pero en la Cámara Alta, en la que el número de miembros es pequeño, sus posibilidades de ganar en importancia y responsabilidad se hacían mucho mayores.

El objetivo de Jack para 1952 fue el escaño senatorial que ocupaba Henry Cabot Lodge. Jack pensó que obtenerlo le costaría una dura batalla, pero teniendo en cuenta sus campañas de años anteriores en la casi totalidad de las 351 ciudades y pueblos de Massachusetts, consideraba que tendría una buena posibilidad de triunfar. Al menos no iniciaba la competición electoral siendo un desconocido, como le sucedió en su primera campaña de 1946.

Al desafiar a Lodge, Kennedy se enfrentaba también con la inmensa popularidad del candidato republicano a las elecciones presidenciales de 1952, Dwight D. Eisenhower, que apoyaba fuertemente a Lodge. Este había sido uno de los primeros políticos que emprendieron la tarea de convencer a Eisenhower para que se presentara como candidato del partido republicano en aquellos comicios. Además, Lodge había aceptado la dirección de la campaña de "Ike" para la Presidencia.

Pero el hecho de que Lodge fuera a trabajar para Eisenhower significaba que tendría que recortar algo sus esfuerzos para lograr su propia reelección. Jack vio rápidamente este punto débil de su adversario y decidió explotarlo dando a su campaña un ritmo que Lodge sería incapaz de sostener. Esta aceleración del ritmo político hizo mella también en Jack: la espalda le dolía fuertemente otra vez y durante algún tiempo tuvo que realizar la campaña andando con muletas. Pero siguió adelante enérgicamente, guardándose su dolor para él solo.

Con el entusiasmo propio de los bostonianos de raza, Jack y sus ayudantes iniciaron una nueva versión de las invitaciones a tomar el té como medio de desalojar a Lodge de su puesto.

Mas para que el plan tuviese éxito, tenían que cooperar los demás miembros de la familia, los cuales no se mostraron remisos en escuchar el llamamiento. Uno tras otro llegaron a Boston para dar un espectáculo de solidaridad que sólo podía ser puesto en práctica por la dinámica familia Kennedy. Sus hermanas Jean y Eunice llegaron en avión de Chicago, Patricia acudió desde Nueva York. Y antes que nadie estuvo allí Bobby, que tenía entonces veintisiete años, el cual se hizo cargo de la dirección de la campaña, obligando a trabajar a su familia y a los demás colaboradores despiadadamente y sin favoritismos.

Día tras día, los carteros de Massachusetts entregaban lustrosas invitaciones con la dirección manus-

crita a las amas de casa de todo el Estado. Estas invitaciones decían:

"Recepción en honor de la señora de Joseph P. Kennedy y de su hijo, el miembro del Congreso John F. Kennedy, el miércoles por la noche, 1° de octubre de 1952, a las ocho, en el hotel Commander de Cambridge, Mass.  
Invitación"

Rose Kennedy constituía el número fuerte de cada reunión. Elegante y enérgica, solía caldear la reunión contando cómo había criado a sus nueve hijos, y refería con preocupación maternal sus enfermedades y con orgullo maternal sus hazañas. Cuando Rose finalizaba había despertado los sentimientos de orgullo de cada madre presente en el salón. Y cuando Jack aparecía al fin, con su apuesta figura, aunque todavía tímido y aniñado, las mujeres de la reunión sentían también un interés maternal por él.

Informando de la elección al "New York Times", su corresponsal Cabell Phillips escribía sobre una de estas reuniones:

... "el joven diputado dijo que le gustaría que todas las damas subieran al estrado para que él, su madre y su hermana pudieran conocerlas personalmente y tomar luego con ellas una taza de té en el vestíbulo. Durante unas dos horas, una ininterrumpida fila de mujeres desfilaron lentamente por el escenario estrechando las manos con los Kennedy, mascullando confusas presentaciones y bromas y saliendo luego a empujones por una puerta lateral que daba al vestíbulo, todavía lleno de señoras que esperaban su turno para llegar hasta los anfitriones. A un lado del espacioso salón había largas mesas con camareras agobiadas de trabajo que servían té, café y pastas (luego se comunicó que el consumo total había sido de 8.600 tazas)".

La campaña de Jack fue acelerándose y parecía que los Kennedy nunca estaban quietos. La noche de la elección, los primeros recuentos de votos mostraban a Kennedy detrás de Lodge, y a Eisenhower delante del candidato demócrata a la presidencia, Adlai Stevenson. Pero Jack no perdía la confianza. Cuando todos los votos estuvieron contados, Jack resultó vencedor por un margen de 70.000 sufragios. Y lo más notable de la elección fue que Eisenhower había triunfado en el Estado, con 208.000 votos de ventaja sobre Stevenson. Jack había invertido los términos al ganar aquel puesto de senador, derrotando no sólo a Lodge, sino también la popularidad de Eisenhower.

Después de la elección, cuando los periodistas le preguntaron por qué creía que había ganado la campaña, Jack reveló que había llevado prendido un emblema electoral que le había dado buena suerte. El emblema había sido acuñado en 1912 y llevaba el retrato de su abuelo John F. Fitzgerald, que estaba entonces haciendo campaña electoral para la alcaldía de Boston. Había dado suerte a Jack, pero había sido la suerte del irlandés.

Jack volvió a Washington como senador. Era un apuesto soltero de treinta y cinco años, considerado como uno de los mejores partidos de la nación. Mientras los cronistas de sociedad señalaban cuidadosamente estas circunstancias a cada aparición pública de Jack, éste reanudaba su amistad con una joven a la que había conocido un año antes: Jacqueline Lee Bouvier.

Sólo una muchacha como Jackie podía tener esperanzas de atrapar el corazón de Jack. Era exquisitamente bella, tan esbelta como una maniquí, con un sereno encanto y una cordial personalidad. Sobresalía en los deportes y era también artista de talento, una brillante conversadora y gran lectora de los clásicos.

Tal combinación de gracia, belleza e inteligencia provocó el fin de la soltería de Kennedy. Jack había conocido a Jackie en una comida. Recordando luego el incidente, admite que Jacqueline le atrajo en seguida:

"Me incliné sobre los espárragos —dice Jack— y le pedí que saliera conmigo".

Sus primeras citas fueron esporádicas, pues Jack estaba en continuo movimiento y empleaba sus ratos libres en sus campañas por todo el Estado de Massachusetts. Pero en 1952, cuando volvió a Washington como un senador, Jack empezó otra campaña muy hecha a la mano de Jacqueline.

Por aquella época Jacqueline trabajaba como redactor gráfico para el "Washington Times-Herald". Solía ir por la ciudad entrevistando gente, preguntando opiniones sobre todos los temas imaginables y obteniendo fotografías con una engorrosa máquina "Speed Graphic" que aprendió a manejar con soltura de profesional.

Pero por las noches, la periodista y el senador solían escaparse para cenar e ir al cine. Pronto el joven senador Kennedy se declaró y Jackie le dio el sí. Se casaron en septiembre de 1953, en la iglesia católica de Santa María, en Newport, Estado de Rhode Island. Ofició en la ceremonia un antiguo amigo de la familia, el reverendísimo señor Richard J. Cushing, entonces arzobispo de Boston. Fue la boda del año, y una multitud de 1.200 personas, muchas de ellas senadores y diputados, compañeros de Jack, acudieron para desear a los novios buena suerte y felicidad.

Todo parecía ir inmejorablemente. Los novios pasaron la luna de miel en Méjico. Cuando volvieron a Washington compraron una bella casa de estilo virginiano y se dispusieron a fundar una gran familia. Pero el destino iba a interferir en su felicidad.

## Un rasgo de valor

La política es una cruel profesión que obliga a quien la practica a sostenerse a horcajadas sobre ella como quien cabalga un caballo indómito. Jack se encontró más ocupado que nunca. Sus nuevos deberes como senador le exigían cada vez más y más tiempo. Si no hubiera sido más que esto habría podido soportarlo, porque, aunque el trabajo era mucho y difícil, también era estimulante y lleno de contenido.

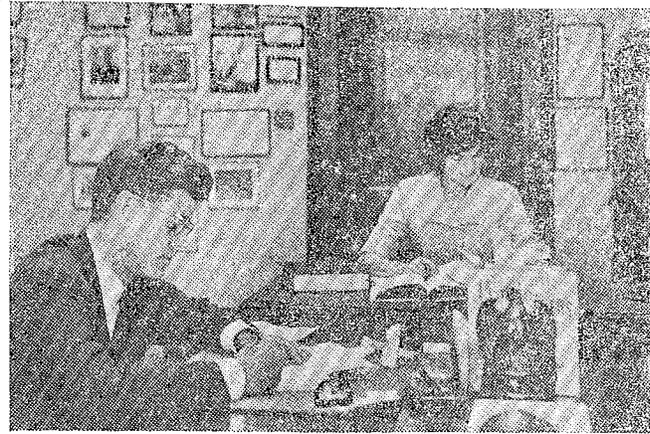
Lógicamente, el nuevo matrimonio Kennedy hubiera debido emprender una fácil y agradable vida familiar. Su amplia casa recién comprada en Virginia era un lugar ideal para formar una gran familia, un lugar donde los niños podían ser educados en un cordial ambiente de amor familiar.

Había, sin embargo, un problema que Jack no pudo resolver. Su vieja lesión de la espalda —el disco que se fracturó en Harvard—, agravada cuando el destructor japonés abordó su lancha torpedera, daba cada vez más señales de existencia. El tormento aumentaba diariamente, y junto a las comisuras de sus ojos comenzaron a aparecer pequeñas arrugas causadas por el sufrimiento.

El dolor de una lesión en la espalda es agudísimo. La columna vertebral del hombre constituye un vulnerable y delicado centro de los nervios que se extienden a todo el cuerpo. Una lesión en la espina dorsal puede aplastar o comprimir ciertos nervios. El dolor es constante, interminable y sume a una persona en una agonía que llega a provocar náuseas. Lenta pero constantemente Jack notaba que su condición física iba deteriorándose. Cada paso significaba una nueva oleada de dolor. Finalmente tuvo que aparecer en el Senado con muletas.

El joven senador se había esforzado grandemente por ocultar a sus amigos el verdadero alcance de su dolencia. La campaña electoral para el Senado demostró hasta el máximo el dominio de Jack sobre sí mismo. Había días que sólo un baño en agua casi hirviendo podía reducir los espasmos musculares que sentía cerca de su lesionada espina dorsal. Sólo después que hubo reconocido que no podía prescindir de las muletas comenzó a saberse entre sus colegas el sufrimiento que había experimentado.

La primera operación sufrida por Jack cuando estaba en la Marina no había conseguido curarle adecuadamente. Una placa metálica que los cirujanos habían introducido en su columna vertebral para fortalecerla, por alguna razón desconocida, había dejado de cumplir completamente su misión.



John F. Kennedy, entonces Senador de los Estados Unidos, trabajando en su oficina, mientras su esposa le ayudaba en la traducción de documentos pertinentes.

Si se miraba por el agujero que tenía Jack en la espalda, se podía ver la placa que le habían colocado allí los cirujanos —dice uno de sus amigos—. Algunos días, durante la campaña de 1952, Jack no pudo moverse sin muletas y no podía soportar la idea de que el público le viera con ellas. Cuando llegábamos a la puerta de un local donde Jack tenía que pronunciar un discurso, entregaba las muletas a uno de nosotros, erguía la figura y recorría el pasillo con la espalda tan derecha como un cadete de West Point. Nunca supe cómo podía hacer aquello".

Pero ya ni su fuerza de voluntad podía impedir que el dolor afectase sus actividades. Una vez, un amigo que fue a visitar a Jack en Hyannis Port le encontró sentado en el porche golpeando sus muletas con profundo pesar.

"Preferiría morir antes que pasar el resto de mi vida con estos trastos" —dijo al amigo.

Así se veía traicionado por su cuerpo una vez más. Había vencido el problema de su falta de peso cuando era niño, había fortalecido su cuerpo para entrar en la Marina, había salvado de la muerte a su tripulación en el Sur del Pacífico Meridional, a pesar de sus heridas, amaba y practicaba destacadamente todas las formas de actividad física al aire libre. Ahora, pensaba sombríamente, parecía que iba a tener que pasar el resto de su vida con muletas y sufriendo un dolor constante.

Aunque Jack quería que se le practicara la operación, los médicos no estaban de acuerdo. Aplazaban la operación una y otra vez y hacían prueba tras prueba. Algunos médicos indicaron francamente a Jack que no se arriesgase sometiendo a la operación quirúrgica. Su vida estaría en peligro, decían, y enumeraban las muchas probabilidades que tenía de no salir vivo de la operación.

Pero Jack fue inflexible. No quería vivir como un inválido si podía evitarlo. La operación había de efectuarse. Finalmente, en octubre de 1954, un equipo de cirujanos inició la delicada tarea de realizar una doble fusión de discos en la columna vertebral de Jack.

La operación sometió a Jack a una prueba de valor. Una fusión espinal deja a quien la sufre en un deprimido estado de ánimo, y el dolor es cruel.

Jack permaneció inmóvil durante semanas después de la operación.

Al aproximarse las Navidades de 1954, Jack estaba aún inmóvil y sin mejorar. Su moral estaba quebrantándose y los médicos, con la esperanza de que un cambio de escenario le beneficiara, le metieron en una camilla y le enviaron por avión a Palm Beach para que pasase las Navidades con la gran familia Kennedy. Pero ni el calor de Florida ni el de las Navidades en familia mejoraron al enfermo. La herida no se curaba, y en febrero volvió al hos-

pital para sufrir otra operación. Se le administraron los últimos sacramentos de la religión católica antes de que fuera trasladado en la camilla de ruedas hasta el quirófano. Y mientras la familia rezaba fuera, un equipo de cirujanos trabajó durante horas para retirar la placa de metal que había sido colocada en la columna vertebral de Jack.

Esta vez la operación resultó bien y la familia y Jack respiraron. Aún quedaban por delante meses de dolor, pero su espalda estaba sanando y su fuerza retornaba lentamente. Al fin, con una sonrisa de triunfo, salió del hospital y se instaló en su casa para pasar un largo período de convalecencia. Su espalda nunca volvería a quedar en perfecto estado, estaría sometido de vez en cuando a pequeños ataques de malestar, pero nunca, según los doctores, volvería a sufrir hasta el extremo pasado. Era casi un certificado de perfecta salud. Jack había combatido valientemente una batalla contra la enfermedad. Había apostado su vida contra su salud... y había ganado. Era un pensamiento embriagador.

Jack no pudo volver al Senado durante cierto tiempo. Su espalda iba mejorando, pero no tenía aún la suficiente fuerza para soportar los rigores de la vida política. Sus doctores le prescribieron varios meses de inactividad.

El interés de Jack por el valor político se remontaba a sus días universitarios, cuando escribió su libro "Por qué dormía Inglaterra", en el que describía los fallos de los políticos ingleses, que no prepararon a su nación para hacer frente a la amenaza del nazismo. Ahora, con tiempo por delante, profundizó más en la cuestión y comenzó a transformar en fichas numerosos libros de la biblioteca del Congreso. Su ayudante en el Senado, Theodore Sorensen, exploró todo Washington en busca de anécdotas y datos de hecho sobre decisiones políticas valientes realizadas por los estadistas de los primeros tiempos de la nación. Lentamente empezó a tomar forma un libro trabajosamente manuscrito en su primer borrador.

Jack dio a su nuevo libro el título de "Rasgos de valor" ("Profiles in courage"), y la obra constituyó un inmediato éxito para el joven senador. Estaba escrito con el agudo sentido de los detalles, propio de un periodista, y describía los supremos esfuerzos de muchos hombres eminentes de Norteamérica. Allí estaba Sam Houston, el primer presidente de la república de Texas, quien, luego, como gobernador de aquel Estado, combatió contra el intento de separar a Texas de la Unión. Allí estaba también Daniel Webster, cuyo enérgico temperamento y su amor por la patria le impulsaron a afrontar el suicidio político por luchar en pro de la conservación de los Estados Unidos, para acabar muriendo amargado y solitario. Y allí estaba Edmund G. Ross, un senador de Kansas casi olvidado, que se negó a votar la censura contra el presidente Andrew Jackson aun sabiendo que con ello ponía fin a su carrera política. El libro se situó en las listas de las obras más vendidas, y pronto ganó el más alto galardón literario de los Estados Unidos, el codiciado premio Pulitzer. Posteriormente se hizo del libro una edición para niños, que fue también un "best-seller".

"Rasgos de valor" situó a Jack ante la atención nacional como un senador extraordinario. Ya no era un joven legislador recién llegado de las costas de Massachusetts. Había demostrado su valor en la guerra. Había triunfado en sus luchas políticas. Había vencido una grave amenaza contra su salud. Y ahora se había distinguido como autor galardonado de un significativo y notable libro sobre política.

"Cuando un político no ama el bien público ni se respeta a sí mismo —escribía Jack—, o cuando su respeto de sí mismo se limita a los beneficios del cargo, entonces el interés público está deficientemente servido. Pero cuando su respeto hacia sí mismo es tan alto que su propia auto-estimación le exige seguir el camino del valor y de la conciencia, todo será beneficioso... Así, en los próximos tiempos, sólo el hombre verdaderamente valeroso podrá adoptar las difíciles e impopulares decisiones necesarias para nuestra supervivencia en la lucha contra un poderoso



John F. Kennedy con su familia. (De pies, de izquierda a derecha): Mrs. Robert F. Kennedy (née Ethel Skakel), Stephen Smith, Jean Kennedy de Smith, el Presidente John F. Kennedy, Robert F. Kennedy, Patricia Kennedy de Lawford, R. Sargent Shriver, Mrs. Edward M. Kennedy (née Joan Bennett), Peter Lawford. (Al frente, de izquierda a derecha): Eunice Kennedy de Shriver, Joseph P. Kennedy con Rose Fitzgerald de Kennedy (sentada frente a él), Mrs. John F. Kennedy (née Jacqueline Bouvier) y Edward M. Kennedy.

enemigo: un enemigo con jefes que apenas necesitan preocuparse de la popularidad de sus acciones, que no tienen que pagar tributo a la pública opinión que ellos mismos manejan, y que pueden obligar a sus ciudadanos, sin miedo de represalias en las elecciones, a sacrificar el bienestar de hoy por la gloria futura. Y sólo el valiente podrá conservar vivo el espíritu de individualismo y disconformidad que ha dado el ser a esta nación, la ha alimentado durante su infancia y la ha guiado a través de sus más severas pruebas al llegar a su madurez".

¿Tenían tal vez las palabras del senador algún significado personal? Según señaló un crítico literario, "este libro es algo más que un recuerdo del pasado, es un reto al futuro. Señala altas metas para el mismo senador Kennedy".

## Salvado de la vice-presidencia

Es cierto que el premiado libro de Kennedy le dio una cierta estatura nacional. Además, en cuanto volvió a la actividad, en 1954, se ganó rápidamente la aprobación, un poco a regañadientes, de sus compañeros del Senado, pues demostró que era un capacitado legislador. Mientras crecía su reputación en Washington, algunos periodistas informados empezaron a designar a Jack como uno de los más capaces y dinámicos jóvenes que aparecían en el Senado en muchos años.

A pesar de esto, sin embargo, en el gran escenario nacional, donde el ciudadano medio y su voto determinan el curso de la historia de los Estados Unidos, Kennedy era todavía prácticamente desconocido.

Paradójicamente, John F. Kennedy sólo se convertiría en un político conocido en toda la nación cuando sufriera una derrota.

A primeros de 1957, en su Estado natal de Massachusetts, Jack puso en acción sus cada vez más fuertes músculos políticos y obtuvo el control efectivo de los 16 votos que aportaría Massachusetts a la Convención Nacional Demócrata.

Aunque muchos se lo aconsejaban, Jack se negaba a comprometerse. Su padre se mantenía inflexible en la idea de que Jack no debía intentar la conquista de la vicepresidencia, arguyendo que Stevenson estaba destinado a perder ante Eisenhower como había perdido cuatro años antes, y Jack quedaría derrotado con él. Los ayudantes de Jack, por otro lado, afirmaban que debía presentarse, porque Stevenson podía ganar y, aunque no fuera así ello situaría a

Kennedy en la escena nacional (en un momento en que necesitaba publicidad. Al fin, Jack se decidió a presentarse... si podía obtener la designación.

Así, Jack se fue a Chicago sabiendo que era uno de los contendientes por la candidatura a la vicepresidencia. Ciertamente no tenía una promesa definida de que Stevenson fuera a elegirle como compañero de campaña electoral. Pero, según las informaciones de la prensa, nadie tenía tal promesa.

Es cierto que Stevenson había tratado con cordialidad a Kennedy. Por otra parte, el Gobernador era un liberal declarado y algunos demócratas liberales estaban todavía disgustados por la negativa de Kennedy a declararse decididamente en contra del senador Joseph McCarthy en los primeros años cincuenta. Sin embargo, el reverso de la medalla era que otras actitudes adoptadas por Kennedy en el Congreso se fueron haciendo cada vez más liberales. Ahora, en Chicago, la gran cuestión para Jack era: "¿Stevenson está a favor mío o contra mí?". Esta era la cuestión crucial porque, en el pasado, el candidato elegido generalmente tenía la última palabra en la designación de su compañero de campaña.

En este tenso ambiente, unas doce horas antes de que empezasen las votaciones, Jack recibió una llamada telefónica del gobernador Stevenson. ¿Querría Kennedy pronunciar el discurso en favor de la designación de Stevenson? Sí, naturalmente, contestó Kennedy.

Era un golpe desconcertante. Su significado, imaginaba Jack, era bastante claro: el hombre que pronunciaba el discurso de designación recibía meramente un hueso para consolar su amor propio. Luego, el candidato podía pasarle por alto al elegir su hombre para la vicepresidencia.

Luego, Jack se reunió con una delegación de Nueva Inglaterra y confesó sinceramente sus pocas esperanzas de ser designado para el segundo lugar de la candidatura demócrata. Los delegados se apiñaron a su alrededor.

—¿Esto quiere decir que se retira usted de la elección? —preguntaban con cara de preocupación.

—No —replicó Jack, explicando que, si bien entendía que la situación no era esperanzadora, no iba a admirar su derrota.

Aunque Jack no lo sabía, la situación estaba a punto de aclararse definitivamente. Al día siguiente, Stevenson obtuvo el nombramiento e hizo una dramática declaración. Rompiendo todo precedente, decidió que la designación para la vicepresidencia se haría mediante una votación general entre los delegados. Todas las personas cuyos nombres sonaban para ocupar el puesto eran igualmente aceptables para él. Que ganara el mejor. Los delegados quedaron sorprendidos por el súbito cambio de decoración. La designación iba a dilucidarse a codazos, y el premio sería conquistado a la rebatiña.

Cuando al día siguiente comenzaron las votaciones, Jack se encontró comprometido en una batalla contra el senador Estes Kefauver, de Tennessee. Sentado tranquilamente delante del televisor instalado en su cuarto del hotel, Jack contempló la lucha que tenía lugar en el abarrotado local donde se celebraba la Convención. Mientras las cámaras de televisión recogían los apresurados susurros de las conferencias celebradas entre los jefes políticos, él valoraba con rapidez la fuerza de su situación, pero se reservaba cuidadosamente sus pensamientos para él solo. Sus ayudantes y colaboradores estaban excitados, pero él se mostraba tranquilo y desapasionado. Dijo que iba a tomar un baño para descansar.

En la segunda votación, Jack empezó a recoger votos. Nueva York decidió votar por Kennedy. Texas se inclinó también hacia él. Jack necesitaba exactamente 68 votos más para ganar; la elección estaba al alcance de la mano y sus ayudantes, excitados, comenzaron a dar voces. Jack salió de la bañera para contemplar el espectáculo, y cuando Kentucky le aportó otros treinta votos, Ted Sorensen se adelantó para estrechar su mano.

—Mi enhorabuena, Jack —dijo—, esto es cosa hecha.

—No, todavía no —replicó Jack y se volvió hacia la pantalla del televisor. ¿Qué había visto que se escapó a los demás?

Ya fuera por premonición o por conocimiento de cómo iban a reaccionar otros Estados a su candidatura, Jack había observado un cambio. Momentos después la Convención se declaraba en favor de Kefauver, y Jack contemplaba en silencio cómo aumentaban los votos para su contrincante. Ya nada podía oponerse a Kefauver. Jack lo sabía, pero su cara no reflejó ninguna decepción. La Convención era un confuso torbellino. Cuando Kefauver recibió los últimos votos que necesitaba para vencer, Jack se volvió a sus colaboradores:

—Vámonos —dijo tranquilamente.

Vestido con la misma cuidadosa deliberación de que había hecho gala en las últimas horas, Jack se dispuso a acudir al salón de la Convención. Había sufrido la primera derrota de su carrera política. Pero no lo demostraba. Envió sonriente en la Convención y, como si en vez de perder hubiera ganado, se abrió paso hasta la tribuna y se mostró apuesto y erguido ante la multitud. Dio gracias a todos los que habían trabajado tan denodadamente en su favor y luego pidió que se procediera a una votación final para que la designación de Kefauver fuera unánime.

La intervención de Jack convirtió la derrota en una victoria personal. Su pulcro y gracioso discurso dejó la fuerte impresión de que era un joven del que se hablaría en el futuro.

Sorprendentemente, la derrota se transformó en suerte. Como el padre de Jack había predicho, Stevenson y Kefauver fueron barridos por la popularidad del presidente Eisenhower en la elección de noviembre de 1956. Jack había escapado a la derrota en unas elecciones generales. Si se hubiera presentado con Stevenson, una gran parte de la derrota de éste habría recaído sobre sus hombros, reduciendo sus futuras posibilidades de alcanzar la máxima magistratura. Peor aún, como Jack era católico, su derrota se habría interpretado como un síntoma de que la nación no estaba todavía madura para elegir a un católico para un puesto tan elevado. Como diría después su hermano menor Bobby, refiriendo el episodio, Jack "se salvó de la vicepresidencia".

## Comienza la lucha por la presidencia

"Ningún católico, por eminente que sea, puede hoy ser elegido presidente de nuestra nación".

Así decía uno de los principales teólogos católicos norteamericanos sólo catorce años antes de que el senador John Kennedy se propusiera llegar a ser presidente de los Estados Unidos. En 1960, muchos norteamericanos pensaban todavía así: un católico no podría ser nunca elegido para ocupar la Casa Blanca.

Sólo una vez, treinta y dos años antes, un católico aspiró a la presidencia... y fue decisivamente derrotado. Este fue Al Smith, de Nueva York. Sin embargo, algunos políticos que habían sondeado cautamente los sentimientos del público en 1960, emitieron la teoría de que en la actualidad había menos intolerancia en Norteamérica. Esto, naturalmente, era difícil de demostrar, porque parecía evidente que en ciertos sectores del país existía una abrumadora corriente de opinión pública violentamente opuesta a la elección de un presidente católico.

Había muchos problemas que afrontar. Uno, evidentemente, era la religión. Otro era la edad: si ganada sería el hombre más joven elegido para la presidencia en toda la historia. Un tercer problema era su calidad de senador: sólo otro hombre, Warren Harding, había pasado a la Casa Blanca directamente desde el Senado. Por la misma naturaleza de su cargo, un senador se ve obligado a adoptar decisiones impopulares, y las decisiones impopulares significan pérdida de votos. Resumiendo todo esto varios años antes de iniciar la campaña final, Jack decía a un periodista:

"Nadie va a regalarme la designación. Si yo fuese protestante, gobernador de un Estado importante

y tuviera cincuenta y cinco años, podría sentarme y esperar que me la trajeran. Tendré que trabajar para ganármela... y de una manera intensísima”.

El contraste entre Jack Kennedy y Al Smith era diametral. Kennedy era católico, sí, pero era también millonario, se había educado en las mejores escuelas del mundo, era esbelto y apuesto, era un intelectual, escritor y devorador de libros importantes; tenía un historial de guerra digno de una película de Hollywood y, sobre todo, su historial en el Senado demostraba que en las votaciones había ayudado siempre al trabajador y a los pobres, mientras que en otras cuestiones mostraba un balance conservador. En términos políticos, la ejecutoria de Jack era invencible.

Su edad, y Jack lo admitía, era un problema, pero si los republicanos iban a designar candidato al vice-presidente Richard M. Nixon, que tenía cuarenta y siete años, sus cuarenta y tres años no parecían tan poca cosa.

Casi inmediatamente se encontró enfrascado en todos los problemas más espinosos de la actualidad.

Una cuestión muy discutida era la de la segregación racial, un tema tan delicado que se aconsejó a Kennedy que no lo tratara. En 1958, las turbas habían invadido la soñolienta capital sudista de Little Rock, en protesta contra la decisión de que las escuelas de la ciudad, que estaban reservadas para los blancos hasta entonces, abrieran sus puertas también a los estudiantes negros. El presidente Eisenhower envió fuerzas del Ejército a la ciudad para mantener el orden, y los sudistas se mostraron violentamente opuestos a lo que consideraban un acto arbitrario del gobierno federal.

Esto preocupaba a Jack, pero no le detuvo. Había luchado con mucha frecuencia por causas que la gente consideraba demasiado vidriosas para tratarlas. Por ejemplo, había urgido la necesidad de poner freno a las actividades de los sindicatos, lo que molestó a la vez a los republicanos y a los demócratas: a los republicanos porque las propuestas de Kennedy no les parecían suficientemente duras, y a los demócratas porque molestarían a los sindicatos, de los que los demócratas habían sido siempre amigos. Además, Jack había aceptado el compromiso de pronunciar un discurso en Mississippi mucho antes de que estallaran los disturbios de Little Rock. No iba a permitir que la posibilidad de meterse en apuros le disuadiera de ir allí.

Cuando llegó a Mississippi, los periódicos locales publicaban un desafío del presidente del partido republicano de aquel Estado, Wirt Yeager, Jr., en el que se retaba a Jack para que expusiera sus opiniones sobre la integración escolar en el discurso que había de pronunciar aquella noche. Aquella noche, Jack se presentó ante un expectante auditorio. Sus observaciones iniciales fueron recibidas en silencio. Luego, balanceándose sobre su talones, afrontó directamente el reto de Yeager:

“No vacilo en decir al presidente republicano lo mismo que he dicho en mi propia ciudad de Boston —dijo Jack, con los ojos llameantes—, o sea, que acepto la decisión del Tribunal Supremo como ley máxima del país. Creo que la mayoría de nosotros estamos de acuerdo en la necesidad de mantener la ley y el orden en todas las partes de la nación”.

Jack hizo una pausa y el silencio se hizo aún más profundo. Luego continuó:

“Y ahora, reto al presidente local del partido republicano a que nos diga su punto de vista acerca de Eisenhower y Nixon”.

La multitud rompió espontáneamente en aplausos y en aclamaciones. Las informaciones sobre aquel acto refieren que un diputado local dijo a un periodista:

“Nunca creí que nadie pudiera hablar en el centro de Mississippi en favor de la integración y ganarse una ovación del público puesto en pie”.

El corresponsal de una revista de información situado cerca de Kennedy oyó que un joven demócrata le decía:

“Todos esos bautistas y metodistas van a votarle

a usted, mi católico amigo, y yo voy a ser uno de ellos”.

Al llamarle “mi católico amigo”, el joven demócrata apuntaba a uno de los mayores obstáculos con que se encontraba Jack.

Jack afrontó el problema honradamente. Sabía que su catolicismo iba a costarle algunos votos en una elección nacional. Pero decidió probar al público que un católico, exactamente igual que protestante o un judío, haría pleno honor a la Constitución si era elegido.

En cierta ocasión en que Jack era acosado por la prensa, un periodista le preguntó:

“Sería concebible una situación en que los dictados de su Iglesia y las exigencias de su país estuvieran en contradicción. En tal caso, ¿hacia qué lado se inclinaría su lealtad?”.

“En primer lugar —replicó Kennedy—, no puedo imaginar ninguna cuestión que pueda plantear tal contradicción. Nadie en mi Iglesia me da órdenes. Mi Iglesia no obra de semejante manera. He estado diez años en el Parlamento y este caso nunca se me ha presentado. La gente teme que los católicos reciban órdenes de una organización más alta. Pero no es cierto. O, al menos en mi caso, no es cierto.

“Además, yo no puedo obrar como una persona privada; mi responsabilidad es hacia mis electores y hacia la Constitución. Si se produjera un conflicto entre los dos, y no fuera una cuestión personal estrictamente moral, estaría obligado a obrar en favor de los intereses de los demás”.

El argumento de Jack era de peso. Había servido honradamente en el Congreso sin entrar en conflicto con su Iglesia. Había luchado al Sur del Pacífico y casi había muerto defendiendo la Constitución sin entrar en conflicto con su Iglesia. Además, Jack dijo:

“Es obligación de un funcionario público defender la Constitución. Es su principal obligación”.

## Candidato a la presidencia

Kennedy participó en todas las elecciones primarias de importancia. En Wisconsin y luego en Virginia del Oeste, sus victorias dejaron al senador Hubert Humphrey fuera de combate. Posteriores elecciones primarias llevaron grandes bloques de delegados al campo de Jack. El intento del senador Stuart Symington por obtener el nombramiento no consiguió emprender altura. Tampoco el de Adlai Stevenson. Sólo el jefe de la mayoría en el Senado, Lyndon Johnson, parecía con la suficiente fuerza para presentar combate en la Convención demócrata de 1960 en Los Angeles.

Pero Johnson fue también desbordado cuando los bien organizados colaboradores de Jack invadieron el local donde se celebraba la Convención provistos de emisoras-receptoras portátiles para mantenerse en constante enlace.

A la primera votación se designó a John F. Kennedy abanderado del partido demócrata en las elecciones de 1960.

Luego, a petición de Jack, Johnson fue designado aspirante a la vicepresidencia, un premio que Jack estuvo a punto de alcanzar exactamente cuatro años antes.

## Victoria

Jack Kennedy, con sus cuarenta y tres años —decían los republicanos—, es demasiado joven e inexperto para desempeñar eficazmente la presidencia de los Estados Unidos y la jefatura del mundo libre. Su hombre, Richard M. Nixon, sería una elección mucho mejor. Nixon había servido como vicepresidente de Eisenhower durante ocho años, era mayor que Kennedy, era más responsable.

Las fuerzas de Kennedy respondían: muchos de los primitivos jefes de la revolución americana estaban en los comienzos de la cuarentena cuando la na-

ción fue fundada. El presidente Teddy Roosevelt tenía sólo cuarenta y dos años cuando fue elevado desde la vicepresidencia a la presidencia por la muerte del presidente William McKinley. Kennedy había pasado tanto tiempo como Nixon en el servicio federal de Washington, pues los dos se iniciaron como miembros del Congreso en 1946. Norteamérica estaba en una encrucijada y era el momento de nombrar un presidente joven, intrépido e imaginativo, un jefe que pudiera guiar al país a través de una "Nueva frontera", y Jack Kennedy era ese hombre.

La campaña dio comienzo. Kennedy y su compañero de candidatura, Lyndon Johnson, cruzaron sus armas políticas con Nixon y el candidato republicano a la vicepresidencia, Henry Cabot Lodge, el mismo a quien Jack había derrotado en las elecciones de 1952 para el Senado de Massachusetts.

El ímpetu de la campaña fue creciendo. Las doce horas diarias de campaña aumentaron a catorce y luego a dieciséis horas, seis días por semana, con los domingos reservados para ir a la iglesia, descansar un poco y celebrar luego más conferencias sobre planes y estrategia.

Una fea literatura que alentaba el odio contra los católicos llenaba los correos, sobre todo en el Medio Oeste y en el Sur. Los sacerdotes católicos, generalmente, permanecieron al margen de la contienda política. Así lo hicieron también la mayoría de los ministros protestantes, pero no todos. Algunos predicaron abiertamente desde sus púlpitos que sería un desastre nacional el que un católico llegara a ser presidente.

Con el fin de asestar el golpe definitivo contra la intolerancia religiosa, Jack se trasladó en avión a Texas para pronunciar un discurso ante la Greater Houston Ministerial Association, una fuerte organización de clérigos protestantes. Su discurso debía transmitirse a todo el Estado mediante la televisión. La importancia de la ocasión, aunque nunca se declaró así oficialmente, era tal que si Jack no conseguía convencer a los ministros protestantes de que era capaz de desempeñar el cargo de presidente de la misma manera que un no católico, no lograría el apoyo de aquel poderosísimo grupo.

Leyó una declaración de cinco páginas en la que decía:

"Creo en una Norteamérica donde la separación de la Iglesia y el Estado es absoluta, donde ningún prelado católico diría al presidente, aunque fuera católico, cómo de obrar, y ningún ministro protestante diría a sus feligreses cómo deben votar... Yo no hablo en nombre de mi Iglesia en las cuestiones públicas, y la Iglesia no habla en mi nombre".

Las palabras de Jack estaban alcanzando su objetivo, y cuando se aproximaba a un párrafo que sería frecuentemente citado en el futuro, resaltó su significado con enérgicos y dramáticos movimientos de la mano, como si cortase el aire:

"En cualquier cuestión que yo haya de afrontar como presidente —si soy elegido— sobre control de la natalidad, divorcio, censura, juego o cualquier otra cuestión, haré mi decisión de acuerdo con estos puntos de vista, de acuerdo con lo que mi conciencia me dicte que va en interés de la nación y sin atender a ninguna presión o dictados religiosos externos. Y ninguna fuerza ni amenaza de castigo podrá hacer que me decida de otra manera. Pero si alguna vez llegara el momento —y yo no admito que ningún conflicto sea posible ni remotamente— en que mi cargo me exigiera o violar mi conciencia o violar el interés nacional, entonces dimitiré del cargo, y creo que cualquier funcionario público consciente haría lo mismo".

Nadie podía pedir a Jack que dijera más, nadie había esperado que dijese tanto. La cuestión no volvió a plantear dudas, al menos en lo que se refería a Jack y a los que escucharon su discurso. Los Ciudadanos de la Libertad Religiosa, la organización que había forzado al principio el tema, publicó una declaración calificando el discurso de Jack como "la más completa, inequívoca y tranquilizadora declaración que podía esperarse de una persona colocada en su situación".



Debate crucial ante las cámaras de televisión con su contrincante, Richard M. Nixon, durante la campaña presidencial.

Al iniciarse la campaña, en un dramático acto, Jack había desafiado a Nixon a celebrar un serie de debates televisados para emular las históricas discusiones entre Lincoln y Douglas. Nixon, recordando el mediocre discurso de Jack en la Convención de Los Angeles, que había presenciado por televisión, aceptó el reto. Aquel fue el gran error de Nixon.

El desafío de Kennedy fue un éxito para éste. El primer debate, en Chicago, fue particularmente decisivo. Nixon —con su rostro de barba cerrada y marcadas facciones brillantes de sudor— se mostró desvaído y blando a los setenta millones de norteamericanos que contemplaron aquel primer debate. Sus argumentos fueron flojos y poco impresionantes. A su lado, Kennedy parecía —y lo era— vigoroso, alerta, agudo y claro. Su afinado y lógico análisis de la situación interna de los Estados Unidos se irradió a todo el país en tono alto y claro. En una hora escasa, la aparición de Kennedy en la televisión nacional deshizo las acusaciones de los republicanos acerca de su juventud y falta de madurez. Puso de manifiesto a un nuevo candidato: Jack Kennedy, joven pero maduro, agresivo pero cortés, impetuoso pero tranquilo, intelectual pero también práctico. Había encontrado su camino.

Imperceptiblemente al principio, luego de manera más notoria y finalmente con ímpetu incontenible, la campaña de Jack emprendió el vuelo y se remontó a las nubes. Multitudes entusiasmadas le rodeaban siempre que se detenía en alguna parte. Influyentes periodistas respaldaban su candidatura.

La marea había cambiado, dijeron los entendidos. La victoria de Kennedy sería aplastante. Pero, no queriendo dejar nada a la suerte, Kennedy aceleró el ritmo de su campaña. Días de dieciocho y veinte horas de actividad eran comunes. Parecía y hablaba como un vencedor, como un vencedor con una causa. "Dadme vuestras manos y vuestros corazones —decía a las multitudes— y uníos a mí en la Nueva Frontera".

8 de noviembre de 1960. La elección no fue una abrumadora victoria para Kennedy. De hecho, fue la más disputada del siglo. El clan Kennedy en pleno contemplaba nerviosamente los resultados desde la casa de Hyannis Port. Jack adquirió ventaja al principio. Luego cedió ligeramente. Millones de norteamericanos de toda la nación permanecieron levantados hasta mucho después de media noche, en espera de que los últimos resultados de las elecciones fueran comunicados. Desde Los Angeles, a las dos de la mañana, Nixon aparece en la televisión. La cosa va mal, dice, pero por el momento no admitiré



Mr. y Mrs. Kennedy en el bautizo de su hijo John Fitzgerald, Junior, que nació el 25 de Noviembre de 1960.



El Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, Earl Warren, toma el juramento al nuevo Presidente, John F. Kennedy, el 20 de Enero de 1961.

que esté derrotado. Finalmente, a las diez de la mañana del día siguiente, Nixon admite su derrota. John F. Kennedy ha sido elegido Presidente de los Estados Unidos.

## Presidente electo

La elección ha terminado. Súbitamente, Jack Kennedy se ha convertido en el hombre más poderoso del mundo. De un simple plumazo puede movilizar las potentes fuerzas norteamericanas de tierra, mar y aire y lanzarlas al ataque, puede crear nuevas ciudades, puede destruir un continente y mandar hombres al espacio. En ningún momento de la Historia, tan gran poder estuvo depositado en tan jóvenes manos.

Al día siguiente, en Hyannis Port, el Presidente electo John Kennedy se une a otros miembros de su familia para jugar un partidito de "touch". Salta en el aire para coger un pase, choca con un jugador del otro equipo y cae al suelo. Se levanta sonriendo, aunque los policías secretos que le han sido asignados no sonríen precisamente.

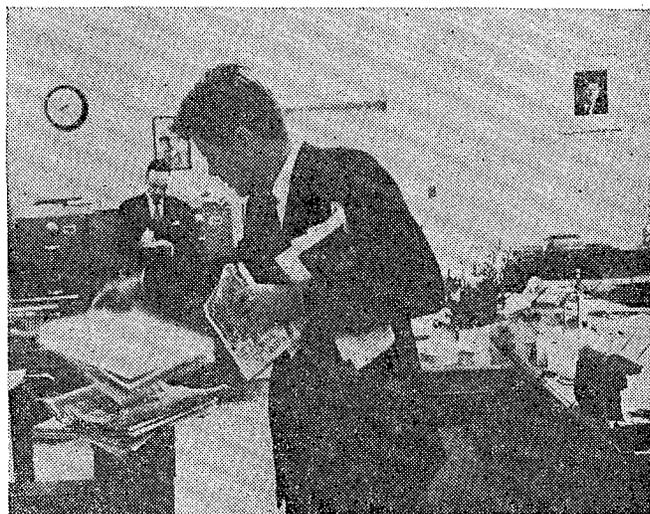
"¡Así es mi hermano! —bromea Bobby Kennedy—. Mucho entusiasmo y ninguna inteligencia".

Antes de su toma de posesión, el 20 de enero de 1961, Kennedy debe formar un equipo de hombres que le aconsejen. Durante los meses que transcurren entre su elección y la toma de posesión busca las personas adecuadas que puedan ayudarle a dirigir la política de la Casa Blanca en el futuro.

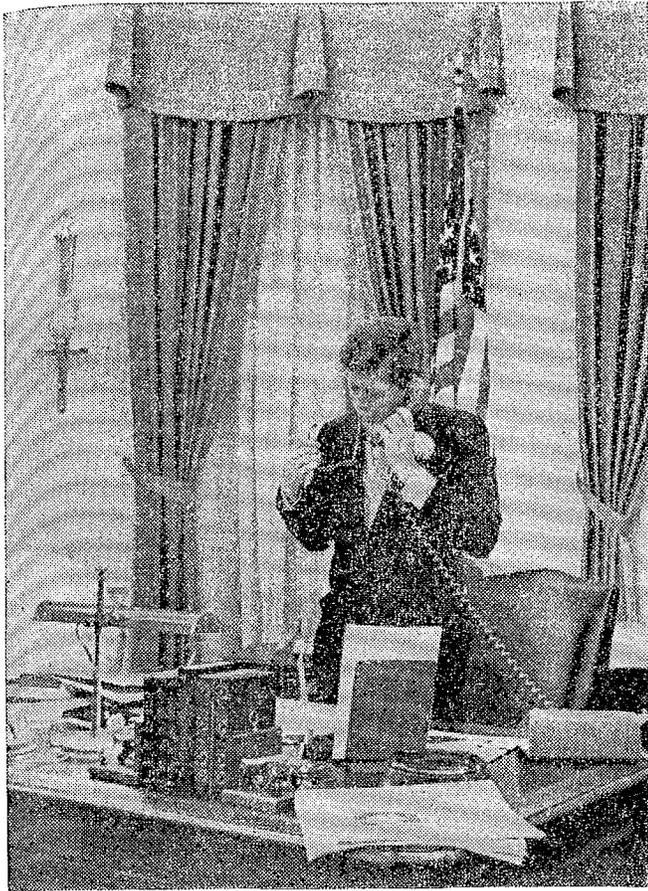
Celebra breves conferencias de prensa en el vestíbulo de su casa de Georgetown, con el fin de presentar a los hombres que ha elegido para formar su Gabinete. Allí está Dean Rusk, que ha sido presidente de la Fundación Rockefeller, elegido secretario de Estado; allí está también Robert S. McNamara, que deja su puesto de presidente de la Ford Motor Company para ser secretario de Defensa; Adlai Stevenson, que ha realizado una brillante campaña en favor de Jack, será el nuevo embajador ante las Naciones Unidas; un republicano, Douglas Dillon, sobrepone a su lealtad al partido su amor por Norteamérica y es nombrado secretario del Tesoro; Abraham Ribicoff, ex-gobernador de Connecticut, es el nuevo secretario de Sanidad, Educación y Bienestar Social; y el hermano menor, Bobby, acepta la propuesta de su hermano mayor para que desempeñe el cargo de fiscal general.

Son muchos más los elegidos por Kennedy y todos tienen mucho en común: son sorprendentemente jóvenes, acometedores y duros, y, sobre todo, entregados. La prensa pronuncia su veredicto: "los hombres de la Nueva Frontera de Kennedy constituyen el grupo más capacitado que jamás llevó a Washington un nuevo presidente".

Y así, en un día azotado por el viento de enero, John F. Kennedy asciende a una blanca tribuna en Washington y solemnemente presta el juramento de ritual como nuevo Presidente de los Estados Unidos. Pronuncia un discurso inaugural tan significativo como no se recuerda otro en la historia del país. Luego, después de encabezar el desfile inaugural hasta su tribuna, el Presidente Kennedy, en pie, recibe el saludo de los cincuenta Estados.



El reloj señala las 7:43 p.m., mientras el Presidente Kennedy se prepara a salir de su oficina llevando documentos que ha de leer antes de que su día de trabajo termine.



En su oficina de la Casa Blanca el Presidente Kennedy se concentra en una llamada telefónica. La venda sobre la ceja izquierda cubre una pequeña herida que recibió cuando al recoger un juguete de su hija Caroline se golpeó con una mesa.



El Presidente Kennedy pronunciando su discurso en Fort Worth, Texas, el 22 de Noviembre, pocas horas antes de ser asesinado en Dallas, Texas... A la izquierda aparece el Gobernador John Connally, que fue herido en el atentado, y a la derecha el Vice-Presidente, Lyndon B. Johnson, que sucede al Presidente Kennedy.



El Presidente Kennedy llega a La Morita para presenciar la entrega de títulos de propiedad a campesinos venezolanos como parte del programa de Reforma Agraria de la Alianza para el Progreso.



La familia del Vice-Presidente Lyndon B. Johnson: su esposa, Claudia Alta, (Lady Bird) Taylor de Johnson y sus hijas: Lynda Bird de 19 años y Lucy Baines de 16 años.

# Kennedy: SU PENSAMIENTO

15 de julio de 1960

## AL ACEPTAR SU CANDIDATURA

### LA NUEVA FRONTERA

Con un profundo sentido del deber y con altos propósitos, acepto vuestro nombramiento.

Lo acepto de todo corazón —sin reservas— y con una obligación solamente: la obligación de dedicar todo esfuerzo físico, mental y espiritual a llevar nuevamente nuestro Partido a la victoria y nuestra nación a la grandeza.

Os agradezco también el que me hayáis provisto con una declaración tan elocuente de la plataforma de nuestro Partido. Promesas hechas con tanta elocuencia se hacen para cumplirse. "Los Derechos del Hombre" —los derechos civiles y económicos esenciales a la dignidad humana de todos los hombres— son en verdad nuestra meta y nuestros primeros principios. Es ésta una plataforma en la que puedo competir con entusiasmo y convicción.

Me doy cuenta cabal del hecho que el Partido Demócrata, al nombrar a una persona de mi religión, ha asumido lo que muchos consideran un riesgo nuevo y peligroso —nuevo, por lo menos, desde 1928—. Pero yo veo las cosas así: el Partido Demócrata ha puesto una vez más su confianza en el pueblo norteamericano, y en su aptitud para emitir un juicio libre y justo. Y a la vez, vosotros habéis colocado vuestra confianza en mí, en mi capacidad para emitir un juicio libre y justo; para sostener la Constitución y mi juramento como Presidente, y para rechazar toda presión religiosa que podría, directa o indirectamente, interferir con la forma en que conduzca la Presidencia en pos del interés nacional. Mi actuación durante catorce años, apoyando la educación pública, apoyando la separación total de la Iglesia y del Estado, y resistiendo toda presión de cualquier índole que fuera y sobre cualquier tema, debería de ser patente a todos a estas alturas.

Espero que ni un solo norteamericano, teniendo en cuenta los problemas verdaderamente críticos con que se enfrenta nuestro país, desperdiciará su privilegio votando ya sea en favor o en contra mía solamente por mi afiliación religiosa. Quiero recalcar que no viene al caso ni lo que haya dicho cualquier otro dirigente político o religioso sobre esta cuestión, ni qué abusos puedan haber existido en otros países o en otros tiempos, ni las presiones, de haberlas, que podrían ejercerse sobre mí. Os digo ahora lo que tenéis derecho a saber: que mis decisiones sobre toda política pública serán las mías: como norteamericano, como demócrata y como hombre libre.

Hoy día, nuestra preocupación debe dirigirse hacia el futuro. Porque el mundo está cambiando. La era an-

tigua está por terminar. Los sistemas antiguos ya no sirven.

En el exterior, el equilibrio del poder está cambiando. Hay armas nuevas y mucho más terribles, naciones nuevas e inseguras, nuevas presiones de población y de privación. Se ha dicho que una tercera parte del mundo tal vez sea libre; pero que una tercera parte es víctima de cruel represión, y la otra tercera parte está sacudida por los tormentos del hambre, la pobreza y la envidia. El despertar de estas naciones desprende más energía aún que la fisión del átomo.

Aquí, en nuestro país, el aspecto que presenta el futuro es igualmente revolucionario. El Nuevo Trato y el Justo Trato fueron medidas audaces para sus generaciones: pero ésta es una nueva generación.

Una revolución tecnológica en las granjas ha conducido a una explosión de producción; pero no hemos aprendido aún a controlar esa explosión en forma útil, y a la vez proteger el derecho de nuestros granjeros a un ingreso de paridad completa.

Una revolución de la población urbana ha atestado nuestras escuelas, hacinado nuestros suburbios y aumentado la pobreza de nuestros tugurios.

Una revolución pacífica en pro de los derechos humanos —"exigiendo que acabe la discriminación racial en toda nuestra vida de comunidad"—, ha tirado las cadenas impuestas por dirigentes políticos carentes de valentía.

Una revolución en el campo de la medicina ha prolongado la vida de nuestros ancianos, sin proveer para la dignidad y la seguridad que sus últimos años merecen. y una revolución de automatismo nos pone ante la situación de que las máquinas están reemplazando a los hombres en las minas y en las fábricas de nuestro país, sin reemplazar sus ingresos ni su entrenamiento o su necesidad de pagar el médico de la familia, el tendero y el casero.

También ha habido un cambio —un deslizamiento— en nuestra fuerza moral e intelectual. Siete años magros de sequía y de hambre han marchitado el campo de las ideas. Una especie de parálisis ha descendido sobre nuestros organismos reguladores, y un deterioro interior que, empezando por Washington, está cundiendo por todos los rincones de Norteamérica, en la mentalidad del cohecho, en la vida a base de gastos de representación, en la confusión entre lo que es legal y lo que es correcto. Demasiados norteamericanos han perdido su brújula, su fuerza de voluntad y su sentido de finalidad histórica.

Ya es hora, en suma, de que surja una nueva genera-

ción de dirigentes: nuevos hombres que se enfrenten con nuevos problemas y nuevas oportunidades.

Hoy, tal vez habrá quienes digan que esas luchas ya terminaron; que todos los horizontes han sido explorados; que todas las batallas han sido ganadas; que ya no hay frontera norteamericana.

Pero confío en que ninguno de los aquí presentes esté de acuerdo con esos sentimientos. Porque ni se han resuelto todos los problemas, ni se han ganado todas las batallas, y nos encontramos, el día de hoy, al borde de una Nueva Frontera: la frontera del decenio que empezará en 1960; una frontera de oportunidades y de peligros desconocidos; una frontera de esperanzas y amenazas sin cumplir.

La Nueva Libertad de Woodrow Wilson prometió a nuestra nación un nuevo marco político y económico. El Nuevo Trato de Franklin Roosevelt prometió seguridad y ayuda a los necesitados. Pero la Nueva Frontera de que hablo no es un conjunto de promesas: es un conjunto de retos. Resume lo que pienso ofrecer al pueblo norteamericano, sino lo que me propongo pedirle. Se dirige a

su orgullo, no a su cartera; lleva consigo la promesa de más sacrificio en vez de mayor seguridad.

Pero yo os digo que la Nueva Frontera ya está aquí, busquémosla o no. Más allá de esa frontera se encuentran las zonas inexploradas de la ciencia y del espacio, problemas no resueltos de paz y de guerra, vacíos de ignorancia y perjuicio sin conquistar, problemas de pobreza y de excedentes no resueltos. Sería más fácil alejarnos de esa frontera, regresar a la segura mediocridad del pasado, dejarse adormecer por las buenas intenciones y la elevada retórica; y aquellos que prefieran seguir por ese derrotero, será mejor que no prefieran seguir por ese derrotero, será mejor que no depositen su voto por mí, haciendo caso omiso de su partido.

Creo que los tiempos requieren ingenio, innovación, imaginación, decisión. Os pido que seáis, cada uno, nuevos precursores de esa Nueva Frontera. Mi llamamiento se dirige a los de corazón joven, sin tener en cuenta la edad; a los fuertes de espíritu, sin tener en cuenta el partido; a todos los que respondan al llamamiento de la Escritura: "¡Cobra ánimo y sé decidido! No temas ni tengas miedo, pues contigo está Yahveh, tu Dios, por dondequiera que vayas".

9 de enero de 1961

## ANTE LA LEGISLATURA DE MASSACHUSETTS

He estado esperando con gusto la oportunidad de dirigirme a esta entidad histórica y, a través de vosotros, al pueblo todo de Massachusetts hacia el cual tengo una deuda de gratitud por la amistad y confianza que me ha brindado a lo largo de toda una vida. Durante catorce años he otorgado mi confianza a los electores de este Estado, y ellos han correspondido generosamente colocando su confianza en mí.

Ahora, del viernes en ocho, asumiré nuevas y mayores responsabilidades. Pero no me encuentro aquí para despedirme de Massachusetts. Durante catorce años, ya sea que estuviera yo en Londres, en Washington, en el Pacífico del Sur, o en cualquier otra parte, éste ha sido mi hogar; y Dios mediante, dondequiera que preste servicio a mi país, siempre seguirá siendo mi hogar.

Aquí fue donde nacieron mis abuelos, y espero que sea aquí donde nazcan mis nietos.

No me impulsa a hablar ni un falso orgullo de provinciano ni una adulación política artificiosa. Pues ningún hombre que esté por asumir un elevado puesto público en este país, puede olvidar cuánto ha contribuido este Estado hacia la grandeza nacional.

Sus dirigentes dieron forma a nuestro destino mucho antes de que surgiera la gran república. Sus principios guiaron nuestros pasos tanto en tiempos de crisis como en los de calma. Sus instituciones democráticas —incluso esta entidad histórica— han servido como faros tanto para otras naciones como para los demás estados de esta nación. Pues lo que dijo Pericles de los atenienses es cierto de esta República desde hace mucho. "No imitamos, sino que servimos de modelo a otros".

Así es que llevo conmigo desde este Estado a aquel

elevado y solitario puesto al que ahora ascendo, algo más que memorias amables y buenas amistades.

Las duraderas cualidades de Massachusetts, las hebras comunes tejidas por el Peregrino y el Puritano, el pescador y el granjero, el yanqui y el inmigrante, no serán ni podrán ser olvidadas en la Mansión Ejecutiva de la Nación. Son una parte indeleble en mi vida, mis convicciones, mi visión del pasado, mis esfuerzos para el futuro.

La historia no juzgará nuestros esfuerzos —ni se puede elegir un gobierno— solamente sobre la base de color o de credo, ni siquiera sobre la de partido. Ni tampoco la competencia, la lealtad y la altura, aunque necesarias en grado sumo, serán suficientes en tiempos tales como éstos.

Porque a quienes se les da mucho, mucho se les pide. Y cuando en una fecha futura el alto tribunal de la historia emita su juicio sobre cada uno de nosotros —anotando si en nuestro breve lapso de servicio cumplimos nuestras responsabilidades para con el estado—, nuestro éxito o nuestro fracaso, cualquiera que fuese nuestro cargo, se medirá por la respuesta a cuatro preguntas:

Primero: ¿fuimos realmente hombres valientes, con el valor de hacer frente a nuestros enemigos y el valor de hacer frente, siempre que fuera necesario, a nuestros colegas; el valor de resistir tanto a la presión pública como a la codicia privada?

Segundo: ¿fuimos verdaderamente hombres de discernimiento, con percepción para juzgar el futuro así como el pasado; nuestros errores así como los de los demás; con

suficiente sabiduría para reconocer lo que no sabíamos, y suficiente sinceridad para admitirlo?

Tercero; ¿fuimos realmente íntegros, hombres que nunca defraudamos ni a los principios en que creíamos ni a los hombres que creyeron en nosotros; hombres a quienes ni el lucro ni la ambición política pudieran apartar del cumplimiento de nuestro sagrado depósito?

Finalmente: ¿fuimos realmente hombres consagrados, que no hipotecamos nuestro honor a individuo ni grupo alguno, ni a obligación u objetivo privado, alguno, sino en cambio consagrados solamente a servir el bien público y el interés nacional?

Valor, discernimiento, integridad, consagración: éstas son las cualidades históricas de la Bay Colony y del Bay State; las cualidades que este Estado ha mandado sin interrupción a Beacon Hill, aquí en Boston, y a Capitol Hill, en Washington. Y éstas son las cualidades que, con la ayuda de Dios, espero que caracterizarán la dirección de nuestro gobierno en los cuatro tormentosos años que nos esperan.

Con humildad invoco Su ayuda en esta empresa, pero consciente de que en la tierra Su voluntad es llevada a cabo a través de los hombres, os pido vuestra ayuda y vuestras oraciones, al embarcarme en este nuevo y solemne viaje.

20 de enero de 1961

## PRIMER DISCURSO PRESIDENCIAL

Compatriotas:

Observamos hoy, no una victoria de partido, sino una celebración de libertad —simbólico de un fin tanto como de un comienzo— que significa una renovación a la par que un cambio, pues he prestado ante vosotros y ante Dios Todopoderoso el solemne juramento instituido por nuestros antepasados hace casi ciento setenta y cinco años.

El mundo es muy distinto ahora; porque el hombre tiene en sus manos mortales el poder para abolir toda forma de pobreza humana y para abolir, también cualquier forma de vida humana. Y, sin embargo, las mismas convicciones revolucionarias por las que lucharon nuestros antepasados siguen debatiéndose en todo el globo: la convicción de que los derechos del hombre provienen, no de la generosidad del Estado, sino de la mano de Dios.

No osamos olvidar hoy, que somos los herederos de esa primera revolución. Que amigos y enemigos por igual, sepan desde aquí y ahora, que la antorcha ha pasado a manos de una nueva generación de norteamericanos, nacidos en este siglo, templados por la guerra, disciplinados por una paz dura y amarga, orgullosos de nuestro antiguo patrimonio, y no dispuestos a presenciar o permitir la lenta desintegración de los derechos humanos a los que esta nación se ha consagrado siempre, y a los que hoy estamos consagrados aquí y en todo el mundo.

Que sepan todas las naciones, quiérannos bien o mal, que en aras de la supervivencia y del triunfo de la libertad, hemos de pagar cualquier precio, sobrellevar cualquier carga, sufrir cualquier penalidad, apoyar a cualquier amigo u oponernos a cualquier enemigo. A todo esto nos comprometemos y a mucho más.

A los pueblos de chozas y aldeas esparcidos en la mitad del globo que luchan por romper las cadenas de la miseria, les prometemos nuestros mayores esfuerzos para ayudarlos a ayudarse a sí mismos, por el período que sea preciso, no porque los comunistas pudieran estar haciéndolo, no porque busquemos sus votos, sino porque es de

justicia. Si una sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres, tampoco puede salvar a los pocos que son ricos.

A nuestras hermanas repúblicas allende nuestra frontera meridional les brindamos una promesa especial: convertir nuestras buenas palabras en buenos hechos mediante una nueva alianza en aras del progreso; ayudar a los hombres libres y los gobiernos libres a despojarse de las cadenas de la pobreza. Pero esta pacífica revolución de esperanza no puede convertirse en presa de las potencias hostiles. Sepan todos nuestros vecinos que nos sumaremos a ellos para oponernos a la agresión o la subversión en cualquier parte de las Américas. Y sepa cualquier otra potencia que este Hemisferio se propone seguir siendo el amo de su propia casa.

Sólo a unas cuantas generaciones, en la larga historia del mundo, les ha sido otorgado el papel de defender la libertad en su hora de máximo peligro. No rehuyo esta responsabilidad. La acepto con beneplácito. No creo que ninguno de nosotros se cambiaría con ningún otro pueblo ni con ninguna generación. La energía, la fe, la devoción que pongamos en esta empresa iluminará a nuestra patria y a todos los que la sirven, y el resplandor de esa llama puede en verdad iluminar al mundo.

Así pues, compatriotas: preguntad, no qué puede hacer vuestra patria por vosotros; preguntad qué podéis hacer por vuestra patria.

Conciudadanos del mundo: preguntad, no qué pueden hacer por vosotros los Estados Unidos de América, sino qué podremos hacer juntos por la libertad del hombre.

Finalmente, ya seáis ciudadanos norteamericanos o ciudadanos del mundo, solicitud de nosotros la misma medida de fuerza y sacrificio que solicitamos de vosotros. Con la conciencia tranquila como única recompensa segura, con la historia como juez final de nuestros actos, marchemos al frente de la patria que tanto amamos, invocando Su bendición y Su ayuda, pero conscientes de que aquí en la tierra la obra de Dios debe ser, en realidad, la nuestra propia.

29 de enero de 1961

## MENSAJE AL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS, SOBRE EL ESTADO DE LA UNION

Es un placer volver a este lugar, de donde yo procedo. Sois mis más antiguos amigos en Washington, y esta casa es mi más antiguo hogar. Fue aquí, hace más de catorce años, donde por primera vez presté juramento de un cargo federal. Ha sido aquí donde durante catorce años he recibido tanto sabiduría como conocimiento e inspiración de los miembros de ambos partidos en ambas Cámaras, de vuestros sabios y generosos dirigentes, y de las declaraciones que puedo recordar muy bien —sentado entonces donde os sentáis ahora vosotros—, entre ellas los programas de dos grandes Presidentes, la incontenible elocuencia de Churchill, el elevado idealismo de Nehru, la palabra resuelta de De Gaulle. El hablar desde esta misma tribuna es una experiencia solemne. El encontrarme de nuevo entre tantos amigos es una experiencia feliz.

Confío en que esa amistad perdurará. Sabiamente asigna nuestra Constitución tanto papeles conjuntos como separados a cada rama del Gobierno, y un Presidente y un Congreso que se respeten mutuamente no permitirán ni intentarán transgresiones. Por mi parte, no ocultaré al Congreso ni al pueblo ningún hecho o informe, pasado, presente o futuro, que sea necesario para un juicio libre e informado de nuestro comportamiento y riesgos. Tampoco pasaré al Congreso la carga de las decisiones ejecutivas ni eludiré la responsabilidad del resultado de esas decisiones.

Hablo hoy en una hora de peligro y de oportunidad nacionales.

El estado actual de nuestra economía es inquietante. Hemos tomado posesión en la estela de siete meses de retracción, de tres años y medio de estancamiento, de siete años de desarrollo económico disminuido y de nueve años de ingresos agrícolas decrecientes.

En pocas palabras, la economía norteamericana se halla en dificultades. La economía industrializada de más recursos de la tierra figura entre las últimas en desarrollo económico. Desde la primavera última ha estado realmente en retracción. Las inversiones comerciales están en descenso. Los beneficios han descendido por debajo de los niveles previstos. La construcción está paralizada; hay un millón de automóviles sin vender; hay menos personas trabajando, y la semana media de trabajo se ha reducido a bastante menos de cuarenta horas. Los precios, sin embargo, han seguido elevándose, de modo que muchos norteamericanos tienen ahora menos para gastar en cosas que les cuestan más que antes.

Dentro de los próximos catorce días propondré al Congreso medidas para mejorar la compensación de desempleo mediante incrementos transitorios en cuantía y duración sobre una base autosuficiente, para proporcionar más alimentos a las familias de los desempleados y ayuda a sus niños necesitados, para nuevo desarrollo de

nuestras zonas en las que hay crónicamente exceso de mano de obra, para ampliar los servicios de las oficinas de los Estados Unidos, para estimular tanto la construcción de viviendas como la construcción en general, para garantizar mayor capacidad adquisitiva a nuestros trabajadores de menores ingresos, elevando y extendiendo el salario mínimo, para ofrecer incentivos fiscales a fin de fomentar sanas inversiones industriales, para aumentar el desarrollo de nuestros recursos naturales, para fomentar la estabilidad de precios y para adoptar otras medidas con objeto de garantizar una rápida recuperación y allanar el camino hacia un mayor desarrollo a largo plazo. Este no es un programa de partido concentrado en nuestras debilidades; es un programa nacional para realizar nuestra fuerza nacional.

Es cierto que desde 1958 ha aumentado considerablemente la diferencia entre la cantidad de dólares que gastamos o invertimos en el exterior y la cantidad de dólares que vuelven aquí. Ese déficit general en nuestra balanza de pagos ha aumentado en la enorme suma de once mil millones de dólares en esos tres años, y los tenedores de dólares en el exterior los han convertido en oro en tal cantidad que han ocasionado una disminución total de cerca de cinco mil millones en nuestras reservas oro. El déficit de 1959 fue producido en gran parte por el fracaso de nuestras exportaciones para penetrar en los mercados extranjeros debido tanto a las restricciones impuestas a nuestros artículos como a nuestros precios, más elevados que los de la competencia. El déficit de 1960, por otra parte, se debió a la cantidad de capital privado que se invirtió en el exterior buscando mayores utilidades. Entre tanto, nuestro país ha seguido soportando con exceso su parte de las obligaciones de ayuda militar y exterior de las naciones occidentales. Si no varían las políticas seguidas hasta ahora, se predice para 1961 otro déficit de dos mil millones de dólares, y las personas en los países cuya situación con respecto al dólar dependía anteriormente de esos déficit para su mejoramiento se preguntan ahora francamente si nuestras reservas oro seguirán siendo suficientes para permitirnos hacer frente a nuestras obligaciones.

“Todo ello es motivo de preocupación, pero no es motivo de desesperación, pues nuestra situación monetaria y financiera sigue siendo sólida.

Nuestra Administración no deformará de ninguna forma el valor del dólar. Esta es una promesa que hago. No obstante, la prudencia y el buen sentido exigen que se adopten nuevas medidas para facilitar el déficit de pagos y para impedir una crisis del oro. Nuestro éxito en los asuntos internacionales viene dependiendo en parte, desde hace mucho tiempo, de la confianza que se tiene en el exterior en nuestra capacidad para pagar. Una serie de órdenes ejecutivas, legislación adecuada, y esfuerzos cooperativos con nuestros aliados, se aplicarán

inmediatamente —encaminados a traer inversión de capital extranjero y turismo a este país— a fomentar las exportaciones norteamericanas a precios estables y con garantías y contribuciones oficiales más liberales, a reducir las posibilidades de evasión de impuestos y de tarifas aduaneras que fomentan el gasto excesivo de dólares en el exterior, y (por intermedio de la OTAN, de la OCDE y de otros organismos) compartir con nuestros aliados todos los esfuerzos para mantener la defensa común del mundo libre y las esperanzas de progreso de los países en desarrollo. Mientras dure el actual déficit se buscará la forma de reducir la salida de nuestros dólares al exterior, sin echar toda la carga sobre los hombros de las familias de los que hemos podido que sirvan a nuestra bandera en ultramar.

Esta Administración se propone, en suma, apoyar todos nuestros esfuerzos en el exterior y conseguir que en el porvenir, como en el pasado, sea el dólar tan "sólido como un dólar".

Pero hay desequilibrio en algo más que en nuestro intercambio de pagos internacionales. Es casi seguro que el actual presupuesto federal para el año fiscal 1961 acusará un déficit neto. El presupuesto ya presentado para el año fiscal de 1962 sólo se equilibrará si el Congreso aprueba todas las medidas solicitadas sobre ingresos del erario, y si esos ingresos calculados son producidos por un mejoramiento más pronto y rápido en la economía del que creen actualmente probable mis asesores económicos. No obstante, una nueva Administración debe necesariamente basarse en los cálculos de gastos e ingresos ya presentados. Dentro de ese marco, excluyendo el desarrollo de necesidades urgentes de defensa nacional o el empeoramiento de la economía, es mi actual intención defender un programa de gastos que, tomando en cuenta los ingresos producidos por un estímulo de la economía no desnivelen por sí mismos el presupuesto anterior.

No obstante, haremos lo que se deba hacer. Pues nuestro país está lleno de tareas descuidadas y sin terminar. Barriadas escuálidas están rodeando nuestras ciudades. Han pasado más de doce años desde que el Congreso declaró que nuestro objetivo era "que todas las familias norteamericanas tuvieran una vivienda decente y un ambiente adecuado". Y, sin embargo, todavía son veinticinco millones los norteamericanos que viven en viviendas inadecuadas. Este año se necesitará un nuevo programa de vivienda y un nuevo Departamento de Vivienda y Urbanismo.

La negación de derechos constitucionales a algunos de nuestros compatriotas, a causa de su raza, como electores, entre otros, inquieta la conciencia nacional y es motivo de que la opinión mundial nos acuse de que nuestra democracia no está a la altura de las elevadas promesas de nuestro legado; la moralidad en los negocios particulares no ha sido suficientemente estimulada por la moralidad en los negocios públicos. Una gran cantidad de problemas y proyectos en los cincuenta Estados de la Unión, que no es posible incluir en este Mensaje, merecen y recibirán la atención del Congreso y del poder ejecutivo. En lo referente a la mayor parte de esos

asuntos, se enviarán Mensajes al Congreso dentro de las dos próximas semanas.

Però todos estos problemas palidecen en comparación con los que tenemos planteados en todo el mundo.

En Asia, las incesantes presiones de los comunistas chinos amenazan la seguridad de toda la región, desde las fronteras de la India y Viet Nam del Sur hasta las selvas de Laos, que lucha para proteger su recién ganada independencia. Buscamos en Laos lo que buscamos en toda Asia y, en realidad, en todo el mundo: libertad para el pueblo e independencia para su Gobierno. Esta nación perseverará en la consecución de estos objetivos.

En Africa, el Congo ha sido brutalmente desgarrado por la lucha civil, la inquietud política y el desorden público. Seguiremos prestando apoyo a los heroicos esfuerzos de las Naciones Unidas para restaurar la paz y el orden, esfuerzos que son puestos ahora en peligro por las crecientes tensiones, los problemas no resueltos y el decreciente apoyo de muchos Estados miembros.

En Iberoamérica, los agentes comunistas que tratan de explotar la pacífica revolución de esperanza de esa región han establecido una base en Cuba, a sólo noventa millas de nuestras costas. Nuestra objeción a Cuba no se refiere a la campaña del pueblo por una vida mejor. Nuestra objeción es a su dominio por tiranías extranjeras e interiores. La reforma social y económica de Cuba debe ser alentada. Las cuestiones de política económica y comercial pueden ser siempre negociadas. Pero el dominio comunista en este hemisferio no puede nunca ser negociado.

Estamos comprometidos a trabajar con las repúblicas hermanas nuestras para liberar a América de toda esa dominación extranjera y de toda tiranía, esforzándonos por alcanzar la meta de un hemisferio libre, de Gobiernos libres, que se extienda desde el Cabo de Hornos hasta el Círculo Polar Artico.

En Europa, nuestras alianzas están incumplidas y en cierto desorden.

El reto más importante sigue siendo el mundo que se encuentra más allá de la guerra fría, pero el primer gran obstáculo es aún el de nuestras relaciones con la Unión Soviética y la China comunista. Nunca debemos dejarnos adormecer por la creencia de que una u otra de estas dos potencias ha abandonado sus ambiciones de dominio mundial, ambiciones que enérgicamente volvieron a expresar hace bien poco tiempo. Por el contrario, nuestra tarea es la de convencerlas de que la agresión y la subversión no serán rutas provechosas para alcanzar esos fines. La competencia franca y pacífica —por el prestigio, por los mercados, por las realizaciones científicas e incluso por la mente de los hombres— es algo distinto. Pues si la libertad y el comunismo hubieran de competir por la alianza del hombre en un mundo en paz, yo contemplaría el porvenir con creciente confianza.

Para afrontar esta serie de retos, para cumplir el papel que no podemos eludir en la escena mundial, debemos examinar de nuevo y revisar todo nuestro arsenal de instrumentos militares, económicos y políticos. Unos no deben dejar en la sombra a los otros. En el escudo pre-

sidencial, el águila sostiene en su garra derecha la rama de olivo, mientras que en la izquierda hay un haz de flechas. Nos proponemos prestar igual atención a ambas.

a) Me propongo pedir al Congreso autorización para establecer un nuevo y más eficaz programa, destinado a contribuir al desarrollo económico, educativo y social de otros países y continentes.

b) Espero que el Senado tome prontamente medidas para aprobar el convenio que establece la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico.

c) Hemos prometido a las repúblicas del Sur, hermanas nuestras, una nueva Alianza para el Progreso. Nuestro objetivo es una Iberoamérica libre y próspera que alcance para todos sus estados y sus ciudadanos un grado de progreso económico y social equiparable a sus históricas aportaciones a la cultura, al intelecto y a la libertad. Con objeto de iniciar la parte correspondiente a esta nación en esa alianza de vecinos, recomiendo lo siguiente:

1) Que el Congreso consigne por completo el fondo de quinientos millones de dólares prometido por el documento de Bogotá para usarlo no como instrumento de guerra fría, sino como un primer paso en el sano desarrollo de las Américas.

2) Que se establezca un nuevo grupo interdepartamental, bajo la dirección del Departamento de Estado, con objeto de coordinar en el nivel superior todas las políticas y todos los programas de interés para las Américas.

3) Que nuestros delegados en la Organización de Estados Americanos, colaborando con los de las demás naciones miembros, refuercen ese organismo como instrumento para preservar la paz e impedir la dominación extranjera en cualquier parte del hemisferio.

4) Que, en colaboración con otras naciones, iniciemos en todo el hemisferio un ataque al analfabetismo y a la insuficiencia de oportunidades educativas en todos los grados; y, por último,

5) Que se envíe inmediatamente una Misión de Alimentos para la Paz a Iberoamérica a fin de explorar de qué modo nuestra gran abundancia de alimentos puede utilizarse para contribuir a terminar con el hambre y la desnutrición en ciertas regiones de sufrimiento en todo el hemisferio.

d) Esta Administración está ampliando su nuevo programa de Alimentos para la Paz de todas las maneras posibles. Los productos de nuestra abundancia se emplearán más eficazmente para aliviar el hambre y para contribuir al desarrollo económico en todos los rincones del globo.

e) Un tesoro nacional todavía más valioso es nuestra reserva de abnegados hombres y mujeres no sólo en nuestras universalidades, sino también en todos los grupos de edades, que han indicado su deseo de aportar sus

conocimientos, sus esfuerzos y una parte de su vida a la lucha en pro del orden mundial.

f) Por último, aunque nuestra atención está concentrada en el desarrollo del mundo no comunista, no debemos olvidar nunca nuestras esperanzas de la liberación final y del bienestar de los pueblos de Europa oriental.

Expreso aquí mi compromiso y el de mis colegas del Gabinete a un continuo fomento de la iniciativa, de la responsabilidad y de la energía en el servicio del interés público. Que cada funcionario público —sea alto o bajo el puesto que ocupe— sepa que el rango y la reputación de un hombre en esta Administración estarán determinados por la magnitud de la labor que realice y no por las dimensiones de su personal, de su oficina o de su presupuesto. Que quede claro que esta Administración reconoce el valor de la audacia y de la independencia de criterio, y las acogemos como base para un entendimiento más saludable. Que el servicio público sea una carrera orgullosa y vivaz. Y que cada hombre y mujer que trabaja en cualquier sector de nuestro Gobierno nacional, en cualquier rama, a cualquier nivel, pueda decir con orgullo y honor en años futuros: "Serví al Gobierno de los Estados Unidos en esa hora de necesidad de nuestra nación".

No podemos escapar a nuestros peligros ni debemos dejar que nos lleven al pánico o un mezquino aislamiento. En muchas regiones del mundo en las que el equilibrio de poder es ya favorable a nuestro adversario, las fuerzas de la libertad están profundamente divididas. Constituye una de las ironías de nuestro tiempo el que las técnicas de un sistema áspero y represivo sean capaces de inculcar disciplina y ardor a sus servidores, mientras que las bendiciones de la libertad han favorecido con demasiada frecuencia el privilegio, el materialismo y una vida holgada.

Pero yo tengo concepto diferente de la libertad. La vida en mil novecientos sesenta y uno no será fácil. El deseárselo, el predecirlo, incluso el pedirlo, no harán que lo sea. Habrá nuevos retrocesos antes que cambie la marea. Pero hemos de cambiarla. Las esperanzas de toda la Humanidad están en nosotros, no simplemente en los que nos encontramos en esta Cámara, sino en el campesino de Laos, el pescador de Nigeria, el exiliado de Cuba, en el espíritu que mueve a cada hombre y a cada nación que comparte nuestras esperanzas de libertad y de porvenir. Y en último análisis, están, sobre todo, en el orgullo y la perseverancia de nuestros conciudadanos de esta gran República. Repitiendo las palabras de un gran Presidente —cuyo aniversario honramos hoy— al terminar su último Mensaje del Estado de la Unión, hace dieciséis años, "Rogamos a Dios que seamos dignos de las oportunidades ilimitadas que El nos ha dado".

9 de febrero de 1961

## MENSAJE AL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS, SOBRE LA SALUD Y EL CUIDADO HOSPITALARIO

La salud de nuestra nación es la clave para su futuro: para su vitalidad económica, para la moral y eficiencia de

sus ciudadanos, para nuestro éxito en lograr nuestras propias metas y mostrar a los demás los beneficios de una sociedad libre.

La mala salud y sus duras consecuencias no se confían a ningún estado o región, a ninguna raza, edad, sexo, o a ninguna ocupación o nivel económico. Es ésta una cuestión de interés nacional.

## I. SEGURO CONTRA LA ENFERMEDAD PARA LOS ANCIANOS

Hace 26 años, esta nación adoptó el principio de que cada miembro del ejército de trabajadores y su familia deberían estar asegurados contra el obsesionante temor de la pérdida de ingresos causada por la jubilación, la muerte o el desempleo. A esto hemos agregado el seguro contra la pérdida económica causada por invalidez.

Pero sigue subsistiendo una brecha de importancia que niega una seguridad total para todos, salvo a aquellos que gozan de los ingresos más elevados: el elevado costo de la enfermedad en la vejez. De cada cinco parejas que reciben prestaciones del Seguro Social, una tiene que ir al hospital cada año. La mitad de los que van al hospital gastan más de 700 dólares al año. Esto representa una tercera parte del ingreso total anual de una pareja en general, o sea más de un modesto presupuesto para la alimentación de todo un año. Muchos, sencillamente no reciben y no tienen con qué pagar el cuidado que necesitan.

La medida adoptada por el Congreso el año pasado reconoció el problema de los ancianos necesitados que requerían asistencia social para pagar sus gastos médicos. Pero ahora tenemos que resolver las necesidades de los millones de personas que no desean recibir asistencia a costa de los contribuyentes, pero que, sin embargo, están abrumados por la fuga de sus ahorros —o los de sus hijos— a causa de una estancia prolongada en el hospital.

En suma, estoy recomendando que se promulgue un programa de seguro contra la enfermedad bajo el sistema de Seguridad Social, que provea las siguientes prestaciones:

Primero. Servicios para pacientes hospitalizados hasta de 90 días para un solo período de enfermedad, cubriendo cualquier costo en exceso de 10 dólares diarios durante los primeros nueve días (con un mínimo de 20 dólares), y gastos completos para los 81 días restantes. En vista de que los gastos de hospital constituyen la carga más pesada y más difícil de resolver para los ancianos, estos servicios son los que deberían recibir mayor atención en todo programa de seguro contra enfermedad.

Segundo. Servicios especializados de casas de convalecencia, hasta 180 días inmediatamente después de ser dados de alta del hospital. Para dar un incentivo a la utilización de estos servicios menos costosos, una persona podría, en concreto, recibir dos días de cuidado especializado en casas de convalecencia, en lugar de un día de hospital cuando esto llene sus requisitos.

Tercero. Servicios de diagnósticos en la clínica de pacientes externos del hospital para todo costo en exceso de 20 dólares. Estos servicios también reducirán la necesidad de admisiones a hospitales, y estimularán diagnósticos a tiempo.

Cuarto. Servicios municipales de enfermeras visitadoras, y servicios afines de salud en el hogar durante un período limitado de tiempo. Esto permitirá que muchos ancianos reciban las atenciones requeridas por su salud, en sus propios hogares.

Propongo que estas prestaciones se suministren a toda persona de 65 años o más que tenga derecho a las prestaciones de jubilación del seguro social o de los ferrocarriles.

Este programa se financiaría mediante un aumento de un cuarto de uno por ciento en las cuotas de seguridad social tanto de patrones como de empleados, y por un aumento de 4,800 dólares a 5,000 dólares al año en la base máxima de ingresos, lo que cubriría ampliamente el costo de todas las prestaciones proporcionadas por el seguro. El sistema se sostendría a sí mismo y no gravitaría obre los ingresos generales.

## II. SERVICIOS E INSTALACIONES DE SANIDAD EN LOS MUNICIPIOS

De nada sirve la capacidad de proporcionar cuidados para la salud adecuados sin las instalaciones indispensables. La ayuda financiera que se suministrará bajo el programa de seguro de enfermedad que recomiendo, proveerá, a su vez, más instalaciones y servicios. Pero nuestros municipios necesitan ayuda adicional para ofrecer dichos servicios ahí donde todos puedan usarlos.

### A. Subsidios para construcción de casas de convalecencia

Hay actualmente un déficit de 500,000 camas para estancias prolongadas de enfermos que no requieren los servicios especiales del hospital general. Tenemos que festinar la construcción de más casas de convalecencia; principalmente en vista de que nuestro nuevo programa tiende a fomentar que los convalecientes que no puedan recuperarse en su casa recurran a este tipo de instalación en vez de permanecer en nuestros hospitales, ya atestados de enfermos. Pediré al Congreso que apruebe una legislación tendente a doblar la autorización actual de 10 millones de dólares, otorgando subsidios iguales para este programa de construcción.

### B. Subsidios para mejorar los servicios de casa de convalecencia y de cuidados del enfermo en el hogar

El aumento de camas en casa de convalecencia, no remediaría por sí solo la deficiencia en el cuidado. Buen funcionamiento, buen servicio y seguridad adecuada son esenciales. Tampoco se puede decir que todos los enfermos ancianos y con padecimientos crónicos necesitan atención en hospitales o en casas de convalecencia. En ciertas etapas de la enfermedad, muchos enfermos están mejor en sus casas, siempre y cuando se les dé una atención adecuada. Pero la mayoría de las comunidades carecen de servicios de salud a domicilio. Servicios de enfermeras a domicilio, aun muy limitados, existen en menos de 1,000 municipios de nuestro país.

Por lo tanto, propongo subsidios de estímulo a los Estados, y a través de ellos a los Municipios, para mejorar la calidad de los servicios en las casas de convalecencia: para organizar servicios de salud a domicilio, municipales para ancianos y enfermos crónicos; para establecer servi-

cios de información sobre cuestiones de salud y centros de consulta; para formar el personal adicional que se requiere para servicios de salud fuera del hospital, y para ayudar a pagar el costo de los estudios y demostraciones de nuevos y mejores medios de proporcionar cuidado fuera del hospital. Una partida inicial anual de 10 millones de dólares tenderá la base para proporcionar un cuidado más eficaz y mejor equilibrado a los ancianos y los enfermos crónicos.

### C. Investigación y desarrollo en materia de hospitales

Los hospitales dan cuenta de más de 6,000 millones de dólares al año de los gastos totales de la nación. En nuestra época, una empresa de tal magnitud e importancia requiere un esfuerzo grande y continuado de investigación y desarrollo como base de sus operaciones. Específicamente, necesitamos preparar planes regionales y por zonas, más completos para lograr la máxima utilización económica de estos edificios tan costosos; y necesitamos más investigación para encontrar cómo se pueden construir hospitales y cómo deben organizarse y administrarse los servicios dentro de ellos para proveer la mejor atención posible con el personal disponible. Por lo tanto, recomiendo que, en vez de un tope arbitrario para las partidas destinadas a investigación sobre este capítulo, el Congreso tenga autoridad para determinar cada año la cantidad necesaria para estos fines; y que se autorice al Cirujano General para otorgar subsidios para proyectar la construcción de hospitales experimentales o de demostración y otras instalaciones médicas.

### III. PERSONAL MAS NUMEROSO PARA CUESTIONES DE SALUD

El cuidado adecuado de los enfermos requiere un número también adecuado de personal bien adiestrado. Hoy por hoy, no contamos con suficiente personal, y la escasez va en aumento.

El número de médicos y dentistas que se gradúan cada año, tiene que aumentar rápidamente sólo para ponernos al paso con nuestra población creciente; tiene que aumentar mucho más, si, como parte de nuestras obligaciones internacionales, hemos de ayudar a resolver necesidades médicas críticas en zonas clave del mundo. Pero no solamente no estamos logrando nuestra meta de ayudar a esas naciones exportando un número suficiente de médicos para formar el núcleo para un programa mundial de salud, sino que, en realidad, estamos recibiendo los servicios de más de 1,000 médicos al año, médicos que vienen del extranjero a ejercer en nuestro país.

Hoy en día contamos con 92 escuelas de medicina y 47 de odontología. En éstas se gradúan únicamente 7,500 médicos y 3,200 dentistas cada año. Si durante los próximos 10 años la capacidad de nuestras escuelas de medicina se aumentara en un 50 por ciento y la de nuestras escuelas de odontología se aumentara en un 100 por ciento, la cantidad de graduados tan sólo sería suficiente para mantener la proporción actual de médicos y dentistas en relación con la población.

Para lograrlo sería preciso tener durante los próximos diez años aumentos de importancia en la matrícula de las escuelas y facultades existentes, más veinte nuevas escuelas de medicina y veinte nuevas escuelas de odontología.

### IV. PARA MEJORAR LA SALUD DE NUESTROS NIÑOS Y DE NUESTROS JOVENES

Al ocuparnos de resolver los problemas de salud de las personas de edad de nuestra población, no podemos descuidar las necesidades de los jóvenes. Una quinta parte de nuestros niños menores de cinco años no ha sido inmunizada contra la poliomielitis. De 1950 a esta fecha, nuestro país ha pasado del sexto al décimo lugar en mortalidad infantil entre las naciones más adelantadas del mundo. Cada año unos 400,000 niños nacen con deformaciones congénitas, y muchos otros empiezan la vida mentalmente retrasados, atacados de parálisis cerebral o con otros padecimientos graves que requieren cuidado rápido y eficaz y más investigación.

a) Recomiendo que se establezca en los Institutos Nacionales de Salud, un nuevo Instituto Nacional de Salud del Niño y del Desarrollo de Ser Humano, que incluirá un Centro para la Investigación de la Salud del Niño.

b) Recomiendo al Congreso un aumento en las partidas para los programas en existencia de Salud Materno-infantil, de Niños Lisiados y de Asistencia Infantil de la Oficina Infantil.

c) Con el objeto de lograr una administración más unificada y mayor eficacia en los esfuerzos federales para fomentar la aptitud física, nombro al Secretario de Salud, Educación y Asistencia, Presidente del Consejo Presidencial sobre Aptitud Física. Le pido que movilice todos los recursos de su Departamento y de otras dependencias interesadas para alentar tanto a las organizaciones públicas y privadas como a los individuos a mejorar la aptitud física de la juventud de nuestra nación.

### V. REHABILITACION VOCACIONAL

"Esta administración se propone lograr que la rehabilitación de los ciudadanos incapacitados y su regreso a la vida activa y útil, se lleve a cabo lo más rápidamente posible".

### VI. INVESTIGACION MEDICA

Durante los próximos diez años se necesitará un aumento considerable del esfuerzo total actual de esta nación en investigación médica, si queremos que el conocimiento vaya al paso con el progreso humano. Recomiendo:

a) Ampliación y aumento del presente programa, autorizando subsidios para la construcción de edificios y servicios de investigación.

b) Supresión de las limitaciones actuales sobre el pago federal de los costos indirectos de los proyectos de investigación médica que han puesto trabas a muchas universidades y a otras instituciones de investigación.

c) Un aumento en los fondos para investigación médica, solicitado en el presupuesto presentado anteriormente.

### CONCLUSION

La salud del pueblo de esta nación debe salvaguardarse siempre; tiene que mejorarse siempre. En tanto que la gente sea atacada por enfermedades que estén en

nuestro poder evitar, en tanto la gente esté encadenada por incapacidades que puedan ser curadas, en tanto la muerte innecesaria cobre su tributo, el problema de la salud en este país será un problema no resuelto.

A este problema no resuelto de la salud —que afecta cada persona, cada hogar y cada comunidad de esta nación— tenemos que dirigir ahora nuestros mejores esfuerzos.

20 de febrero de 1961

## MENSAJE AL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS, SOBRE LA EDUCACION

Nuestro progreso como nación no puede ser más rápido que el que se alcance en la educación. Lo que se requiere de nosotros para dirigentes del mundo, nuestra esperanza de crecimiento económico y las exigencias de la ciudadanía misma en una era como la actual, todo esto requiere el máximo desarrollo de la capacidad de todos los jóvenes de nuestro país.

El espíritu humano es nuestro recurso fundamental. Un programa federal equilibrado debe ir más allá de los simples incentivos para la inversión en plantas y equipos. Debe igualmente incluir medidas resueltas para invertir en los seres humanos, tanto en su educación y formación básicas como en su preparación superior para el trabajo profesional. Sin tales medidas, el Gobierno federal no cumplirá con su responsabilidad de ampliar la base de nuestra fortaleza económica y militar.

### I. ASISTENCIA A LAS ESCUELAS PUBLICAS ELEMENTALES Y MEDIAS

Un sistema acertado de educación exige un adecuado equilibrio, en calidad y en cantidad, de tres elementos: estudiantes, profesores y servicios. La calidad de los estudiantes depende en gran parte de la calidad y cantidad de profesores y servicios.

No podemos tener más y mejores maestros —y nuestros hijos deberían tener los mejores— a menos que se tomen las necesarias medidas para aumentar las remuneraciones del personal docente. Con los actuales sueldos, la enseñanza no puede competir en lo que a compensación económica se refiere con otros trabajos profesionales que exigen una formación académica semejante.

Es igualmente claro que no tenemos bastantes aulas. Para atender las necesidades actuales y acomodar el volumen creciente de matrícula, si cada alumno ha de tener la oportunidad de una educación con un horario diario completo y en aulas adecuadas, será necesario construir un total de 60,000 aulas durante los próximos diez años.

Estos problemas son comunes a todos los Estados.

He recomendado al Congreso un programa de una duración de tres años de asistencia federal para la construcción de escuelas primarias y medias y fijación de sueldos a los maestros.

### II. CONSTRUCCION DE INSTALACIONES Y EQUIPO EN COLEGIOS Y UNIVERSIDADES

Nuestros colegios y universidades representan el úl-

timo recurso docente. En estas instituciones se forman los dirigentes y otras personas capacitadas de las cuales necesitamos para elevar más nuestra ya desarrollada civilización. Si los colegios y universidades no cumplen su misión, no existe substitutivo alguno que pueda asumir tal responsabilidad. La amenaza de las fuerzas mundiales militares e ideológicas antagónicas hace urgente su tarea. Pero dicha tarea existiría en cualquier caso.

### III. AYUDA A LOS ESTUDIANTES DE UNIVERSIDADES Y COLEGIOS

Esta nación estableció, hace un siglo aproximadamente, como objetivo básico proporcionar a cada niño una buena educación primaria y secundaria independientemente de su capacidad económica. En 1961, la estructura de la ocupación, la ciudadanía y del mundo en general han cambiado de tal forma que se ha de establecer una meta más elevada. Debemos asegurarnos de que cada joven que tenga aptitudes para seguir un programa de enseñanza superior podrá conseguirlo si así lo desea, sin consideración a su capacidad económica.

Por ello recomiendo el establecimiento de un programa quinquenal con una autorización inicial de 26.250,000 dólares de becas administradas por los estados para jóvenes inteligentes y necesitados, que complementarán, pero no substituirán, aquellos programas, actualmente vigentes, de ayuda financiera a los estudiantes.

### IV. ORIENTACION PROFESIONAL

Las leyes nacionales de orientación profesional, aprobadas por el Congreso en 1917 y posteriormente enmendadas, proporcionaron un programa de enseñanza en la agricultura, la industria y otros sectores de trabajo.

A tal fin he pedido al Secretario de Sanidad, Educación y Asistencia Social que se convoque un cuerpo consultivo integrado por representantes de la profesión docente, de la industria y de la agricultura, así como del sector público, conjuntamente con representantes de los Departamentos de Agricultura y de Trabajo, para que se encargue de revisar y evaluar las leyes nacionales de orientación profesional, y emitir, en consecuencia, las recomendaciones que estimen oportunas para mejorar y orientar más adecuadamente el programa.

## CONCLUSION

Estas medidas de estímulo representan una contribución esencial, aunque modesta, que el Gobierno Federal debe aportar a la educación de los norteamericanos en todos sus niveles de enseñanza. Una ayuda unilateral no

es suficiente. Debemos conceder atención tanto a las dotaciones de los profesores como a las aulas, a los servicios académicos de los colegios como a los dormitorios, a las becas y préstamos y a la educación profesional en general.

23 de febrero de 1961

## SOBRE LOS RECURSOS NATURALES

Desde los comienzos de la civilización, la riqueza y el progreso básico de toda nación ha dependido, en gran medida, de sus recursos naturales. Nuestra nación ha sido y sigue siendo especialmente afortunada en los dones que hemos heredado. Nuestra sociedad entera está basada y depende de nuestra agua, nuestro suelo, nuestros bosques y nuestros minerales. La forma en que utilicemos estos recursos repercute en nuestra salud, nuestra seguridad, nuestra economía y nuestro bienestar.

Para coordinar estos asuntos entre los distintos organismos daré brevemente una o más directrices ejecutivas o directivas:

1) Delimitar estas responsabilidades dentro de la Oficina Ejecutiva y autorizar a un Consejo de Asesores Económicos a informar al Presidente, al Congreso y al público sobre la situación de los programas de recursos en relación con las necesidades nacionales.

2) Establecer, bajo el Consejo de Asesores Económicos, un Comité Asesor Presidencial en Recursos Nacionales, representando a los federales interesados en este problema y buscar el asesoramiento de expertos de fuera del Gobierno.

### I. RECURSOS HIDRAULICOS

Nuestro país ha sido bendecido con unos recursos generosos de agua; pero no es una bendición que podamos mirar con indiferencia. Ahora se consumen más de 300,000 millones de galones de agua al día, mucha de ella gastada inútilmente. Hacia 1980 se necesitarán 600,000 millones de galones diarios.

Las existencias de agua no son adecuadas a nuestras necesidades en todo tiempo y lugar. A las inundaciones de un día en una parte del país se opone en otras partes o en otros días una gran escasez, que está ahora afligiendo a muchas zonas urbanas del Este y es particularmente grave en el Oeste. Debemos usar las disponibilidades hidráulicas de forma que den el máximo beneficio en todas las finalidades: energía hidroeléctrica, regadíos y reclamación de tierras, navegación, esparcimiento, sanidad, fines caseros e industriales. Si queremos que todas las áreas del país disfruten de un crecimiento equilibrado, el Programa de Reclamación Federal y los otros programas de recursos hidráulicos tendrán que prestar cada vez más atención a los recursos de agua y energía industriales y municipales y a los regadíos y redención de tierras, y así se lo he indicado al Secretario del Interior, al Secretario de Agricultura y al del Ejército.

### PLANIFICACION Y DESARROLLO

a) No estamos de acuerdo con la política de no empezar nuevas obras.

He pedido al Director de la Oficina del Presupuesto que realice, en colaboración con los Departamentos y jefes de organismos apropiados, un programa ordenado y progresivo de iniciación de nuevos proyectos para hacer frente a las demandas acumuladas, teniendo en cuenta la disponibilidad de fondos, y empleando con las agencias interesadas, y siempre que sea posible, el excelente y oportuno informe del Comité Especial del Senado sobre Recursos Hidráulicos Nacionales, realizado hace tres semanas.

b) Esta Administración acepta el objetivo solicitado por dicho Comité de desarrollar planes conjuntos de cuencas de ríos para 1970, en cooperación con cada estado. Pido al Congreso que autorice el establecimiento de comisiones planificadoras para todas las cuencas fluviales importantes, siempre que no existan ya planes coordinados adecuados. Estas comisiones, en las cuales estarán representadas las oficinas interesadas a todos los niveles gubernamentales, tendrán a su cargo la responsabilidad de preparar planes de desarrollo básico coordinados en los próximos años.

c) Una razón fundamental para realizar tal planificación es la posibilidad de conocer la necesidad y la localización de los futuros depósitos mucho antes de su construcción. Esta ventaja desaparecerá en gran parte si los sitios elegidos no se preservan, pues el no evitar el desarrollo residencial y comercial en tales zonas aumenta los costes últimos de adquisición y puede traducirse en presiones contra el proyecto requerido. Pido al Congreso que promulgue una legislación que permita al organismo interesado, el poder reservar los lugares donde se ubicarán los futuros embalses, siempre que sea necesaria tal protección.

d) Debe realizarse el proyecto del pleno desarrollo de los recursos potenciales de agua y energía de la cuenca del Columbia. El Senado está estudiando el tratado con Canadá sobre el desarrollo conjunto del río Columbia. Pido al Senado que apruebe este tratado lo antes posible para que puedan empezar inmediatamente los inmensos esfuerzos que han de emprenderse conjuntamente en la producción de energía y de control de aguas en esa cuenca.

e) Esta Administración se compromete a reforzar y acelerar el programa de control de inundaciones tan rápidamente como lo permitan las posibilidades técnicas y

fiscales. Desgraciadamente, los esfuerzos para reducir las pérdidas por inundaciones por medio de construcción de obras que las eviten están siendo anulados, en parte, por el rápido crecimiento industrial y residencial de las tierras bajas inundadas.

He pedido a los organismos federales interesados que proporcionen información sobre los peligros de inundación en determinados sectores de todos los estados y que ayuden para la regulación eficaz de las tierras sometidas a inundación.

f) En el control de los desbordamientos de agua, como complemento de los grandes embalses en la parte baja de las corrientes, tenemos los proyectos de pequeñas cuencas, como parte integral de nuestro programa de conservación del agua y del suelo, junto con la construcción de terrazas, la siembra según líneas de nivel, las defensas de hierba y otras medidas de prevención de la erosión.

1 de marzo de 1961

## MENSAJE AL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS, SOBRE EL CUERPO DE LA PAZ

Recomiendo al Congreso el establecimiento de un permanente Cuerpo de la Paz, una unión de hombres y mujeres norteamericanas enviados a ultramar por el Gobierno de los Estados Unidos o a través de instituciones y organizaciones privadas para ayudar a los países extranjeros a hacer frente a sus necesidades urgentes de mano de obra capacitada.

He firmado hoy una orden ejecutiva por la que se establece un Cuerpo de la Paz sobre unas bases provisionales y de prueba.

Este provisional Cuerpo de la Paz será una fuente de información y de experiencia que nos ayude a formular planes más eficaces para una organización permanente. Además, estableciendo ahora el Cuerpo de la Paz, estaremos en condiciones de empezar este verano a adiestrar hombres y mujeres jóvenes para sus deberes de ultramar con la finalidad de enviarlos posteriormente a sus puestos. Este Cuerpo de la Paz se establece bajo la actual Ley de Seguridad Mutua y estará localizado en el Departamento de Estado. Sus gastos iniciales se pagarán de asignaciones disponibles normalmente para nuestro Programa de Ayuda Exterior.

Los pueblos de las naciones recién desarrolladas luchan en todas partes por el progreso económico y social, que refleja sus más profundos deseos. Nuestra propia libertad y el futuro de la libertad de todo el mundo depende, en un verdadero sentido real, de su capacidad para edificar naciones independientes, y en progreso creciente, donde los hombres puedan vivir con dignidad, liberados de las ataduras del hambre, la ignorancia y la pobreza.

La vasta tarea del desarrollo económico requiere urgentemente personas adiestradas para realizar el trabajo de la sociedad: ayudar a la enseñanza en las escuelas,

construir proyectos de desarrollo, enseñar los modernos métodos sanitarios en los pueblos y realizar otras múltiples tareas que exigen un conocimiento avanzado y educado.

El Cuerpo de la Paz no estará limitado a los jóvenes o a los graduados de nuestros colegios de enseñanza superior. Todos los norteamericanos capacitados serán bien recibidos si se unen a este esfuerzo. Pero, indudablemente, el Cuerpo estará formado fundamentalmente por gente joven que haya terminado su enseñanza escolar.

Como uno de los mayores recursos de una sociedad libre es la fuerza y diversidad de sus organizaciones e instituciones privadas, parte importante del programa del Cuerpo de la Paz será realizado por estos grupos, asistidos financieramente por el Gobierno Federal.

El personal del Cuerpo de la Paz se pondrá a disposición de las naciones en desarrollo, en la siguiente forma:

- 1) A través de organizaciones voluntarias privadas que realizan programas de asistencia internacional.
- 2) A través de programas de ultramar de los colegios y universidades.
- 3) A través de programas de ayuda de las organizaciones internacionales.
- 4) A través de los programas de ayuda del Gobierno de los Estados Unidos.
- 5) A través de nuevos programas que administre directamente el propio Cuerpo de la Paz.

En la mayoría de los casos, el Cuerpo de la Paz asumirá la plena responsabilidad en el reclutamiento, enseñanza y desarrollo de los proyectos de ultramar. En otros casos se pondrán solicitantes adiestrados a disposición de los grupos privados que realizan proyectos aprobados por el Cuerpo de la Paz.

13 de marzo de 1961

## SOBRE LA ALIANZA PARA EL PROGRESO,

Cúmplense en esta semana ciento treinta y nueve años que los Estados Unidos, conmovidos por las heroicas

luchas de sus hermanos de América, instaron el reconocimiento de las nuevas repúblicas latinoamericanas que

acababan de lograr su independencia. Fue entonces, en los albores de la libertad en todo el hemisferio, cuando Bolívar expresó su anhelo de ver a las Américas, transformadas en la más grande región del mundo, "la más grande, no tanto por su extensión y riquezas cuanto por su libertad y su gloria".

Nunca en la larga historia de nuestro hemisferio, ha estado este sueño tan cerca de realizarse, y en ningún momento como ahora ha corrido mayor peligro.

El genio de nuestros hombres de ciencia nos ha proporcionado los medios de traer abundancia a nuestro suelo, fortaleza a nuestra industria y sabiduría a nuestra juventud. Por vez primera poseemos la capacidad de romper las últimas cadenas de la pobreza y la ignorancia, y de liberar a nuestro pueblo para que logre su plenitud y disfrute de los gozos espirituales e intelectuales que han constituido la meta de nuestra civilización.

Sin embargo, en este preciso momento de máxima oportunidad, nos encaramos a las mismas fuerzas que han puesto en peligro a América a través de su historia, las mismas fuerzas extrañas que intentan imponer una vez más los despotismos del Viejo Mundo sobre los pueblos del Nuevo Mundo.

Les he invitado a venir hoy aquí, a fin de tener yo la oportunidad de examinar con ustedes estos retos y estos peligros.

Nos reunimos pues, como fieles y antiguos amigos vinculados por la historia y la experiencia, y por nuestra determinación de impulsar los valores de la civilización americana. Porque este Nuevo Mundo nuestro, no es sólo un accidente geográfico. Nuestros continentes se hallan unidos por una historia común: la interminable exploración de nuevas fronteras. Nuestras naciones son el producto de una lucha común: la rebelión contra el régimen colonial. Y nuestros pueblos comparten un patrimonio común: la búsqueda de la dignidad y la libertad del hombre.

Las revoluciones de las cuales surgimos encendieron, en las palabras de Tomás Paine, "una chispa que no ha de extinguirse jamás". Y a través de vastos y turbulentos continentes, estos ideales americanos siguen inspirando al hombre en su lucha por la independencia nacional y la libertad individual. Pero a la vez que acogemos con beneplácito la propagación de la revolución americana a otras tierras, debemos recordar que nuestra propia lucha —la revolución que comenzó en Filadelfia en 1776, y en Caracas en 1811— no ha terminado aún. No ha concluido todavía la misión de nuestro hemisferio. Porque nos aguarda aún la tarea de demostrar al mundo entero que la insatisfecha aspiración humana de progreso económico y justicia social pueden mejor realizarla hombres libres trabajando dentro de un marco de instituciones democráticas. Si esto logramos dentro de nuestro propio hemisferio, y para nuestra gente, nos será acaso dado cumplir la profecía del gran patriota mexicano Benito Juárez, de que "la democracia es el destino de la humanidad futura".

Como ciudadano de los Estados Unidos de América, permítase ser el primero en reconocer que nosotros los norteamericanos no hemos comprendido siempre el sentido de esta misión común, así como también es cierto que hay mucha gente en los países que representáis que no han entendido cabalmente la urgente necesidad de

liberar al pueblo de la pobreza, la ignorancia y la desesperación. Pero procede ahora que superemos los errores, las fallas y las incomprensiones del pasado en marcha hacia un futuro lleno de peligros, pero resplandeciente de esperanza.

A través de la América Latina, Continente rico en recursos y en las realizaciones espirituales y culturales de su pueblo, millones de hombres y mujeres sufren a diario la degradación del hambre y la pobreza. Son millones los desprovistos de albergue adecuado y de protección contra la enfermedad, y sus hijos carecen de la instrucción o del empleo que les permita mejorar sus vidas. Y cada día el problema reviste mayor urgencia. El crecimiento demográfico sobrepasa el desarrollo económico; los niveles de vida, bajos de por sí, se ven aún más amenazados y crece el descontento, el descontento de un pueblo que sabe que por fin están a la mano la abundancia y los instrumentos de progreso. En las palabras de José Figueres: "Los pueblos que una vez dormían, ahora luchan por abrirse paso camino del sol, hacia una vida plena".

Del buen éxito de la lucha de nuestros pueblos, de nuestra capacidad para brindarles una vida mejor depende el futuro de la libertad en las Américas y en el mundo entero. El no actuar, el no consagrar nuestras energías al progreso económico y a la justicia social, sería un insulto al espíritu de nuestra civilización, y constituiría un monumental fracaso de nuestra sociedad libre.

Pero si hemos de afrontar un problema de tan imponentes dimensiones, nuestro proceder debe ser audaz y a tono con la concepción majestuosa de la "Operación Panamericana". Por eso he hecho un llamamiento a todos los pueblos del hemisferio para que nos aunemos en una nueva "Alianza para el Progreso", en un vasto esfuerzo de cooperación, sin paralelo en su magnitud y en la nobleza de sus propósitos, a fin de satisfacer las necesidades fundamentales de los pueblos de las Américas, las necesidades fundamentales de techo, trabajo y tierra, salud, y escuelas.

Primero, propongo que las repúblicas americanas inicien un vasto nuevo plan de diez años para las Américas, un plan destinado a transformar la década de 1960 en una década de progreso democrático.

Estos diez años serán los años de máximo esfuerzo, los años en que deberán superarse los más grandes obstáculos, los años en que será mayor la necesidad de apoyo y respaldo.

Y si tenemos éxito, si nuestro esfuerzo es lo suficientemente audaz y decidido, el fin de la década marcará entonces el comienzo de una nueva era en la experiencia americana. Subirá el nivel de vida de toda familia de América; todos tendrán acceso a una educación básica; del hambre no quedará recuerdo; la necesidad de ayuda exterior considerable habrá desaparecido; la mayoría de las naciones habrán entrado en un período en el que podrán crecer con sus propios recursos y aunque todavía quedará mucho que hacer, cada república americana será dueña de su propia revolución y de su propia esperanza y progreso.

Quiero recalcar que solamente los esfuerzos resueltos de las propias naciones americanas pueden asegurar el éxito de esta empresa. Ellas, y solamente ellas, pueden movilizar recursos, alistar las energías del pueblo y modificar los patrones sociales, de modo que los frutos del cre-

cimiento sean compartidos por todos y no sólo por unos cuantos privilegiados. Si se logra este esfuerzo, la asistencia del exterior dará un impulso vital al progreso; si no se logra, no habrá ayuda capaz de contribuir al bienestar del pueblo.

De este modo, si los países de la América Latina están preparados para realizar su parte, como estoy seguro de que lo están, los Estados Unidos, creo yo, que a su vez deberían contribuir a proporcionar recursos de alcance y magnitud suficientes para hacer que este atrevido programa de desarrollo tenga éxito, de la misma manera en que que contribuimos a proporcionar los recursos adecuados para ayudar a reconstruir las economías de la Europa occidental. Porque solamente un esfuerzo de magnas dimensiones puede asegurar el cumplimiento de nuestro plan para una década de progreso.

En segundo lugar, en breve solicitaré una reunión ministerial del Consejo Interamericano Económico y Social, reunión en la cual podamos dar comienzo a la monumental obra de planeamiento que habrá de ser la médula de la Alianza para el Progreso.

Porque si nuestra alianza ha de tener felices resultados, corresponde a cada nación latinoamericana el formular planes de largo alcance para su propio desarrollo, planes que establecerían metas y prioridades; asegurarían la estabilidad monetaria; establecerían procedimientos para el cambio social vital; estimularían la industria e iniciativa privadas, y facilitarían los medios necesarios para realizar un máximo esfuerzo nacional. Estos planes constituirían el fundamento de nuestro esfuerzo para el desarrollo, así como la base para asignar los recursos procedentes del exterior.

Un Consejo Interamericano Económico y Social grandemente robustecido, en colaboración con la Comisión Económica para la América Latina y el Banco Interamericano de Desarrollo, puede reunir a los principales economistas y peritos de nuestro hemisferio, para que ayuden a cada país a forjar su propio plan de desarrollo, y mantener un examen constante del progreso económico del hemisferio.

Tercero, acabo de firmar una solicitud al Congreso, para que apruebe una asignación de 500 millones de dólares, como primer paso encaminado a cumplir con el Acta de Bogotá. Este es el primer esfuerzo interamericano de gran escala —iniciado por mi predecesor, el Presidente Eisenhower— para tratar de eliminar las barreras sociales que obstruyen el progreso económico. El dinero se utilizará para combatir el analfabetismo, aumentar la productividad y mejorar el uso de la tierra, extirpar la enfermedad, modificar los arcaicos sistemas tributarios y de tenencia de tierras, proporcionar oportunidades para la educación, y también para emprender un amplio conjunto de proyectos destinados a poner los frutos de la creciente abundancia a disposición de todos los ciudadanos. Comenzaremos a utilizar estos fondos, tan pronto como se apruebe su asignación.

Cuarto, debemos prestar apoyo a toda integración económica que verdaderamente logre ampliar los mercados y mayores oportunidades de competencia económica. La fragmentación de las economías latinoamericanas constituye un serio obstáculo para el desarrollo industrial. Ciertos proyectos, como el de establecer un mercado co-

mún centroamericano y zonas de libre comercio de la América Latina facilitarían el desarrollo.

Quinto, los Estados Unidos están dispuestos a cooperar en el estudio serio y detallado de los problemas relacionados con el mercado de ciertos productos. Los cambios, frecuentes y violentos, de los precios de las mercaderías, causan serio perjuicio a la economía de muchas naciones latinoamericanas, agotando sus recursos y paralizando su desarrollo. Juntos debemos hallar los métodos prácticos que pongan fin a esta situación.

Sexto, debemos acelerar inmediatamente nuestro programa de emergencia de "Alimentos para la paz"; ayudar a establecer reservas de víveres en aquellas regiones de sequías recurrentes; proporcionar almuerzos a los escolares y ofrecer cereales forrajeros que fomenten el desarrollo rural. Porque el hambiento no puede esperar a que se celebren debates económicos o reuniones diplomáticas; su necesidad es urgente y su hambre es grave peso sobre la conciencia humana.

Séptimo, todos los habitantes del hemisferio deben aprovecharse de las crecientes maravillas de la ciencia moderna; maravillas éstas que han captado la imaginación del hombre, han puesto a prueba su inteligencia, y le han facilitado los medios para un progreso rápido. Invito a los hombres de ciencia latinoamericanos a que colaboren con nosotros en nuevos proyectos en el terreno de la medicina y la agricultura, la física y la astronomía, y la desalinización, y a que ayuden a esbozar programas para los laboratorios regionales de investigación en estos y otros aspectos; y a que intensifiquen la cooperación entre las universidades y los laboratorios del hemisferio.

Nos proponemos también ampliar nuestros programas de adiestramiento de profesores de ciencias, incluyendo en ellos a profesores latinoamericanos; ayudar a establecer tales programas en otros países de América y traducir y difundir materiales de enseñanza radicalmente nuevos, relativos a la física, la química, la biología y las matemáticas, en forma tal que la juventud de todas las naciones pueda contribuir con su talento al progreso científico.

Octavo, debemos acelerar el entrenamiento de los expertos que se necesitan para dirigir las economías de los países hemisféricos en rápido desarrollo. Esto requiere programas ampliados de adiestramiento técnico, para los cuales el "Cuerpo de la Paz", que actualmente se organiza entre la juventud de este país estará a la disposición en cualquier sitio en que se le necesite. También requiere ayuda a las universidades latinoamericanas, los institutos de investigación superior y los institutos de investigaciones científicas.

Nos complacen las propuestas sugeridas por los países centroamericanos para una estrecha cooperación en el campo de la educación secundaria y universitaria, una cooperación que logre un esfuerzo regional de mayor excelencia y efectividad. Estamos dispuestos a ayudar a comprender la escasez de mano de obra capacitada, teniendo en cuenta que nuestro objetivo final debe ser el proporcionar un nivel de educación básica para todos los que quieran educarse.

Noveno, reafirmamos nuestra promesa de acudir en defensa de cualquier nación americana cuya independencia esté en peligro. Conforme se extienda la confianza en el sistema de seguridad colectiva de la OEA, será posible utilizar en forma más constructiva una parte mayor de

aquellos recursos que ahora destinamos a material de guerra. Como bien lo ha dicho el gobierno de Chile: ya ha llegado el momento de tomar las primeras medidas encaminadas a obtener un límite razonable de armamentos. Y la nueva generación de jefes militares ha demostrado poseer una conciencia más clara de que los ejércitos pueden, no sólo defender a los países, sino, como hemos aprendido a través de nuestro Cuerpo de Ingenieros, también pueden ayudar a edificarlos.

Décimo, invitamos a nuestros amigos de la América Latina a que contribuyan a enriquecer la vida y la cultura de los Estados Unidos. Necesitamos profesores versados en la literatura, historia, y tradiciones latinoamericanas; necesitamos oportunidades de que nuestra juventud vaya a estudiar a las universidades latinoamericanas; necesitamos acceso a la música, al arte y al pensamiento de los grandes filósofos de la América Latina. Porque sabemos que tenemos mucho que aprender.

De esta forma habrán de contribuir ustedes a enriquecer espiritual e intelectualmente la vida del pueblo de los Estados Unidos; y además, a aumentar la comprensión y el respeto mutuo entre todas las naciones del hemisferio.

Con estas medidas, nos proponemos realizar la revolución de las Américas y construir un hemisferio en el que todos los hombres abriguen la esperanza de lograr niveles de vida adecuados, y en el que todos puedan vivir su vida en un ambiente de dignidad y libertad.

Para alcanzar esta meta, la libertad política debe acompañar al progreso material. Nuestra "Alianza para el Progreso" es una alianza de gobiernos libres, y debe perseguir el objeto de suprimir la tiranía en un hemisferio donde no hay legítimo lugar para ella. En consecuencia, expresemos nuestra especial amistad al pueblo de Cuba y al de la República Dominicana y nuestra esperanza de que vuelvan a unirse pronto a la sociedad de hombres libres, sumándose a todos en nuestro esfuerzo común.

Esta libertad política debe aunarse a un cambio social. Porque a menos que se emprendan libremente las necesarias reformas sociales, inclusive la reforma tributa-

ria y la reforma agraria; a menos que amplíemos las oportunidades para nuestros pueblos; a menos que las grandes masas del hemisferio participen en una creciente prosperidad, nuestra alianza, nuestra revolución, nuestro ensueño y nuestra libertad habrán fracasado. Pero pedimos un cambio social mediante hombres libres —cambio en el espíritu de Washington y Jefferson, de Bolívar y San Martín y Martí—, no un cambio que pretenda imponer las tiranías que hace siglo y medio derribamos. Nuestro lema es el que siempre ha sido: Progreso, sí; tiranía, no.

Pero nuestro mayor reto nos surge de adentro: del esfuerzo por crear una civilización hemisférica en la cual se robustezcan los valores espirituales y culturales mediante una base de progreso material de amplitud creciente, en la cual cada nación, dentro de la rica diversidad de sus propias tradiciones, se sienta libre de escoger su propio camino hacia el progreso.

La consumación de esta labor requerirá, desde luego, el esfuerzo de todos los gobiernos del hemisferio. Pero nunca bastarán los esfuerzos de los gobiernos. En definitiva, es el pueblo el que debe ayudarse a sí mismo.

Y así digo a todos los hombres y mujeres de las Américas, al campesino en el campo, al obrero en la ciudad, al estudiante en la escuela: prepara tu mente y tu corazón para la tarea que te espera; moviliza tu brío y tu voluntad y que cada cual dedique su energía al mejoramiento de todos, de modo que tus hijos y los hijos de tus hijos, disfruten de una vida más rica y más libre.

Transformemos de nuevo el Continente Americano en un enorme crisol de ideas y esfuerzos revolucionarios como tributo al poder de la energía creadora de los hombres libres y como ejemplo al mundo todo de que la libertad y el progreso marchan juntos de la mano. Despertemos de nuevo nuestra revolución americana basta que sirva de guía a las luchas de los pueblos en todas partes; no con un imperialismo de la fuerza o del miedo, sino con el imperio del valor, de la libertad y de la esperanza en el porvenir del hombre.

14 de marzo de 1961

## MENSAJE AL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS, SOBRE IBEROAMERICA

El 8 de septiembre de 1960, a solicitud de la Administración, el Congreso autorizó la suma de 500 millones de dólares con destino al Fondo Interamericano de Progreso Social. Con esa autorización, los Estados Unidos y otras dieciocho repúblicas americanas suscribieron el 12 de septiembre de 1960 el Acta de Bogotá.

En el mismo proyecto de ley, el Congreso autorizó la cantidad de 100 millones de dólares para la reconstrucción y rehabilitación a largo plazo de las regiones del sur de Chile, devastadas recientemente por incendios y terremotos.

Solicito ahora que el Congreso consigne la cantidad completa de 600 millones de dólares.

\*\*\*

El Acta de Bogotá señala una crisis histórica en la

evolución del hemisferio occidental. Por vez primera acordaron las naciones americanas unirse en un esfuerzo de cooperación en gran escala para fortalecer las instituciones democráticas mediante un programa de desarrollo económico y de progreso social. . .

Semejante programa es necesario desde hace mucho tiempo. En toda la extensión de Latinoamérica luchan millones de personas por librarse de las cadenas de la pobreza, el hambre y la ignorancia. Al dirigir sus miradas al Norte y al Este ven la abundancia que puede traer consigo la ciencia moderna. Saben que los instrumentos del progreso se hallan a su alcance y están resueltos a conseguir una vida mejor para ellas y para sus hijos.

Los pueblos de Iberoamérica son herederos de una profunda creencia en la democracia política y en la libertad del hombre, y de una fe sincera en que el mejor ca-

mino hacia el progreso es el camino de la libertad. Pero si el Acta de Bogotá se convierte en otra vana declaración más, si no estamos dispuestos a consagrar nuestros recursos y nuestras energías a la tarea de conseguir el progreso social y el desarrollo económico, entonces nos enfrentaremos con el grave e inminente peligro de que los pueblos desesperados recurran al comunismo o a otras formas de tiranía como su única esperanza de conseguir un cambio. Fuerzas bien organizadas, hábiles y provistas de abundante dinero los incitan constantemente a seguir este camino.

Unas cuantas cifras estadísticas ilustrarán la profundidad del problema de Iberoamérica. Se trata de la región del mundo de más rápido crecimiento. Su actual población de 195 millones representa un aumento de cerca del 30 por ciento en los diez últimos años, y dentro de una veintena de años tendrá el continente que sostener a más de 400 millones de personas. A la vez, los ingresos anuales medios por persona son de 280 dólares, o sea menos que la novena parte de la cantidad correspondiente a un norteamericano; y en grandes regiones, habitadas por millones de personas, no llegan a 70 dólares. Por consiguiente, constituye ya una tarea difícil la de evitar simplemente que los niveles de vida bajen todavía más al aumentar la población.

Semejante pobreza cuesta inevitablemente cara en vidas humanas. El norteamericano promedio puede esperar vivir setenta años, pero la vida probable en Latinoamérica es sólo de cuarenta y seis años, y no llega más que a unos treinta y cinco en algunas naciones de América Central. Y en tanto que nuestra cifra de mortalidad infantil es menor del 30 por 1,000, rebasa el 110 por 1,000 en Latinoamérica.

Tal vez el mayor estímulo para nuestro propio desarrollo fue el establecimiento de la enseñanza básica universal. Pero para la mayor parte de los niños iberoamericanos, la enseñanza es un sueño remoto e irrealizable. El analfabetismo se extiende casi a la mitad de los adultos, llegando a la cifra del 90 por 100 en un país, y cerca del 50 por 100 de los niños de edad escolar no tiene escuelas a qué asistir.

En una de las principales capitales iberoamericanas, la tercera parte de la población total vive en barriadas sucias e intolerables. En otro país, el 80 por 100 de la población se alberga en cabañas y barracas provisionales, que carecen de la intimidad de habitaciones aisladas para familias.

El Acta de Bogotá se firmó para hacer frente a esa situación espantosa, que necesita remedio urgente. Esa Acta, basada en el concepto de la Operación Panamérica, iniciada por el Brasil en 1958, introdujo dos nuevos e importantes elementos en el esfuerzo para mejorar los niveles de vida en América del Sur.

En primer lugar, las naciones iberoamericanas han reconocido la necesidad de un intenso programa de ayuda propia al movilizar sus recursos nacionales y al emprender reformas básicas en la estructura fiscal, en la propiedad y el empleo de la tierra, y en la enseñanza, la sanidad y la vivienda.

En segundo lugar, el Acta inicia un importante programa interamericano a favor del progreso social, que es condición indispensable para el desarrollo; un programa para el mejoramiento del uso de la tierra, de la enseñan-

za, la sanidad y las viviendas. (Ese programa estaba respaldado por el fondo especial que pido al Congreso que consigne, y se administrará principalmente por intermedio del Banco Interamericano y será dirigido por instituciones regionales grandemente reforzadas.)

El Fondo Interamericano para el Progreso Social, de 500 millones de dólares, no es más que el primer paso para llevar a la práctica las declaraciones del Acta de Bogotá, y el Acta misma no es más que un solo paso en nuestro programa para el desarrollo del hemisferio, programa que he denominado Alianza para el Progreso...

Además del Fondo Social, el desarrollo del hemisferio exigirá importantes recursos exteriores para el desarrollo económico, un esfuerzo decidido por parte de las mismas naciones latinoamericanas para ayudar a sí mismas, la colaboración interamericana para resolver los problemas de la integración económica y de los mercados de artículos de primera necesidad y otras medidas encaminadas a acelerar el crecimiento económico y fomentar la buena inteligencia entre las naciones americanas.

## PROGRESO SOCIAL Y DESARROLLO ECONOMICO

El fondo que solicito hoy estará dedicado al progreso social. El progreso social no es un sucedáneo del desarrollo económico. Es un esfuerzo para crear un marco social dentro del cual todo el pueblo de una nación pueda compartir los beneficios de la prosperidad y participar en el proceso de desarrollo. El crecimiento económico sin progreso social deja a la gran mayoría del pueblo en la pobreza, mientras que unos pocos privilegiados cosechan los beneficios de la creciente abundancia. Además, el proceso de desarrollo depende en gran parte de la existencia de condiciones sociales beneficiosas. Nuestra propia experiencia es prueba de ello, pues, en considerable medida la gran productividad y el desarrollo industrial se basan en nuestro sistema de enseñanza pública universal.

Así, el propósito de nuestro especial esfuerzo para el progreso social consiste en superar las barreras del aislamiento geográfico y social, del analfabetismo y de la falta de oportunidades educativas, de las arcaicas estructuras contributivas y de la tenencia de la tierra y superar otros obstáculos institucionales que impiden una amplia participación en el desarrollo económico.

## AUTOAYUDA Y REFORMA INTERNA

Es evidente que el programa de Bogotá no puede ejercer ningún influjo significativo si sus fondos se utilizan meramente para el alivio temporal de estados de escasez. Su eficacia depende de la disposición de cada nación que recibe asistencia para mejorar sus propias instituciones, a hacer las necesarias modificaciones en su estructura social y a movilizar sus recursos para un programa de desarrollo.

Incluso al comienzo, tales medidas serán una condición para la asistencia procedente del Fondo Social. Las prioridades dependerán no sólo de la necesidad, sino de la disposición demostrada por cada Gobierno para llevar a cabo las mejoras institucionales prometedoras de un progreso social duradero. Estos principios se reflejarán explícitamente en los criterios para la administración de

los fondos por el Banco Interamericano de Desarrollo y la Administración de Cooperación Internacional.

Por ejemplo, la distribución desigual de la tierra es uno de los más graves problemas sociales en muchos países latinoamericanos. En algunas naciones, al 2 por 100 de las fincas rústicas corresponden las tres cuartas partes de la extensión agrícola total. Y en un país centroamericano, el 40 por 100 de las tierras de propiedad privada corresponde al 0.2 por 100 del número de fincas. Es evidente que cuando la propiedad de la tierra se halla tan concentrada, los esfuerzos para aumentar la productividad agrícola sólo beneficiarán a un porcentaje muy pequeño de la población. Por ello, para que los fondos destinados a mejorar la utilización de la tierra sean empleados eficazmente, deberán de destinarse a aquellas naciones en las que los beneficios llegarán a la gran masa de trabajadores rurales.

### EJEMPLOS DE POSIBLES ZONAS DE PROGRESO

Cuando cada nación demuestre su voluntad de atenerse a estos principios generales, entonces los recursos exteriores se concentrarán en proyectos que ejerzan el máximo efecto multiplicador en la movilización de los recursos propios, en la contribución a la reforma institucional y en la reducción de los principales obstáculos a un desarrollo en el que todos puedan participar.

En lo que se refiere a la vivienda, por ejemplo, para los grupos de ingresos medios puede hacerse mucho mediante el perfeccionamiento de los mecanismos de crédito. Pero como en la gran mayoría de los casos el ingreso familiar es sólo de 10 a 50 dólares al mes, hasta que el nivel general de los ingresos se eleve, el medio más prometedor de mejorar la vivienda para la mayoría consiste en los proyectos de autoayuda a los que se presta asistencia, proyectos en los que al trabajador de pocos ingresos se le facilitan materiales baratos, terreno y alguna orientación técnica; luego construye la casa con su propio trabajo, pagando los materiales con una hipoteca a largo plazo.

La enseñanza es otra esfera en la que los esfuerzos de autoayuda pueden eficazmente ampliar las oportunidades educativas, y pueden utilizarse las técnicas más variadas, desde la construcción de escuelas a las que toda la aldea aporta su trabajo, hasta la utilización de personas de la localidad como maestros en jornada parcial.

En la esfera de la utilización de la tierra no hay separación estricta entre el desarrollo económico y el social. El mejoramiento de la utilización de la tierra y de las condiciones de vida rural recibieron justa prioridad en el Acta de Bogotá. La mayor parte de los latinoamericanos vive y trabaja en el campo. Sin embargo, la producción y la productividad agrícolas han quedado muy retrasadas tanto respecto al desarrollo industrial como a las necesidades urgentes de consumo y exportación.

Como consecuencia, la pobreza, el analfabetismo, la desesperación y un sentimiento de injusticia —condiciones que son terreno fértil para la intranquilidad política y social— son casi universales en las zonas rurales de Latinoamérica.

Así, pues, existe la necesidad inmediata de una producción agrícola más alta y variada, de una mejor distribución de la riqueza y los ingresos, y de una participación más amplia en el proceso de desarrollo. Esto puede

lograrse en parte estableciendo organismos vigilados de crédito rural, contribuyendo a financiar la colonización de nuevas tierras, construyendo carreteras de acceso a los nuevos poblados, llevando a cabo encuestas e investigaciones agrícolas e introduciendo servicios de extensión agrícola.

### ADMINISTRACION DEL FONDO INTERAMERICANO PARA EL PROGRESO SOCIAL

Para el éxito de estos esfuerzos cooperativos es fundamental que las naciones iberoamericanas desempeñen un importante papel en la administración del Fondo Social.

Por tanto, la parte principal de los fondos será administrada por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), una organización a la que pertenecen casi todas las repúblicas americanas.

Del total de 500 millones de dólares, 397 millones serán asignados al BID para ser administrados con arreglo a un acuerdo especial de fideicomiso con los Estados Unidos. El BID aplicará la mayor parte de estos fondos sobre una base de préstamos en términos flexibles, incluyendo tipos bajos de interés o el pago en moneda local. Las principales esferas de actividades del BID serán la colonización de tierras y el mejoramiento de la utilización de la tierra, el suministro de agua y el saneamiento y la asistencia técnica relacionada con la movilización de los recursos financieros del país.

Con objeto de fomentar el progreso en actividades que generalmente no se sufragan a sí mismas y que por ello no son apropiadas para el financiamiento por medio de préstamos, la suma de 100 millones de dólares será administrada por la Administración de Cooperación Internacional (ICA). Estos fondos serán aplicados principalmente en forma de subvenciones para la enseñanza y el adiestramiento, proyectos de salud pública y fortalecimiento de los servicios gubernamentales generales en esferas relacionadas con el desarrollo económico y social. Los fondos administrados por la ICA podrán utilizarse también para la asistencia a proyectos de progreso social en territorios dependientes que van a hacerse independientes, pero que todavía no son miembros del BID.

Hasta seis millones de dólares más se utilizarán para contribuir a fortalecer la Organización de Estados Americanos (OEA). A fin de vigorizar el movimiento hacia una adecuada autoayuda y mejora institucional, el Consejo Económico y Social Interamericano de la OEA está reforzando su Secretaría y su personal. Está elaborando también acuerdos cooperativos con la Comisión Económica de las Naciones Unidas para Latinoamérica y el BID. Estos tres organismos regionales colaborarán para llevar a cabo estudios de la región y para patrocinar conferencias encaminadas a lograr la reforma tributaria, un mejor aprovechamiento de la tierra, la modernización de la enseñanza y la elaboración de sanos programas de desarrollo nacional.

Muchas de las naciones de las Américas han respondido ya a las medidas tomadas en Bogotá, dirigiendo la atención a sus más urgentes problemas sociales. En el breve período transcurrido desde la reunión de Bogotá, las Embajadas y Misiones de los Estados Unidos, después de celebrar conversaciones con los Gobiernos iberoamericanos, han informado ya sobre propuestas para proyectos

de desarrollo social que requieren asistencia exterior por un total de unos 1,225 millones de dólares. Una selección preliminar de esta lista muestra proyectos por valor de unos 800 millones de dólares y que son merecedores de un examen muy detallado por parte del Banco y de la ICA.

En la esfera de actividades del Banco, estos proyectos seleccionados representan un total de 611 millones de dólares, incluyendo 309 millones para utilización de la tierra y mejoramiento de las condiciones de vida rural, 136 millones en el sector de la vivienda y 146 millones para suministro de agua y saneamiento.

Las propuestas seleccionadas en las esferas que habrán de ser administradas por la ICA representan en total 187 millones de dólares; de éstos, 136 millones son para enseñanza y adiestramiento, 36 millones para la salud pública y 15 millones para administración pública y otras asignaciones.

Con objeto de que cada nación que reciba asistencia se atenga a los principios de autoayuda y reforma interior antes esbozados, no se asignarán fondos hasta que el organismo correspondiente reciba la seguridad de que el país al que se presta ayuda adoptará las medidas necesarias para garantizar que el proyecto de que se trate alcanzará progreso social. Por la misma razón no podemos hacer una predicción firme del ritmo a que se competerán los fondos. Así, pues, para ser utilizados con la máxima eficacia y economía deben estar disponibles para ser empleados sin limitación de tiempo.

### NECESIDAD URGENTE

En condiciones ideales los proyectos para el progreso social sólo se emprenderían después de la preparación de planes nacionales integrados para el desarrollo económico y social. No obstante, muchas naciones no poseen ni siquiera la información más fundamental acerca de sus propios recursos y de la tenencia de sus tierras. No se pueden proyectar de la noche a la mañana nuevos y revolucionarios regímenes e instituciones sociales. Y, sin embargo, a la vez, Latinoamérica hierve de descontento e inquietud. Debemos actuar para eliminar inmediatamente las zozobras de gran magnitud si se quiere que las instituciones libres tengan oportunidad de elaborar soluciones a largo plazo. Tanto el Banco como la ICA están dispuestos a empezar inmediatamente sus operaciones. Pero han de tener disponibles los fondos si se quiere que desarrollen proyectos detallados y fomenten medidas vitales de autoayuda y de mejoras constitucionales.

La Conferencia de Bogotá creó un nuevo sentido de solución, una nueva decisión de eliminar las causas de la inquietud social que aflige a gran parte del hemisferio. Si se pierde ese impulso, por no actuar los Estados Unidos pronta y plenamente, es posible que no vuelva a presentarse otra ocasión.

### PAPEL DE LAS ORGANIZACIONES PRIVADAS

La colaboración interamericana para el progreso económico y social no se limita a la actuación de los Gobiernos. Las fundaciones y las universidades privadas han

desempeñado un papel de precursores al identificar las deficiencias críticas y al indicar el camino de los remedios constructivos. Esperamos que redoblen sus esfuerzos en los años venideros.

Las empresas industriales y comerciales norteamericanas han tenido también una parte importante en el desarrollo económico de Latinoamérica. Pueden tener un papel todavía mayor en el porvenir. Su labor es especialmente importante en lo que se refiere a la fabricación de artículos y al suministro de servicios para los países latinoamericanos. La habilidad técnica y la capacidad de dirección en esos campos pueden traspasarse eficazmente a las empresas locales por medio de las inversiones particulares en formas muy variadas, que van desde la concesión de licencias hasta la propiedad, pasando por las operaciones en común.

El papel futuro más importante de las empresas particulares será el de ayudar al desarrollo de empresas particulares fuertes y solventes dentro de las naciones latinoamericanas. Un ejemplo de lo que puede hacerse, en estos últimos años, es la iniciación de nuevas compañías particulares de inversión, fondos de inversión mutua, asociaciones de ahorros y préstamos y otras instituciones de financiamiento, que han tenido un éxito sorprendente. Otro ejemplo de la manera de reforzar los negocios interiores es el fomento de la multiplicación de abastecedores locales de artículos de primera necesidad.

Un importante impulso en el desarrollo de Latinoamérica creará una enorme demanda nueva de personal técnico y de conocimientos especializados, demanda que las organizaciones privadas pueden contribuir a satisfacer. Y, desde luego, la entrada continua de capitales particulares seguirá sirviendo de importante estímulo para el desarrollo.

### RECONSTRUCCION Y REHABILITACION

En mayo pasado perecieron más de cinco mil chilenos al devastar incendios y terremotos a la parte sur de esa República. Varias repúblicas americanas, entre ellas los Estados Unidos, facilitaron con carácter de urgencia víveres, medicinas y ropas a las víctimas de aquel desastre. Nuestro país proporcionó cerca de 35 millones de dólares en donaciones de socorro y préstamos.

No obstante, esos esfuerzos para remediar circunstancias excepcionales no fueron suficientes para satisfacer la necesidad urgente de reconstruir la economía de una región que había sufrido pérdidas por un valor aproximado de 400 millones de dólares. Reconociendo esa necesidad, el Congreso autorizó la concesión de 100 millones de dólares a largo plazo para reconstrucción y rehabilitación. Desde entonces está el pueblo chileno reconstruyendo pacientemente sus casas y servicios de comunicaciones destruidos. Pero la reconstrucción tropieza con la grave dificultad de falta de fondos. Por ello pido al Congreso que consigne los 100 millones de dólares con objeto de que avance sin dilaciones la tarea de reconstruir la economía del sur de Chile.

## MENSAJE AL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS, SOBRE LA AYUDA EXTERIOR

Esta nación debe iniciar cualquier debate sobre la "ayuda exterior" en 1961 teniendo en cuenta tres hechos:

1. Los conceptos y programas de ayuda exterior existentes no son, en gran parte, satisfactorios y adecuados para nuestras necesidades ni para las del mundo menos desarrollado al comenzar la década actual.

2. El colapso económico de aquellas naciones libres, pero menos desarrolladas, que se ciernen entre el crecimiento sostenido y el caos económico sería desastroso para nuestra seguridad nacional, nocivo para nuestra prosperidad relativa y ofensivo para nuestra conciencia.

3. Existe, en la década actual, la oportunidad histórica de un importante esfuerzo de asistencia económica por parte de las naciones libres industrializadas para hacer que más de la mitad de los pueblos de las naciones menos desarrolladas llegue a la fase de desarrollo económico autónomo, mientras que el resto se acercaría considerablemente al momento en que tampoco ellas tendrían que depender de la asistencia exterior.

I

La ayuda exterior —la respuesta, sin precedentes, de Norteamérica a retos mundiales— no ha sido obra de un partido ni de una Administración. Ha avanzado bajo la dirección de dos grandes Presidentes —Harry Truman y Dwight Eisenhower— y ha obtenido apoyo de miembros previsores de ambos partidos políticos en el Congreso y en toda la nación.

Nuestro primer esfuerzo importante de ayuda exterior fue un programa urgente de socorro —de alimentos, ropas y albergue— a regiones devastadas por la segunda guerra mundial. A continuación nos embarcamos en el Plan Marshall, un formidable y eficaz programa para reconstruir las economías de la Europa occidental e impedir que se apoderaran del poder los comunistas. A esto siguió el punto 4, un esfuerzo para poner los progresos científicos y tecnológicos a disposición de los pueblos de las naciones en desarrollo. Y, recientemente, el concepto de asistencia al desarrollo, combinado con la OCDE, ha abierto la puerta a un esfuerzo unido del mundo libre para ayudar al desarrollo económico y social de las regiones menos desarrolladas del mundo.

Para alcanzar esta nueva meta necesitaremos renovar el espíritu de esfuerzo común que impulsó nuestros anteriores esfuerzos; también modificar nuestra organización de ayuda exterior y los conceptos básicos de actuación a fin de hacer frente a los nuevos problemas que ahora se nos plantean.

El programa requiere un servicio profesional altamente capacitado, que atraiga a considerable número de hombres y mujeres de gran calidad, capaces de tratar hábilmente con otros Gobiernos y con profunda comprensión del proceso de desarrollo económico. Sin embargo, la inseguridad y el decreciente prestigio público han contribuido a un descenso de la moral y de la eficiencia de esos empleados que actúan en el exterior y que se sienten repetidamente frustrados por los retrasos y la confusión

causados por la diversidad de jurisdicciones de distintos organismos y por la falta de claridad de los objetivos. Sólo los persistentes esfuerzos de esos funcionarios públicos, quienes consagrados a su misión y abrumados de trabajo, han mantenido en marcha el programa, han logrado que tengan cierto éxito nuestros esfuerzos en ultramar.

Aunque nuestro programa de ayuda ha contribuido a evitar el caos y el colapso económico y ha ayudado a muchas naciones a mantener su independencia y su libertad, es un hecho, no obstante, que muchas de las naciones a las que estamos ayudando no se encuentran mucho más cerca de un crecimiento económico sostenido que cuando se inició nuestra operación de ayuda. El dinero gastado en hacer frente a situaciones de crisis o en alcanzar objetivos políticos a corto plazo, ayudando al mismo tiempo a mantener la integridad y la independencia nacionales, rara vez ha hecho avanzar a la nación favorecida hacia una mayor estabilidad económica.

II

Ante estas debilidades e insuficiencias —y con el comienzo de una nueva década de nuevos problemas— es conveniente que nos detengamos y nos hagamos sinceramente una pregunta esencial: "¿Es realmente necesario un programa de ayuda exterior? ¿Por qué no dejamos esta carga que nuestra nación soporta desde hace unos quince años?"

La respuesta es que no existe posibilidad de eludir estas obligaciones: nuestras obligaciones morales como sensato dirigente y buen vecino en la comunidad interdependiente de naciones libres, nuestras obligaciones como el pueblo más rico en un mundo de pueblos en gran parte pobres, como una nación que ya no depende de los préstamos del exterior que en otro tiempo nos ayudaron a desarrollar nuestra economía, y las obligaciones políticas como el mayor oponente a los adversarios de la libertad.

Sería desastroso dejar de cumplir con esas obligaciones, y a la larga, más caro. Pues la pobreza y el caos generales conducen al colapso de las estructuras políticas y sociales existentes, colapso que invitaría inevitablemente al avance del totalitarismo en todas las regiones débiles e inestables. Así quedarían en peligro nuestra propia seguridad y nuestra prosperidad. Debe continuar un programa de asistencia a las naciones menos desarrolladas, porque así lo exigen el interés nacional y la causa de la libertad política.

.....

Pero la tarea fundamental de nuestro programa de ayuda exterior en esta década no es la de luchar contra el comunismo en forma negativa. Su tarea fundamental es la de contribuir a demostrar históricamente que en el siglo XX, como en el XIX, en la mitad meridional del globo como en la septentrional, el progreso económico y la democracia política pueden tener un desarrollo paralelo.

En suma, no sólo tenemos obligaciones que cumplir

sino también tenemos que dar realidad a grandes oportunidades. Estoy convencido de que nos encontramos en el umbral de un esfuerzo verdaderamente unido y grande por parte de las naciones libres industrializadas para prestar ayuda a largo plazo a las naciones menos desarrolladas. Muchas de esas naciones menos desarrolladas están a punto de alcanzar una potencia suficiente en lo económico, lo social y lo político, así como también un desarrollo autónomo, que les permita marchar por sí solas de manera permanente. Los años sesenta pueden y deben ser la "Década del Desarrollo", el período en que se realizará para muchas naciones menos desarrolladas la transición al desarrollo autónomo, el período en que una comunidad más amplia de naciones libres, estables y seguras de sí mismas puede reducir la inseguridad y las tensiones en el mundo. Ese objetivo está a nuestro alcance únicamente si las demás naciones industrializadas se unen ahora a nosotros para desarrollar con los países favorecidos una serie de criterios concertados en común, una serie de objetivos de gran alcance y una empresa común para conseguir esas metas, en las que la aportación de cada nación esté relacionada con las aportaciones de las demás así como con las necesidades de todas las naciones menos desarrolladas. Nuestra tarea, en su sentido más amplio, es la de crear una nueva sociedad entre las mitades septentrional y meridional del mundo, a la que puedan contribuir todas las naciones libres, y en la cual cada una tendrá que asumir la responsabilidad proporcional a sus medios.

En suma, este Congreso, en este período de sesiones, debe permitir un cambio decisivo y sensacional en la historia agitada de nuestra ayuda exterior al mundo poco desarrollado. Debemos decir a las naciones menos desarrolladas, si están decididas a implantar las reformas interiores necesarias y ayudarse a sí mismas, y a las demás naciones industrializadas, si están dispuestas a realizar un esfuerzo mayor en una escala mucho más amplia, que nos proponemos durante esta próxima década de desarrollo conseguir un cambio decisivo en la suerte del mundo menos desarrollado, con vistas al día final en que todas las naciones puedan confiar en sí mismas y no se necesite ya ayuda del exterior.

No obstante, esa tarea no será fácil. La magnitud de los problemas es abrumadora. En América Latina, por ejemplo, el crecimiento de la población amenaza superar el progreso económico, y en algunas partes del continente los niveles de vida están, de hecho, descendiendo. En 1945, la población de las veinte repúblicas americanas hermanas nuestras era de 145 millones de personas. Actualmente supera a la de los Estados Unidos, y hacia el año 2,000, dentro de menos de cuarenta años, los latinoamericanos serán 592 millones, en tanto que los Estados Unidos sólo tendrán 312 millones de habitantes. América Latina tendrá que duplicar sus ingresos reales dentro de los treinta años próximos sólo para mantener niveles de vida ya bajos. Y los problemas no son menos graves ni perentorios en las demás regiones del mundo en desarrollo. Por consiguiente, la tarea de llevar verdadero progreso económico a Latinoamérica y al resto del mundo menos desarrollado exigirá un esfuerzo sostenido y unido por parte de las repúblicas latinoamericanas, los Estados Unidos y nuestros aliados del mundo libre.

Ello requerirá dotes rectoras por parte de nuestro país este año, y exigirá una nueva manera de enfocar la ayuda exterior de los Estados Unidos, un plan a largo plazo más lógico, eficaz y satisfactorio. Recomiendo insistentemente al Congreso la promulgación de tal plan, como aparece en una disposición que se enviará pronto al Congreso y que se describe más adelante.

### III

Si queremos que nuestros fondos para auxilio exterior se usen con prudencia y eficacia, necesitamos toda una serie nueva de conceptos y principios fundamentales:

1. Administración y funcionamiento unificados. En lugar de varios grupos de ayuda, que compiten entre sí y producen confusión, debe haber un solo organismo en Washington y en el campo de acción provisto de una serie flexible de instrumentos.

2. Planes nacionales. En lugar de una serie de proyectos aislados, sin relación entre sí, ha de haber un programa cuidadosamente pensado que sea adecuado para satisfacer las necesidades y desarrollar los recursos potenciales de cada país. Hasta ahora, con frecuencia, nuestros objetivos y proyectos de desarrollo no han sido considerados como elementos integrantes de un programa de desarrollo económico a largo plazo.

3. Planeamiento y financiación a largo plazo, única manera de adquirir compromisos serios y económicos.

4. Insistencia especial en préstamos para desarrollo, reintegrables en dólares, que contribuyen más a relaciones de tipo comercial y al respeto mutuo que subvenciones de sostenimiento o préstamos reintegrables en moneda local, aunque son inevitables algunos ejemplos del último tipo.

5. Atención especial a las naciones más preparadas y capacitadas para movilizar sus propios recursos, hacer las reformas sociales y económicas necesarias, emprender planeamientos a largo plazo y llevar a cabo los demás esfuerzos necesarios para poder llegar a la fase de progreso autónomo.

6. Enfoque multilateral, consistente en un programa y nivel de compromisos destinado a fomentar y complementar el aumento de los esfuerzos por parte de otras naciones industrializadas.

7. Un nuevo organismo con nuevo personal que elija a los funcionarios de carrera más competentes y consagrados de que se disponga y atraiga los mayores talentos de la nación.

8. Separación de la asistencia militar. El programa de ayuda para el desarrollo social y económico debe ser juzgado por sus méritos propios, a la luz de su aportación vital y característica a nuestras necesidades básicas de seguridad.

### IV

Propongo que los programas de ayuda separados y a menudo desorientadores sean integrados en una sola administración que abarque las actuales actividades en Washington y en el campo de operaciones de:

a) La Administración de Cooperación Internacional (ICA) y todos sus programas de asistencia técnica (punto 4) y otros.

b) El Fondo de Préstamos para Desarrollo (FPD).

c) El Programa de Alimentos para la Paz (Ley Pública 480) en sus relaciones con otros países, reconociendo al mismo tiempo su papel esencial en nuestra economía agrícola.

d) Las actividades de préstamo de moneda local del Banco de Exportación e Importación.

e) El Cuerpo de la Paz, reconociendo su contribución específica más allá de la esfera del desarrollo económico.

f) La donación de excedentes no agrícolas procedentes de otras reservas nacionales de productos o equipos sobrantes.

g) Todos los demás servicios de personal o programas actualmente facilitados por el Departamento de Estado, así como por la ICA.

La labor exterior en todas estas operaciones estará bajo la dirección de un solo jefe de misión en cada país, que informará al embajador norteamericano. Esto tiene el propósito de eliminar la dificultad con que los países a los que se presta ayuda y nuestro propio personal en ellos destacado tropiezan a veces para encontrar la vía adecuada para adoptar decisiones. Análogamente, la dirección central y la responsabilidad final en Washington estarán fijadas en un administrador de un solo organismo —que informará directamente al Secretario de Estado y al Presidente—, que actuará a través de directores en Washington para cada una de las principales regiones geográficas, y a través de los directores de las unidades constitutivas de recursos cuyas funciones se combinan en cada plan nacional: una organización de préstamos para desarrollo, Alimentos para la Paz, el Cuerpo de la Paz y una unidad para la asistencia técnica y de otra naturaleza, subrayando la educación y los recursos humanos, iniciando un programa de investigación, desarrollo y evaluación científica para aumentar la eficacia de nuestro esfuerzo de ayuda; y, además, el Secretario de Estado coordinará con la ayuda económica el programa de asistencia militar administrado por el Departamento de Defensa, las operaciones afines del Banco de Exportación e Importación y el papel de los Estados Unidos en el Fondo Interamericano para el Progreso Social y actividades de organizaciones internacionales.

Bajo la jurisdicción del Secretario de Estado en Washington y de los embajadores en los países respectivos, la ayuda exterior puede desempeñar más eficazmente su papel como un instrumento eficaz de nuestros esfuerzos globales en pro de la paz y de la seguridad en el mundo. La concentración de responsabilidades y la mayor categoría requerirán y atraerán personal de alta calidad. Programas tales como el del Cuerpo de la Paz y el de Alimentos para la Paz, lejos de ser inoperantes, serán utilizados más eficazmente, preservándose su identidad y atractivo característicos, y el programa de Alimentos para la Paz seguirá basándose en las disponibilidades determinadas por el Departamento de Agricultura.

Pero no propongo simplemente una nueva combinación y denominación de antiguos organismos y de su personal, sin tener en cuenta su competencia. Recomendando la substitución de estos organismos por otro nuevo para dar comienzo con nueva dirección.

## V

Pero no es suficiente una nueva organización. Ne-

cesitamos otro concepto de trabajo. En el centro del nuevo esfuerzo deben encontrarse los programas nacionales de desarrollo. Es esencial que las naciones en desarrollo fijen por sí mismas objetivos razonables, y que éstos se basen en programas equilibrados para su progreso económico, educativo y social, en programas que utilicen sus propios recursos hasta el máximo. Si se necesita asistencia para planeamiento, nuestra organización de ayuda estará dispuesta a responder a peticiones de tal asistencia, en unión del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y otras instituciones internacionales y particulares. Por consiguiente, el primer requisito es que cada Gobierno beneficiario emprenda seriamente, y lo mejor que pueda, por sí mismo, esos esfuerzos para movilización de recursos, ayuda propia y reformas interiores (incluso la agrícola y la fiscal, así como la mejora de la enseñanza y de la justicia social), que exige su propio desarrollo y que aumentarían su capacidad para absorber la productividad de capitales exteriores.

Esos programas de desarrollo nacional (y la clase de asistencia que proporciona el mundo libre) deben ser adecuados al grado actual de desarrollo del país beneficiario y de sus posibilidades previsibles. Muchas naciones que acaban de salir de un estado de poco desarrollo no pueden absorber una gran afluencia de capitales para el progreso. Al principio necesitarán principalmente el desarrollo de los recursos humanos, la enseñanza, la asistencia técnica y los cimientos de los servicios y las instituciones fundamentales que son necesarios para el progreso ulterior. Otros países pueden poseer los recursos humanos y materiales necesarios para llegar a la mayoría de edad como naciones en desarrollo, pero necesitan asistencia transitoria del exterior que les permita movilizar esos recursos y entrar en el grado más avanzado de desarrollo en el que los préstamos puedan independizarlas. También hay otros que ya tienen capacidad para absorber y utilizar eficazmente importantes capitales de inversión.

Por último, será necesario, de momento, facilitar asistencia en subvenciones a las naciones agobiadas por presiones exteriores o interiores, con objeto de que puedan hacer frente a dichas presiones y mantener su independencia. En tales casos será nuestro objetivo ayudarlas, tan pronto como lo permitan las circunstancias, a llevar a cabo la transición de la inestabilidad y el estancamiento a progreso, cambiando nuestra asistencia lo más rápidamente que sea posible, de forma que en vez de ser con subvenciones sea con préstamos para desarrollo. Pues nuestro nuevo programa no debe basarse meramente en las reacciones a las amenazas comunistas o a las crisis a corto plazo. Tenemos un interés positivo de ayudar a las naciones menos desarrolladas a proporcionar niveles de vida decentes a sus pueblos y alcanzar fuerza, dignidad e independencia suficientes para convertirse en miembros de la comunidad de naciones y la disposición de los beneficiarios a adoptar las medidas necesarias para conseguir ese fin.

Con objeto de hacer frente a las distintas necesidades de muchas naciones, la nueva Administración de Ayuda tendrá una serie flexible de instrumentos coordinados y adecuados para encajar en cada programa nacional de desarrollo: la donación o venta (en moneda local o en dólares, con condiciones especiales de reembolso) de excedentes alimenticios, de maquinaria y otros; asistencia

técnica; mano de obra especializada del Cuerpo de la Paz; subvenciones para desarrollo; subvenciones transitorias, de sostenimiento o de emergencia; préstamos para desarrollo reembolsables en moneda local, y préstamos para desarrollo reembolsables en dólares, con condiciones especiales de reembolso que satisfarán las necesidades del país favorecido. Esos instrumentos se coordinarán con las actividades del Banco de Exportación e Importación, y con garantías de préstamo e inversiones a las empresas particulares.

El instrumento en que se hará más hincapié, por ser el más importante, serán los préstamos para desarrollo a largo plazo con un interés muy reducido o sin él, reembolsables en dólares y destinados a fomentar el progreso en las naciones poco desarrolladas que tengan verdaderas posibilidades de llegar a depender exclusivamente de sí mismas, pero que no puedan conseguir préstamos de las instituciones dedicadas a ello. Las condiciones de reembolso variarán, desde un plazo de cincuenta años para los países que emprendan ahora el camino del desarrollo, hasta plazo mucho más corto para los países que se estén aproximando a la etapa de progreso autónomo.

Tales préstamos a largo plazo son preferibles a las subvenciones directas y a los "préstamos blandos", reembolsables en moneda local, que son de poco beneficio para el contribuyente norteamericano. La preferencia por los préstamos con un interés muy reducido o sin él no está encaminada a perjudicar a otras instituciones. El objetivo es conseguir flexibilidad en el período de reembolso y fijar el requisito del reembolso final en dólares para asegurar la buena marcha de la contabilidad, a la vez que se satisfacen en una región las necesidades no satisfechas por los proveedores de capitales en condiciones normales.

Prestar en esas condiciones no es una práctica bancaria corriente. Lo hacemos nosotros confiando en que en los próximos años y décadas surgirá un grupo de naciones independientes, en desarrollo y confiadas en sí mismas.

## VI

Un programa basado en planes a largo plazo y no en crisis de poca duración no puede ser financiado con consideraciones a corto plazo. Autorización, planeamiento y financiación a largo plazo son la clave de la continuidad y eficacia de todo el programa. Si no estamos dispuestos a contraer tal compromiso a largo plazo no podemos esperar una mayor respuesta de otros posibles donantes ni un planeamiento realista por parte de las naciones beneficiarias.

Recomiendo, por tanto, para el nuevo organismo de ayuda una autorización de no menos de cinco años, con autoridad para hacer empréstitos también durante cinco años y para concertar y facilitar préstamos que habrán de ser devueltos en dólares, dentro de los límites expuestos posteriormente. Ninguna otra medida sería para el mundo entero una indicación tan clara de nuestras intenciones. Nada contribuiría más a eliminar las restricciones y confusiones que tan a menudo han hecho ineficaz el actual programa de ayuda exterior. Ninguna otra medida contribuiría más a obtener el servicio de personal de la más alta calidad. Y de ninguna otra manera podemos alentar

a las naciones menos desarrolladas a realizar un esfuerzo nacional sostenido durante un largo período.

Pues si queremos tener un programa destinado a aclarar el porvenir, ese programa ha de tener él mismo un porvenir. La experiencia ha mostrado que las necesidades a largo plazo no pueden ser satisfechas uniforme y económicamente por medio de una serie de programas de un año. Intimas consultas y cooperación con el Congreso y sus comisiones serán esenciales, incluyendo una revisión anual del programa.

Y seguiremos necesitando asignaciones anuales de las cantidades necesarias para satisfacer los requisitos para los que no serían apropiados los préstamos reembolsables en dólares. Estas asignaciones estarían disponibles hasta que se gastaran, con objeto de evitar cualquier anti-económico apresuramiento para comprometer fondos al término del año fiscal.

La nueva continuidad y flexibilidad que traerá consigo esta clase de autoridad a largo plazo habrá de originar necesariamente un esfuerzo mayor y más productivo por parte de las naciones en desarrollo, mayores aportaciones de nuestros aliados más prósperos, resultados más sólidos, y, a la larga, una verdadera economía para los contribuyentes. La nueva insistencia en planes a largo plazo y en objetivos realistas dará tanto al Congreso como al poder ejecutivo una mejor base para evaluar la validez de nuestros gastos y progreso.

## VII

Una autoridad para hacer empréstitos y planes a largo plazo, aunque limitada, nos permitirá demostrar la seriedad de nuestras intenciones a otros posibles donantes y al mundo menos desarrollado. A lo largo de los cinco años próximos, el programa económico aquí propuesto, juntamente con un programa ampliado de Alimentos para la Paz, tal y como se recomienda en mi Mensaje sobre agricultura, y los proyectados préstamos del Banco de Exportación e Importación, constituirán una actividad de asistencia económica norteamericana directa de considerable magnitud.

Sin embargo, se requerirá tiempo para establecer los nuevos conceptos y prácticas que se proponen. Así, durante este año inicial, aunque habremos de contraer los necesarios compromisos a largo plazo para préstamos de desarrollo, será innecesario pedir al Congreso fondos adicionales para el programa de este año.

En consecuencia, aunque los fondos solicitados por mi predecesor serán profundamente modificados en lo que se refiere a su empleo y propósito, voy a pedir al Congreso un presupuesto total de ayuda exterior de nueva autoridad para contraer obligaciones no mayor que el solicitado en el presupuesto mínimo anteriormente presentado (4,000 millones de dólares), a pesar del hecho de que el número de nuevas naciones que necesitan asistencia aumenta constantemente, y, al aumentar la autoridad para ayuda no militar, reduciendo al mismo tiempo la asistencia militar, este presupuesto presenta un nivel de gastos reales en ayuda no militar no más elevado que el que se refleja en el presupuesto anterior (1,900 millones de dólares). (En estas cifras no se reflejan, naturalmente, las operaciones con arreglo a la Ley Pública 480.)

Al considerar este programa he tenido también cuidadosamente en cuenta su influjo sobre nuestra balanza

de pagos. Tanto en los programas de préstamos para desarrollo como en los de subvenciones de ayuda damos ahora la máxima importancia a la adquisición de bienes y servicios de origen norteamericano. Como señalé en mi Mensaje sobre la balanza de pagos, con arreglo a los procedimientos actuales, no más del 20 por 100 de los gastos para la ayuda económica exterior afectará a nuestra balanza de pagos. Esto significa que 2,000 millones, aproximadamente, de los 2,400 millones de dólares solicitados para ayuda económica se gastarán directamente en bienes y servicios que beneficiarán a la economía norteamericana.

Esto es importante. Pues no sólo poseemos la más alta producción nacional bruta, tanto total como per cápita, de todos los países del mundo, lo que hace ver con claridad tanto nuestra obligación como la capacidad de desempeñar plenamente nuestro papel, sino que estamos en la actualidad utilizando sólo una parte de la gran capacidad económica, como consecuencia de la retracción y el estancamiento económicos. Menos del 80 por 100 de la capacidad industrial se utiliza actualmente, y casi un 7 por 100 de nuestra mano de obra se halla sin empleo. En estas circunstancias, las reducciones en el programa de ayuda exterior se dejarían sentir no sólo como pérdida de esperanzas y progresos económicos en el extranjero, sino también como pérdida de mercados e ingresos para el sector comercial, laboral y agrícola en este país.

En pocas palabras, este programa no desequilibrará ni total ni parcialmente, de ninguna manera, el presupuesto anterior. Su influjo sobre la balanza de pagos será marginal. Y sus efectos beneficiosos sobre nuestra economía no deben pasar inadvertidos.

Los 4,000 millones de dólares anteriormente solicitados para el año fiscal de 1962 serán de nuevo asignados, en virtud de este programa, del siguiente modo.

La asistencia militar será reducida desde 1,800 millones de dólares solicitados hasta 1,600 millones, como se expone después.

La asistencia económica, con una parte mucho mayor dedicada a los préstamos para desarrollo, un pequeño incremento de las subvenciones para desarrollo y una reducción de las subvenciones de sostenimiento, ascenderá en total a 2,400 millones de dólares.

De esto, 1,500 millones de dólares estarán contenidos en la asignación anual ordinaria de nueva autoridad para contraer obligaciones con objeto de financiar la parte del programa no apropiada para préstamos de desarrollo en dólares: subvenciones para educación, progreso social y desarrollo de las instituciones, el Cuerpo de la Paz y sostenimiento de ayuda. Se dispondrá de 900 millones de dólares para préstamos de desarrollo a largo plazo con interés bajo o nulo, reembolsables en dólares, financiados mediante autorización para concertar empréstitos de Deuda Pública, lo que facilitaría asimismo no más de 1,600 millones de dólares para cada uno de los cuatro años sucesivos. Asimismo, con el nuevo sistema se dispondría para tales préstamos de los fondos en dólares no asignados y que han de recibirse ahora en concepto de pago del capital e intereses de ciertos préstamos anteriores a otros Gobiernos (Reino Unido, ECA, GARIOA y otros, pero no el Banco de Exportación e Importación).

## VIII

Los programas económicos que recomiendo en este Mensaje no pueden tener éxito sin paz ni orden. Un elemento vital para conseguir tal estabilidad es la seguridad de una potencia militar suficiente para proteger la integridad de esas naciones nacientes mientras progresan hacia niveles más altos y suficientes de bienestar social y económico.

Por consiguiente, pediré al Congreso que facilite ahora 1,600 millones de dólares para la asistencia militar. Esa cifra es la cantidad necesaria para hacer frente a la parte que corresponde a los Estados Unidos en el mantenimiento de fuerzas ya existentes y para cumplir los compromisos contraídos en firme para el porvenir.

Tengo la franqueza de decir que no podemos asegurar ahora si esa cantidad será suficiente para el nivel mínimo de ayuda militar que nuestra política básica de seguridad exigirá este año. Si surgen nuevas crisis o nuevos conflictos, podemos vernos precisados a realizar un esfuerzo todavía mayor.

Sin embargo, aunque he mencionado en este Mensaje la cantidad a consignar para asistencia militar, esos fondos, no obstante que estarán coordinados con las políticas del nuevo organismo, no estarán administrados por él, y no deben incluirse en su consignación. A fin de poner en claro los propósitos pacíficos y positivos de este programa, de hacer hincapié en la nueva importancia que esta Administración da al desarrollo económico y social, prescindiendo de los intereses de seguridad, y de poner de relieve la relación entre el programa de asistencia militar y esos intereses, propondré una autorización independiente para la asistencia militar con consignaciones como parte del presupuesto de Defensa. Además, hasta el grado que permitan las condiciones de seguridad en el mundo, la asistencia militar hará en el porvenir más hincapié en la seguridad interior, en las obras públicas y en el progreso económico de las naciones así ayudadas. Con este cambio de enfoque no nos proponemos disminuir nuestra decisión de oponernos a las agresiones locales, dondequiera que se produzcan. Hemos demostrado nuestro deseo y capacidad de proteger a las naciones del mundo libre (si así lo desean) del tipo de amenaza exterior con que se enfrentan todavía muchas de ellas. No fallaremos en ese propósito.

## IX

Los niveles en que se basa este nuevo programa son los mínimos resultantes de un detenido examen de cada tipo de asistencia y de las necesidades del mundo menos desarrollado. Demuestran, tanto a las naciones menos desarrolladas como a las otras naciones industrializadas, que este país no retrocederá en la tarea de realizar su parte correspondiente en el esfuerzo necesario para conseguir el objetivo deseado. Y el esfuerzo de ellos debe ser también mayor. Esos son los fondos mínimos necesarios para realizar la tarea. Suministrar menos sería antieconómico, tal vez más antieconómico que proporcionar más. Ciertamente sería antieconómico para la seguridad del mundo libre.

Pero espero que el Congreso no asignará menos. La asistencia a las naciones asociadas con nosotros constituye una responsabilidad que ha sido asumida y encauzada de

buen grado por dos grandes Presidentes en el pasado, uno de cada partido, y que ha sido respaldada por los dirigentes de ambos partidos en las dos Cámaras, por reconocer la importancia de nuestras obligaciones.

Creo que el programa que he esbozado es un método tan razonable como sensato de hacer frente a esas obligaciones de la manera más económica y eficaz posible. Solicito con insistencia del Congreso que lo promulgue, con pleno conocimiento de las muchas miradas que están fijadas en nosotros; las miradas de las demás naciones industrializadas, que esperan que dirijamos un esfuerzo unido mayor; las miradas de nuestros adversarios, que esperan que se debilite nuestra resolución en esa nueva modalidad

de lucha internacional; las miradas de los pueblos desheredados del mundo, que buscan esperanza y ayuda y necesitan un incentivo para establecer metas realistas de grandes alcances, y, finalmente, las miradas del pueblo norteamericano, que conoce perfectamente sus obligaciones para con los enfermos, los necesitados y los hambrientos, dondequiera que se encuentren. Así, prescindiendo de partidismos, adoptaremos esa medida no como republicanos o demócratas, sino como dirigentes del mundo libre. Será digno de nosotros y a la vez nos beneficiará dar atrevidamente ese paso. Pues estamos iniciando una década de desarrollo de la que dependerá mucho el género de mundo en que viviremos nosotros y nuestros hijos.

20 de abril de 1961

## CUBA... LUCHA DE PATRIOTAS

### Discurso en la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos

Sr. Catledge, Miembros de la Sociedad Americana de Directores de Periódicos, Señoras y Señores:

El Presidente de una gran democracia, cual la nuestra, y los directores de grandes periódicos, como son los de ustedes, tienen contraída una obligación común con el pueblo: una obligación de presentar los hechos, de presentarlos con sinceridad, y de presentarlos en perspectiva. Es con esa obligación en mente que he decidido en las últimas 24 horas examinar brevemente en esta ocasión los sucesos recientes de Cuba.

En esa infortunada isla, como en tantos escenarios de la lucha por la libertad, las noticias, en vez de mejorar han tomado un cariz peor. He recalcado con anterioridad que ésta es una lucha de los patriotas cubanos contra un dictador cubano. Aunque no podría esperarse que ocultáramos nuestras simpatías, hemos puesto repetidamente en claro que las fuerzas armadas de este país no intervendrán en ninguna forma.

Cualquier intervención unilateral norteamericana, en ausencia de un ataque externo contra nosotros o un aliado nuestro, habría sido contraria a nuestras tradiciones y a nuestras obligaciones internacionales. Pero, nuestra paciencia no es inagotable. Si pareciera alguna vez que la doctrina interamericana de la no ingerencia simplemente esconde o disculpa una política de inacción, si las naciones de este Hemisferio dejaran de cumplir sus compromisos contra la penetración comunista de afuera, entonces quiero que se comprenda claramente que este gobierno no vacilaría en hacer frente a sus obligaciones, que son la seguridad de nuestra nación.

Si alguna vez llegara ese momento, no nos proponemos dejarnos aleccionar sobre "intervención" por aquellos cuyas características quedaron estampadas para siempre en las calles ensangrentadas de Budapest. Tampoco esperaríamos ni aceptaríamos el mismo resultado al cual esta reducida partida de valientes refugiados cubanos debe haber sabido que se exponía, decididos como estaban a proseguir frente a tan grandes desventajas, en su gallardo empeño por reconquistar la libertad de su isla.

Pero Cuba no es una isla en sí misma; y nuestra

preocupación no termina con meras expresiones de no intervención o condolencias. Esta no es la primera vez en la historia antigua o moderna que una reducida banda de patriotas, luchando por la libertad, ha arremetido contra el totalitarismo.

No es la primera vez que tanques comunistas han arrollado a valientes patriotas, hombres y mujeres que luchaban por redimir la independencia de su patria, ni tampoco es, de ninguna manera, el episodio final en la eterna lucha de la libertad contra la tiranía en cualquier punto del globo terrestre, inclusive en Cuba.

El señor Castro ha dicho que éstos eran mercenarios. Según las informaciones de prensa, el mensaje final procedente de las fuerzas de los refugiados en la playa fue del comandante de los patriotas, quien, al preguntársele si deseaba ser evacuado, dijo: "Yo nunca abandonaré este país". Esta no es la respuesta de un mercenario. Este patriota ha ido ahora a reunirse en las montañas con numerosos otros guerrilleros, quienes están igualmente determinados a que la consagración de los que han dado sus vidas no se olvide y a que Cuba no sea abandonada a los comunistas, y nosotros no tenemos el propósito de abandonarla tampoco.

El pueblo cubano no ha dicho la última palabra todavía y no tengo duda alguna de que aquel pueblo y el Consejo Revolucionario dirigido por el doctor Miró Cardona y los miembros de las familias de los que integran el Consejo Revolucionario, según he sido informado ayer por el doctor, se encuentran ellos mismos en la isla y han de continuar hablando en pro de una Cuba libre e independiente.

Entre tanto, nosotros no aceptaremos que el señor Castro trate de culpar a este país del odio que sienten hoy por su represión los que un día fueron sus entusiastas partidarios. Pero este sombrío episodio nos da útiles lecciones que todos deben aprender. Algunas todavía están obscuras y esperan nueva información. Otras están perfectamente claras.

En primer lugar, está claro que las fuerzas del comunismo en Cuba no deben subestimarse, allí ni en ningún

lugar del mundo. Las ventajas de un Estado policial, su utilización del terrorismo en masa y los arrestos para impedir que se extienda la libre expresión de la inconformidad, son aspectos que no pueden desestimarse por aquellos que esperan la caída de todo tirano fanático. Si la disciplina de los libres no puede competir con la disciplina férrea del puño tiránico —en las luchas económicas, políticas, científicas y otras, como asimismo en las luchas militares—, entonces es inevitable que sigan aumentando los peligros que acechan a la libertad.

En segundo lugar, está claro que esta nación, en concierto con todas las naciones libres de este Hemisferio, deben mirar cada vez con ojos más realistas la amenaza de la intervención comunista externa y dominación de Cuba.

Al pueblo norteamericano no le agrada la existencia, a menos de 90 millas de nuestras costas, de los tanques y aviones de la Cortina de Hierro; pero una nación del tamaño de Cuba constituye, no tanto una amenaza a nuestra supervivencia cuanto una base para subvertir la supervivencia de las otras naciones libres del Hemisferio. No es primordialmente nuestro interés o nuestra seguridad, sino la de ellas, la que está ahora, hoy, en más grave peligro. Es por ellos, tanto como por nosotros, por lo que debemos mostrar cuál es nuestra voluntad.

Las pruebas son claras, y la hora tardía. Nosotros y nuestros amigos latinoamericanos tendremos que hacer frente al hecho de que no podemos posponer por más tiempo la cuestión decisiva de la supervivencia de la libertad en este mismo Hemisferio. En esta cuestión de distinta manera, quizá, que en algunas otras, no puede haber medias tintas. Juntos debemos construir un Hemisferio en el que pueda florecer la libertad, y en el que cualquiera nación libre, bajo un ataque externo de cualquier clase, pueda estar segura de que todos nuestros recursos están listos para responder a cualquier solicitud de ayuda.

Tercero y finalmente, resulta más claro que nunca, que nos encontramos confrontados con una lucha implacable en todos los lugares del globo, que va más allá del choque de los ejércitos o aun de los armamentos nucleares. Los ejércitos están ahí en grandes números. Las armas nucleares están ahí; pero sirven primordialmente como un escudo detrás del cual la infiltración, la subversión y muchas otras tácticas avanzan firmemente, seleccionando regiones vulnerables una por una en situaciones que no permiten nuestra propia intervención armada. La fuerza es el símbolo de esta ofensiva, la fuerza, la disciplina y el engaño. Se explota el sincero descontento de los pueblos. Se emplean simuladamente todos los arcos del principio de autodeterminación, pero una vez en el poder, toda voz de descontento es reprimida, toda autodeterminación desaparece y la promesa de una revolución de esperanza es traicionada, como ha sucedido en Cuba, sumiéndola en un imperio de terror. Los que prepararon

de antemano los "tumultos" automáticos en las calles de los países libres como reacción a las tentativas de un pequeño grupo de jóvenes cubanos para recuperar su libertad, deberían recordar la larga lista de refugiados que no pueden regresar a Hungría, ni a Corea del Norte, o a Viet-Nam del Norte, a Alemania Oriental o a Polonia, o a ninguno de los otros países de donde salieron numerosos refugiados que constituyen elocuente testimonio de la cruel opresión que actualmente predomina en sus patrias.

No podemos dejar de ver la naturaleza solapada de esta nueva y más honda lucha. No podemos dejar de entender los nuevos conceptos, los nuevos instrumentos, la nueva sensación de premura que necesitamos para combatirla, sea en Cuba o en Viet-Nam del Sur. Y no nos atrevemos a dejar de comprender que esta lucha está realizándose cada día, calladamente, en miles de pueblos y mercados día y noche y en las aulas del mundo entero.

El mensaje de Cuba, de Laos, del creciente rumor de voces comunistas en el Asia y en la América Latina, esos mensajes todos son iguales. Los indiferentes, los satisfechos consigo mismos, las sociedades débiles van a ser barridas con los escombros de la historia. Sólo los fuertes, los industriales, sólo los decididos, sólo los valerosos, sólo los visionarios quienes determinan la verdadera naturaleza de nuestra lucha, podrán sobrevivir. Ninguna otra tarea de mayor magnitud confronta a este país o a este gobierno. No otro reto es merecedor de un mayor esfuerzo y energía. Durante un tiempo demasiado largo hemos fijado nuestros ojos en las necesidades militares tradicionales, en ejércitos preparados para cruzar fronteras, en proyectiles-cohete preparados para emprender el vuelo. Ahora, debería ser evidente que esto ya no es bastante, que nuestra seguridad podría perderse, jirón tras jirón, país tras país sin haber disparado un solo proyectil o haber cruzado una sola frontera.

Nos proponemos sacar provecho de esta lección. Nos proponemos volver a examinar y a reorganizar nuestras fuerzas de todo tipo, nuestras tácticas y nuestras instituciones en este país. Nos proponemos intensificar nuestro esfuerzo para una lucha en muchos modos más difícil que la guerra, en la que han de acompañarnos con frecuencia las decepciones.

Pues estoy convencido de que nosotros, en este país y en el mundo libre, poseemos los recursos necesarios y toda la capacidad y la fuerza adicional que se deriva de la convicción en la libertad del hombre. Y estoy igualmente convencido de que la historia consignará el hecho que esta amarga lucha llegó a su punto culminante a fines de la década del 1950 y principios de la del 1960. Permítaseme establecer, pues, claramente, como Presidente de los Estados Unidos, que estoy empeñado en la supervivencia de nuestro sistema y en su éxito, sin importar el costo, sin importar el riesgo.

27 de abril de 1961

## SOBRE LA ETICA EN EL GOBIERNO

Ninguna obligación de un gobierno es más fundamental que la de mantener las normas más elevadas de

comportamiento ético en aquellos que dirigen la cosa pública. No se puede disentir con el principio de que todos los funcionarios deben actuar con integridad firme, imparcialidad absoluta y completa dedicación al interés público. Este principio debe seguirse no sólo en la realidad sino también en la apariencia. Pues la base de un gobierno eficaz es la confianza pública, y dicha confianza peligra cuando las normas de ética se resquebrajan o simplemente parece que se resquebrajan.

Tengo plena confianza en la integridad y en el celo de aquellos que trabajan para nuestro gobierno. La venalidad en la conducta de los funcionarios públicos de este país ha sido relativamente rara; y los pocos casos de falta de decoro en los círculos oficiales que se han descubierto, por lo general no constituían una desviación muy grande de las normas elevadas de ética y de conducta moral.

Sin embargo, durante las dos últimas décadas, se han producido incidentes que nos recuerdan que las leyes y los reglamentos que rigen la ética gubernamental, ya no corresponden a la misión actual del Gobierno federal, ni a las condiciones actuales de nuestra sociedad que ha sufrido una alteración profunda. Además, muchos de los problemas de ética con que se enfrentan nuestros empleados públicos, se han tornado tan complejos que desafían soluciones sencillas dictadas por el sentido común de personas de buena voluntad que desean seguir las normas más elevadas de conducta, y no se ha logrado llegar a soluciones adecuadas por una falta de pautas reguladoras generales. Como resultado de todo esto, muchos observadores precavidos han expresado su preocupación acerca de la tónica moral de nuestro gobierno y acerca de la necesidad de reafirmar principios básicos en su aplicación a los hechos contemporáneos.

Desde luego que los funcionarios públicos no forman un grupo aparte. En ellos se refleja, inevitablemente, el tono moral de la sociedad en que viven. Y si ese tono moral se lastima, por concursos atléticos o de televisión arreglados de antemano, por acuerdos ilegales tendentes a fijar los precios, por la colusión de hombres de negocios y sindicatos con el crimen organizado, engañando al fisco mediante la cuenta de gastos de representación, haciendo caso omiso de las leyes de tránsito o eludiendo la paga de impuestos de poca cuantía, entonces la conducta moral de nuestro gobierno tiene que quedar afectada. Inevitablemente, las normas morales de una sociedad ejercen influencia sobre todos aquellos que viven dentro de ella: los que son gobernados y los que gobiernan.

La respuesta final a los problemas de ética en el gobierno es que haya personal honrado en un ambiente honrado. No es posible tener una red de estatutos y reglamentos, por minuciosa que sea su elaboración, que pueda prever los millares de peligros que pueden surgir para la integridad de una persona o para su devoción al interés público. A pesar de esto, se necesitan reglamentos formales, reglamentos que puedan establecer pautas claras de política, sancionar la venalidad y la doblez y señalar un tono ético general para la conducta del negocio público.

Este reglamento, al señalar las normas morales más elevadas, debe cuidar de no causar dificultades al gobierno para el reclutamiento de un personal de la más alta calidad y pericia. El gobierno de hoy necesita hombres y mujeres que tengan un amplio campo de experien-

cia, de conocimiento y de capacidad. Necesita cada día mayor número de personas con talento ejecutivo de primerísima calidad. Necesita cientos de asesores y de peritos que trabajen para el gobierno en forma no continuada, para resolver problemas que se toman cada día más complejos y más técnicos. En suma, necesitamos recurrir a todo el acervo de conocimientos y de talento de nuestro país para ayudarnos a llevar el negocio más importante de nuestra generación: la cosa pública.

Esta necesidad de atraer todos los recursos humanos de nuestra nación para cuestiones de orden público ha borrado la distinción entre la vida pública y la privada. Ha causado una corriente incesante de gente que entra y sale en la vida de los negocios, la vida académica y el gobierno. Nos ha obligado a contratar con instituciones privadas y a solicitar la ayuda de asesores privados para desempeñar trabajo público importante. Y como resultado, ha habido un cambio muy rápido entre los empleados de gobierno de carrera, cambio que llega a un veinte por ciento al año. Y, como consecuencia, ha aumentado en forma alarmante el riesgo de conflictos de interés y a la vez ha complicado el problema de mantener normas de ética.

Estas dificultades nuevas y problemas viejos me indujeron a nombrar, inmediatamente después de mi toma de posesión, a tres distinguidos abogados para que revisaran nuestras leyes y reglamentos actuales sobre conflictos de interés. Este grupo se componía del Juez Calvert Magruder, Juez de Circuito del Primer Circuito Judicial, ya retirado; del Deán Jefferson B. Fordham, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Pennsylvania, y del Profesor Bayless Manning, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Yale. Las propuestas que presenta este mensaje se basan, en gran parte, sobre su trabajo, así como en el de otras personas que han estudiado el problema en años recientes.

Este grupo redactó sus recomendaciones después de hacer un estudio cuidadoso y de revisar el trabajo de otros grupos, particularmente el del informe del Subcomité Anti-Trust, del Comité Judicial de la Cámara de Representantes bajo el Representante Celler, en 1958; el estudio hecho en 1951 por un subcomité del Comité del Senado sobre Trabajo y Asistencia Pública bajo el Senador Douglas; el reciente informe de la junta del subcomité del Senado sobre el Sistema de Política Nacional del Comité sobre Operaciones Gubernamentales bajo el Senador Jackson, y las valiosas apreciaciones llevadas a cabo durante la última administración por la rama ejecutiva, y por la Asociación de la Barra de Abogados de la ciudad de Nueva York.

Todos estos estudios han puesto de relieve cuán serio es el problema con que nos enfrentamos. Todos recomiendan que se enmiende, modifique y refuerce esta anticuada y enredada colección de estatutos y reglamentos, para poder tomar en cuenta nuevos problemas. Si las propuestas varían en cuanto a los detalles, todas subrayan unánimemente la necesidad de aprobar nuevas leyes y nuevas medidas ejecutivas.

## I. REFORMA EJECUTIVA

Hay siete estatutos de aplicación general llamados estatutos de "conflictos de interés". Hay muchos otros que tratan de cargos particulares o de categorías muy

limitadas de empleados. Estos últimos generalmente eximen a los funcionarios de algunas o de todas las restricciones generales. Algunas veces imponen obligaciones adicionales.

Los siete estatutos cubren cuatro problemas básicos:

- \* El empleado de gobierno que actúa a nombre del gobierno en una transacción comercial con una entidad en la que él tiene un interés económico personal. (18 U.S.C. 434)
- \* El empleado de gobierno que actúa por un interés externo en ciertos tratos con el gobierno. (18 U.S.C. 216, 281, 283)
- \* El empleado de gobierno que recibe remuneración de parte de una fuente privada por su trabajo con el gobierno. (18 U.S.C. 194)
- \* El antiguo empleado de gobierno quien actúa en capacidad representativa en ciertas transacciones con el gobierno durante un período de dos años después de la terminación de su servicio con el gobierno. (18 U.S.C. 284, 5 U.S.C. 99)

Cinco de estos estatutos se promulgaron antes de 1873. Cada uno de ellos se promulgó sin coordinación con ninguno de los otros. En ninguno se usa terminología uniforme. Todos, salvo uno, imponen sanciones penales. Existe en ellos a la vez duplicación y contradicción. Todos y cada uno de los estudios que se han hecho sobre estas leyes han llegado a la conclusión de que, si bien son buenos en principio, son muy deficientes tanto en su forma como en su fondo.

El defecto fundamental de estos estatutos en su forma actual es que, por una parte, permiten a funcionarios públicos una enorme cantidad de intereses y actividades privadas que son totalmente incompatibles con los deberes del cargo público; por otra parte, crean obstáculos totalmente innecesarios para el reclutamiento de personal calificado para el servicio del gobierno. Esta última deficiencia es particularmente grave en el caso de asesores y otros empleados temporales, y esto ha sido reconocido repetidas veces por el Congreso, al promulgar estatutos especiales de exención.

En lo que estos estatutos establecen la ley básica para restringir las actividades económicas privadas de los funcionarios y empleados públicos, constituyen una norma de conducta adecuada y necesaria. El principio que incorporan en diversas formas —que el servidor público le debe lealtad íntegra al gobierno— es tan importante hoy día como lo era cuando se promulgaron estos estatutos hace más de un siglo. No obstante, el cumplimiento legislativo de este principio en los siete estatutos de aplicación general, se dirigió con frecuencia a males específicos de aquellos tiempos y que, cuando dichos estatutos fueron promulgados constituían problemas graves; como resultado de todo esto, un enorme campo de posible conflicto de interés quedó sin cubrir.

## II. RELACIONES EX-PARTE CON FUNCIONARIOS DE OFICINAS INDEPENDIENTES

Algunos de los ejemplos más notorios de mala conducta oficial se refieren a comunicaciones ex-parte, relaciones secretas, informales entre un funcionario de una

oficina y la parte interesada en un asunto que se está tratando ante dicho funcionario. Esta influencia ejercida sobre las decisiones de la oficina, con frecuencia afecta en forma adversa la equidad de los procedimientos de la oficina, particularmente cuando se trata de una oficina judicial.

Este problema es uno de los más complejos en todo lo que se refiere a reglamentación gubernamental. Hace necesario eliminar todos los contactos ex-parte cuando dichos contactos dañan los intereses de las otras partes, y preservar a la vez la posibilidad de que la oficina obtenga la información necesaria para tomar una decisión. Gran parte de la dificultad surge de la amplitud del campo de actividades de las oficinas, que se extiende desde adjudicaciones de tipo judicial hasta la reglamentación amplísima de toda una industria. Este problema se puede resolver mejor en el contexto de las responsabilidades y actividades particulares de cada oficina.

Por lo tanto, recomiendo al Congreso que proclame un decreto de ley exigiendo que cada organismo, dentro del período de 120 días, promulgue un código de comportamiento que rijan las relaciones ex-parte dentro de la oficina, especificando la norma particular que se deberá aplicar en cada tipo de procedimiento de la oficina, y que dicho código contenga una prohibición absoluta en contra de los contactos ex-parte en todos aquellos trámites entre partes privadas en las que la ley o los reglamentos de la oficina requieran que la decisión se haga solamente sobre la base de una audiencia formal. Sólo en esta forma podemos garantizar que se haga justicia en trámites casi-judiciales entre partes privadas. Este estatuto debe poner en claro que dichos códigos, cuando sean aprobados por el Congreso, tendrán fuerza de ley y estarán sujetos a sanciones adecuadas.

## III. ORDENES EJECUTIVAS Y ACCION PRESIDENCIAL

Hay, en el gobierno, varios problemas de ética que pueden tratarse directamente por Orden Presidencial, Memorándums u otras formas de acción.

En primer lugar, me propongo prohibir que se ofrezcan obsequios al personal gubernamental, siempre que a) el empleado tenga motivos para creer que el obsequio no se le habría hecho de no haber sido por su posición oficial; o b) siempre que un empleado permanente de gobierno tenga motivos para creer que los intereses particulares del donador puedan ser afectados por las acciones del empleado o de la oficina en que trabaja. Cuando sea imposible o inadecuado rechazar el obsequio, éste se entregará a una institución pública o a una caridad privada.

Esta orden incorporará el principio general de que todo obsequio que esté o parezca estar destinado a influir en la conducta oficial es censurable. Se molesta constantemente a los empleados de gobierno ofreciéndoles favores o gratificaciones y no hay reglamento alguno por el que puedan regir su conducta. Esta orden tratará de proporcionar una pauta y, a la vez, dejar los problemas especiales, incluso los problemas creados por los obsequios de gobiernos extranjeros, a la reglamentación de la oficina.

Segundo, me propongo prohibir a los empleados de gobierno que usen para su provecho particular, información oficial que no esté al alcance del público. Esta reglamentación se redactará teniendo en cuenta el derecho del

público a tener acceso adecuado a la información pública. Un empleado de gobierno no deberá poder transformar su situación oficial en ganancia privada, como sucede, por ejemplo, si un empleado de gobierno especula en la bolsa de valores sobre la base de conocimiento anticipado de acción oficial.

Tercero, ordeno que ningún empleado de gobierno utilice la autoridad que le confiere su puesto para inducir a una persona a que le dé cosa alguna de valor pecuniario, si el empleado tiene motivos para creer que los intereses privados de esa persona puedan ser afectos por actos del empleado o de su oficina.

Este reglamento constituye un esfuerzo para evitar las formas más sutiles de extorsión; aquellos casos en que un empleado consiente en dádivas de índole pecuniaria o muestra con sutileza que estaría dispuesto a recibirla. El derecho penal ya se ocupa de la extorsión franca. Pero más allá el problema es demasiado evasivo para que lo resuelva el derecho penal y tiene que resolverlo la reglamentación administrativa, y el buen criterio del que la aplica.

Cuarto, ordeno que ningún empleado de gobierno tome otro empleo que sea "incompatible" con su empleo gubernamental.

El trabajo de los empleados de gobierno fuera de éste, es uno de los problemas de ética más complejos y más difíciles. Es cierto que algunas formas de empleo pueden redundar en provecho del gobierno mismo o de la sociedad (v. g. dando clase en las universidades); o ser provechosas para el empleado y no estar en conflicto con su trabajo en el gobierno. Por otra parte, algunos tipos de trabajo fuera del gobierno pueden significar la explotación de una posición oficial o ser incompatibles con los intereses de la oficina a la cual el empleado debe su primer lealtad.

Puesto que la "incompatibilidad" dependerá de varios factores, se dejará su definición al reglamento de la oficina o departamento y a decisiones de casos particulares.

Quinto, en breve dictaré una orden ejecutiva reglamentando en forma más detallada la conducta de los funcionarios nombrados por el Presidente. Estos funcionarios de alta jerarquía tienen una responsabilidad especial para con el gobierno y para con los empleados de sus departamentos en el establecimiento de un elevado nivel de conducta ética y moral. Por lo tanto, dicha orden ejecutiva debe prohibir: a) todo empleo o actividad fuera del gobierno que sea incompatible con el desempeño correcto de sus obligaciones oficiales; b) prohibir remuneración de fuentes externas por actividades que caen dentro de los deberes oficiales; c) prohibir aceptar remuneración por conferencias, artículos, por aparecer ante el público, etc., cuando esto forma parte del trabajo del departamento o cuando está basado sobre información oficial que no sea aún del dominio público.

Sexto, al llevar a cabo las disposiciones de la ley, aplicaré normas respecto a la propiedad de valores por parte de los funcionarios del ramo ejecutivo. La ley prohíbe que haya conflicto entre los intereses públicos y privados de los empleados de gobierno. El Senado, en el ejercicio de sus funciones de ratificación, ha tomado la delantera al requerir que las personas nombradas por el Presidente vendan sus valores en los casos en que la re-

tención de dichos valores pudiera causar conflicto de intereses. El problema de la propiedad de valores por parte de funcionarios nombrados por el ramo ejecutivo es, y con razón, un motivo de preocupación para el Congreso y veo con beneplácito la iniciativa tomada por el Subcomité Jackson sobre el problema de conflicto de intereses. A su vez, el ramo ejecutivo tiene la obligación de asegurar que sus funcionarios tengan las normas más elevadas de conducta. Es precisamente para cumplir con esta responsabilidad que aplicaré normas generales en lo que se refiere a la propiedad de valores por parte de los funcionarios nombrados por el Presidente, normas que garantizarán que no existe conflicto de intereses. Abrijo la esperanza de que estos reglamentos ayudarán al Senado en el ejercicio uniforme de su responsabilidad.

#### IV. APLICACION DE LAS NORMAS DE ETICA

Los estatutos penales y las órdenes presidenciales, por cuidadosamente que estén concebidos y por metódica que sea su redacción, no pueden, por sí solos, resolver eficazmente todo problema de conducta o conflicto de interés. Existe una infinita variedad de problemas. Con frecuencia implican juicios sutiles y difíciles, juicios que no se adaptan a la generalización ni a su aplicación a todas las ramas del gobierno. Y aun los mejores estatutos y reglamentos pueden fallar en su propósito si no se aplican en forma vigorosa y prudente.

Por lo tanto, he dado instrucciones a cada miembro del Gabinete o jefe de Oficina para que dicten reglamentos destinados a mantener elevadas normas morales y éticas dentro de su propio departamento. Estos reglamentos adaptarán principios generales a los problemas y actividades de cada oficina. Para ayudar en la aplicación de estos reglamentos, cada oficina establecerá un comité ad hoc para que haga veces de cuerpo consultivo sobre problemas de ética a medida que se vayan presentando.

Aunque esta reglamentación en las oficinas es esencial, no podemos permitir que se convierta en un conglomerado de reglas y principios dictados al azar y en contradicción unos con otros en todas las ramas del gobierno. Los reglamentos sobre conducta ética necesitan coordinación para garantizar que todos los empleados están ligados por las mismas normas de conducta.

Por lo tanto, he dedicado nombrar, en la Oficina Ejecutiva del Presidente, un solo funcionario quien tendrá la obligación de coordinar los reglamentos de ética y de informar directamente al Presidente. Este funcionario hará lo siguiente:

- \* preparará, para su proclamación por el Presidente, los reglamentos generales que se necesiten;
- \* formulará métodos de información para el personal del gobierno acerca de normas de ética;
- \* dirigirá estudios y acumulará experiencia que conduzcan a una reglamentación más eficaz de la conducta ética, incluso la formulación de preceptos acerca de asuntos que no han sido reglamentados, tales como la utilización, de parte del gobierno, de asesores que no son empleados permanentes, y la contratación de servicios gubernamentales a instituciones o firmas privadas; y
- \* reglamentos claros y bien coordinados para el uso

de las oficinas a fin de asegurar una política ejecutiva invariable.

Dicho funcionario no solamente tendrá la responsabilidad central de una reglamentación coherente, sino que será la forma en que la influencia de la presidencia pueda ejercerse en este campo vital.

#### V. CONCLUSION

En fin de cuentas, normas elevadas de ética se pueden mantener solamente si los dirigentes del gobierno proporcionan un ejemplo personal de consagración al servicio público, y ejercen su función rectora para fomentar en todos los empleados de gobierno una sensibilidad cada día mayor a las condiciones morales y éticas impuestas por el servicio público. Su propia conducta debe de estar por encima de todo reproche. Y deben de ir más allá de la mera imposición de reglamentos generales en

la solución de problemas individuales a medida que se presentan, pues deben ofrecer además su consejo y consideración personales. Con frecuencia será difícil evaluar la corrección de acciones particulares. En casos especialmente delicados, la sinceridad será casi siempre la mejor solución, pues el público comprenderá los esfuerzos hechos de buena fe para evitar el mal uso del puesto público, si se le tiene siempre bien informado.

Me doy cuenta también que tal vez la más grave responsabilidad sea la del Presidente. Ningún Presidente puede excusar ni perdonar la menor desviación de las más irreprochables normas de comportamiento de parte de cualquiera de los miembros del ramo ejecutivo. Pues su firmeza y su resolución son la fuente primaria de la confianza pública en el gobierno de los Estados Unidos. Y ninguna consideración puede justificar el que se socave dicha confianza.

6 de junio de 1961

### INFORME A LA NACION A SU REGRESO DE EUROPA, SOBRE SUS GESTIONES EN PARIS, VIENA Y LONDRES

Saludo a mis conciudadanos.

Esta mañana regresé de un viaje de una semana por Europa y deseo dar a ustedes información completa acerca de ese viaje. Fue, en todos sentidos, una experiencia inolvidable. Los pueblos de París, Viena y Londres fueron generosos en su recibimiento. Nos ofrecieron una cordialísima hospitalidad y las finas atenciones que tuvieron para con mi esposa es algo que aprecio de un modo particular.

Sabíamos, desde luego, que las multitudes y las exclamaciones se dirigían principalmente a la nación que representábamos, la cual es considerada como el principal baluarte de la libertad. Igualmente memorables fueron la pompa histórica de Europa y su cultura, que forman parte integrante de toda ceremonia de recibimiento. El acto de colocar una ofrenda floral en el Arco del Triunfo, las comidas en Versalles, en el Palacio de Schoenbrun, y con la Reina de Inglaterra. Estos son hermosos recuerdos que no olvidaremos en muchos años.

Cada una de las tres ciudades visitadas por nosotros: París, Viena y Londres, existen desde hace muchos siglos, y cada una nos recuerda que la civilización que tratamos de conservar ha florecido a través de muchos años y se ha defendido por sí misma a través de muchos siglos. Pero esto no fue un viaje de ceremonias. Dos objetivos de la política exterior de los Estados Unidos fueron, por encima de todo, la razón de este viaje: la unidad del Mundo Libre, cuya fuerza constituye la seguridad de nosotros todos y la adquisición, más tarde o más temprano, de una paz duradera. Mi viaje fue dedicado a propiciar estos dos objetivos.

Para consolidar la unidad de Occidente, nuestro viaje comenzó en París y concluyó en Londres. Mis conversaciones con el General De Gaulle fueron profundamente alentadoras para mí. Ciertas diferencias en nuestras actitudes con respecto a tal o cual problema se hicieron insignificantes ante nuestro común compromiso de defender

la libertad. Nuestra alianza, creo yo, se hizo más segura. La amistad de nuestra nación con la de ellos, espero, se hizo más firme, y las relaciones entre nosotros dos, que tenemos la responsabilidad, se hicieron más estrechas, y me parece que se caracterizaron por la mutua confianza.

Advertí que el General De Gaulle estaba mucho más interesado en que declaráramos francamente nuestra posición, coincidiera ésta o no con la del otro, que en que diéramos la sensación de estar de acuerdo con el otro cuando no lo estábamos. Pero él conoce cabalmente el verdadero significado de una alianza. Al fin y al cabo es el único dirigente de talla de la Segunda Guerra Mundial que desempeña todavía un cargo de gran responsabilidad. La suya ha sido una vida de excepcional consagración; es hombre de extraordinarios dotes personales que simboliza la nueva fuerza y la grandeza histórica de Francia. Durante nuestras conversaciones adopté, respecto de Francia y el mundo en general, el punto de vista proyectado a largo alcance. Encontré que era un sabio consejero para lo futuro y un guía bien informado para el examen de la historia que ha ayudado a forjar. Tuvimos, pues, una valiosa reunión.

Creo que de ambas partes quedaron eliminadas ciertas dudas y suspicacias que podrían haber surgido con el transcurso del tiempo. Problemas que resultaron ser de forma o de procedimiento, y no de fondo, quedaron despejados. No se evadió asunto alguno, por delicado que fuera. No se omitió cuestión alguna de interés, y las conclusiones a que llegamos serán de importancia (para) el futuro en lo que se refiere a nuestro acuerdo de defender Berlín, a trabajar para mejorar las defensas de Europa, a contribuir a la independencia económica y política del mundo subdesarrollado, incluso la América Latina; a fomentar la unidad económica de Europa, a concluir con éxito la conferencia de Laos, y mayor acuerdo y solidaridad en la alianza occidental.

El General De Gaulle no pudo haber sido más cordial,

y yo no podría tener más fe en hombre alguno. Además de la entereza personal de carácter de su dirigente, el pueblo francés en general me dio la sensación de vitalidad y energía impresionantes y a la par gratas. Su recuperación del período de la postguerra es espectacular, su productividad aumenta y su dimensión crece constantemente ante los ojos de Europa y Africa. Salí, pues, de París hacia Viena con acrecentada fe en la unidad y la fuerza occidentales.

El pueblo de Viena sabe lo que es vivir bajo la ocupación, y sabe lo que es vivir en libertad. La bienvenida que se me dispensó como Presidente de este país debe confortarnos a todos. Fui a Viena a encontrarme con el dirigente de la Unión Soviética, señor Jrushchov. Nos reunimos por espacio de dos días en grave e intensa conversación, y creo que es mi obligación para con el pueblo, con el Congreso y con nuestros aliados, informarles de estas conversaciones públicamente y con franqueza.

El señor Jrushchov y yo tuvimos un muy cabal y franco intercambio de puntos de vista sobre las cuestiones principales que dividen actualmente a nuestros dos países. Debo decirles en esta ocasión que fueron dos días muy solemnes. No hubo descortesías, exaltaciones, amenazas o ultimátums de parte alguna; ni se ganaron ni se otorgaron concesiones o ventajas; no se proyectaron ni adoptaron decisiones importantes; no se hizo progreso espectacular alguno ni se pretende que se hizo.

Esta clase de intercambio informal tal vez no resulte tan apasionante como una cabal conferencia de intercambio formal entre jefes de estado con un temario definido y un nutrido cuerpo de asesores en la que se intente llevar a cabo negociaciones y se busquen nuevos acuerdos; pero no se pretendía tal cosa ni hubo tal conferencia, como tampoco proyectamos reuniones futuras de jefes de estado en Viena.

Pero con todo y lo sombrío de esta reunión con el señor Jrushchov, la encontré muy útil. Había leído sus discursos, las publicaciones hechas de sus políticas. Se me había asesorado sobre sus puntos de vista. Me habían dicho otros dirigentes occidentales —el General De Gaulle, el Canciller Adenauer, el Primer Ministro Mac Millan— cuál era su modo de ser.

Pero llevo la responsabilidad de la presidencia de los Estados Unidos, y es mi deber tomar decisiones que ningún consejero o aliado puede adoptar por mí. Es mi obligación y mi responsabilidad obtener todas las informaciones posibles antes de tomar estas decisiones y obtener tanto conocimiento directo como sea posible.

Por lo tanto, pensé que era de inmensa importancia que yo conociera personalmente al señor Jrushchov y me compenetrara todo lo más posible de sus normas respecto al presente y al futuro. Al mismo tiempo, quería estar seguro de que el señor Jrushchov conocía esta nación y sus normas, de que él estuviera enterado de nuestra fuerza y nuestra resolución y de que supiera que nosotros deseamos la paz con todas las naciones, cualesquiera que sean; yo quería presentarle mis puntos de vista en forma directa, precisa y ajustada a la realidad, y con posibilidad de discusiones y esclarecimientos. Esta misión fue cumplida. En privado, no se expresaron más propósitos de los que ya han sido declarados públicamente por una y otra parte. La brecha entre nosotros dos no se redujo en forma tangible en tan breve tiempo, pero al menos los

canales de comunicación se abrieron más cabalmente. Al menos las probabilidades de un juicio erróneo por una y otra parte deberían ahora ser menores, y por lo menos los hombres de cuyas decisiones la paz en parte depende, han convenido en mantenerse en contacto.

Esto es importante, porque ninguno de nosotros dos trató meramente de agradar a la otra parte, de concordar tan sólo por amabilidad, de decir aquello que la otra parte quería oír, y de igual modo que nuestro sistema judicial depende de testigos que comparecen ante el tribunal y de los interrogatorios en vez de depender de lo que se ha dicho o de declaraciones por escrito, así también este intercambio personal y directo fue de incalculable valor para esclarecer y precisar lo que nosotros considerábamos vital, ya que en realidad de verdad los soviéticos y nosotros damos interpretaciones totalmente diferentes a las mismas palabras: la guerra, la paz, la democracia y la voz popular.

Tenemos puntos de vista completamente diferentes de lo que está bien y lo que está mal, de lo que es un asunto interno y de lo que es agresión, y, sobre todas las cosas, tenemos conceptos diferentes por completo de la situación del mundo y del derrotero que lleva.

Únicamente por medio de una discusión de esta naturaleza me era posible estar seguro de que el señor Jrushchov sabe cuán diferentes son nuestras perspectivas del presente y del futuro. Nuestros puntos de vista fueron muy divergentes, pero, al menos, al final adquirimos un mejor conocimiento del terreno en que estamos situados el uno y el otro.

Ninguno de los dos acudió a esa conferencia para dictar una solución, o convertir al otro a una causa, o ceder en nuestros intereses básicos. Pero nosotros dos acudimos a esa cita, pienso yo, porque nos damos cuenta de que cada una de nuestras naciones tiene el poder para causar enorme daño a la otra, que una guerra de esa naturaleza puede y debe evitarse si esto es posible en modo alguno, ya que tal guerra no resolvería ninguna disputa ni probaría ninguna doctrina, y que debe tenerse cuidado para evitar que nuestros intereses en conflicto se confronten de un modo tan directo que la guerra sea la consecuencia inevitable. Nosotros creemos en un sistema de libertad e independencia nacional. El cree en un concepto cada día más amplio y dinámico de comunismo mundial, y la cuestión es sabe si estos dos sistemas podrán albergar la esperanza de convivir algún día en paz, sin incurrir en pérdida alguna de la seguridad o en la negación alguna de la libertad para las naciones amigas nuestras.

Sin embargo, por difícil que parezca dar una contestación afirmativa a esta pregunta en momento en que nos acercamos a tantas pruebas difíciles, me parece que por deber contraído con toda la humanidad estamos obligados a hacer todo esfuerzo posible. Esa es la razón por la cual yo he juzgado que las conversaciones de Viena fueron provechosas. La impresión sombría que comunicaron no fue motivo de alegría o despreocupación. Ni tampoco de pesimismo o temores indebidos. Sencillamente demostró cuánto tenemos que laborar en el mundo libre y cuán difícil y prolongada es la lucha que nos impone nuestra fe como ciudadanos de los Estados Unidos en esta generación, por ser los principales defensores de la causa de la libertad. El único punto que ofreció algu-

na perspectiva inmediata de concordancia fue el referente a Laos. Tanto una parte como la otra reconocimos la necesidad de reducir los peligros en esa situación. Ambas partes dimos nuestra aprobación al concepto de un Laos neutral e independiente, a la manera de Birmania o Cambodia.

Una cuestión de gran importancia respecto a la presente conferencia sobre Laos en Ginebra, es que ambos lados reconocieron la importancia de un verdadero cese de fuego. Es de urgencia que esto se traduzca en nuevas actitudes en Ginebra, que permitan a la Comisión Internacional de Control llevar a cabo su cometido, y cerciorarse de que se cumpla y mantenga el cese de fuego. Tengo esperanzas de que se pueda adelantar en esta materia en los días venideros en Ginebra, pues ello contribuiría grandemente a despejar la atmósfera internacional. No ha surgido tal esperanza, sin embargo, con respecto a la otra conferencia en Ginebra, que busca un tratado para proscribir las pruebas nucleares. El señor Jrushchov dio a entender con claridad que, en su concepto, no podía haber un administrador neutral. Que, según él, nadie era verdaderamente neutral, que habría que aplicar el veto soviético a los actos dirigidos a hacer cumplir la proscripción de pruebas nucleares, que la inspección era sólo un subterfugio para el espionaje en ausencia del desarme total, y que las presentes negociaciones para la proscripción de las pruebas eran vanas. En suma, nuestras esperanzas de una terminación de las pruebas nucleares, de una terminación a la propagación de las armas nucleares, y de alguna medida de reducción de la competencia de armamentos nucleares han recibido un duro golpe. Esto no obstante, lo que se juega en esto es sumamente importante para que vayamos a abandonar el proyecto de tratado que hemos ofrecido en Ginebra.

Pero nuestras conversaciones más sombrías fueron en torno a los temas de Alemania y Berlín. Le expuse claramente al señor Jrushchov que la seguridad de la Europa Occidental y, por ende, nuestra propia seguridad, están profundamente comprometidas con nuestra presencia ahí y nuestros derechos de acceso al Berlín Occidental; que esos derechos se basan en la ley no en la tolerancia, y que estamos decididos a conservar esos derechos a cualquier precio, para, de ese modo, cumplir nuestras obligaciones con la población de Berlín Occidental, y su derecho a decidir su propio futuro.

El señor Jrushchov, a su vez, presentó en detalle sus puntos de vista, y su exposición será objeto de nuevas comunicaciones. Pero no estamos tratando de cambiar la presente situación. Un tratado de paz que obligue a Alemania, es cuestión que interesa a todos los que estuvimos en guerra con Alemania, y ni nosotros ni nuestros aliados podemos abandonar nuestra obligación para con el pueblo de Berlín Occidental.

En sentido general, el señor Jrushchov no habló en términos de guerra. El cree que el mundo seguirá su derrotero sin que haya necesidad de recurrir a la fuerza. Habló de los adelantos de su nación en la exploración del espacio. Destacó su intención de sobrepassarnos en la producción industrial, en el comercio, y de mostrar al mundo la superioridad de su sistema sobre el nuestro. Sobre todo, pronosticó el triunfo del comunismo en los países nuevos y menos desarrollados.

Mostróse seguro de que la marcha de los aconteci-

mientos está en su favor, de que la revolución de los pueblos que ahora surgen, a la larga será una revolución comunista, y de que las llamadas guerras de liberación, respaldadas por el Kremlin, han de reemplazar los antiguos métodos de invasión y agresión directa.

En el decenio de 1940 y a principios del decenio de 1950, el gran peligro consistía en los ejércitos comunistas que cruzaban las fronteras libres, lo que vimos en Corea. Nuestro monopolio nuclear ayudó a evitar esto en otras regiones. Ahora nos enfrentamos a una amenaza, nueva y diferente. Ya no tenemos un monopolio nuclear. Ellos creen que sus proyectiles de largas distancias paralizarán o defenderán los nuestros y que sus tropas podrán igualar a las nuestras en caso de que interviniéramos en estas llamadas guerras de liberación. De este modo, en un momento dado, el conflicto local que ellos respaldan puede volverse en favor de ellos por medio de guerrillas o insurgentes o subversión.

Un pequeño grupo de comunistas disciplinados podría explotar el descontento y la miseria de un país en donde el ingreso medio oscilara entre los 60 y los 70 dólares al año y así apoderarse del control de todo un país sin haber cruzado las tropas comunistas frontera internacional alguna. Esta es una teoría comunista.

Pero yo creo firmemente que el tiempo mismo probará que esto es un error, que la libertad y la independencia y la autodeterminación, no el comunismo, es el porvenir del hombre, y que los hombres que son libres tienen la voluntad y los recursos para salir vencedores en la lucha por la libertad. Pero es evidente que esta lucha, que se desarrollará en el ámbito de las naciones más nuevas y más pobres, será la crisis constante de este decenio.

Hubo algo en que el señor Jrushchov estaba en lo justo: dijo que hay muchos trastornos en el mundo entero, y que no se le debería de culpar a él de todos ellos. Y tiene mucha razón. Es fácil atribuirle al comunismo todo motín antigubernamental o antiamericano, todo derrocamiento de regímenes corrompidos, o toda protesta en masa contra la miseria y la desesperanza. Pero no todos estos trastornos son inspirados por el comunismo. Los comunistas llegan a explotarlos, a infiltrarse entre los dirigentes, a cabalgar en la cima hasta llegar a la victoria. Pero los comunistas no crearon las condiciones que los causaron.

En suma, las esperanzas de lograr la libertad en estas regiones que padecen tanta pobreza y analfabetismo, donde hay tanto niño enfermo, tantos que mueren en el primer año de vida, tantas familias sin hogar, tantas familias sin esperanza, la esperanza de lograr la libertad en estas regiones también depende de sus pueblos y de sus gobiernos.

Si tienen la voluntad de decidir su propio futuro, si sus gobiernos cuentan con el apoyo de sus propios pueblos, si las medidas progresivas y honradas que tomen para ayudar a sus pueblos han inspirado confianza y fervor, entonces no hay guerrilla ni acción insurgente que pueda tener buen éxito. Pero ahí en donde no existan estas condiciones, una garantía militar contra un ataque externo del otro lado de la frontera ofrece muy poca protección contra el deterioro interno.

Sin embargo, esto no quiere decir que nuestras naciones y el Occidente y el mundo libre deben perma-

necer con los brazos cruzados. Por el contrario, tenemos una oportunidad histórica de ayudar a estos países a estructurar sus sociedades hasta que estén tan fuertes y sean sus bases tan firmes que solamente una invasión extranjera podría derribarlas, y sabemos que esa amenaza puede ser detenida.

Podemos adiestrar y equipar sus fuerzas para que resistan insurrecciones abastecidas por comunistas. Podemos ayudar a que desarrollen la base industrial y agrícola sobre la que se puedan edificar nuevos niveles de vida. Podemos alentar y fomentar mejor administración y mejor educación y mejor distribución impositiva y agraria y una vida mejor para el pueblo.

Todo esto y mucho más podemos hacer porque tenemos el talento y los recursos para hacerlo, si nos decidimos a usarlos y a compartirlos. Sé que hay muchos en los Estados Unidos que piensan que hemos cargado con el peso de la ayuda económica demasiado tiempo, pero estos países que estamos apoyando actualmente y que se extienden desde la parte septentrional de Europa pasando por el Mesoriente y que llegan hasta Saigón están sujetos, muchos de ellos, a tremendos esfuerzos para el control del poder.

Si no estamos dispuestos a ayudar a forjar una vida mejor para sus pueblos, entonces creo que las perspectivas de libertad en esas regiones es cosa muy insegura. Tenemos que ayudarles, creo yo, si estamos decididos a respaldar con promesas de ayuda, nuestras palabras contra el avance del comunismo. La carga es pesada y la hemos llevado muchos años. Pero creo que la lucha no ha terminado. La batalla continúa y tenemos que desempeñar nuestro papel. Y, por lo tanto, espero que seguiremos ayudando a estos pueblos para que puedan permanecer libres.

Fue adecuado que el Congreso inaugurara sus audiencias sobre nuestros nuevos programas de ayuda militar y económica en el preciso momento en que las palabras del señor Jrushchov en Viena estaban demostrando, de la mejor manera posible, la necesidad de ese preciso programa. Debería de dirigirse bien y administrarse eficazmente, pero creo que es preciso hacerlo y

espero que vosotros, el pueblo norteamericano, lo apoyará una vez más porque creo que es de vital importancia para la seguridad de estas regiones. Es inútil hablar contra el avance comunista a menos que estemos dispuestos a hacer frente a nuestras responsabilidades, por gravosas que sean.

No justifico esta ayuda solamente en la lucha contra el comunismo. Es reconocer nuestra oportunidad y obligación de ayudar a estos pueblos a ser libres y que no estamos solos.

Descubrí que el pueblo de Francia, por ejemplo, está haciendo mucho más en Africa, respecto a ayudar a naciones independientes de lo que estaba haciendo nuestro propio país. Pero comprendo que la ayuda extranjera es una carga muy gravosa y lo único que puedo decir es que ya no tenemos ninguna seria obligación en estos momentos.

Mi estancia en Inglaterra fue corta, pero la visita me dio la oportunidad de conferir en privado una vez más con el Primer Ministro McMillan, así como otras personas de nuestro partido conferían ayer con el General De Gaulle y con el Canciller Adenauer. Todos convinimos en que hay muchos trabajos por hacer en el Occidente y de nuestras conversaciones surgieron medidas, tomadas de acuerdo, para continuar ese trabajo. Nuestro día en Londres, coronado con el encuentro con la Reina Isabel y el Príncipe Felipe, nos demostró al final de un largo viaje que el Occidente permanece unido en su decisión de sostener sus normas.

Desearía concluir diciendo sencillamente que me alegro de estar en casa. En este viaje hemos admirado lugares espléndidos y visto cosas emocionantes, pero nos alegramos de estar en casa. Ninguna demostración de apoyo en el extranjero podría significar tanto como el apoyo que vosotros, el pueblo norteamericano, habéis tan generosamente dado a nuestro país. Contando con ese apoyo, no temo al futuro. Hemos de ser pacientes. Hemos de ser valientes. Hemos de aceptar tanto los peligros como las molestias; pero con voluntad y esfuerzo, la libertad prevalecerá.

Caracas, 5 de julio de 1961

## OFRENDA A SIMON BOLIVAR

Celebramos hoy la liberación, hace ciento cincuenta años, de una gran nación americana, Venezuela. Lo hacemos ante la estatua de su libertador, Simón Bolívar, hombre ilustre entre todos los hombres ilustres de este continente. Con este acto ofrecemos doble testimonio: de nuestra amistad por la tierra que lo vio nacer y que él lanzó por el camino de la liberación; de nuestra reiterada dedicación al ideal del cual él fue el primero y quizá el mayor profeta: la unificación del continente americano.

Hace quince años, en este mes, el Presidente Betancourt de Venezuela dijo ante otra estatua de Bolívar: "Hoy nuestra preocupación y nuestro interés es hacer que viva su mensaje, incorporar su ideología en nuestros conceptos, seguir fielmente su ejemplo luminoso en nuestras tareas diarias como gobernantes y gobernados". Es tan

importante hoy como entonces hacer todas estas cosas.

Bolívar, con su visión y con su genio, persiguió metas que nosotros procuramos alcanzar. Su mayor sueño fue de una unión mutuamente defensiva, de todas las repúblicas del hemisferio, en contra de la agresión de filosofías extrañas. Su contenido inspira la determinación de los estadistas de hoy en este continente, de proteger su legado de libertad contra la intromisión extranjera; de realizar al máximo la grandeza espiritual y material de sus naciones; de extender a todos los ciudadanos de este continente los beneficios de la libertad y de la justicia social; de guerrear contra la pobreza, la enfermedad, y la inhumanidad del hombre hacia el hombre.

Esta determinación es la expresión de hoy de la gran revolución mundial cuyos principios fueron proclamados

desde Filadelfia hace 185 años, y de nuevo desde Caracas hace 150 años; principios con miras que nunca deben considerarse logradas. Era, y es, una revolución basada en ideales de dignidad humana; una revolución que habrá de seguir inspirando al hombre mientras las aspiraciones del hombre continúen ampliándose, cosa que tendrá que suceder eternamente; una revolución de tal manera flexible que responde a las necesidades de todos los países, de todas las razas, de todas las culturas. Como todos los grandes movimientos en la historia del hombre, ha seguido un curso desigual. Algunos han tratado de sofocarlo y de desviarlo. Sus ideales han sido deformados y se ha querido darles un significado distinto para

sangrarlos de su esencia, la libertad. Pero siempre que se ha encontrado en peligro esta revolución, los hombres se han levantado a fortalecer la fe de otros, a inspirarlos a su defensa. En el curso de nuestra vida, nosotros debemos ser tales hombres. Y confío en que lo seremos.

Aliados para el progreso, para un esfuerzo decidido a fin de realizar los sueños de aquellos que fundaron y liberaron nuestras naciones, nos encontramos en la víspera de grandes designios por parte de los estadistas de este hemisferio. Que las palabras de Bolívar sean su brújula: "La libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo".

25 de septiembre de 1961

## DISCURSO ANTE LAS NACIONES UNIDAS

I

Sr. Presidente, distinguidos delegados, señoras y señores:

Nos reunimos en una hora de pesar y de peligro. Dag Hammarskjöld ha muerto. Pero las Naciones Unidas viven. Su tragedia afecta profundamente nuestros corazones, pero la tarea por la que ofreció su vida se encuentra a la cabeza de nuestro temario. Un noble servidor de la paz ha desaparecido. Pero la consecución de la paz está ante nosotros.

El problema no es la muerte de un hombre, el problema es la vida de esta organización. O bien crece para poder enfrentarse con los peligros de nuestra era, o desaparecerá con el viento, sin influencia, sin fuerza, sin respeto. Si la dejáramos morir, si dejamos que se debilita su vigor, que se paralicen sus facultades, estaríamos condenando el futuro.

Pues el desarrollo de esta organización ofrece la única alternativa a la guerra; y la guerra ya no es una alternativa racional. La guerra incondicional ya no conduce a la victoria incondicional. Ya no sirve para la solución de disputas. Ya no puede concernir a las grandes potencias solamente. Porque un desastre nuclear diseminado por los vientos y por las aguas y por el temor, bien podría sumir en él por igual al grande y al pequeño, al rico y al pobre, a los comprometidos y a los no comprometidos. El hombre tiene que acabar con la guerra, o la guerra acabará con el hombre.

Resolvamos aquí que Dag Hammarskjöld no vivió, ni murió, en vano. Pongamos una tregua al terror. Invoquemos las bendiciones de la paz. Y, a medida que construimos una capacidad internacional para salvaguardar la paz, unámonos en dismantelar la capacidad nacional para desatar la guerra.

II

Esto requeriría nueva fuerza y nuevas funciones para las Naciones Unidas. Porque el desarme sin control no es más que una sombra, y una comunidad sin ley no es sino una corteza hueca. La organización de las Naciones Unidas ya se ha convertido en la medida y la vía para canalizar los impulsos más generosos del hombre. Ya ha provisto —en el Medio Oriente, en Asia, en Africa, este

año en el Congo— una manera de detener la violencia dentro de ciertos límites.

Pero la gran interrogación que confrontaba a este organismo en 1945 está aún entre nosotros: si las más valiosas esperanzas del hombre de progreso y de paz serán destruidas por el terror y la desorganización; si los "nefastos vientos de guerra" pueden domarse a tiempo para dejar paso a los refrescantes vientos de la razón, y si las promesas de nuestra Carta van a cumplirse o a desafiarse: promesas para asegurar la paz, el progreso, los derechos del hombre y la ley mundial.

En esta sala no hay tres fuerzas sino dos. Una se compone de los que están tratando de edificar la clase de mundo descrito en los artículos I y II de la Carta. La otra, de los que buscan un mundo bien diferente, y que debilitarían esta organización en su trayectoria.

Hoy más que nunca debe mantenerse nuestra devoción a la Carta. Debe reforzarse en primer lugar, eligiendo a un destacado funcionario para que asuma las responsabilidades de Secretario General; un hombre que esté dotado tanto de sabiduría como de poder para que tenga un significado la fuerza moral de la comunidad mundial. El anterior Secretario General fomentó e intensificó la obligación de las Naciones Unidas de actual. Pero no la inventó. Esto ya estaba en la Carta. Y sigue estando en la Carta.

Por difícil que sea llenar el puesto del Sr. Hammarskjöld, un solo hombre puede llenarlo mejor que tres. Ni los tres caballos de la Troika tenían tres conductores tirando cada uno por su lado. Tenían uno solo, y debe ser lo mismo en las Naciones Unidas. El instalar un triunvirato o cualquier autoridad en rotación en los puestos administrativos de las Naciones Unidas equivaldría a reemplazar el orden con la anarquía, la acción con la parálisis y la confianza con la confusión.

El Secretario General es, en un sentido muy real, el servidor de la Asamblea General. Si se disminuye su autoridad, se disminuye la autoridad del único organismo en donde todas las naciones, independientemente de su poderío, son iguales y soberanas. Hasta el día en que todos los poderosos sean justos, los débiles sólo tendrán seguridad en la fuerza de esta Asamblea.

Acción ejecutiva eficaz e independiente no equivale

a representación equilibrada. En vista del enorme cambio que ha habido en los estatutos de este organismo desde su fundación, la delegación norteamericana se unirá a cualquier esfuerzo para que se efectúe cuanto antes la revisión y modificación de la composición de los organismos de las Naciones Unidas.

### III

Hoy día todo habitante de este planeta tiene que tener en cuenta que quizá llegue un día en que este planeta ya no sea habitable. Todo hombre, toda mujer, todo niño viven bajo la espada nuclear de Damocles, colgada de los hilos más débiles, que pueden ser cortados en cualquier momento por accidente, error de cálculo o por locura. Las armas de guerra tienen que suprimirse antes de que ellas nos supriman a nosotros.

Durante quince años esta organización ha tratado de obtener la reducción y la destrucción de los armamentos. Ahora esta meta ya no es un sueño; es cosa de vida o muerte. Los peligros inherentes al desarme son pálidos en comparación a los peligros inherentes a una competencia ilimitada de armamentos.

El programa que será presentado ante esta asamblea para el desarme general y completo bajo un control internacional eficaz—, es una moción para reconciliar la opinión de aquellos quienes insisten en un desarme progresivo y aquellos quienes no quieren sino un desarme total y definitivo. Serviría para crear los medios de conservar la paz mientras se destruyeran los medios de hacer la guerra. Procedería mediante etapas equilibradas y seguras en forma tal que ningún estado tuviera alguna ventaja militar sobre los otros. Colocaría la responsabilidad de la verificación y del control en donde debe ser colocada: no a cargo de las grandes potencias exclusivamente, ni a cargo de los adversarios o de sí mismos, sino a cargo de una organización internacional dentro del marco de las Naciones Unidas. En esta forma se garantizaría esa condición indispensable del desarme —una inspección real y verdadera— y la aplicaría proporcionalmente al grado de desarme. Abarcaría tanto los sistemas de entrega como los armamentos. Y en su última etapa pondría fin a su producción tanto como a sus pruebas, a su traslado tanto como a su posesión. Haría efectiva, bajo la vigilancia de una organización internacional de desarme, una constante reducción de fuerzas tanto nucleares como convencionales, hasta suprimir todos los ejércitos y todos los armamentos salvo los necesarios para el orden interno y una Fuerza de Paz de las Naciones Unidas. Y este programa inicia dicho proceso ahora, hoy mismo, al empezar esta plática.

En suma, el desarme general y completo ya no debe de ser un lema útil para resistir los primeros pasos. Ya no debe ser una meta sin medios de alcanzarla, sin medios para verificar su progreso, sin medios de mantener la paz. Es ya un plan, un proyecto concreto, y una prueba para aquellos que sólo están dispuestos a hablar y una prueba para aquellos que están dispuestos a actuar.

### IV

La manera lógica de empezar es con un tratado proscribiendo las pruebas nucleares de todas clases, en todo ambiente, y con controles que se puedan aplicar. Los Estados Unidos y el Reino Unido han propuesto un tratado que es a la vez razonable, eficaz y que está ya listo para firmarse. Nosotros estamos dispuestos a firmarlo hoy mismo.

También propusimos una prohibición mutua de pruebas nucleares en la atmósfera, sin inspección ni controles, para salvar a la raza humana del veneno de la precipitación radioactiva. Lamentamos que ese ofrecimiento haya sido rechazado.

A lo largo de 15 años hemos procurado hacer del átomo un instrumento de desarrollo pacífico y no un instrumento de guerra. Pero en estos 15 años nuestras concesiones han encontrado como respuesta la obstrucción, y nuestra paciencia la intransigencia. Y las súplicas de la humanidad en pro de la paz no han sido escuchadas.

Nuestras pruebas no están contaminando la atmósfera. Nuestras armas de disuasión están protegidas contra explosión accidental o utilización. Nuestros médicos y nuestros hombres de ciencia se encuentran listos para ayudar a cualquier nación a medir y a evitar los peligros a la salud que resultan inevitablemente de las pruebas en la atmósfera.

Pero con el objeto de detener la fabricación de estas terribles armas, de poner un fin a la contaminación del aire, de poner un fin a esta creciente competencia de armamentos, estamos dispuestos a buscar nuevas formas de acuerdo, y así nuestro nuevo Programa de Desarme incluye las siguientes propuestas:

- Primero, la firma del Tratado de la Proscripción de Pruebas por todas las Naciones. Esto se puede hacer ahora mismo. Las negociaciones no necesitan ni deberán esperar al desarme general.
- Segundo, interrumpir la producción de materiales vendibles para usarse en armas, e impedir su envío a toda nación que en el momento actual no tenga armas nucleares.
- Tercero, prohibir el traslado de control sobre armas nucleares a estados que no lo tienen.
- Cuarto, evitar que las armas nucleares siembren nuevos campos de batalla en el espacio exterior.
- Quinto, destruir paulatinamente las armas nucleares que existen actualmente y convertir sus materiales en usos pacíficos; y
- Por último, poner un fin a las pruebas sin límites y a la producción de vehículos estratégicos de distribución nuclear, e irlos destruyendo gradualmente, también.

Pero la destrucción de las armas no es suficiente. Tenemos que crear a medida que destruimos: crear un derecho mundial y tomar medidas para asegurar el cumplimiento de la ley a la vez que proscribimos la guerra mundial y las armas. En el mundo que anhelamos, las Fuerzas de Emergencia de las Naciones Unidas que han sido

reunidas con premura, abastecidas insuficientemente y financiadas en forma inadecuada, nunca serán suficientes.

## V

A medida que extendamos la autoridad del derecho en la tierra, tenemos que extenderla hasta el nuevo dominio del hombre: el espacio exterior.

Todos nosotros hacemos honor a los valientes cosmonautas de la Unión Soviética. Los nuevos horizontes del espacio exterior no deben ser gobernados por los viejos y amargos conceptos de reclamaciones imperialistas y soberanas. Las frías distancias del universo no deben convertirse en el nuevo campo de una guerra más fría aún.

Con este fin, recomendaremos con ahínco propuestas para que se extienda la Carta de las Naciones Unidas hasta los límites de la exploración del hombre en el Universo, reservando el espacio exterior para usos pacíficos, prohibiendo armas de destrucción en masa en el espacio y en los cuerpos celestes, y abriendo los misterios y los beneficios del espacio a todas las naciones. Además, propondremos unir los esfuerzos de todas las naciones para predecir los fenómenos meteorológicos y, más tarde, cuando sea posible, controlar las condiciones atmosféricas. Propondremos, por último, un sistema global de satélites de comunicaciones que enlacen al mundo entero por telégrafo y teléfono y radio y televisión. Tal vez no esté muy lejano el día en que un sistema semejante televisará los debates de este organismo a todos los rincones de la tierra en pro de la paz.

## VI

Pero los misterios del espacio exterior no deben distraer nuestros ojos o nuestras energías de las duras realidades que confrontan a nuestros prójimos. La soberanía política es sólo una burla sin los medios de solucionar la pobreza, el analfabetismo y la enfermedad. La autonomía es sólo una máxima si el futuro no ofrece esperanza alguna.

Por todo esto mi Nación —que ha compartido libremente su capital y su tecnología para ayudar a los otros a que se ayuden a sí mismos—, ahora propone que se designe oficialmente esta década como la Década de Desarrollo de las Naciones Unidas. Dentro del marco de esa Resolución, los actuales esfuerzos de las Naciones Unidas para fomentar el desarrollo económico pueden ampliarse y coordinarse. Encuestas regionales e institutos de adiestramiento pueden ahora aprovechar de los talentos de todos. Nueva investigación, asistencia técnica y proyectos piloto pueden abrir la riqueza de tierras menos desarrolladas y de aguas no aprovechadas. Y el desarrollo puede llegar a ser una empresa cooperativa y no competitiva; para hacer posible que todas las naciones, por diversas que sean en sus sistemas y en sus creencias, sean de hecho así como de derecho naciones libres e iguales.

## VII

Mi país está a favor de un mundo de estados libres e iguales. Estamos de acuerdo con aquellos quienes dicen que el colonialismo es un problema clave en esta

Asamblea. Pero es preciso que todos los hechos de ese problema se discutan plenamente.

Por una parte tenemos el hecho de que desde el final de la segunda guerra mundial, declaraciones de independencia por todo el mundo han transformado a casi mil millones de seres y 9 millones de millas cuadradas en 42 estados libres e independientes. Menos del 2 por ciento de la población del mundo vive hoy día en territorios coloniales.

Conozco bien los demás problemas del colonialismo tradicional que están aún ante este organismo. Esos problemas se resolverán con paciencia, buena voluntad y perseverancia.

## VIII

Finalmente, como Presidente de los Estados Unidos, considero que es mi deber informar a esta Asamblea sobre dos amenazas a la paz que no aparecen en nuestro voluminoso temario, pero que nos causan, tanto a nosotros, como a la mayoría de vosotros, la más grave de las preocupaciones.

La primera amenaza sobre la que quiero informar es algo que muchos han interpretado erróneamente: los rescaldos ardientes de guerra en Asia Sudoriental. Viet-Nam del Sur ya está siendo atacado; a veces por un asesino solo, a veces por una banda de guerrillas, recientemente por batallones enteros. Las fronteras pacíficas de Birmania, Camboya e India han sido violadas repetidas veces. Y el pueblo pacífico de Laos está en peligro de perder la independencia que obtuvo hace poco.

Nadie puede llamar a esto "guerras de liberación". Pues se trata de naciones libres que tienen sus gobiernos. Ni tampoco son menos reales estas agresiones porque mueren los hombres por el cuchillo en sus hogares en vez de morir a balazos en el campo de batalla.

La pregunta muy sencilla que confronta hoy día a la comunidad mundial es si se pueden encontrar medidas para proteger a los pequeños y a los débiles de esas tácticas. Porque si esas fuerzas tienen éxito en Laos y en Viet-Nam del Sur, las puertas quedarán abiertas.

En segundo lugar, quiero informar sobre la crisis en Alemania y en Berlín. Este no es el lugar ni el momento para exaltaciones, pero la comunidad mundial tiene el derecho de conocer los acontecimientos como los vemos nosotros. Si hay crisis es porque una situación de paz está amenazada; porque una isla de hombres libres está bajo tensión; porque acuerdos solemnes son tratados con indiferencia. Porque derechos internacionales bien establecidos están siendo amenazados por la usurpación unilateral. La circulación pacífica ha sido interrumpida por alambradas de púas y bloques de concreto.

Esto nos recuerda la orden del Zar en "Boris Godunov" de Pushkin: "Tomad medidas en este mismo instante para que nuestros confines sean cercados por barreras. Que ni una sola alma pueda pasar sobre la frontera, ni una liebre pueda correr, ni un cuervo pueda volar".

El hecho elemental acerca de esta crisis es que es

innecesaria. Los instrumentos elementales para un arreglo pacífico se encuentran en la Carta. Bajo sus leyes, los acuerdos tienen que cumplirse a menos de que los cambien todos los signatarios. Los arreglos políticos de los pueblos deben descansar sobre sus propios deseos, expresados libremente mediante plebiscitos o elecciones libres. Si se presentan problemas jurídicos, pueden resolverse por medios jurídicos. Si surgen amenazas por la fuerza, tienen que ser rechazadas. Si hay deseos de cambio, debe ser motivo de negociación y si se lleva a cabo la negociación, debe tener sus raíces en el respeto mutuo y el interés por el derecho de los demás.

IX

Los acontecimientos y las decisiones que se tomen

en el curso de los próximos diez meses bien pueden decidir el destino del hombre durante los próximos diez mil años. No hay manera de eludir dichos acontecimientos. No habrá apelación contra estas decisiones. Y se recordará a todos los que estamos en esta sala como miembros de aquella generación que convirtió este planeta en una hoguera ardiente o como la generación que cumplió su promesa de "salvar a las generaciones venideras del azote de la guerra".

En el esfuerzo para cumplir esta promesa, os ofrezco el esfuerzo todo de mi nación. Ofrezco que no cometeremos ni provocaremos la agresión, que no eludiremos ni invocaremos por temor, y nunca temeremos negociar, El terror no es un arma nueva.

29 de noviembre de 1961

EN LA UNION PANAMERICANA

El día de hoy señala otro paso significativo de la "Alianza para el Progreso", puesto que en este día empezamos a escoger el cuerpo de peritos establecidos por la Carta de Punta del Este.

Este cuerpo constituye una innovación histórica, no sólo en materia de relaciones interamericanas, sino también por lo que respecta al cometido de desarrollar las economías de la mitad del mundo. No se había dado otro ejemplo, desde la época del Plan Marshall, de la decisión de un grupo de naciones aliadas a lanzarse a la ejecución de un programa de desarrollo regional guiado por un organismo regional constituido principalmente por las propias naciones en proceso de desarrollo.

Estos peritos examinarán los planes de desarrollo a largo plazo de las naciones latinoamericanas, y las asesorarán respecto a las medidas procedentes para fortalecer esos planes y las medidas de ayuda propia y reformas sociales que los acompañarán. Además de ello, cooperarán con los organismos financieros para que éstos aporten los recursos externos del modo más eficaz. Tengo confianza en que la preparación y capacidad de los hombres que habréis de seleccionar harán posible que las naciones latinoamericanas se beneficien grandemente con su misión. Y os aseguro que el Gobierno de los Estados Unidos dará la más amplia consideración posible a las conclusiones de los peritos respecto a la distribución de sus propios fondos. Por igual tenor, daremos instrucciones a nuestros representantes en las organizaciones internacionales para que confíen grandemente en el criterio del cuerpo de peritos.

Tengo confianza en que esta nueva y original creación del sistema interamericano tendrá la virtud de fortalecer vastamente nuestra obra común: la Alianza para el Progreso.

También, en el día de hoy, he firmado un acuerdo por el cual se destinan seis millones de dólares de fondos de la Alianza para el Progreso a fortalecer la OEA. Este dinero se utilizará para estudios y para asistencia técnica, de acuerdo con la Carta de Punta del Este, destinados a ayudar a las naciones a proyectar el desarrollo de sus

economías. Es así como se cumple una antigua promesa.

Querría expresar también la satisfacción que me produce el inmenso progreso que se ha realizado, desde que se ha realizado, desde que fue propuesta en marzo, la Alianza para el Progreso.

En agosto, las naciones americanas redactaron la Carta de Punta del Este —un proyecto general de un decenio de desarrollo—, documento cuyo alcance y significación sólo puede compararse con la propia Carta de la OEA. El Banco Interamericano, la CEPAL y la OEA han convenido en enviar misiones de desarrollo para ayudar a las naciones en sus proyectos, y algunas de esas misiones se encuentran actuando ya. Además, se ha dado vigor al mecanismo del Consejo Interamericano Económico y Social, y preparado la selección del grupo de peritos que se va a efectuar hoy.

Por su parte, los Estados Unidos, han simplificado su propio programa AID poniendo en manos de un distinguido administrador la responsabilidad general de coordinar nuestro esfuerzo: Teodoro Moscoso. Y ya hemos concebido nuestras normas para orientar nuestra labor.

De esta forma, y de otras muchas, hemos creado la estructura básica de nuestro futuro esfuerzo, del trabajo que va a hacerse en los próximos diez años. Pero no hemos esperado establecer dicha estructura para dar comienzo a nuestro trabajo.

En toda la América Latina se están formulando nuevos planes de desarrollo, algunos de los cuales se han concluido ya. Nuevos programas tributarios y de reforma agraria, exigencias básicas del progreso social, se han puesto ya en práctica o están en fase de preparación. Muchos de los países americanos están movilizando sus recursos y las energías de sus pueblos para emprender la tarea del desarrollo y los Estados Unidos, por su parte, se han comprometido ya a invertir más de 800 millones de los mil millones de dólares que ofrecieron para el primer año de la Alianza, año que concluirá el próximo 13 de marzo.

Con todo y todo, estoy decidido a hacer más aun en los meses venideros. Las necesidades urgentes de nues-

tro pueblo no pueden aplazarse. Su necesidad de alimentos y de albergue —de instrucción y de alivio a la pobreza— y sobre todas las cosas, su necesidad de abrigar esperanzas para su propio porvenir y el de sus hijos es cuestión que exige atención y esfuerzo este año, este mes, hoy mismo.

En comparación con el pasado hemos actuado con prontitud. En comparación con las necesidades del porvenir tenemos que superarnos. Y puedo asegurarnos que las energías de mi Gobierno —y mi esfuerzo personal— se dedicarán a acelerar el ritmo del desarrollo. Porque yo comparto con vosotros la decisión de que antes de que termine este decenio las Américas hayan entrado en una nueva era: una era en que el progreso material y la justicia social del hombre americano estén a la altura

de las realizaciones espirituales y culturales de este hemisferio.

Estoy plenamente compenetrado de la inmensidad de nuestra tarea, de las dificultades a que nos enfrentamos. Pero yo sé que nosotros tenemos la misma fe que tuvo uno de los primeros colonizadores norteamericanos —William Bradford— quien, al decirse en 1630 que los peligros de colonizar este hemisferio eran insuperables, demasiado grandes para poder vencerlos, contestó:

“Todas las acciones grandes y honorables vienen acompañadas de grandes dificultades, y hay que emprenderlas con el valor que corresponde a ellas... los peligros eran grandes, pero no desesperados; las dificultades muchas, pero no invencibles... todas ellas, con la ayuda de Dios, con el espíritu de sacrificio y la paciencia pueden soportarse o vencerse”.

11 de enero de 1962

## SOBRE EL ESTADO DE LA UNIÓN

La constitución no nos hace rivales por el poder, sino socios en la empresa del progreso. Somos fideicomisarios del pueblo norteamericano, guardianes del patrimonio norteamericano. Me corresponde la tarea de rendir un informe sobre el estado de la Unión; mejorarlo es la tarea de todos nosotros.

inversión y maquinaria y equipo, lo que, combinado con las proyectadas modificaciones de los descuentos por depreciación, fomentarán nuestra modernización y nuestro crecimiento, y nos habilitarán para competir en el exterior.

### I

#### EL FORTALECIMIENTO DE LA ECONOMÍA

Esa tarea debemos comenzarla en nuestra propia patria. Porque si nosotros no podemos realizar nuestros propios ideales, no podremos esperar que otros los acepten. Y cuando el niño de más tierna edad hoy día haya llegado a las preocupaciones de la edad adulta, nuestra posición en el mundo será decidida antes que nada por las providencias que adoptemos hoy día: para su educación, su salud, y sus oportunidades de tener un buen hogar, un buen empleo y una buena vida.

Y procediendo a reforzar tres puntos básicos de nuestra protección contra la retracción, precisamos de:

Primero, autoridad presidencial discrecional sujeta al veto del Congreso, para ajustar en disminución las tasas personales del impuesto sobre la renta dentro de un radio y período de tiempo determinados, con el objeto de amortiguar una declinación económica antes que nos haya arrastrado con ella;

Segundo, facultades presidenciales discrecionales para que, al llegar a determinada proporción la desocupación, puedan acelerar los programas federales de mejoramiento y los programas subvencionados con ayuda de fondos federales; y

Tercero, un fortalecimiento permanente de nuestro sistema de seguro contra el desempleo, a fin de mantener el poder adquisitivo y el nivel de vida de los trabajadores sin empleo, sin tener que recurrir constantemente a suplementos temporales.

Con el objeto de ensanchar nuestra área de crecimiento y ampliar el radio de nuestras oportunidades de trabajo, recomiendo al Congreso con urgencia estas tres medidas:

Primero, la ley de adiestramiento y desarrollo de la mano de obra, dirigida a poner fin al desperdicio de trabajadores de ambos sexos aptos para el trabajo, pero cuyos antiguos y únicos oficios han sido reemplazados por alguna máquina, o se han trasladado a otra parte junto con su taller, o se han suprimido por el cierre de alguna mina;

Segundo, la ley de oportunidades de trabajo para la juventud, que tiene por objeto ayudar a adiestrar y colocar no sólo a un millón de norteamericanos jóvenes que han salido de la escuela y se encuentran sin trabajo, sino también a los veintiséis millones de ciudadanos jóvenes que han de ingresar en este decenio al mercado del trabajo; y

Tercero, el crédito tributario del 8 por ciento para la

### II

#### LA LUCHA CONTRA LA INFLACION

Pero la retracción es solamente uno de los azotes que sufre una economía libre; la inflación es otro. El año próximo pasado, a pesar de la producción y la demanda crecientes, los precios al consumidor se sostuvieron casi constantes, y los precios al por mayor declinaron. Este es el mejor cuadro de estabilidad global de precios que se haya registrado en ningún período comparable de recuperación desde la segunda guerra mundial.

Presento para el ejercicio fiscal de 1963, un proyecto de presupuesto federal nivelado. Esta es una responsabilidad conjunta, que requiere la cooperación del Congreso sobre las asignaciones, y con respecto a tres fuentes de ingreso en particular.

Primero, un aumento de las tarifas postales, para poner un fin al déficit del correo;

Segundo, aprobación de las reformas tributarias recomendadas anteriormente, para suprimir las preferencias tributarias injustificadas, y aplicar a los dividendos e intereses los mismos requisitos de retención que desde hace mucho tiempo venimos aplicando a los sueldos; y

Tercero, extensión de las actuales escalas de impuestos que pagan las corporaciones y de los impuestos de rentas internas, excepto en cuanto a los cambios que afectan al transporte.

### III

#### DAR IMPULSO A LA NACION

Una nación y una economía más fuertes requieren algo más que un presupuesto nivelado. Requieren progreso en los programas que fomentan el desarrollo y aumentan nuestra fuerza.

#### CIUDADES

La fuerza de nuestro país depende de sus ciudades, que son nuestra gloria y algunas veces, nuestra vergüenza. Para reemplazar la congestión con la luz del sol, y la decadencia con el progreso, hemos acelerado los actuales programas de renovación urbana y de construcción de viviendas, y hemos iniciado nuevos programas; redoblado nuestros esfuerzos contra la contaminación de las aguas; hemos dado más ayuda a los aeropuertos, los hospitales, las carreteras, y los decadentes servicios del tránsito en gran escala; y hemos obtenido nuevas armas para combatir el crimen organizado, los negocios ilícitos y la delincuencia juvenil, ayudados por los esfuerzos decisivos y coordinados de nuestros servicios de investigación, a saber: la Oficina Federal de Investigaciones, la Oficina de Rentas Internas, la Oficina de Narcóticos, y muchos más. Necesitaremos más legislación contra el crimen, sobre el tránsito y el transporte en gran escala; y nuevos medios de combatir la contaminación del aire. Y estando en marcha todos estos esfuerzos, tanto la rectitud como el sentido común exigen que las regiones urbanas de nuestra nación, que contienen tres cuartas partes de nuestra población, tengan igual categoría que las otras en el gabinete. Recomiendo pues, el establecimiento de un nuevo Departamento de Asuntos Urbanos y de la Vivienda.

#### AGRICULTURA Y RECURSOS

Para sostener su potencia, los Estados Unidos también dependen de su agricultura y de sus recursos naturales. Los agricultores norteamericanos se sintieron alentados en 1961 como consecuencia de un aumento de mil millones de dólares en los ingresos derivados de la venta de productos agropecuarios y debido, además, a que se hizo un buen comienzo para reducir los excedentes agropecuarios. Pero todavía procedemos bajo una serie

de antiguas leyes que han ido acumulándose y que representan un gasto anual de mil millones de dólares por el solo concepto de intereses pagados, y sin embargo, no han podido poner fin a la pobreza rural ni aumentar los ingresos de los agricultores.

Nuestra tarea es la de dominar y dirigir hacia fines plenamente fructíferos la pródiga productividad de nuestras granjas.

Por lo tanto, presentaré al Congreso un nuevo y completo programa agropecuario, destinado a ajustar el uso de nuestra tierra y los abastecimientos de cada producto a las necesidades a largo plazo del actual decenio, y con el objeto también de impedir el caos por medio de un programa de sentido común.

#### DERECHOS CIVILES

Pero los Estados Unidos representan el progreso en los derechos humanos, lo mismo que en los asuntos de carácter económico, y unos Estados Unidos fuertes requieren la seguridad de derechos completos e iguales para todos sus ciudadanos, sea cual fuere su raza o color. Este gobierno ha mostrado como nunca se había hecho antes, cuánto es posible llevar a cabo, mediante el completo ejercicio de los poderes ejecutivos, mediante el cumplimiento de leyes ya promulgadas por el Congreso, mediante la persuasión, la negociación y la litigación, para asegurar el ejercicio de los derechos constitucionales para todos: el derecho al voto; el derecho a viajar sin impedimentos a través de las fronteras estatales, y el derecho a obtener una educación pública gratuita.

Emití el pasado mes de marzo una orden comprensiva para garantizar el derecho a una oportunidad igual en la obtención de empleo en todas las dependencias y contratistas federales. La comisión del Vicepresidente, creada para este fin, ha hecho mucho, inclusive los "planes voluntarios para el progreso", que están logrando un tranquilo, aunque notable éxito en la tarea de poner a la disposición de gente de todas las razas nuevas oportunidades de empleos de carácter profesional, administrativo y otros.

Pero queda mucho por hacer; por parte del poder ejecutivo, de los tribunales y del Congreso. Entre los proyectos de ley pendientes de la consideración de ustedes, a los cuales habrán de referirse en detalle los departamentos ejecutivos, hay métodos apropiados para fortalecer esos derechos básicos, que cuentan con nuestro completo apoyo. El derecho al voto, por ejemplo, no debería ser negado mediante medidas arbitrarias locales, de las cuales se abusa a veces, tales como exámenes de alfabetismo e impuestos para poder votar. Al acercarnos al centenario de la proclamación de la emancipación, que las obras de cada una de las ramas del gobierno —y de cada uno de los ciudadanos— demuestren que "el espíritu de justicia exalta a una nación".

### IV

#### NUESTRAS METAS EN EL EXTRANJERO

Todos estos esfuerzos que hagamos aquí en casa,

darán sentido a los que hagamos en el extranjero. A partir de la segunda guerra mundial, ha dividido y atormentado a la humanidad una guerra civil global. Lo que más nos ha distinguido de nuestros adversarios, no es nuestro poderío militar o nuestro nivel de vida más alto, sino nuestra creencia en que el Estado es servidor del ciudadano y no su amo.

Algunos pueden elegir formas y maneras que nosotros no elegiríamos para nosotros mismos; pero ellos no eligen para nosotros. Nosotros acogemos la diversidad con agrado, los comunistas no pueden hacerlo. Porque nosotros ofrecemos un mundo de elección. Ellos ofrecen un mundo de coerción. Y el pasado nos demuestra muy claramente que la libertad y no la coerción, es la corriente futura. Algunas veces nuestra meta ha sido oscurecida por una crisis o ha sido puesta en peligro por un conflicto; pero deriva su sustento de cinco fuentes básicas de fuerza:

- La fuerza moral y material de los Estados Unidos,
- La fuerza unida de la Comunidad del Atlántico,
- La fuerza regional de nuestras relaciones hemisféricas,
- La fuerza creadora de nuestra labor en las nuevas naciones y las que están en vías de desarrollo,
- La fuerza de las Naciones Unidas en el mantenimiento de la paz.

## V

### NUESTRA FUERZA MILITAR

Nuestra fuerza moral y material comienza en casa como ya lo hemos dicho. Pero comprende también nuestra fuerza militar. Mientras el fanatismo y el temor reinan sobre los asuntos de los hombres, nosotros debemos armarnos para disuadir a otros de la agresión.

Durante los pasados doce meses nuestra posición militar ha mejorado sin cesar. Hemos aumentado en un 15 por ciento nuestro previo presupuesto militar, no en espera de una guerra sino para el mantenimiento de la paz. Hemos más que duplicado nuestra adquisición de submarinos pertrechados con proyectiles Polaris, duplicamos la capacidad de producción de los supercohetes Minuteman y aumentamos en un 50 por ciento el número de aviones bombarderos tripulados que están listos dentro de una alerta de 15 minutos. Este año los niveles de fuerza combinados que han sido planeados de acuerdo con nuestro presupuesto de defensa —incluyendo cerca de trescientos submarinos con proyectiles Polaris y supercohetes Minuteman— han sido calculados con precisión para asegurar la continuidad de la fuerza de nuestra potencia nuclear como factor disuasivo.

## VI

### LAS NACIONES UNIDAS

Sin embargo, las armas por sí solas no bastan para conservar la paz; ésta la tienen que conservar los hombres. Nuestro instrumento y nuestra esperanza son las Naciones Unidas, y no encuentro justificada la impaciencia de quienes abandonarían este instrumento mundial imperfecto porque nuestro mundo imperfecto no les guste, ya que las inquietudes de una organización mundial no son sino el reflejo de las inquietudes del mundo. Y si se debilita esta organización, estas inquietudes no harán sino aumentar. Quizá no estemos siempre de acuerdo con toda acción detallada que realice cada uno de los funcionarios de las Naciones Unidas, o con cada decisión tomada por mayoría de votos. Pero como institución que es, no tiene ni tendrá miembro más decidido ni más fiel que los Estados Unidos de América.

## VII

### AMERICA LATINA

Me refiero ahora a una perspectiva sumamente prometedora: nuestras relaciones hemisféricas. La Alianza para el Progreso se está transformando rápidamente de propuesta, en programa. El mes pasado, en la América Latina, vi con mis propios ojos el despertar de la esperanza, el renacer de la fe y una nueva confianza en nuestro país entre trabajadores y campesinos, así como entre los diplomáticos. Hemos prometido nuestra ayuda para acelerar su progreso económico y social. Las repúblicas latinoamericanas se han comprometido, por su parte, a renovar con todo vigor sus esfuerzos para ayudarse a sí mismas y para emprender reformas.

A fin de sostener esta empresa histórica, propongo un fondo especial a largo plazo de 3,000 millones de dólares para la Alianza para el Progreso. Junto con nuestro programa de alimentos para la paz, los préstamos del Banco de Exportación e Importación y otros recursos, esto representará una nueva ayuda de más de 1,000 millones de dólares al año para el sostenimiento de la Alianza. Además, hemos multiplicado doce veces nuestras transmisiones radiales en español y portugués a la América Latina, y hemos mejorado el comercio y la defensa hemisféricas. Y si bien la plaga del comunismo ha sido puesta al descubierto y aislada cada vez más en América, la libertad ha vencido nuevamente. El pueblo de la República Dominicana, con nuestra firme ayuda y aliento y el de nuestras Repúblicas Hermanas de este Hemisferio, está pasando venturosamente por el difícil camino que conduce, desde la dictadura y a través del desorden, hacia la democracia.

12 de marzo de 1962

## PRIMER ANIVERSARIO DE LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

### UNA VIDA DIGNA CON LIBERTAD

Hoy hace un año propuse que los pueblos del He-

misferio se unieran en una Alianza para el Progreso, un esfuerzo cooperativo que abarca todo el Continente con

el fin de satisfacer las necesidades primordiales de los pueblos americanos, de viviendas, trabajo y tierras, de salud y escuelas, de libertad política y dignidad del espíritu.

Nuestra misión, dije, era "la de completar la Revolución de las Américas, la de edificar un Hemisferio en que todo hombre pueda aspirar a un nivel de vida decoroso y todos puedan vivir con dignidad y libertad".

Entonces pedí que se convocara al Consejo Interamericano Económico y Social para estudiar la propuesta. Y, hace siete meses, en Punta del Este, el Consejo se reunió y aprobó la carta que estableció la Alianza para el Progreso, declarando que "las repúblicas americanas proclaman su decisión de asociarse en un esfuerzo común para alcanzar un progreso económico más acelerado y una más amplia justicia social para sus pueblos, respetando la dignidad del hombre y la libertad política".

Unidas, las naciones libres del Hemisferio, se comprometieron a ofrecer sus recursos y sus energías en pro de la Alianza para el Progreso. Unidas, se comprometieron a acelerar el desarrollo económico y social y a efectuar las reformas necesarias para asegurar que todos participarían de los frutos de este desarrollo. Unidas, se comprometieron a modernizar sus regímenes tributarios y de tenencia de tierras, a eradicar el analfabetismo y la ignorancia, a promover la buena salud y facilitar viviendas adecuadas, a resolver los problemas relativos a la estabilización de los precios de los productos básicos, a mantener buenas normas fiscales y monetarias, a conseguir el aporte de la empresa privada al desarrollo, y a acelerar la integración económica de la América Latina. Y, unidas, establecieron la estructura básica institucional para este enorme esfuerzo que duraría un decenio.

### UN PASO ADELANTE

Esta Carta Histórica significa un progreso más en las relaciones entre las repúblicas americanas. Constituye una reafirmación de la continua vitalidad de nuestro sistema interamericano, nueva prueba de nuestra capacidad para hacer frente a los desafíos y peligros de nuestra época, así como nuestros antepasados hicieron frente al desafío de su época.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX combatimos para librarnos de las cadenas del régimen colonial, para lograr la independencia política y para establecer el principio de que no volvería a permitirse jamás al Viejo Mundo imponer su voluntad a las naciones del Nuevo Mundo. Para principios del siglo XIX se habían alcanzado estas metas.

A principios del siglo XX trabajamos para que se reconociera la igualdad fundamental de las naciones americanas, y para fortalecer el mecanismo de la cooperación regional de modo que pudiera asegurar la continuidad de esta igualdad dentro de un marco de respeto mutuo. Bajo la dirección de Franklin D. Roosevelt y la égida de la política del buen vecino se logró esa meta hace una generación.

Hoy procuramos avanzar más allá de esas realizaciones del pasado, establecer el principio de que todos los pueblos de este Hemisferio tienen derecho a un medio decoroso de vida y transformar dicho principio en la realidad del adelanto económico y la justicia social en que se asienta la igualdad política.

Esta es la más exigente de todas las metas. Porque buscamos no meramente el bienestar y la igualdad de las naciones, sino también el bienestar y la igualdad de los pueblos de estas naciones. Con ello realizamos los viejos sueños de Washington y Jefferson, de Bolívar y Martí y San Martín.

Y creo que estos primeros siete meses de la Alianza han afirmado nuestra confianza en que esta meta se encuentra a nuestro alcance.

Es posible que nuestra más imponente realización sea el apasionante cambio de actitudes y concepciones que ha ocurrido en nuestro Hemisferio durante estos siete meses. La carta de Punta del Este formuló el reto del desarrollo en forma que tenía que obtener reconocimiento. Volvió a definir las relaciones históricas entre las naciones americanas en términos de las necesidades fundamentales y las esperanzas del siglo XX. Estableció las condiciones y actitudes de las que depende el desarrollo. Inició el proceso de educación sin el cual el desarrollo es imposible. Asentó un nuevo principio de nuestras relaciones: el principio de la responsabilidad colectiva por el bienestar de los pueblos de las Américas.

Ya se libran campañas electorales sobre las cuestiones de la Alianza para el Progreso. Ya los gobiernos se están comprometiendo a cumplir con las disposiciones de la carta de Punta del Este. Ya los pueblos a través del Hemisferio, en escuelas, sindicatos obreros, cámaras de comercio, establecimientos militares en el gobierno y en las granjas han aceptado los objetivos de la carta como compromisos personales y políticos propios.

### UNIDAD DE VOLUNTADES

Por primera vez en la historia de las relaciones interamericanas, nuestras energías se han concentrado en la tarea central del desarrollo democrático.

Este dramático cambio del pensamiento, es esencial para la realización de nuestros objetivos, puesto que sólo colocando la tarea del desarrollo en el terreno del pensamiento y la acción diarios, podemos abrigar la esperanza de obtener la unidad de voluntades y el valor que la tarea exige. Esta primera realización es esencial para todas las otras.

Nuestro segundo éxito ha sido la creación del cuadro institucional dentro del cual tendrá lugar nuestra década de desarrollo. Rendimos aquí homenaje al cuerpo de peritos de la OEA, que supone un nuevo experimento de cooperación interamericana y está compuesto de personas procedentes de todo el Continente que tienen a su cargo el alto deber de valorar los planes de desarrollo a largo plazo, examinar la forma en que progresan y ayudar a obtener los medios financieros necesarios para llevarlos a cabo.

### NUESTRA TAREA EN COMUN

Este grupo ha comenzado ya su tarea. Y hoy confirmo aquí el compromiso que ha adquirido mi gobierno de acudir a ese cuerpo en busca de consejo y guía para la dirección de nuestra tarea en común.

Además, la OEA, la Comisión Económica para la América Latina y el Banco Interamericano de Desarrollo se han ofrecido a prestar asistencia a las naciones latinoamericanas para hacer sus planes; la OEA ha inaugurado

una serie de estudios sobre aspectos urgentes del desarrollo y se está creando un nuevo instituto de planeamiento de la CEPAL para adiestrar a los jóvenes que se pondrán a la cabeza del futuro desarrollo de sus respectivos países. Y hemos reorganizado totalmente nuestro propio plan de asistencia, estando ahora la responsabilidad central en manos de un solo coordinador.

### ESFUERZO A LARGO PLAZO

De este modo, en el lapso de siete meses, hemos construido la estructura esencial de las instituciones, del pensamiento y de las normas en las cuales ha de depender nuestro esfuerzo a largo plazo. Pero no hemos esperado a que esta estructura esté complea para poner manos a la obra.

El año pasado dije que mi país se comprometería a facilitar mil millones de dólares para el primer año de esa Alianza. Esa promesa ha sido ya cumplida. La Alianza para el Progreso ya ha significado mejores alimentos para los niños de Puno en el Perú, nuevas escuelas para los habitantes de Colombia, nuevas viviendas para los campesinos en Venezuela. Y en el próximo año muchos millones más de Latinoamericanos se llenarán de esperanza inspirada por la Alianza para el Progreso a medida que ésta vaya afectando su vivir cotidiano.

En el campo vital de la estabilización de los artículos básicos yo ofrecí los esfuerzos de mi país para acabar con las frecuentes fluctuaciones violentas de precios que perjudican a las economías de muchos países latinoamericanos. Inmediatamente después de haber hecho esa promesa, comenzamos a trabajar en la tarea de formular los acuerdos de estabilización. En diciembre de 1961, fue redactado un nuevo convenio del café, preparado por una comisión presidida por un delegado de los Estados Unidos. Hoy día ese convenio está en proceso de negociaciones. No creo que haya otra medida individual que pueda hacer un mayor aporte a la causa del desarrollo que la eficaz estabilización del precio del café. Además, los Estados Unidos han tomado parte en la preparación de un proyecto de convenio sobre el cacao, y hemos celebrado conversaciones acerca de las condiciones de posible acceso al acuerdo sobre el estaño.

Hemos venido trabajando también con nuestros aliados europeos en un decidido esfuerzo para garantizar que los productos latinoamericanos tendrán igual acceso al Mercado Común Europeo. Gran parte del futuro económico de este Hemisferio depende de la disponibilidad de los mercados de la comunidad del Atlántico y nosotros continuaremos realizando estos esfuerzos para mantener esos mercados abiertos en los meses venideros.

### NUEVOS PROGRAMAS

Los países de la América Latina han venido también trabajando para cumplir con los compromisos de la Carta de Punta del Este. El informe del Banco Interamericano contiene una larga lista de medidas que se extienden desde la movilización de recursos internos hasta nuevos programas de educación y de construcción de viviendas; medidas tomadas dentro del contexto del Acta de Bogotá y de la Carta de la Alianza para el Progreso.

Casi todos los países del Hemisferio han comenzado a organizar sus planes nacionales de desarrollo y, en algu-

nos casos, se han presentado planes completos para su revisión. Hay en preparación leyes de reforma tributaria y agraria, y los poderes legislativos nacionales de casi todos los países están estudiando la adopción de nuevas medidas en estos delicados aspectos. Están ya en camino de realización nuevos planes de desarrollo, de viviendas, de agricultura y de fuentes de energía. Todos estos son éxitos alentadores, fruto de los primeros siete meses de trabajo de un plan que está destinado a llenar un decenio. Pero todos aquellos que conocen la magnitud y urgencia de los problemas se dan cuenta de que acabamos de empezar, de que hemos de actuar mucho más rápidamente y en escala mucho mayor si es que hemos de alcanzar nuestros objetivos de desarrollo en los años por venir.

Prometo que mi nación participará en este esfuerzo intensificado. Y confío que después de haber salido del período de formación de nuestra Alianza, todas las naciones del Hemisferio acelerarán también su trabajo.

Todos sabemos que cualquiera que sea la aportación que puedan hacer los Estados Unidos, la responsabilidad definitiva del éxito radica en el propio país en desarrollo. En efecto, los pueblos mismos pueden movilizar los recursos, hacer reformas, fijar los objetivos y suministrar la energía que ha de transformar nuestra ayuda externa en una contribución efectiva en pro del progreso de nuestro Continente. Sólo los pueblos mismos pueden crear la confianza económica que estimulará la afluencia libre de capitales, tanto nacionales como extranjeros; los capitales que, en condiciones de inversión que inspiren confianza y junto a los fondos públicos, han de producir un progreso económico permanente. Sólo los pueblos mismos pueden aniquilar los males de la inflación destructora, el desequilibrio crónico de la balanza comercial y el desempleo general. Sin un esfuerzo decidido por vuestra parte encaminado a establecer estas condiciones para la reforma y el desarrollo, la ayuda exterior por mucha que fuera, podría dar cima a esta tarea.

### AL FRENTE DE LA LUCHA

Conozco las dificultades que ofrece esa tarea. Nuestra propia historia muestra cuán grande puede ser la resistencia que se ofrezca a los cambios que generaciones posteriores considerarán como parte del marco de la vida. Y el curso del cambio social racional es todavía más azaroso para aquellos gobiernos progresistas que, con frecuencia, se enfrentan con los privilegios en que se atrincheran la derecha y las conspiraciones subversivas de la izquierda.

Durante demasiado tiempo mi país, la nación más rica de un continente pobre, dejó de asumir plenamente sus responsabilidades con respecto a las hermanas repúblicas. De la misma manera, aquellos que poseen riquezas y poder en naciones pobres deben aceptar sus propias responsabilidades. Deben ponerse al frente de la lucha por esas reformas básicas, que son las únicas que pueden preservar la estructura de sus propias sociedades. Aquellos que hacen imposible una evolución pacífica harán inevitable una revolución violenta.

Estas reformas sociales constituyen el corazón de la Alianza para el Progreso. Constituyen la condición previa de la modernización económica y son el instrumento mediante el cual aseguramos al pobre y al hambriento, al obrero y al campesino su plena participación en los bene-

ficios de nuestro desarrollo y en la dignidad humana, que es el propósito de las sociedades libres. Al mismo tiempo, comprendemos las dificultades de rehacer estructuras sociales tradicionales profundamente arraigadas. Pedimos que un progreso substancial y firme hacia la reforma acompañe el esfuerzo para el desarrollo de las naciones americanas.

### LA MISERIA Y LA DESESPERACION NO SON EL DESTINO DEL HOMBRE

Hace un año que yo expresé también nuestra especial amistad por el pueblo cubano y por el dominicano, y la esperanza de que esos pueblos pronto se reunirían otra vez con la sociedad de hombres libres, y así estaríamos unidos en nuestro común esfuerzo. Hoy día siento satisfacción en dar la bienvenida entre nosotros a los representantes de una República Dominicana Libre; y en reafirmar la esperanza de que, en un futuro no distante, nuestra sociedad de naciones libres volverá a estar completa.

Porque no debemos olvidar que nuestra Alianza para el Progreso es algo más que una doctrina de desarrollo, o un plano preciso para el adelanto económico. Más bien es una expresión de los más nobles objetivos de nuestra civilización. Dice que la miseria y la desesperación no son necesariamente el destino del hombre. Dice que ninguna sociedad es libre mientras todo su pueblo no haya tenido una oportunidad igual para compartir los frutos de su propia tierra y de su propia labor. Y dice que el progreso material carece de significación sin la libertad del individuo y la libertad política. Es una doctrina de la libertad del hombre en el sentido más extenso de esa libertad.

### AMERICA, CUNA DE GRANDES PRINCIPIOS

Hace casi un siglo el poeta argentino José Hernández escribió lo siguiente: "América tiene un gran destino que cumplir en la suerte de la Humanidad... Un día... se realizará indudablemente la Alianza Americana, y la Alianza Americana ha de producir la paz del mundo... América ha de ser la cuna de los grandes principios que han de producir un cambio completo en la organización política y social de otras naciones".

Hemos tenido un buen comienzo en nuestro viaje, pero aún nos queda por hacer un largo recorrido. La conquista de la pobreza es empresa tan difícil como la conquista del espacio sideral. Y podemos esperar que sobrevengan momentos de frustración y de desencanto en los años venideros. Pero no abrigamos dudas de cuál será el resultado. Porque toda la historia nos muestra que el esfuerzo por lograr el progreso con libertad representa la aspiración más decidida y constante del hombre.

Nos hemos unido en pro de esta Alianza como naciones aunadas por una historia común y valores comunes. Y espero que llegue el día en que los pueblos de la América Latina ocupen su lugar junto a los Estados Unidos y Europa Occidental como ciudadanos de sociedades industrializadas y crecientes en las que cada vez haya más abundancia. Los Estados Unidos, Europa y la América Latina —casi mil millones de seres— un baluarte de libertad y los valores de la civilización occidental, invulnerable ante las fuerzas del despotismo, iluminando el camino que conducirá a todos los pueblos del mundo a la libertad: Este es nuestro sueño, y con fe y valor, lo convertiremos en realidad en nuestra propia era.

29 de junio de 1962

### EN EL AEROPUERTO NACIONAL DE MEXICO

... Venimos como buenos vecinos y siguiendo los pasos de uno de mis más distinguidos predecesores, Franklin D. Roosevelt, quien profetizó que llegaría el día cuando los Presidentes de México y los Estados Unidos se encontrarían libremente y podrían comunicarse libremente sus mutuas responsabilidades y sus mutuas oportunidades... Estoy convencido que hay tantos lazos entre este gran país y el mío. Tenemos una frontera de más de 3,000 kilómetros de largo... Ante todo, ambos somos hijos de revoluciones y espero que el espíritu de nuestra revolución en los Estados Unidos esté tan vivo allá como lo está el espíritu revolucionario en México. La revolución en nuestro país y en cierto sentido en el de ustedes también, fue más bien política: una declaración de libertad política. Creo... que nuestras obligaciones en esta dé-

cada, y las responsabilidades de todos en nuestras repúblicas hermanas de este gran hemisferio, son las de reconocer también la necesidad que existe de una revolución económica, si es que la independencia política, la igualdad política y la soberanía nacional han de tener su verdadero significado y sentido.

... Hemos venido... en una misión de amistad y también de gran importancia. Me es altamente satisfactorio haber venido a este país que ha demostrado oportunamente y en el curso de su historia, cuán estrechamente vinculados están los conceptos de independencia económica e independencia política, de igualdad y de esperanza.

### EN EL BANQUETE OFRECIDO POR EL PRESIDENTE DE MEXICO

Es con placer y gran estima, a la vez, que he cruzado la tranquila frontera que separa nuestras dos naciones. Porque México y los Estados Unidos comparten algo

más que una frontera común. Compartimos un patrimonio común de revolución, una dedicación común a la libertad, una dedicación común de conservar, en estos días

trascendentales, los beneficios de la libertad y de brindar sus frutos a todos.

Por la geografía somos vecinos, pero la tradición nos ha hecho amigos; la economía nos ha hecho socios: y la necesidad nos ha hecho aliados: en una vasta Alianza para el Progreso. A quienes la naturaleza une no los puede separar el hombre.

Dos naciones grandes e independientes —unidas por la esperanza en vez del temor— tendrán seguramente asuntos sobre los que consultarse mutuamente. También tenemos que discutirlos de una manera franca y amistosa, para llegar a un acuerdo cuando podamos llegar a él, y respetar las opiniones del otro cuando estemos en desacuerdo. Como habitantes del mismo Continente, no podemos satisfacer nuestras necesidades mutuas de una manera desordenada. Pero trabajando juntos podemos confiadamente enfrentarnos al porvenir, ya que hay mucho que hacer en ese futuro.

Como ha dicho el Presidente López Mateos, los ideales de la revolución mexicana no se habrán alcanzado "mientras haya un niño sin escuela, un adulto analfabeto, una familia sin su propio hogar, o mientras haya un solo trabajador en el campo o en la ciudad que no reciba un salario suficiente para vivir una vida decorosa".

Nosotros, en los Estados Unidos, nos hemos propuesto lograr una vida mejor para nuestro pueblo. Ningún país puede aspirar que haya justicia social en el extranjero si no la practica en casa. Pero además, los Estados Unidos ahora se han comprometido a ayudar a lograr estos objetivos en toda la América —a trabajar conjuntamente con México y todas las demás naciones del sistema interamericano para crear una sociedad en que todos los hombres tengan igual acceso a la tierra, a un empleo y a la educación— una sociedad en que ningún hombre sea explotado para el enriquecimiento de unos cuantos y en la cual todo organismo oficial esté dedicado al bienestar de todo el pueblo.

Este esfuerzo no es una calle de un solo sentido. Nosotros en los Estados Unidos tenemos mucho que aprender al igual que enseñar. Hay productos que tenemos que comprar al igual que vender. Hay cargas nacionales que compartir y asimismo cargas individuales que aliviar. Si hay barreras que impidan el entendimiento entre nosotros, habrá que arrasarlas de ambos lados.

Y así, amigos míos, . . . vengo a hablar de lo que podemos hacer juntos. Vuestro Presidente y yo, vuestro pueblo y el mío estamos unidos en nuestros ideales y aspiraciones en bien de este hemisferio. Juntos trabajaremos —juntos podemos triunfar—. Permítaseme ahora recordarles algunas de esas aspiraciones comunes.

Primero, estamos resueltos a fortalecer el principio interamericano de respeto absoluto a la soberanía e independencia de toda nación.

Ese principio era la parte esencial de la política del buen vecino y seguimos siendo buenos vecinos hoy. Ese principio constituye la base de nuestra alianza —y seremos siempre aliados para el progreso—. Reconocemos el derecho de todo país de dirigir sus propios asuntos, de formular su propia política, de tomar sus propias determinaciones, sujetándose únicamente al derecho internacional y a los derechos de las demás naciones. Y todas las naciones que mediante la fuerza o la subversión traten de imponer su voluntad sobre cualquier país de

América, encontrarán, estoy seguro, a las naciones libres de este hemisferio unidas y resueltas a conservar la independencia de todas.

Segundo, "estamos dedicados al ideal de un hemisferio, pacífico y libre, de naciones iguales y libres". "La democracia", dijo Benito Juárez, "es el destino de la Humanidad; la libertad, su arma indestructible". Este es el destino de la revolución americana y fue el destino de la revolución mexicana —y este destino no se realizará plenamente hasta que todo el hemisferio occidental sea una comunidad de naciones democráticas libres, comprometidas a mantener la libertad individual de todos sus ciudadanos.

Tercero, estamos dedicados a ampliar la justicia social para todos. La independencia nacional, el hecho de tener libertad política significa muy poco para el hombre que aún no se ha independizado de la pobreza, del analfabetismo y de la enfermedad. Nuevas fábricas y maquinarias significan poco para una familia sin hogar; para el estudiante sin comida; para el agricultor que no pierde la esperanza de llegar a ser dueño finalmente, de la tierra que cultiva. Si ustedes y yo, México y los Estados Unidos, creemos en una revolución pacífica— si creemos, como creemos, que se puede lograr la justicia sin sacrificar la libertad o el progreso —el progreso económico es, ciertamente, la llave de la libertad política— entonces tendremos amplias oportunidades en este Hemisferio de convertir esas convicciones en realidad y realizar esas promesas.

Pero no será fácil, ya que si lo fuera se habría hecho hace mucho tiempo. Poner fin a sistemas anticuados de tenencia de la tierra, reformando sistemas impositivos injustos, ampliar las posibilidades de mejorar viviendas, mejorar la salud y la educación donde antes no existían esas posibilidades —todo esto no será fácil.

Pero la revolución mexicana ha demostrado lo que se podía hacer —que el camino de la libertad es el camino del progreso. En casi 20 años, desde que Franklin D. Roosevelt vino a Monterrey, los servicios y productos de este país se han triplicado, el ingreso por habitante ha aumentado en cerca de un 80 por ciento; ustedes han logrado virtualmente la autosuficiencia en agricultura y han mantenido la más constante e impresionante tasa de crecimiento de todos los países de este hemisferio. Estas, me doy cuenta, son sólo estadísticas— pero detrás de estas estadísticas yo sé que la esperanza ha reemplazado a la desesperación, y la oportunidad a la miseria. Y, como lo ha dicho el Presidente López Mateos, aunque su revolución está lejos de haberse consumado, de la misma manera que no se ha consumado la nuestra, debemos ahora trabajar juntos, el país de ustedes y el mío, para llevar tal esperanza y oportunidad a todas las Américas.

Habrá demoras y habrá reveses y habrá frustraciones. No podemos duplicar el número de aulas escolares, duplicar el número de alfabetizados, reducir en tres cuartas partes la tasa de mortalidad infantil, y aumentar en un 50 por ciento el promedio de vida, en sólo un período de meses o ni siquiera en varios años, pero sí se puede hacer en una década. Es difícil negociar acuerdos sobre precios de productos. Los sistemas de transporte y de energía eléctrica tardan mucho tiempo en construirse. Y con toda seguridad habrá resistencia contra reformas internas básicas en cualquier país.

Pero ahora, creo que este hemisferio tiene un plan común y sabe a dónde va —ya entramos al camino. Y hemos elegido para ello el camino de la democracia. No pretendemos cambiar ni dirigir el sistema político y económico de nación alguna. Pero sí buscamos ayudar a las naciones latinoamericanas a realizar cambios fundamentales en la vida de los pueblos de América Latina —y así cambiar el curso de la historia humana. Si podemos seguir este curso con la determinación inflexible que ustedes han demostrado en este país— con toda seguridad habremos de triunfar al final.

Hace un siglo el Presidente Abraham Lincoln dio instrucciones a su Secretario de Estado para que informara

al pueblo de México, y citó textualmente, “de su respeto por el heroísmo de su pueblo, y, sobre todo su amor inextinguible por la libertad civil”. Hoy, cien años más tarde, ese respeto profundo sigue en los corazones del pueblo y del Presidente de los Estados Unidos. Pues nuestras dos naciones han recibido las mismas bendiciones de libertad. Ahora soñamos los mismos sueños de lograr oportunidades en el futuro. Y nuestras dos revoluciones que siguen en marcha se han aunado ahora, en un gran esfuerzo, en un gran Continente, en una gran Alianza para el Progreso.

¡Viva México!

## EN EL PALACIO DE GOBIERNO, MEXICO, D. F.

“...quiero expresar la impresión que he recibido —más bien han sido dos las impresiones— al llegar a esta ciudad. Una es de edad y la otra es de juventud. Mi ciudad natal, Boston, está considerada como una ciudad antigua, pero me temo que cuando se fundó este zócalo, aquéllos eran senderos inexplorados y aún antes de eso, existía ya aquí una civilización. Así es que al llegar a México llegamos a un pueblo arraigado, un pueblo viejo, a una ciudad antigua.

He recibido también una impresión de juventud, y esa es la extraordinaria vitalidad de esta ciudad y de su pueblo. Al atravesar la ciudad... la fuerza, el vigor, la vida del pueblo mexicano, y en particular, de los habitantes de la ciudad, fueron una de las indicaciones más alentadoras del gran espíritu que existe en este país y en todo el hemisferio.

La revolución de los Estados Unidos, y la de México,

representaron, en un principio, una revolución política, pero en el caso de México —y esto se puede aplicar a todo el hemisferio— nos hemos dado cuenta de que en el siglo veinte nuestra obligación consiste en igualar la independencia política con la independencia económica —como indicación de que un sistema político de libertad puede acoplarse con un sistema de bienestar económico. Esa es la tarea que la historia nos ha impuesto, y la podemos llevar a cabo a través de la Alianza para el Progreso— haciendo un gran esfuerzo común —no un esfuerzo único de los Estados Unidos o de México— sino de todas las hermanas repúblicas del continente libre.

Mediante un esfuerzo común, nuestra obligación será llevar a los pueblos de este hemisferio las mismas oportunidades... habitación, trabajo, educación y un futuro con el pasado que ustedes tienen.

30 de junio de 1962

## A LA COLONIA AMERICANA

...la señora Kennedy y yo hemos sido objeto de la hospitalidad más cálida y entusiasta, que sin duda refleja los verdaderos sentimientos del pueblo de México hacia los Estados Unidos...

El miércoles próximo voy a Filadelfia donde hablaré el 4 de julio; pero me parece tan adecuado celebrar el 4 de julio aquí en esta ciudad, como en Filadelfia, en los Estados Unidos, y la razón es muy sencilla. Y esto se debe a que las personas que escribieron la Declaración de Independencia, reconocieron desde el principio, y señalaron en sus declaraciones públicas, que no estaban enunciando una teoría de gobierno sólo para el pueblo de los Estados Unidos, sino para todos los pueblos del mundo. George Washington, John Adams y los demás, insistieron todos en este espíritu que suscitó la Declaración de Independencia, representando el concepto básico que debe orientar en todo el mundo las relaciones entre los gobiernos y los pueblos.

No es coincidencia que el espíritu revolucionario, en el mejor sentido de la palabra, que surgió de Filadelfia

y de los Estados Unidos, haya tenido las más profundas repercusiones a lo largo del tiempo desde aquella fecha.

Simón Bolívar, el libertador, llevaba junto al pecho un retrato de George Washington. Y los jefes de estado que vienen a Washington año tras año, y los treinta o cuarenta estados nuevos que se formaron después de la Segunda Guerra Mundial, han empleado casi siempre en sus constituciones y en sus declaraciones, frases de nuestra Constitución y de nuestra Declaración.

Por lo tanto, nos ensancha el corazón venir a esta ciudad y a este país, donde alientan en la vida cotidiana los principios que nuestro país adoptó en esos documentos trascendentales; y creo que sentimos así, porque comprendemos que no se trata únicamente de un acontecimiento que sucedió hace largo tiempo y pertenece ya al pasado, sino que todas las premisas en las cuales Jefferson y Adams se fundaron al redactar la Declaración, representan hoy un reto mucho más importante aún que en los primeros días de la gran república.

Por lo tanto, no creo que escaseen frases que se reservan para el 4 de julio, sino frases por las que hay que

trabajar y combatir en todo el mundo, todos los días, especialmente en esta gran década que se inició el año 60. . . . me complace particularmente que asistan a esta reunión no sólo la comunidad americana, sino también sus amigos mexicanos, y que ambos celebren nuestra fies-

ta nacional, lo mismo que celebran juntos las fiestas nacionales mexicanas y otras conmemoraciones de la libertad en todo el mundo. Cualquier americano se sentiría como en casa en estos aniversarios, lo mismo que en los de cualquier otro pueblo libre. . .

15 de marzo de 1963

## SOBRE DERECHOS CIVILES

Después de una serie de amenazas y de declaraciones de desafío, esta tarde se requirió la presencia de tropas de la Guardia Nacional de (el estado de) Alabama en la Universidad de Alabama para que se cumpliera la orden definitiva e inequívoca del Tribunal Federal del Distrito Norte de dicho Estado. La orden (judicial) mandaba la aceptación (en la citada universidad) de dos jóvenes residentes de Alabama, claramente calificados y cuyo único rasgo distintivo era haber nacido negros.

Se debe en buena medida a la conducta de los estudiantes de la Universidad de Alabama, quienes observaron su sentido de responsabilidad en forma constructiva, el que ellos fueran admitidos pacíficamente a los terrenos del plantel.

Confío en que todo norteamericano no importa donde viva, se defenderá a hacer un examen de conciencia respecto a éste y otros incidentes relacionados entre sí. Esta Nación fue fundada por hombres de muchas naciones y antecedentes. Se fundó en el principio de que todos los hombres son creados iguales, y que cuando los derechos de un hombre se ven amenazados sufren menoscabo los derechos de todo hombre.

Estamos hoy empeñados en una lucha mundial para fomentar y proteger los derechos de todos aquellos que desean ser libres: Y cuando se envían norteamericanos a Viet-Nam o al Berlín Occidental no se llama solamente a blancos. Por consiguiente, debe ser posible que los estudiantes norteamericanos de cualquier tez asistan a cualquier Institución Pública que elijan, sin que tengan que apoyarlas las tropas. Debe ser posible que los consumidores norteamericanos de cualquier tez reciban un servicio igual en establecimientos públicos, tales como hoteles y restaurantes, teatros y tiendas, sin que se vean obligados a recurrir a organizar una manifestación callejera; y debe ser posible que los ciudadanos norteamericanos de cualquier color se inscriban y voten en las elecciones libres, sin interferencias ajenas o temor a represalias.

En suma, debe ser posible que todo norteamericano goce de los privilegios que supone ser norteamericano, con independencia de su raza o tez. En suma, todo norteamericano debe tener el derecho de que se le trate como quisiera que se le tratase, como uno quisiera ver tratados a sus hijos. Sin embargo, el caso no es este.

El niño negro nacido hoy en Norteamérica cualquiera que sea la sección del estado en que nazca, tiene aproximadamente la mitad de oportunidades, en cuanto a completar su enseñanza secundaria, que el niño blanco nacido en el mismo lugar y en el mismo día; una tercera parte de oportunidades de terminar la enseñanza universitaria; una tercera parte de convertirse en un profesional; dos veces más de posibilidades de estar desempleado; aproxi-

madamente un séptimo de las oportunidades del niño blanco de ganar 10,000 dólares anuales; un ciclo probable de vida siete años inferior al blanco; y las perspectivas de ganar sólo la mitad por concepto de sueldos.

Esta no es una cuestión regional. Las dificultades discriminatorias y de segregación existen en todas las ciudades, en todos los Estados de la Unión, y han creado en muchos estados una ola creciente de descontentos que amenaza la seguridad pública. No es esta una cuestión sectorial en un momento de crisis Nacional. Los hombres generosos y de buena voluntad debieran unirse sin consideración de partido o posición política. No es este sólo un problema legal o legislativo. Es mejor resolver estos asuntos en los Tribunales que en la vía pública, y se necesitan nuevas leyes en cada nivel, pero la ley por sí sola no puede hacer que los hombres actúen con justicia.

Estamos enfrentados primordialmente con un asunto de índole moral. Es un asunto tan antiguo como las Escrituras y tan claro como la Constitución Norteamericana. La médula del asunto radica en si los norteamericanos pueden disfrutar de derechos iguales y oportunidades iguales, si vamos a tratar a nuestros compatriotas como queremos que se nos trate a nosotros. Si un norteamericano, debido al color oscuro de su piel, no puede almorzar en un restaurante abierto al público, si no puede enviar a sus hijos a la mejor escuela disponible, si no puede votar a favor de los candidatos públicos que le representan, si, en una palabra, no puede disfrutar total y libremente de la vida que todos nosotros queremos. Entonces, ¿a quién de nosotros le agradaría que se le cambiara el color de su piel, y pasar entonces a estar en el lugar de aquel? ¿Quién de nosotros, entonces, se contentaría con consejos de paciencia y dilación? Cien años de retraso han transcurrido desde que el Presidente Lincoln liberó a los esclavos; con todo, sus herederos, sus nietos, no son completamente libres. Aún no se han liberado de la injusticia. Aun no sen liberado de la opresión social y económica, y esta Nación, con todas sus esperanzas y vanaglorias, no será completamente libre hasta que todos sus ciudadanos sean libres.

### LOS ESTADOS UNIDOS SON UN SOLO PAIS

Este es un sólo país. Se ha convertido en un país unitario porque todos nosotros y todas las personas que han venido aquí, han encontrado igualdad de oportunidades para el desarrollo de sus aptitudes.

No podemos decir al 10 por ciento de la población que carece de ese derecho; que sus hijos no pueden tener la oportunidad de desarrollar la inteligencia que tienen; el único modo para poder gozar de sus derechos es arrojarse a la calle y organizar manifestaciones.

Creo que les debemos a ellos y nos debemos a nosotros un país mejor que todo eso.

Por consiguiente, os pido ayuda para hacer que nos sea más fácil adelantar y poner de manifiesto la clase de igualdad de trato que nosotros mismos quisiéramos recibir para dar a todo niño la oportunidad de que reciba una enseñanza a la que sólo su inteligencia ponga límite.

Como he dicho antes, no todos los niños tienen el mismo talento o la misma habilidad o el mismo empeño, pero sí deben tener el mismo derecho a desarrollar su talento y su habilidad y su empeño en llegar a ser alguien.

Tenemos derecho a esperar que la comunidad negra se comportará con sentido de responsabilidad, que respetará la ley; pero esa comunidad tiene el derecho a esperar que la ley será justa; que la Constitución será acromátopa (ciega para los colores), como dijo al iniciarse este siglo el Magistrado Harlan.

Esto es de lo que estamos hablando; es un asunto que concierne a nuestro país y aquello que representa, y al enfrentarnos con él, pido el apoyo de todos nuestros ciudadanos.

18 de marzo de 1963

## A SU LLEGADA AL AEROPUERTO DE "LA SABANA", SAN JOSE, COSTA RICA

Hace casi cinco siglos que Cristóbal Colón zarpó de las costas de Panamá —después de haber descubierto Costa Rica— y regresó a España por última vez—. A éste su cuarto y último viaje, lo llamó él "el alto viaje".

Hoy nosotros también venimos a Costa Rica en un alto viaje, un viaje tan difícil, tan peligroso y tan lleno de incertidumbre como el primero que dio vida a este Nuevo Mundo. No buscamos sojuzgar nuevas tierras, sino la libertad de nuestras viejas Repúblicas —no la esclavitud de pueblos extraños, sino la conquista de los conocidos enemigos como son la pobreza y la injusticia—, no la acumulación de oro para unos pocos, sino una vida mejor para nuestros pueblos.

Vengo a reunirme con nuestros vecinos centroamericanos en momentos en que ustedes se acercan más a su propia unión regional —la unión que fue el sueño de hombres como Morazán de Honduras, Delgado de El Salvador y Barrios de Guatemala, quien dijo que la Unión Centroamericana era "la única base sobre la cual se podría elevar la nueva estructura de la República". Ustedes ya están a punto de concluir la tarea de estructurar un mercado común de casi 13 millones de personas y, en asocio de Panamá, están constantemente fortaleciendo esos lazos que prometen una vida más abundante para todos.

En esta histórica conferencia, nos reunimos como vecinos para buscar medios de fortalecer esta unión; recordando siempre que la esperanza del progreso económico no debe nunca debilitar nuestra determinación de



Una entusiasta muchedumbre recibe al Presidente Kennedy en el aeropuerto La Sabana, en San José de Costa Rica el 18 de Marzo de 1963.

extender y perfeccionar la libertad política y los derechos humanos de nuestros ciudadanos. Nos reunimos para cumplir con nuestros solemnes compromisos bajo la Alianza para el Progreso, para trabajar por el bienestar material y mayor justicia social, única base segura para la dignidad del hombre. Y nos reunimos para fortalecer nuestras defensas contra las fuerzas del imperialismo foráneo, la vida con libertad.

## EN LA APERTURA DE LA CONFERENCIA DE PRESIDENTES

... el sistema interamericano... ha prevalecido y ha tenido más éxito y sus labores han sido más fructíferas en el orden internacional que cualquiera otro en la historia del mundo.

Decimos esto sin temor a exagerar porque todos los esfuerzos encaminados a imponer despotismos del viejo mundo sobre los pueblos del nuevo mundo a la larga han sido derrotados; porque dentro de nuestro sistema veinte

repúblicas lograron el pleno reconocimiento de su dignidad como naciones soberanas; y porque este sistema ha mantenido un historial inigualado en el campo de las relaciones pacíficas entre sus miembros. En algunas ocasiones hubo conflictos que mancharon este historial. Pero en ninguna otra parte del mundo han habido naciones que hayan vivido juntas como vecinos con tan poca hostilidad o guerra entre ellos. Hoy en día, los principios de

no intervención y de solución pacífica de disputas se han enraizado tan firmemente en nuestras tradiciones que esta democracia heroica en cuyo suelo nos reunimos hoy puede continuar su marcha en pos de sus objetivos nacionales sin que la fuerza armada tenga que guardar sus fronteras. Existen pocos lugares en el mundo de los que pueda decirse lo mismo.

Actualmente, durante nuestra generación, el sistema interamericano se enfrenta a viejos enemigos y a nuevos retos; y está demostrando de nuevo que goza de la capacidad de adaptación, que tradicionalmente lo ha fortalecido. Los enemigos son más fuertes y están más dispuestos que en cualquier otro momento y los retos son más difíciles, complejos y onerosos. Hoy nos enfrentamos no tan sólo con la tarea de proteger a las naciones nuevas sino con la de volver a forjar las viejas sociedades, no sólo acabando con nuestros enemigos políticos sino también acabando con la pobreza, el hambre, la ignorancia y las enfermedades, no sólo creando el sentido de dignidad nacional, sino también preservando la dignidad humana.

Para enfrentar este reto enorme, los pueblos de las Américas han forjado una Alianza para el Progreso conforme a la cual todos los Estados Americanos han movilizad sus recursos y energías para conseguir tierras para los desposeídos, educación para los que no tienen escuelas y un ritmo más rápido de crecimiento económico, en una sociedad en la que todos puedan compartir los frutos del progreso.

Bajo la Alianza para el Progreso continuaremos desarrollando economías más equilibradas y menos dependientes en uno o dos productos básicos de exportación. A fin de alcanzar estos objetivos, tenemos que proceder a la ejecución de planes para la industrialización, para una mayor diversificación de cultivos, para unas instalaciones educativas más completas y para una mejor utilización de recursos.

Sin embargo, no podemos sentirnos satisfechos por el progreso realizado hasta ahora. Los pueblos que durante siglos han esperado más oportunidades y una mayor dignidad, no pueden esperar durante mucho más tiempo. Y a menos que los que ahora estamos haciendo esta labor estemos dispuestos a duplicar nuestros esfuerzos, a menos que los ricos estén dispuestos a hacer uso de sus riquezas con mayor sabiduría, a menos que los que gozan de privilegios estén dispuestos a sacrificarlos por el bien común, a menos que los jóvenes y los educandos tengan oportunidades para utilizar sus conocimientos y a menos que los gobiernos estén dispuestos a dedicarse incansablemente a la tarea de gobernar eficientemente, y de desarrollarse con rapidez, tendremos que reconocer que la Alianza fracasará y sucumbirá la sociedad de naciones libres que nuestros próceres lucharon por construir.

... a la vez que van surgiendo nuevas naciones interdependientes en el Caribe, el pueblo de Cuba se ha visto

obligado a someterse a la fuerza a un imperialismo nuevo, más despiadado, más poderoso y más mortífero en sus ansias de poder, que cualquiera otro que haya conocido este hemisferio. Precisamente cuando se esperaba que Cuba fuera a entrar en una nueva era de democracia y justicia social, la Unión Soviética, por medio de sus títeres cubanos, absorbió a la nación cubana en su despótico imperio, tratando ahora de extender su dominio a las costas de este continente.

Pero otras potencias extranjeras descubrieron ya que el hemisferio americano no es tierra fértil para tiranías extranjeras y que cualquier esfuerzo encaminado a extender ese dominio se enfrentará con una resistencia feroz e inquebrantable. Porque los americanos no abandonarán con facilidad aquellas libertades que lograron conseguir con tanto derramamiento de sangre. En la OEA, en esta reunión, y dondequiera que se reúnan americanos para consultar acerca del futuro de su continente, continuaremos fortaleciendo la estructura de la resistencia que se opone a la subversión.

Espero que en esta reunión aumentemos de nuevo nuestra capacidad para impedir la infiltración de agentes, dinero y propaganda de Cuba. Construiremos un muro alrededor de Cuba, pero no un muro de cemento, ladrillos o alambradas, sino un muro de hombres sacrificados, dedicados a proteger su propia libertad y soberanía.

#### MARZO 19 DE 1963 EN EL PROYECTO DE VIVIENDAS DE EL BOSQUE

A principios del siglo XIX unas pocas, pequeñas naciones repúblicas de este hemisferio fueron terreno de pruebas de la capacidad del hombre para gobernarse a sí mismo. Nos encontrábamos en un mundo hostil. Durante el último siglo y medio este experimento ha vivido muchas horas difíciles. Viejas tiranías y nuevos dictadores han luchado por imponerse.

Pero en cada una de estas ocasiones hemos resistido el ataque. Nuestra democracia ha conseguido la victoria final y, donde antes estábamos solos, hay docenas de naciones, entre las cuales se encuentran muchas de las más poderosas y prósperas, viven bajo regímenes democráticos. Muchas más, en todos los continentes, están luchando por moldear una democracia que se adapte a sus propias necesidades y tradiciones. Incluso en los lugares en donde aún gobiernan los dictadores, se considera esencial mantener las apariencias democráticas, celebrando elecciones que carecen de significado, al igual que las cartas de derechos que proclaman.

Podemos decir con orgullo que ninguna idea secular se ha enraizado tanto en la imaginación del hombre como la idea de democracia que ha sido impulsada desde este hemisferio. Esta es una idea que está aún dando nueva forma a continentes, moldeando naciones, y guiando los esfuerzos de millones de individuos. Y nuestra confianza en que la idea democrática continuará extendiéndose está basada no sobre un deseo de moldear el mundo a nuestra propia imagen, sino en nuestra firme convicción de que surge de los deseos más profundos del corazón humano.

... sabemos que nuestra democracia, nuestro goce

de la libertad, no es tanto una dádiva del pasado como reto para el futuro; no es tanto recompensa por nuestras viejas victorias como objetivo de nuestra nueva lucha; no es tanto una herencia de nuestros antepasados como una obligación para con aquellos que nos seguirán. Porque la democracia nunca es tarea cumplida. Es un llamamiento a la realización de esfuerzos incansables, de sacrificios continuos, y a la disposición, si es necesario, de morir en su defensa.

Y todas las generaciones de americanos han formulado nuevos objetivos para la democracia para satisfacer las exigencias de una nueva era.

Esos objetivos para la América de hoy, están incorporados en la Alianza para el Progreso. Exigen la eliminación de instituciones sociales que nieguen a cualquier individuo el derecho de participar con fruición en los beneficios y en las tareas de nuestra sociedad. Exigen niveles de vida cada vez más elevados que puedan liberar

a cada individuo, para la plena utilización de su capacidad en sus anhelos de una vida mejor. Exigen que se ponga fin a los restos del sistema de dictaduras en este hemisferio. Y exigen una defensa incansable contra aquellos que pretenden imponer nuevas tiranías en las Américas. Exigen, en resumen, el reconocimiento de que nadie habrá concluido su tarea hasta que todos los hombres compartan una oportunidad igual para realizar sus sueños en la medida en que su capacidad lo permita.

... aunque justamente orgullosos de nuestras realidades, todavía estamos conscientes de que los años venideros nos exigirán un esfuerzo, una aceleración de actividades, y unos sacrificios cada vez mayores. Pero hemos iniciado la obra, y los primeros frutos de esa obra, de la que somos testigos aquí hoy, son motivo de esperanzas para el futuro.

20 de marzo de 1963

## ANTE LOS ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

Es un gran placer para mí salir de Washington, donde los profesores me dan lecciones a mí, para venir a Costa Rica y hablar con sus estudiantes.

En 1834 se escribió sobre su ciudad que "El Pueblo de San José está convencido de que el conocimiento produce toda clase de bienes y elimina todos los males; que del mismo se derivan las buenas leyes, las buenas costumbres, el buen gobierno; y de que, en resumen, constituye el espíritu y base de toda la felicidad".

Esta gran Universidad constituye prueba de tal juicio. Del interior de este recinto han surgido gran parte de los conocimientos de las habilidades y de la sabiduría que han hecho de Costa Rica una de las Democracias más ilustres y progresistas del mundo, una de las fuentes principales de buenas leyes, buenas costumbres y buen gobierno. Aunque no estoy seguro de que la belleza de las mujeres, por la cual su país tiene fama, se deba a los cursos universitarios, veo que esta belleza está hoy bien representada aquí.

Creo, por lo tanto, que es justo que el primer discurso pronunciado por un Presidente de los Estados Unidos ante estudiantes en Latinoamérica tenga lugar en este centro del saber en una nación tan dedicada a la Democracia. Y constituye para mí un honor que se me haya invitado a venir.

Durante los últimos tres días los siete presidentes de siete naciones americanas han estado tratando de las grandes interrogantes con las que se enfrenta este Hemisferio. De las soluciones a estas interrogantes depende la preservación de nuestras libertades, la extensión de la democracia, y el bienestar y la dignidad de nuestros pueblos.

Pero tras los esfuerzos de esta semana, tras los comunicados y las declaraciones, los complejos programas y ambiciosos proyectos, los largos discursos y las proclamas oficiales, tras todo esto, ha habido un principio fundamental y esencial que hemos asumido. Este principio estriba en que ustedes los estudiantes y los jóvenes de Latinoamérica, están dispuestos a defender la gran causa de la libertad y bienestar a la que estamos dedicados.

Más de la mitad de la población de Latinoamérica está integrada por personas de vuestra misma edad, o aun más jóvenes. Sin vuestros esfuerzos, sacrificio y dirección, los planes y las esperanzas que tienen puestos los líderes del presente en el futuro del Hemisferio se verían condenados al fracaso. Pero con vuestra ayuda podemos triunfar y triunfaremos.

### UNA GRAN OPORTUNIDAD

Constituye esto una impresionante tarea a la vez que una gran oportunidad. Porque nosotros, vosotros y yo, estamos embarcados juntos en una gran aventura, la mayor quizá desde que un marinero italiano por primera vez izó las velas con dirección al Occidente y puso pie a tierra en este antiguo continente.

A vosotros se os ha encomendado la tarea de demostrar que los hombres libres pueden dominar a los viejos enemigos, el hambre, la pobreza y la ignorancia; de proteger a la libertad de aquellos que pretenden destruirla; de llevar la esperanza a aquellos que la anhelan; y de extender la libertad a aquellos que se ven privados de la misma.

Constituye esta una inmensa tarea. Se halla llena de dificultades y peligros, de penalidades y de riesgos. Pero se os ha dado también una oportunidad para hacer historia y para ayudar a la Humanidad como a muy pocas generaciones de hombres. Y os puedo decir ahora aquí lo que Franklin Roosevelt dijo al pueblo de los Estados Unidos:

"Esta generación de americanos, vuestra generación de americanos, tiene una cita con el destino".

Estoy seguro de que vosotros llegaréis a esta cita. Porque recuerdo a mi propio país cuando era muy distinto al que conocemos hoy. No han transcurrido tantos años desde que yo era estudiante universitario, como lo

sois ahora vosotros. Y en aquel entonces solamente una de cada diez pequeñas fincas norteamericanas tenía electricidad; la mitad de los campesinos en el Sur de nuestro país eran arrendatarios y aparceros; miles de familias del valle del río Tennessee contaban con ingresos de menos de cien dólares al año. Y además de todo esto atravesábamos una gran depresión económica que había dejado desempleados a doce millones de personas, el equivalente a diez veces la población de vuestro país y casi igual a la población total de toda Centroamérica. Así eran los Estados Unidos durante mis días universitarios.

Fue entonces cuando llevamos a cabo bajo la dirección de Franklin Roosevelt un gran programa, el New Deal (Nuevo Trato). Con un programa tras otro pusimos fin a la aparcería y ayudamos a los campesinos a conseguir sus títulos de propiedad de sus tierras, llevamos la electricidad a los medios rurales, transformamos el paupérrimo Valle del Tennessee en una floreciente zona agrícola e industrial y demostramos para beneficio de todos, el poder inmenso que tiene un gobierno libre con planteamientos positivos, el poder incorporado al concepto de libertad individual y al de responsabilidad social.

No os cuento esta historia porque estemos satisfechos o complacidos de que todo esté resuelto en mi país. Porque a nosotros, en los Estados Unidos, nos queda mucho por hacer; hemos de mejorar la vivienda, las ciudades, nuestra economía, nuestro sistema de educación y conseguir oportunidades iguales para todos nuestros ciudadanos. Y esta lucha continúa adelante.

Pero la política del New Deal nos ofrece un ejemplo de la transformación en la vida de un país que puede llevar a cabo una sola generación llena de vitalidad. También constituye una demostración de la capacidad de los hombres libres para realizar una revolución profunda y pacífica en pro del progreso económico y de la justicia social.

## LOS ESTADOS UNIDOS: PAÍS REVOLUCIONARIO

Posiblemente sea difícil para vosotros pensar en los Estados Unidos como país revolucionario, país que ha llevado a cabo muchos cambios sociales básicos y absolutos durante su breve historia. Pero mi país, como todos los países de las Américas, posee una profunda tradición revolucionaria que ha contribuido a darle forma al mundo moderno.

Porque fue precisamente en Filadelfia en 1776 y en Guatemala, en 1821 donde los Estados Unidos y las naciones centroamericanas, respectivamente, se opusieron por primera vez al régimen colonial. Y hoy en Africa, Asia y en el Oriente Medio las nuevas y nacientes naciones todavía luchan para perfeccionar su libertad e independencia nacional de la dominación extranjera, que nosotros fuimos los primeros en conseguir.

Esta historia constituye una respuesta para aquellos que pretenden que a los pueblos libres les faltan el impulso y la flexibilidad para dar nueva forma a las sociedades en las que viven. La historia de las Américas, la historia de vuestro propio país en los últimos veinte años, constituye un tributo a la capacidad que tienen los hombres libres para recurrir a las más profundas fuentes del

espíritu y de la mente humanas. Y si la tarea de lograr un progreso con libertad es más compleja, sutil, y difícil que la de prometer un progreso sin libertad, no nos asusta este desafío. Estamos dispuestos a seguir el camino que nos lleva a conseguir el bienestar para el hombre sin destruir su dignidad. Y sabemos que las lecciones de nuestro pasado encierran una promesa de éxito para el futuro.

Nuestros objetivos para el futuro de este Hemisferio, el reto que se os ha lanzado a vosotros y a vuestros compatriotas en toda América, está contenido en la Alianza para el Progreso. Dentro de la estructura de esta Alianza figuran los cuatro principios básicos de la sociedad americana que es responsabilidad vuestra construir.

El primero de ellos es el derecho que tiene toda nación a gobernarse a sí misma, a verse libre de los dictados y de la coerción del exterior, a moldear su propia economía y sociedad en conformidad con la voluntad de su pueblo. Dentro de nuestro sistema Interamericano no aceptaremos nuevos imperios, ni la dominación de una nación por otra.

El segundo es el derecho de cada ciudadano a la libertad política y a la libertad individual; el derecho a exponer sus opiniones, al ejercicio de su propio culto; a elegir el gobierno que le ha de gobernar, y a rechazarlo en cuanto deje de servir al bienestar nacional. Hemos realizado grandes adelantos hacia la consecución de este derecho en los últimos dos decenios, pero la tarea no está concluida, ni lo estará hasta que todo americano viva bajo un régimen de libertad.

El tercero es el derecho a la justicia social, el derecho de todo ciudadano a participar en el progreso de su nación. Esto quiere decir: tierra para aquellos que no la poseen, educación para aquellos que hoy se ven privados del derecho a aprender. Esto a menudo significará que las antiguas instituciones que sirven solamente para perpetuar los privilegios de unos pocos afortunados tendrán que llegar a su fin. Quiere decir que tanto los ricos como los pobres tendrán que compartir equitativamente las cargas que impone el desarrollo nacional. No será fácil alcanzar la justicia social pero la experiencia vivida de nuestra propia Nación nos dice que, una vez alcanzada, lleva inevitablemente a una vida mejor y más cabal para todos.

El cuarto principio de la Alianza consiste en el derecho de toda nación a seguir el curso del progreso económico rápido que los conocimientos modernos y la tecnología han hecho posible. Nosotros, en los Estados Unidos, donde hemos sido afortunados en nuestro propio desarrollo, hemos dedicados vastos recursos a fin de ayudar a aquellos que han sido menos afortunados. Y las mismas naciones latinoamericanas se han comprometido a movilizar sus propios recursos y energías a fin de llevar a buen término la tarea del desarrollo. Tampoco es esta una tarea fácil. Romper las viejas cadenas del hambre, de la

pobreza y de la ignorancia que han perdurado durante siglos exigirá sacrificios y esfuerzos sin fin. Pero estamos decididos a seguir este camino.

Estos son los principios de nuestra Alianza para el Progreso, cuya consecución final está en vuestras manos y que no se alcanzarán ni con discursos ni documentos, sino por medio del trabajo y del sacrificio, de la valentía y del tesón por medio de individuos de este Hemisferio. Me doy perfectamente cuenta de que los Estados Unidos no siempre han observado fielmente estos principios en sus relaciones con vuestros países. Hemos cometido errores. En algunas ocasiones pudo parecer que nosotros consideramos la libertad como una institución interna y el progreso como privilegio nacional.

## LOS ASUNTOS INTERAMERICANOS

Pero creo que también ha habido otro aspecto más duradero de los asuntos interamericanos. Desde los primeros días de vuestra lucha por la independencia, cuando se utilizaron los puertos de los Estados Unidos para equipar a expediciones contra los españoles y cuando uno de los héroes de la liberación venezolana recibió "un préstamo" de pólvora del ejército de los Estados Unidos, hasta los días en que el Presidente Adams reconoció por vez primera a las nuevas Repúblicas, se estableció la política del Buen Vecino de Franklin Roosevelt e hicimos nuestro esfuerzo conjunto por derrotar la agresión del fascismo, siempre se han reconocido que nosotros que compartimos un continente también compartimos problemas comunes, así como aspiraciones comunes y una responsabilidad conjunta por el bienestar del Nuevo Mundo.

Son estos lazos los que han perdurado a través de todos los avatares de la historia, a través de todos los conflictos y crisis y los que ahora nos unen en un esfuerzo por hacer de las Américas un ejemplo inspirador para los hombres libres de todo el mundo. Constituye este un alto llamamiento. Pero es para el que os llama la historia.

Quiero terminar con unas breves palabras sobre Cuba. Compartimos un gran sentimiento de pesar por cuanto ha ocurrido a nuestros conciudadanos americanos en esa infortunada isla. La promesa brillante de una era nueva de libertad y progreso para el pueblo cubano se ha visto transformada en las horribles realidades de la dominación soviética, del Estado-Policía y de la creciente pobreza. Deseamos para el pueblo cubano los mismos cuatro principios que inspiran nuestra Alianza para

el Progreso en el resto del Hemisferio. Nos damos cuenta de que la reforma agraria, los cambios sociales y la liberación política debían haberse realizado hace mucho tiempo. No nos oponemos, sino más bien apoyamos los elevados principios proclamados desde la Sierra Maestra y traicionados en La Habana. Deseamos que el pueblo de Cuba se vea libre para decidir qué clase de sistema le conviene más.

Lo que no podemos aceptar en Cuba es la cesión de su soberanía a la Unión Soviética y la transformación de esa Isla en una base, a partir de la cual Rusia pretende extender su imperio a las costas de este Continente. Se ha derramado demasiada sangre durante demasiados años para preservar nuestra independencia de la dominación extranjera y no podemos nunca estar tranquilos en nuestro hemisferio hasta que la Unión Soviética siga el mismo camino que Jorge Tercero, que los conquistadores españoles, que Maximiliano y William Walker.

Así tiene que ser y así será.

Os hablo como a hombres y a mujeres dedicados a la más alta vocación de una sociedad libre. Un distinguido dirigente de mi propio país, Tomás Jefferson, en cierta oportunidad nos advirtió que "si una nación espera ser ignorante y libre... espera lo que nunca fue y nunca será; no podrá encontrarse ninguna otra base (salvo la de la educación) para preservar la libertad y la felicidad".

Esta es la razón por la cual vosotros que tenéis la suerte de asistir a esta universidad también habéis asumido la gran obligación que acompaña a esta oportunidad. Un distinguido rector de vuestra universidad, el hombre cuyo nombre lleva esta ciudad universitaria, el doctor Rodrigo Facio, escribió: "La libertad no es una cosa sino una forma de vida... que requiere un crecimiento constante, una expansión, un fortalecimiento si es que va a sobrevivir. Defenderse para ella es rendirse. Su rigidez equivale a la pérdida de aliento vital".

En sus manos, amigos, han sido colocados los medios de conocimiento y la habilidad que podrán hacer que crezca y florezca la libertad.

Vuelvo ahora a los Estados Unidos. Vuelvo con la confianza renovada de que he visto aquí en esta universidad a aquellos cuyos esfuerzos "garantizarán que las esperanzas y las obras de una generación de americanos no habrán sido en vano".

.....

2 de abril de 1963

## SOBRE DEFENSA Y AYUDA AL MUNDO LIBRE

"La paz tuvo sus victorias, no menos renombradas que la guerra", ha dicho Milton. Y no ha habido victoria de tiempos de paz, en la historia, cuyo impacto tuviera tan largo alcance ni haya servido tan bien a la causa de la libertad como las victorias logradas en los últimos diecisiete años por los programas de defensa y ayuda mutuas de esta nación. Estas victorias han sido, en su ma-

yor parte, tranquilas... no dramáticas. Su meta no ha consistido en ganar territorios para los Estados Unidos ni apoyo en las Naciones Unidas, sino preservar la libertad y la esperanza y evitar la tiranía y la subversión en docenas de naciones de importancia fundamental en todo el mundo.

Los Estados Unidos están gastando hoy más del 10

por ciento de su producto nacional bruto en programas dirigidos primordialmente a mejorar nuestra seguridad nacional. Algo menos de una vigésima parte de esta cantidad, y menos del 0,7 por ciento de nuestro producto nacional bruto se destina al programa de ayuda mutua: en cifras redondas la mitad para el desarrollo económico y la mitad para ayuda inmediata, militar y de otros tipos. La contribución de este plan a nuestros intereses nacionales compensa claramente su costo. La nación más rica del mundo estaría, sin duda, justificada si gastara menos del 1 por ciento de sus ingresos nacionales en llevar ayuda a las naciones hermanas menos afortunadas, exclusivamente como asunto de responsabilidad internacional; pero, dado que estos programas no exponen solamente lo que debe hacerse, sino que también son claramente de nuestro interés nacional, todas las críticas deberían colocarse dentro de esa perspectiva. No se discute el hecho de que nuestros programas de ayuda pueden ser mejorados. Pero está fuera de toda duda razonable que nuestros programas de ayuda son útiles, tanto a nuestras tradiciones como a nuestros intereses nacionales.

La historia consigna que nuestros programas de ayuda a Turquía y Grecia fueron el elemento básico que permitió a Turquía resistir la intensa presión soviética; a Grecia abatir la agresión comunista, y a ambos países volver a crear sociedades estables y progresar hacia la expansión económica y social.

La historia consigna que el Plan Marshall permitió a las naciones de Europa Occidental, entre ellas el Reino Unido, recuperarse de la devastación causada por la guerra más destructiva del mundo, reconstruir su poderío militar; resistir el impulso expansionista de la Rusia stalinista; y lanzarse a un renacimiento económico que ha convertido a Europa Occidental en el segundo complejo industrial del mundo —por su tamaño y por su riqueza—, en un centro vital del poderío del mundo libre, que en sí contribuye actualmente a la expansión y el poderío de países menos desarrollados.

La historia consigna que nuestra ayuda militar y económica a naciones radicadas en las fronteras del mundo comunista... tales como Irán, Pakistán, la India, Vietnam y China Libre... ha permitido a pueblos amenazados mantenerse libres e independientes, cuando en caso contrario hubiesen sido avasallados por el agresivo poderío comunista o caído víctimas del caos, la pobreza y la desesperación totales.

La historia consigna que nuestros aportes a la ayuda internacional han sido el factor fundamental en la expansión de toda una familia de instituciones y agencias financieras internacionales, que desempeñan un papel cada vez más importante en la incesante guerra contra la necesidad y en la lucha por la expansión y la libertad.

Y, finalmente, la historia consignará que hoy nuestra ayuda técnica y nuestros préstamos para el desarrollo dan lugar a la esperanza donde ésta no existía; promueven acción donde la vida era estática; y estimulan el progreso en toda la tierra... apoyando, simultáneamente, la seguridad militar del mundo libre, contribuyendo a levantar barreras contra la expansión del comunismo donde esas barreras más importancia tienen; contribuyendo a construir el tipo de comunidad mundial de naciones independientes y que se basten a sí mismas, en que deseamos vivir; y ayudando al profundo deseo norteamericano de

extender una mano generosa a quienes trabajan en procura de una vida mejor para ellos y para sus descendientes.

A pesar de la ruidosa oposición registrada desde los primeros días... a pesar de las predicciones de que la ayuda al exterior provocaría la "bancarrota" de la república... a pesar de las advertencias de que el Plan Marshall y programas que lo reemplazaron "estaban tirando nuestro dinero a un precipicio"... a pesar de las grandes dificultades prácticas y de algunos errores y decepciones... lo cierto es que nuestros programas de ayuda, en general, y firmemente, han logrado lo que se esperaba de ellos.

La libertad no se halla en retirada en todas partes del mundo. No lo está en Europa, Asia o América Latina, como bien podría haber sucedido sin la ayuda de los Estados Unidos. Y ahora sabemos que la libertad... toda la libertad, inclusive la nuestra propia, se ve disminuida cuando otros países caen bajo la dominación comunista, como sucedió en China en 1949, en Vietnam del Norte y en las provincias septentrionales de Laos en 1954, y en Cuba en 1959. La libertad, toda la libertad se ve amenazada por los sutiles, diversos e incesantes esfuerzos subversivos comunistas en América Latina, África, el Medio Oriente y Asia. Y las perspectivas de libertad se ven también en peligros o extirpadas en países que no ven esperanza de una vida mejor basada en el progreso económico, en la educación, en la justicia social y en el desarrollo de instituciones estables. Estas son las fronteras de la libertad que nuestros programas de ayuda militar y económica tratan de ensanchar. Y, al hacerlo, sirven a nuestros más profundos intereses nacionales.

Este punto de vista ha sido sostenido por tres sucesivos presidentes, tanto demócratas como republicanos.

Ha sido respaldado por la mayoría bipartidaria de nueve congresos sucesivos.

Ha sido respaldada durante diecisiete años por una mayoría bipartidaria del pueblo norteamericano.

Y, nuevamente, hace muy poco tiempo, ha vuelto a ser confirmada por una distinguida comisión de ciudadanos privados, encabezada por el general Lucius Clay y que incluye a los señores Robert Anderson, Eugene Black, Clifton Hardin, Robert Lovett, Edward Mason, L. F. McCollum, George Meany, Herman Phleger y Howard Rusk. Su informe expresa: "Creemos que estos programas, adecuadamente concebidos y puestos en práctica, son esenciales para la seguridad de nuestra nación y necesarios para que ésta ejerza sus responsabilidades mundiales".

Hay, en resumen, un consenso nacional de muchos años respecto de la vital importancia de estos programas. El principio y la finalidad de la ayuda de los Estados Unidos a naciones menos seguras y menos afortunadas no pueden ser ni son puestos seriamente en duda.

## I. NECESIDADES ACTUALES

La pregunta que ahora surge es: ¿qué pasará en el futuro? Desde la perspectiva de estos progresos anteriores, ¿cuál es la dimensión de las necesidades actuales, cuáles son nuestras oportunidades y qué cambios afrontamos en esta coyuntura de la historia mundial?

Creo que ésta es una coyuntura crítica. Nuestro mundo se aproxima al clímax de una convulsión histórica. Una ola de independencias nacionales casi ha cubierto

tierras en las que vive un tercio de la población del mundo. La revolución industrial y científica se expande a los rincones extremos de la tierra. Y dos irreconciliables puntos de vista sobre el valor, los derechos y el papel del ser humano están frente a los pueblos del mundo.

En alrededor de ochenta naciones en desarrollo, habrán de adoptarse incontables decisiones... grandes y pequeñas durante los días, los meses y los años por venir... decisiones que, consideradas en conjunto, establecerán el sistema económico y social, determinarán la conducción política, darán forma a las prácticas políticas y moldearán las estructuras de las instituciones que habrán de promover, ya sea el consentimiento o la coerción de un tercio de la humanidad. Y esas decisiones habrán de afectar profundamente la conformación del mundo en que nuestros hijos crecerán y madurarán.

Africa se agita incansablemente para consolidar su independencia y para hacer que esa independencia tenga un significado para su pueblo a través del desarrollo económico y social. El pueblo de Estados Unidos ha afirmado y reafirmado su simpatía por esos objetivos.

Asia libre responde decididamente al desafío político, económico y militar de los ininterrumpidos esfuerzos de China Comunista por dominar al continente.

La América Latina se esfuerza por dar pasos decisivos hacia una democracia efectiva... en medio de la turbulencia y los rápidos cambios sociales y la amenaza de la subversión comunista.

Los Estados Unidos, el más rico y más poderoso de todos los pueblos, una nación comprometida en favor de la independencia de las naciones y de una vida mejor para todos los pueblos, no puede ya mantenerse al margen de este momento crítico de decisión, así como no podemos retirarnos de la comunidad de naciones libres. Nuestro esfuerzo no es meramente simbólico: está dirigido a favorecer los vitales intereses de nuestra seguridad.

Dentro de este contexto yo confío en que el pueblo norteamericano, por medio de sus representantes en el Congreso, considere nuestro pedido de este año en materia de fondos para ayuda al exterior, destinada cuidadosa y explícitamente a afrontar estos concretos desafíos. No es ésta una carga abrumadora. Es un nuevo capítulo de nuestra participación en una lucha ininterrumpidamente vital, el esfuerzo más exigente y constructivo jamás emprendido por el hombre en bien de la libertad y de su prójimo.

## II. OBJETIVOS PARA MEJORAR

En un mundo cambiante, nuestros programas de defensa y ayuda mutuas deben estar sometidos a constante consideración. Las recomendaciones que aquí formulo, reflejan la labor de la comisión Clay, el estudio hecho por el nuevo administrador de la Agencia para el Desarrollo Internacional, y la experiencia lograda en nuestro primer año completo en que administramos el nuevo y mejorado programa autorizado por el Congreso en 1961. Existe fundamental acuerdo en estos estudios en el sentido de que tales programas de ayuda son de gran valor para nuestros grandes intereses nacionales; que sus conceptos y su organización básicos, contemplados en la legislación existente, están adecuadamente concebidos; que se han logrado y se siguen haciendo progresos para convertir estos conceptos en acción... pero

que queda todavía mucho por hacer para mejorar nuestras realizaciones y hacer el mejor uso posible de estos programas.

Además, existe acuerdo fundamental en todos estos estudios respecto de seis recomendaciones básicas para el futuro.

Objetivo N° 1. Aplicar patrones más estrictos de selección y autoayuda para llevar ayuda a los países en desarrollo. Este objetivo recibió especial atención de la Comisión para Afianzar la Seguridad del Mundo Libre (Informe Clay), que estima que la aplicación de este criterio proporcionaría una apreciable economía en los programas elegidos a lo largo del plazo de uno a tres años venideros.

Se han logrado ya considerables progresos en este sentido. Si bien el número de ex-colonias que han logrado su independencia expande la lista total de países que reciben ayuda, el 80 por ciento de toda la ayuda económica se asigna ahora a sólo 30 países; y la ayuda militar es concentrada aún más estrechamente. La proporción de préstamos para el desarrollo —en contraste con las donaciones directas— ha aumentado del 10 al 60 por ciento. Hemos colocado todos nuestros préstamos de desarrollo sobre la base del reembolso en dólares; y en este año aumentamos nuestros esfuerzos, como lo recomienda la Comisión Clay, para enmendar nuestras condiciones de préstamos, de modo que los tipos de intereses y plazos de vencimiento reflejen en mayor grado las diferencias en cuanto a la capacidad de los distintos países para atender los servicios de la deuda.

Especialmente en la Alianza para el Progreso, y en grado creciente en otros planes de ayuda, se hace hincapié en la autoayuda y en la autorreforma por parte de los mismos que reciben aquélla, empleándola como un catalizador de progreso y no como una donación. Por último, y además de hacer hincapié en la ayuda económica, más que en la militar, siempre que las condiciones lo permitan, estamos considerando en forma muy distinta tanto el volumen como el objetivo de esas fuerzas militares locales que reciben nuestra ayuda. Nuestra crecida insistencia en la seguridad interna y en la acción cívica en cuanto a la ayuda militar, se basa en nuestra experiencia de que en los países en desarrollo las fuerzas militares pueden tener que desempeñar un importante papel, tanto económico como protector. Por ejemplo, en la América Latina, durante el año fiscal de 1963, los fondos para ayuda militar asignados para realizar trabajos de ingeniería, medicina y otros de acción cívica, aumentaron a más del doble.

Objetivo N° 2. Lograr una reducción y, finalmente, la eliminación de la ayuda norteamericana, permitiendo a las naciones lograr mantenerse a sí mismas lo más rápidamente posible. Tanto esta nación como los países a los que ayudamos obtienen una recompensa al alcanzar el punto de la autarquía, el punto en que ya no requerirán ayuda exterior para mantener su independencia. Nuestro objetivo no es un plazo arbitrario, sino la fecha más próxima posible de "partida"... la fecha en que sus economías habrán sido lanzadas con suficiente impulso para permitirles mantenerse solas, y requieran solamente las mismas fuentes normales de financiación externa para responder a las crecientes necesidades de capitales, que este país necesitó durante muchas décadas.

Para algunos, esta meta está próxima, en lo que a

la ayuda económica concierne. Para otros, se necesitará más tiempo. Pero, en todos los casos deberán establecerse planes concretos que conduzcan a la autarquía y fijarse prioridades, incluyendo las medidas que deberán tomar los países beneficiarios y todos los otros que estén dispuestos a ayudarlos.

Los antecedentes demuestran claramente que la ayuda al exterior no es un proceso interminable e inmutable. Hace quince años, nuestra ayuda se destinaba casi totalmente a los países avanzados de Europa y Japón. . . hoy, se dirige casi exclusivamente al mundo en desarrollo. Diez años atrás, la mayor parte de nuestra ayuda era prestada para apuntalar fuerzas militares y economías inestables. . . Hoy, este tipo de ayuda ha sido reducido a la mitad, y nuestra asistencia se destina cada vez más al desarrollo económico. Hay todavía, sin embargo, casos importantes en que no ha disminuído la amenaza militar comunista, y en que sigue necesitándose tanto la ayuda militar como la económica. Esos casos oscilan, entre fronteras relativamente estabilizadas, como en Corea y Turquía, y zonas de agresión activa, como en el caso de Vietnam.

**Objetivo Nº 3.** Asegurar una mayor participación de otras naciones industrializadas en cuanto atañe a compartir el costo de la ayuda internacional para el desarrollo. Los Estados Unidos no están ya solos para ayudar a los países en desarrollo, y va disminuyendo su parte proporcional de la carga. La afluencia de fondos desde otros países industrializados —que ahora totalizan aproximadamente 2.000 millones de dólares al año— habrá de continuar, según se cree; y confiamos en trabajar más estrechamente con estos otros países a fin de hacer el uso más eficaz de nuestros esfuerzos conjuntos. Además, las agencias internacionales de préstamos y de ayuda técnica —a las cuales hemos hecho abundante contribución— han expandido las listas y el alcance de sus operaciones; y esperamos con interés complementar esos recursos en forma selectiva, en conjunción con mayores contribuciones de otras naciones. Continuaremos trabajando con nuestros aliados, instándolos a aumentar sus esfuerzos para la ayuda y a prestarla en condiciones menos gravosas para los países en desarrollo.

**Objetivo Nº 4.** Aligerar los efectos adversos del programa de ayuda sobre nuestra propia balanza de pagos y nuestra economía. Hace unos pocos años, más de la mitad de los fondos de ayuda económica norteamericana se invertían en el exterior, contribuyendo así al drenaje de nuestros dólares y nuestro oro. De nuestros compromisos actuales, más de 80 por ciento se invertirán en los Estados Unidos, contribuyendo a la expansión de nuestra economía y a aumentar las oportunidades de ocupación. Esta proporción va en aumento, a medida que se adoptan nuevas medidas en este sentido. Podría agregar que la posición de nuestra balanza de pagos se ve hoy considerablemente ayudada por el reembolso de préstamos hechos a países europeos dentro del Plan Marshall y por el Banco de Exportación e Importación. Confío en que, en el futuro, a medida que aumenten los ingresos de los países menos desarrollados, nos veremos similarmente beneficiados con los préstamos que estamos haciéndoles ahora.

Nuestra economía se ve ayudada, asimismo, por la expansión de exportaciones comerciales a países cuya

expansión y prosperidad actuales se vieron acicateadas por la ayuda económica norteamericana en años recientes. Durante la última década, nuestras exportaciones a Europa Occidental y al Reino Unido aumentaron a más del doble, y nuestras exportaciones al Japón se cuadruplicaron. Del mismo modo, podemos esperar una futura expansión en las oportunidades de comerciar con aquellos países a cuyo desarrollo económico ayudamos en la actualidad.

Además nuestro programa de Alimentos para la Paz utiliza cada vez más nuestros productos agrícolas para estimular la expansión económica de naciones en desarrollo y para ayudar a alcanzar otros objetivos de la política exterior norteamericana. Al mejorar la economía de las naciones en desarrollo, las alentamos a aceptar ventas en efectivo o a crédito en dólares para esos productos, en cambio de pagarlos en divisas.

La carga relativa de nuestros programas de ayuda ha ido disminuyendo sostenidamente, de aproximadamente el 2 por ciento de nuestro producto nacional a comienzos del Plan Marshall, al 0,7 por ciento en la actualidad. . . del 11,5 por ciento del presupuesto federal en 1949 al 4 por ciento actual.

Aunque estas cifras indican que, en términos relativos, nuestros programas de ayuda cuestan hoy considerablemente menos que diez o quince años atrás, continuamos nuestros esfuerzos por mejorar la eficacia de estos programas y aumentar el rendimiento de cada dólar invertido. Se han cerrado numerosas misiones en distintos países o se las ha reducido o fusionado con embajadas o con oficinas regionales. Estos esfuerzos en procura de una eficacia y una economía mayores son acelerados con el nuevo Administrador.

**Objetivo Nº 5.** Continuar con la ayuda para la defensa de países bajo la amenaza del ataque comunista, externo o interno. Nuestro programa de ayuda militar ha sido un elemento esencial para mantener relativamente estables y durante más de una década los límites del poderío militar soviético y chino. Sin esta protección difícilmente hubiesen sido posibles los importantes progresos económicos logrados por países subdesarrollados ubicados a lo largo de la periferia chino-soviética. A medida que estos países construyan su poderío económico, podrán asumir una parte mayor de la carga de su defensa, pero no debemos suponer que a la ayuda militar a estos países —o a otros fundamentalmente expuestos al ataque subversivo interior— podrá ponerse fin en un futuro previsible. Por el contrario, prevemos que, aunque será posible reducir o suprimir algunos planes, habrá necesidad de otros nuevos y más amplios programas.

La India es un ejemplo. Difícilmente podría discutirse ahora lo acertado de la anterior ayuda norteamericana como aporte para los considerables y fructuosos esfuerzos del subcontinente indio en procura de progreso y estabilidad. La amenaza evidenciada claramente por el ataque chino contra la India en el otoño anterior puede demandar esfuerzos adicionales de nuestra parte para ayudar a afianzar la seguridad de esa crítica zona, sobre la base de que esos esfuerzos podrán aunarse en forma apropiada a los esfuerzos de la India y el Pakistán.

Pero, en conjunto, la magnitud de la ayuda militar es pequeña en relación con los gastos demandados por nuestra seguridad nacional. En este año fiscal asciende aproximadamente al 3 por ciento de nuestro presupuesto

defensivo. "Dólar por dólar", dice la Comisión Clay, especialmente con referencia a las zonas fronterizas, "estos programas contribuyen más, a la seguridad del mundo, que otros gastos equivalentes en nuestros fondos para la defensa. . . . Esos países proporcionan más de dos millones de hombres armados preparados, en su mayor parte, para cualquier emergencia". Es evidente que si este programa no existiese, nuestro presupuesto para la defensa tendría, indudablemente, que ser aumentado en forma substancial para proporcionar una contribución equivalente a la defensa del mundo libre.

Objetivo N° 6. Aumentar el papel de las inversiones privadas y de otros recursos no federales en la ayuda a las naciones en desarrollo. En los meses recientes se han tomado nuevas e importantes medidas para movilizar, dentro de este programa, la competencia de diversas organizaciones y personas no gubernamentales de este país. Cooperativas y asociaciones de ahorro y préstamo han trabajado muy activamente para el establecimiento de instituciones similares en el exterior, en especial en la América Latina. Nuestras universidades, tanto las instaladas sobre tierras públicas como las otras, están estableciendo mejores relaciones de labor con nuestros planes tendientes a contribuir al desarrollo rural en el exterior. Por ejemplo, hay ya en la América Latina 37 Universidades e Instituciones instaladas en tierras donadas, norteamericanas, y se cree que el número se elevará apreciablemente durante el año venidero. Dirigentes públicos y privados del Estado de California exploran, con sus contrapartes en Chile, la forma en que el intelecto y los recursos de un Estado determinado pueden ser encauzados más directamente hacia la ayuda a un país también determinado. Sindicatos obreros, fundaciones, asociaciones comerciales, sociedades de profesionales y muchas otras agrupaciones parecidas, poseen capacidad y recursos, a los cuales recurren cada vez más, a fin de utilizar en forma más sistemática y significativa, en este vital proceso de construcción de naciones, todo el conjunto de instituciones privadas y públicas de que depende nuestra propia vida nacional. Y es que en el núcleo del proceso de modernización está el problema central de crear, adaptar y mejorar las instituciones que toda sociedad moderna necesita.

### III. LAS INVERSIONES PRIVADAS

La nueva y primordial iniciativa del programa del año actual se refiere al aumento de nuestros esfuerzos por alentar las inversiones de capitales privados en países subdesarrollados. Se han logrado ya considerables progresos para expandir las inversiones privadas norteamericanas por medio del uso de garantías a las inversiones —pasan hoy de 900 millones de dólares las existentes— y compartiendo el costo de los estudios sobre inversiones, préstamos en monedas locales y otras medidas que se contemplan dentro de la ley existente. Sólo durante el primer semestre del corriente año fiscal se han facilitado en préstamo a firmas comerciales privadas 7.700.000 dólares en monedas locales.

Creo, sin embargo, que debe hacerse mucho más, tanto administrativamente, mediante una acción más vigorosa de la Agencia para el Desarrollo Internacional, como legislativamente, a través del Congreso. Administrativamente, se han dado instrucciones a nuestros emba-

jadores y nuestras misiones en el exterior, para que en sus negociaciones con países menos desarrollados insten más decididamente a destacar la importancia de hacer pleno uso de los recursos privados y a mejorar el ambiente para las inversiones privadas, tanto nacionales como extranjeras. En especial, me preocupa el hecho de que el programa de garantía de inversiones no funcione plenamente en algunos países debido a que los respectivos gobiernos no han puesto en ejecución los acuerdos normales entre gobiernos referentes a las garantías sobre inversiones.

Además, la Agencia para el Desarrollo Internacional reforzará y aumentará sus propias actividades referentes a la empresa privada. . . . tanto en sus esfuerzos por ayudar al desarrollo de vigorosas economías privadas en los países en desarrollo, como en sus facilidades para movilizar y ayudar al capital y a la capacidad del comercio privado para contribuir al desarrollo económico.

Legislativamente, estoy recomendando lo siguiente:

a) Una enmienda en el código de impuestos internos durante un período de prueba, para conceder a los contribuyentes norteamericanos créditos sobre impuestos para nuevas inversiones en países en desarrollo, los que se aplicarán también en cierto grado a las reinversiones de sus ganancias en esos países. Estos créditos al permitir un ritmo mayor de ingresos, alentarían en forma apreciable las nuevas inversiones privadas en países en desarrollo. La Comisión de Hombres de Negocios Norteamericanos para la Alianza para el Progreso ha recomendado la adopción de esas medidas.

b) Enmiendas en las disposiciones sobre garantías de inversiones de la Ley de Ayuda al Exterior, con el fin de aumentar y aclarar el programa de garantía.

La expansión económica y social no puede ser lograda sólo por los gobiernos. La efectiva participación de un esclarecido hombre de negocios norteamericano, especialmente en asociación con intereses privados del país en desarrollo, proporciona no solamente sus inversiones, sino también su capacidad tecnológica y administrativa para el proceso de desarrollo. Esta eficaz participación, a su vez, ayuda a crear el clima de confianza que tan necesario es para atraer y conservar el vital capital interno y externo. Aclamamos y alentamos las iniciativas que se adoptan en el sector privado de la América Latina para acelerar la expansión industrial, y confiamos en que se hagan similares esfuerzos cooperativos en otros países en desarrollo.

### IV. LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

En un sentido especial, los resultados de la Alianza para el Progreso en los años venideros serán la medida de nuestra decisión, nuestros ideales y nuestra capacidad. En este hemisferio, durante el año último, nuestra capacidad como pueblo se vio desafiada claramente. Nos pusimos inmediatamente en movimiento para resistir la amenaza de las armas nucleares agresivas en Cuba, y encontramos a las naciones de América Latina a nuestro lado. Ellas, como nosotros, arribaron a una nueva comprensión del peligro de permitir que la pobreza y la desesperación de todo un pueblo continuaran existiendo largamente en parte alguna de este continente.

Si las necesidades del pueblo de Cuba hubiesen sido satisfechas en el período anterior a Castro —sus necesi-

dades de alimentos, viviendas, educación, trabajo— por encima de todo, de responsabilidad democrática en la satisfacción de sus propias esperanzas, no hubiese habido Castro ni proyectiles dirigidos en Cuba, ni hubiese habido necesidad de que los vecinos de Cuba hayan incurrido en inmensos riesgos para resistir a la amenaza de agresión desde aquella isla.

Sólo hay una forma de evitar el tener que afrontar problemas similares en el futuro: establecer en todos los países de América Latina las condiciones de esperanza en que los pueblos de este continente sepan que pueden formar un futuro mejor para ellos mismos, no por medio de la obediencia a las órdenes inhumanas de una ideología foránea y cínica, sino a través de la propia expresión personal, el juicio individual y los actos de la ciudadanía responsable.

Como americanos, reconocemos desde hace mucho tiempo lo legítimo de estas aspiraciones; en meses recientes hemos podido apreciar, como nunca, su urgencia y, según creo, los medios concretos para su realización.

En menos de dos años, el programa decenal de la Alianza para el Progreso ha pasado a ser más que una idea y un compromiso de gobiernos. El esfuerzo inicial necesario para desarrollar los planes, para organizar instituciones, para ensayar y experimentar ha demandado, en sí, y logrado, una nueva consagración: la consagración a una inteligente transacción entre las formas antiguas y nuevas de vida. A la larga, será este esfuerzo, y no la amenaza del comunismo, lo que determinará la suerte de la libertad en el hemisferio occidental.

Estos años no han sido fáciles para grupo alguno en la América Latina. No hubiese sido más fácil un cambio similar en la orientación fundamental de nuestra propia sociedad. Lo difícil de los cambios a realizar hace más alentador el éxito de muchas naciones de América Latina en el logro de reformas que harán que sus estructuras fundamentales —económicas y sociales— resulten más eficientes y, al mismo tiempo, más equitativas.

Sin embargo, son ya visibles algunos impresionantes logros. Expáñese la construcción de nuevas viviendas en la mayoría de los países de la región. Aumentan rápidamente los medios educativos. El trazado de caminos, especialmente en las zonas agrícolas, se acelera con ritmo rápido. Con fondos norteamericanos se están distribuyendo más de dos millones de libros de texto para combatir el analfabetismo de más de la mitad de los 210 millones de habitantes de América Latina. En los países adheridos a la Alianza para el Progreso, la dieta de ocho millones de niños y madres se ve complementada con los Alimentos para la Paz, de los Estados Unidos, y esta cifra debe llegar a casi 16 millones el año próximo.

En el norte del Brasil, afectado por las dificultades, y en el marco de un acuerdo con el Estado de Río Grande de Norte, está en ejecución un plan para preparar 3.000 maestros, construir 1.000 aulas, 10 escuelas vocacionales, 3 escuelas normales y 4 centros de adiestramiento de maestros. En Venezuela, se trabaja en un proyecto para invertir 30 millones de dólares que permitirán eliminar los barrios bajos. En Bogotá, Colombia, se está elevando en el lugar que ocupaba un aeropuerto, una nueva ciudad para 71.000 personas que construyen sus propios hogares con el apoyo del Fondo de Progreso Social.

Este año recibí una carta del señor Argemil Plazas

García, a quien conocí en Bogotá en oportunidad de inaugurarse un plan de viviendas de la Alianza. Dice: "Hoy vivo en una casa con mis trece hijos, y nos sentimos muy felices de vernos libres de aquella pobreza y de no ambular ya como parias. Ahora tenemos dignidad y libertad... Mi mujer, mis hijos y yo le dirigimos esta humilde carta para expresarle la cordial gratitud de estos amigos colombianos que tienen un hogar en el que pueden vivir felices". Tienen importancia aún mayor, a largo plazo, los numerosos comienzos de obras de autoayuda y reformas que son ahora evidentes.

Desde 1961, diez países latinoamericanos —Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Costa Rica, la República Dominicana, El Salvador, México, Panamá y Venezuela— han adoptado reformas en la estructura de sus sistemas impositivos. Doce países mejoraron sus leyes y la administración de sus impuestos a los réditos.

En Venezuela, en la República Dominicana y en dos Estados del Brasil se han emprendido nuevos planes en gran escala para mejorar la utilización de la tierra y la reforma agraria. Planes más limitados están en desarrollo en Chile, Colombia, Panamá, Uruguay y América Central.

Seis países latinoamericanos —Colombia, Chile, Bolivia, Honduras, México y Venezuela— han presentado proyectos de desarrollo a la comisión de peritos de la Organización de los Estados Americanos. La comisión ha considerado e informado sobre los tres primeros y pronto dará a conocer sus puntos de vista sobre el resto.

Visto contra el telón de fondo de décadas de negligencia —o, en el mejor de los casos, intermitentes olas de atención a los problemas básicos— el comienzo logrado es alentador. Quizá lo más significativo de todo sea el cambio en el corazón y en la mente de la gente; la creciente voluntad de desarrollar a sus países. Sólo podemos ayudar a los latinoamericanos a salvarse a sí mismos. Por eso es que los dirigentes latinoamericanos responsables deben responder a esta voluntad popular con un mayor sentido de urgencia y decisión, para evitar que las aspiraciones se conviertan en frustraciones y las esperanzas en desesperación. Las leyes pendientes de reforma deben ser dictadas; los reglamentos ya en los libros deben ser puestos en práctica; los mecanismos para la realización de los proyectos deben ser organizados y afianzados. Estas medidas no son fáciles, como nos lo enseña nuestra propia experiencia, pero deben ser tomadas.

Tenemos el propósito de concentrar nuestro apoyo a la América Latina en los países adheridos a los principios establecidos en la Carta de Punta del Este, y de colaborar con nuestros vecinos para indicar más concretamente los cambios de política, las reformas y las medidas de autoayuda necesarias para que nuestra ayuda sea eficaz y la Alianza tenga éxito. La recomendación de la Comisión Clay, en el sentido de que continuemos expandiendo nuestros esfuerzos por alentar la integración económica dentro de la región y el aumento del comercio entre los países de América Latina, tiene un gran mérito. La decisión de los presidentes centroamericanos de avanzar valientemente en ese sentido, me impresionó considerablemente durante mi reciente reunión con ellos en San José, Costa Rica; y la Agencia para el Desarrollo Internacional ha establecido ya una oficina regional en América Central;

presta apoyo a un banco regional de desarrollo y ha participado en las conferencias de comercio regional.

Se ha marcado un principio en los dos primeros años de la Alianza; pero el trabajo todavía por hacerse debe ser afrontado con ininterrumpido apremio. Muchos de los elementos que pueden forjar una década de éxito se hallan al alcance de la mano y está claro el curso básico para el futuro. Resta a todas las partes que integran la Alianza proporcionar la voluntad y el esfuerzo continuados que son necesarios para avanzar sostenidamente por ese camino.

## V. LA LEGISLACION RESPECTIVA PARA ESTE AÑO

Si se traducen los hechos y principios en costos y asignaciones para el plan, y en las bases para la aplicación de los patrones establecidos más arriba y afirmados por la Comisión Clay, se obtienen los siguientes resultados:

1. Se espera economizar más de 200 millones de dólares en fondos de ayuda económica actualmente disponibles, no utilizándolos en el año fiscal actual, y más de 100 millones de esos fondos seguirán disponibles para prestarlos en el futuro;

2. Además de las economías que se trasladarán al año venidero, un cuidadoso estudio indica que pueden hacerse numerosas reducciones en los cálculos originales del presupuesto para la ayuda económica y militar, sin grave daño para los intereses nacionales.

Unidos, estos factores permiten una reducción de 4.900 a 4.500 millones de dólares en los cálculos del presupuesto original. Esta cantidad refleja una reducción anticipada en la ayuda militar y económica a varios países, en consonancia con estos patrones y recomendaciones, así como inevitables aumentos en otros. Los principales aumentos netos propuestos en las asignaciones para 1964 son los siguientes:

— 235 millones adicionales para préstamos en América Latina: 125 millones por medio de la Agencia para el Desarrollo Internacional, y 200 millones por medio del Fondo Fiduciario de Progreso Social, administrado en representación de los Estados Unidos por el Banco Interamericano de Desarrollo (para lo cual no se necesitó ninguna partida en el año fiscal 1963 porque el año anterior se había fijado una por dos años);

— 85 millones de dólares adicionales para préstamos en otras partes del mundo, principalmente en países como la India, Pakistán y Nigeria, que están respondiendo a los niveles elevados de autoayuda y progresos fiscales y económicos que permiten que nuestra ayuda se encamine directamente hacia la autoayuda final y plena;

— 80 millones de dólares adicionales para ayuda militar, inclusive las mayores necesidades para la India (pero, todavía, muy por debajo del nivel fiscal de 1961); y

— 50 millones de dólares adicionales para el fondo de emergencia, que proporciona una flexibilidad indispensable para nuestra seguridad. No podemos ignorar la posibilidad de que surjan nuevas amenazas similares a las de Laos o Vietnam en zonas que ahora parecen tranquilas, o que se abran nuevas oportunidades de lograr progresos importantes en la causa de la libertad. La política de la ayuda al exterior no puede mantenerse estática como no lo puede ser la política internacional en sí.

Creo necesario y deseable que el Congreso propor-

cione estos fondos para responder a las necesidades del plan, y para disponer de ellos para las oportunidades del mismo programa. Los fondos que no sean necesarios dentro del programa, cada vez más selectivo, y dentro de las exigencias de nuestros planes de ayuda, no serán gastados ni comprendidos, como no lo fueron este año.

Un cambio relativamente menor que propongo es una autorización separada para la asignación de fondos para ayudar a las escuelas y hospitales norteamericanos en el exterior. Muchas de estas escuelas, auspiciadas por norteamericanos, han tenido mucho éxito en los países en desarrollo, para proporcionar una educación basada en patrones norteamericanos. Hasta ahora se ha hecho llegar cierta ayuda a estas escuelas con fondos de ayuda económica general, pero esta asistencia es cada vez menos adecuada. La autorización y las asignaciones separadas se utilizarían para ayudar a estas escuelas a desarrollar programas a largo plazo para establecerse sobre bases financieras más sanas, llegando a hacerse gradualmente independientes —si es posible— de la ayuda gubernamental norteamericana.

Finalmente, solicito al Congreso que en esta legislación enmiende la sección de la Ley de Expansión Comercial que exige que se niegue un trato arancelario equitativo a las importaciones procedentes de Polonia y Yugoslavia. Es indicado que esta enmienda se incorpore a este proyecto de ley, pues tengo el convencimiento de que el comercio y otras formas de las relaciones normales constituyen una base más sólida que la ayuda para nuestras futuras relaciones con esos países.

## VI. CONCLUSION

Para terminar, permítaseme volver a destacar la tremenda importancia de los esfuerzos en que estamos empeñados.

En estos momentos de la historia podemos volver la vista atrás y posarla en muchos triunfos de la lucha por preservar la libertad. Nuestra nación sigue todavía conquistando diariamente invisibles victorias en la lucha contra la subversión comunista en los barrios bajos y las aldeas, en hospitales y escuelas, y en las oficinas gubernamentales, dentro de un mundo decidido a elevarse a sí mismo. Dos siglos de labor de pioneros y de crecimiento deben ser introducidos en decenios y hasta años. Es un campo de acción para el cual nuestra historia nos ha preparado, al cual nos han aproximado nuestras aspiraciones y hacia el cual nos mueve nuestro interés nacional.

En el mundo pueden verse las resquebrajaduras en el mecanismo monolítico de nuestro adversario. El momento actual es de visión, de paciencia, de trabajo y de buen juicio para el pueblo norteamericano. Para bien o para mal, somos quienes marcamos el ritmo. El líder de la libertad no puede flaquear ni vacilar; de lo contrario, será otro el que marque el ritmo.

Nos hemos atrevido a calificar a esta década de década del desarrollo. Pero no es la elocuencia de nuestros "slogans" sino la calidad de nuestro esfuerzo lo que decidirá si esta generación de norteamericanos merece el puesto de conductores que la historia ha puesto sobre nuestros hombros.

10 de junio de 1963

## ESTRATEGIA DE PAZ

"Pocas cosas terrenales hay más hermosas que una Universidad" —escribió John Mansfield en su homenaje a las universidades inglesas— y sus palabras son igualmente ciertas aquí. No se refería a las espirales y torres, al césped y a las paredes cubiertas de plantas trepadoras, admiraba la espléndida belleza de la universidad, dijo, porque se trataba de "un lugar en el que los que odian la ignorancia pueden esforzarse en aprender, donde se percibe la verdad para luego esforzarse en hacer que otros la vean".

### EN BUSCA DE UN PAZ GENUINA

"He elegido, por consiguiente, este lugar y esta oportunidad para tratar de un tema en torno al cual suele haber gran ignorancia y sobre el cual es muy raro que se perciba la verdad, y sin embargo, se trata del tema más importante de la tierra: la Paz.

¿A qué clase de paz me refiero? ¿Qué clase de paz perseguimos? No una "Pax" norteamericana impuesta al mundo por las armas de guerra norteamericanas. Tampoco la paz de la tumba o la seguridad del esclavo. Estoy hablando de la paz auténtica; la clase de paz que hace que merezca vivirse la vida en el mundo; la clase de paz que permite a los hombres y las naciones crecer y confiar y construir una vida mejor para sus hijos; no sólo la paz para los norteamericanos, sino para todos los hombres; no sólo la paz en nuestro tiempo sino para todos los tiempos.

Hablo de paz debido al nuevo aspecto de la guerra. La guerra total carece de sentido en una época en la que las grandes potencias pueden mantener grandes y relativamente invulnerables fuerzas nucleares y negarse a rendirse sin antes recurrir a dichas fuerzas. Carece de sentido en una época en que una sola arma nuclear contiene casi diez veces la fuerza explosiva desencadenada por todas las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra Mundial. Carece de sentido en un época en que los venenos mortales producidos por el intercambio nuclear serían llevados por el viento, y el agua y la tierra y las semillas a lejanos rincones del globo y transmitidos a las generaciones por venir.

En la actualidad, el gasto de miles de millones todos los años, en la adquisición de armas para el propósito de asegurar que nunca necesitaremos usarlas, es esencial al mantenimiento de la paz. Pero seguramente la acumulación de tales reservas ociosas de armamentos —que sólo pueden destruir y nunca crear— no es el único medio, y mucho menos el más eficiente de consolidar la paz.

Hablo de paz, por lo tanto, como el objetivo necesario e inteligente del hombre racional. Comprendo que la búsqueda de la paz no es tan dramática como la de la guerra, y frecuentemente las palabras del que trata de alcanzarla caen en oídos sordos. Pero no tenemos una tarea más apremiante.

Algunos dicen que es inútil hablar de la paz mundial o de la ley internacional o del desarme general, y que será inútil hasta que los dirigentes de la Unión So-

viética adopten una actitud más comprensiva. Espero que ellos la adopten. Creo que nosotros podemos ayudarlos en tal sentido. Pero creo también que debemos nosotros reexaminar nuestra propia posición —como individuos y como nación— pues nuestra actitud es tan importante como la de ellos. Y cada graduado de esta escuela, cada ciudadano responsable que repudia la guerra y desea ayudar al logro de la paz, debiera comenzar por mirar dentro de sí mismo, por examinar su propia disposición hacia las posibilidades de paz, hacia la Unión Soviética, hacia el proceso de la guerra fría y hacia la libertad y la paz dentro de los Estados Unidos.

Primero: permítasenos examinar de nuevo nuestra posición hacia la paz misma. Muchos piensan que es imposible. Otros muchos creen que es irreal. Pero esa es una opinión peligrosa, derrotista, que lleva a la conclusión de que la guerra es inevitable, que la Humanidad está condenada a la destrucción, que estamos apresados por fuerzas que no podemos controlar.

No es necesario que aceptemos tal criterio. Nuestros problemas han sido creados por el hombre, por lo tanto, pueden ser resueltos por el hombre. Y el hombre puede ser tan grande como quiera serlo. Ningún problema que afecte al destino de la Humanidad está más allá de la posibilidad de su solución por los seres humanos. La razón y el espíritu del hombre han resuelto frecuentemente lo que parecía insoluble, y nosotros entendemos que han de hacerlo de nuevo.

No me refiero al concepto infinito y absoluto de la paz universal ni a las fantasías y fanatismos con que todavía sueñan algunas personas de buena voluntad. No niego el valor de las esperanzas y sueños, pero si hiciéramos de ellos nuestra meta única e inmediata, sólo contribuiríamos al desaliento y la incredulidad.

Enfoquemos nuestra atención, en lugar de ello, en una paz más práctica, en una paz más asequible, basada no en una repentina revolución de la naturaleza humana, sino en una evolución gradual de las instituciones humanas, en una serie de acciones concretas y de convenios efectivos convenientes para todos los interesados. No existe una sola y simple clave de esta paz; ninguna gran y mágica fórmula que pudieran adoptar una o dos grandes potencias. La paz auténtica tiene que ser el producto de muchas naciones, la suma de muchos actos. Tiene que ser dinámica, no estática, cambiante para hacer frente a los ineludibles problemas de cada generación, porque la paz es un proceso, un modo de resolver problemas.

Con una paz así, habrá todavía disputas e intereses en conflicto, como las hay en las familias y naciones. La paz mundial, como la paz comunal, no exige que cada hombre ame a su prójimo; exige sólo que vivan juntos con mutua tolerancia, sometiendo sus controversias para que sean resueltas con paz y justicia. Y la historia nos enseña que las enemistades entre naciones, al igual que entre individuos, no duran para siempre. Por muy arraigadas que puedan parecer nuestras simpatías y antipatías, la marea del tiempo y de los acontecimientos trae

con frecuencia sorprendentes cambios en las relaciones que existen entre naciones y vecinos.

## PERSEVEREMOS

Perseveremos. La paz no es impracticable, ni inevitable la guerra. Al definir más claramente nuestra meta, al hacer que parezca más dúctil y menos remota, podemos ayudar a todos los pueblos a verla, a nutrir de ella su esperanza, y a aproximarse irrisistiblemente a ella.

Segundo: Examinemos nuestra actitud frente a la URSS. Causa desaliento pensar que sus dirigentes crean realmente lo que escriben constantemente sus propagandistas. Causa desaliento leer un reciente texto soviético sobre estrategia militar, y encontrar, en página tras página, alegatos totalmente bajos e increíbles, como por ejemplo el de que "los círculos imperialistas norteamericanos están haciendo preparativos para desencadenar diferentes clases de guerras. . . De que existe la muy palpable amenaza de que los imperialistas norteamericanos desencadenen una guerra preventiva contra la Unión Soviética. . . (y de que) el objetivo político que persiguen los imperialistas norteamericanos es esclavizar económica y políticamente a los países de Europa y a otras naciones capitalistas. . . (y) llegar a dominar el mundo. . . por medio de guerras de agresión".

Verdaderamente que, como se ha escrito hace largo tiempo, "huye el malvado sin que nadie lo persiga". Aún así, es triste leer estas declaraciones de los rusos, y comprobar la magnitud de la distancia que media entre nosotros. Sin embargo, también es una advertencia; una advertencia al pueblo norteamericano para que no caiga en la misma trampa que los rusos, para que no tenga sólo la visión deformada y desesperada de la otra parte, para que no vea el conflicto como algo inevitable, la adaptación como algo imposible, y la comunicación como nada más que un intercambio de calificativos y amenazas.

Ningún gobierno o sistema social es tan malvado, que su pueblo deba considerarse exento de virtudes. Como americanos, el comunismo nos es profundamente repugnante como negación de la libertad personal y la dignidad. Pero podemos no obstante aplaudir al pueblo soviético por sus muchas realizaciones: en la ciencia y el espacio sideral, en el desarrollo económico e industrial, en la cultura y en los actos de valor.

Entre los muchos rasgos que los pueblos de nuestros dos países tienen en común, ninguno es más fuerte que nuestro mutuo aborrecimiento de la guerra. Se da el caso casi único de que entre las grandes potencias del mundo nuestras dos naciones no han estado nunca en guerra entre sí. Y en la historia de los conflictos armados ninguna otra nación ha sufrido más que lo que sufrió Rusia en la Segunda Guerra Mundial. Por lo menos 20 millones (de personas) perdieron la vida. Innumerables millones de casas y granjas fueron saqueadas o incendiadas. La tercera parte del territorio de la nación, incluidas cerca de las dos terceras partes de su base industrial, quedó transformada en escombros, pérdida equivalente a la destrucción de todo el territorio norteamericano que se extiende al Este de Chicago.

Hey, si la guerra estallara de nuevo —no importa cómo— nuestros dos países se convertirían en los blancos principales. Es un hecho irónico pero cierto que las dos potencias más poderosas son las que se hallan en mayor

peligro de devastación. Todo lo que hemos construido, todo aquello por lo cual hemos trabajado, quedaría destruido. Y aun en la guerra fría —que crea gravámenes y peligros a tantos países, inclusive los más estrechos aliados de nuestra nación— nuestros dos países soportan la carga mayor. Pues ambos estamos dedicando vastas sumas a la adquisición de numerosos armamentos que pudieran utilizarse mejor para combatir la ignorancia, la pobreza y la enfermedad. Estamos ambos cogidos en un círculo vicioso y peligroso en el cual la sospecha en una parte suscita la sospecha en la otra, y en el cual nuevas armas dan origen a otras que las contrarresten.

En resumen, los Estados Unidos y sus aliados, y Rusia y sus aliados, tienen un interés mutuo y profundo en una paz genuina y justa, y en detener la carrera de armamentos. Llegar a acuerdos en tal sentido constituye un interés tanto para la Unión Soviética como para nosotros, y aún puede confiarse en que las naciones más hostiles acepten y cumplan las obligaciones de tales tratados, y sólo esas obligaciones, que redundan en su propio interés.

## TODOS SOMOS MORTALES

Así, no seamos ciegos a nuestras diferencias, y enfoquemos también nuestra atención directa en nuestros intereses comunes y en los medios por los cuales tales diferencias pueden ser resueltas. Y si no podemos eliminar nuestras divergencias, al menos podemos hacer que exista un mundo en que pueda vivirse con seguridad no obstante la diversidad de criterios, pues, en un análisis último, nuestro vínculo más importante es el hecho de que habitamos todos en este planeta. Todos respiramos el mismo aire. Todos luchamos por el futuro de nuestros hijos. Y todos somos mortales.

Tercero: permítasenos reexaminar nuestra propia actitud hacia la guerra fría. Permítasenos recordar que no estamos enfrascados en un debate, tratando de acumular argumentos polémicos. No estamos aquí para lanzar acusaciones o para apuntar con el dedo del fiscal a nadie. Debemos aceptar el mundo tal como es, y no como hubiera podido ser si la historia de los últimos dieciocho años hubiera sido distinta.

Debemos, por tanto, perseverar en la búsqueda de la paz, en la esperanza de que cambios constructivos dentro del bloque comunista permitan llegar a soluciones que están ahora más allá de nuestro alcance. Debemos dirigir nuestros asuntos en tal forma, que se convierta en cuestión de interés para los comunistas llegar al logro de una genuina paz. Sobre todo, al mismo tiempo que defendemos nuestros intereses básicos, las potencias nucleares deben evitar confrontaciones que presenten al adversario el dilema de escoger entre una retirada humillante o una guerra nuclear. Adoptar este último curso de acción en la edad nuclear, sería sólo la prueba de la bancarrota de nuestra política, o un deseo de llevar a la muerte colectiva al mundo.

Para garantizar la consecución de estos fines, las armas de los Estados Unidos no son proocativas, están cuidadosamente controladas, se han concebido para disuadir a posibles agresores, y permiten que se haga de ellas un uso selectivo. Nuestras fuerzas militares están consagradas a la paz y disciplinadas para saber contenerse. Nuestros diplomáticos tienen instrucciones de evitar actos

irritantes innecesarios o una actitud hostil meramente retórica.

Porque podemos aspirar a que disminuya la tensión sin disminuir por eso nuestra previsión. Y, por nuestra parte, no necesitamos hacer uso de amenazas para probar nuestra resolución. No necesitamos interceptar artificialmente las emisiones radiales extranjeras por miedo de que vaya a quebrantarse nuestra fe. No estamos dispuestos a imponer nuestro sistema a ningún pueblo que no esté dispuesto a aceptarlo, pero sí estamos dispuestos a tomar parte en una competencia pacífica con cualquier otro sistema de la tierra y podemos hacerlo.

Entretanto, tratamos de vigorizar a las Naciones Unidas, de coadyuvar en la solución de sus problemas financieros, de convertirla en un instrumento pacífico más eficaz, de desarrollarla para que llegue a ser un auténtico sistema de seguridad mundial; un sistema capaz de resolver las controversias basándose en la ley, de garantizar la seguridad de grandes y pequeños, y de crear aquellas condiciones en que las armas puedan ser abolidas por fin.

Al mismo tiempo, tratamos de mantener la paz dentro del mundo no comunista, en el que muchas naciones, todas ellas amigas nuestras, están divididas con motivo de asuntos que debilitan la unidad Occidental, que incitan la intervención del comunismo, o que amenazan con dar lugar a que irrumpa una guerra. Nuestros esfuerzos en la Nueva Guinea Occidental, en el Congo, en el Medio Oriente y en el Subcontinente Indio, han sido persistentes y pacientes, a pesar de las críticas de ambos lados. Hemos tratado asimismo de dar un ejemplo a los demás tratando de llegar a un arreglo sobre pequeñas pero importantes diferencias con nuestros vecinos más próximos de México y el Canadá.

#### DEFENDEREMOS BERLÍN OCCIDENTAL

Al hablar de otros países, quisiera poner un punto en claro. Estamos ligados a muchas naciones por medio de alianzas. La existencia de estas alianzas se debe a que nuestros intereses y los suyos se sobreponen en gran parte. Nuestro compromiso de defender la Europa Occidental y el Berlín Occidental, por ejemplo, se mantiene incólume debido a la identidad de nuestros intereses vitales. Los Estados Unidos no harán trato alguno con la Unión Soviética a expensas de otras naciones u otros pueblos, no simplemente porque estén asociados con nosotros, sino porque sus intereses y los nuestro coinciden.

Nuestros intereses convergen no sólo en defender las fronteras de la libertad, sino también en buscar los caminos de la paz. En nuestra esperanza —y el propósito de la política de las naciones aliadas del mundo libre— convencer a la Unión Soviética de que ella, también debiera permitir que cada nación decida su propio futuro, en la misma medida en que tal decisión no interfiera con las decisiones de los otros. La campaña comunista para imponer a los otros países su sistema económico y político es la causa de la tensión del mundo de hoy. Pues no puede haber dudas de que si todas las naciones se abstuviesen de interferir en la libre determinación de las otras, la paz del mundo estaría mucho más consolidada.

Esto exigirá un nuevo esfuerzo para cumplir la ley internacional, así como un nuevo enfoque en los debates sobre problemas mundiales. Exigirá también una mayor

comprensión entre la Unión Soviética y nosotros. Ese mayor entendimiento hará necesario a su vez el aumento de las comunicaciones y contactos. Un paso en tal dirección es el arreglo propuesto para una línea directa entre Moscú y Washington, a fin de evitar en cada lado las dilaciones peligrosas, las faltas de comprensión y las malas interpretaciones de los actos de los demás, que pudieran ocurrir en un tiempo de crisis.

Hemos estado hablando también en Ginebra acerca de las medidas que deben adoptarse como el primer paso para el control de armamentos, con la finalidad de limitar la intensidad de la carrera armamentista y reducir los riesgos de guerra accidental.

Sin embargo, nuestro objetivo principal y de largo alcance en Ginebra es el de obtener un desarme general y completo, que se lleve a cabo por etapas, y que permita las realizaciones políticas paralelas para construir las nuevas instituciones pacíficas que reemplacen a aquellas dedicadas actualmente a producir armamentos. Desde el año de 1920, el Gobierno de los Estados Unidos ha tratado de obtener el desarme. Los tres gobiernos últimos han trabajado con presteza en tal empeño. Y por muy tenuous que sean las perspectivas en la actualidad, tratamos de continuar este esfuerzo, para que todos los países, incluso el nuestro, puedan apreciar mejor cuáles son realmente los problemas y posibilidades del desarme.

La única zona importante de estas negociaciones en que el resultado final está a la vista —y en que se necesita sin embargo un nuevo comienzo— es en lo relativo a un tratado para prohibir las pruebas nucleares. La conclusión de tal tratado —tan cerca y sin embargo tan lejos— contendría la carrera de armas en espiral en una de sus zonas más peligrosas. Colocaría también a las potencias nucleares en una posición de negociar más efectivamente respecto a uno de los peligros que la Humanidad afronta. El aumento cada vez mayor de las armas nucleares. Mejoraría nuestra seguridad y disminuiría las perspectivas de guerra. Seguramente este objetivo es lo bastante importante para exigir de nosotros su firme búsqueda, no cediendo ni a la tentación de cejar en el esfuerzo conjunto ni a la de flaquear en nuestra insistencia en aspectos esenciales para su salvaguardia.

#### DOS DECISIONES IMPORTANTES

Aprovecho por eso esta ocasión para dar a conocer dos decisiones importantes que se han tomado a este respecto:

Es la primera, que los Primeros Ministros Khrushchev y Macmillan y yo hemos convenido en iniciar dentro de poco en Moscú conversaciones de alto nivel encaminadas a llegar a un rápido acuerdo sobre un tratado general de prohibición de pruebas nucleares. La cautela que aconseja la historia nos hace mitigar nuestra esperanza, pero esta esperanza va acompañada de la que abraza la Humanidad entera.

La segunda decisión es que para poner en claro nuestra buena fe y solemne convicción en el asunto, declaro en este instante que los Estados Unidos se proponen no llevar a cabo pruebas nucleares en la atmósfera, en tanto que los demás Estados hagan lo propio. No seremos los primeros en reanudar las

pruebas. Esta declaración no substituye a un tratado solemne, pero confío que nos ayudará a llegar a él. Tampoco ese tratado substituirá al desarme, pero confío que nos ayudará a llegar a él.

Por último, conciudadanos, volvamos a examinar nuestra actitud frente a la paz y la libertad en nuestro país. Las virtudes y espíritu de nuestra sociedad debe justificar y secundar nuestros esfuerzos en el extranjero. Debemos demostrarlos con la abnegación de nuestra propia vida, como muchos de vosotros, que asistís a este acto de entrega de diplomas, tendréis ocasión de hacer, prestando servicio gratuitamente en el extranjero, en el cuerpo de paz, o bien, dentro del país, en el proyectado cuerpo de Servicio Nacional.

Sin embargo, dondequiera que estemos, debemos todos, en nuestra vida diaria, honrar el antiguo principio de que la paz y la libertad van una junto a la otra. Hoy, en demasiadas de nuestras ciudades, la paz no está asegurada porque la libertad es incompleta. Es deber del Poder Ejecutivo de los gobiernos, en todos sus niveles, facilitar y proteger esa libertad para todos los ciudadanos por todos los medios que estén dentro de sus facultades. Es deber del Poder Legislativo, en todos sus niveles, dondequiera que la autoridad no sea adecuada, hacer que lo sea. Y es deber de todos los ciudadanos, de todos los sectores, respetar los derechos de todos los demás y respetar la ley del lugar.

#### PAZ UN DERECHO HUMANO

Todo esto no deja de tener que ver con la paz mundial. "Cuando la conducta de un hombre", dicen las

Escrituras, "complace al Señor, hace que hasta sus enemigos estén en paz con El". Y, en resumidas cuentas, ¿no es la paz esencialmente un asunto de los derechos humanos, el derecho de vivir nuestra vida sin temor a la devastación, el derecho de respirar el aire como la naturaleza nos lo brinda, el derecho de las generaciones venideras a una existencia libre de enfermedades?

Al mismo tiempo que procedemos a salvaguardar nuestros intereses nacionales, procuremos también proteger los intereses de la Humanidad. Y la eliminación de la guerra y de los armamentos actúa sin duda, en favor de ambos objetivos. Ningún tratado, por muy ventajoso que resulte para todos, por muy cuidadosamente que sea escrito, puede brindar una seguridad absoluta contra los riesgos del engaño y del incumplimiento. Pero puede —si es suficientemente efectivo en su realización y suficientemente favorable a los intereses de sus firmantes— ofrecer mucha mayor seguridad y reducir mucho más los riesgos de guerra que una carrera de armamentos sin control, irrestricta e imprevisible.

Los Estados Unidos, como sabe el mundo, nunca iniciarán una guerra. Nosotros no queremos una guerra. Tampoco la esperamos. Esta generación de norteamericanos ya ha tenido suficiente cantidad —y más que suficiente— de guerras, odios y opresión. Estaremos preparados para la guerra si otros la desean. Estaremos alertas para tratar de impedirla. Pero haremos también nuestra parte en construir un mundo de paz, donde el débil pueda sentirse seguro y el poderoso sea justo. No nos sentimos desalentados ante esta tarea ni nos falta fe en su éxito final. Con plena confianza y sin temor, trabajamos con ahinco no en una estrategia de aniquilación, sino en una estrategia de paz.

4 de noviembre de 1963

### PROCLAMA DEL DIA DE ACCION DE GRACIAS

Hace más de tres siglos, nuestros antepasados en Virginia y Massachusetts, lejos del hogar, en una solitaria inmensidad, establecieron un día para dar Gracias. En el día señalado, ellos expresaron gratitud reverente por disfrutar de seguridad, por la salud de sus hijos, por la abundancia de sus cosechas, por el afecto que los vinculaba y por la fe que les permitía estar unidos a Dios.

Así también cuando las colonias alcanzaron su independencia, nuestro primer Presidente, en el primer año de su gobierno, proclamó el día 26 de noviembre de 1789 como "Día Nacional de Acción de Gracias y de oraciones, para ser observado mediante el reconocimiento, por nuestros corazones agradecidos, de los muchos favores recibidos del Altísimo", y exhortó al pueblo de la nueva República a que rezara "para pedir a Dios que perdone nuestras culpas... para que nos conceda el conocimiento y práctica de la religión y la virtud verdadera... y en general para que conceda a toda la Humanidad un grado tal de prosperidad temporal como crea Dios que es mejor".

Y así, también, en medio de la trágica Guerra Civil norteamericana, el Presidente Lincoln proclamó el último jueves de noviembre de 1863 como un día para expresar de nuevo nuestra gratitud por los "campos llenos de fruto"

de los Estados Unidos, por nuestra "fuerza y vigor nacionales", y por todas las bondades recibidas.

Mucho tiempo ha pasado desde que los primeros colonos llegaron a las costas rocosas y los sombríos bosques de un continente desconocido; mucho tiempo hace que el Presidente Lincoln vio a la Nación norteamericana sumida en los horrores de una guerra fratricida; y en todos estos años nuestra población, nuestra abundancia y nuestra fuerza han aumentado rápidamente.

Somos hoy una Nación de casi 200 millones de seres, que se extiende de costa a costa, y hasta dentro del Pacífico, y al norte, hasta el Artico, una Nación que goza de los frutos de una agricultura y una industria que no dejan de aumentar, y que alcanza niveles de vida desconocidos hasta ahora en la historia. Humildemente, damos las gracias por todo esto.

Con todo, conforme ha crecido nuestra fuerza, de igual manera ha aumentado nuestro riesgo. Hoy, damos las gracias a la mayoría de nuestros antepasados, por la rectitud de propósito, la constancia de decisión y fuerza de voluntad, por la valentía y la humildad que poseían y que debemos tratar cada día de emular. Al expresar nuestra gratitud, no debemos olvidar nunca que la forma más alta

de rendir tributo no es pronunciar palabras, sino vivir de acuerdo con nuestros ideales.

En consecuencia, proclamemos nuestra gratitud a la Providencia por estos múltiples bienes; mostrémosnos humildemente agradecidos por los ideales que hemos heredado; tomemos la resolución de compartir estos bienes y estos ideales con los demás seres humanos del mundo.

Por consiguiente, yo, John F. Kennedy, Presidente de los Estados Unidos de América, de acuerdo con la resolución conjunta del Congreso aprobada el 26 de diciembre de 1941, que designa al cuarto jueves de noviembre de cada año Día de Acción de Gracias, proclamo el jueves,

28 de noviembre de 1963, Día de Acción de Gracias con carácter nacional.

Ese día, reunámonos en los lugares sagrados dedicados a la oración y en los hogares bendecidos por el afecto familiar para expresar nuestra gratitud por los gloriosos presentes de Dios; y, profunda y humildemente, pidámosle que continúe guiándonos y sustentándonos durante la gran tarea pendiente de alcanzar la paz, la justicia y la comprensión entre los hombres y las naciones y la de acabar con la miseria y el sufrimiento dondequiera que existan.

22 de noviembre de 1963

## DISCURSO QUE NO FUE PRONUNCIADO

Tengo el honor de aceptar esta invitación para hablar ante el Consejo de Ciudadanos y los Miembros de la Asamblea de Dallas, y aprovecho esta oportunidad para saludar al Centro de Estudios de Investigación del Sudoeste.

Es apropiado que estos dos símbolos del progreso de Dallas se hayan unido para patrocinar este acto. Pues ellos son los mejores exponentes de la Jefatura Cívica y la Enseñanza en esta ciudad, y Jefatura Cívica y Enseñanza son indispensables entre sí.

El adelanto en la enseñanza depende del espíritu directivo de la comunidad en cuanto al apoyo financiero y político, y los resultados de esta enseñanza son a su vez esenciales para las esperanzas de este espíritu de dirección en lo que respecta a un progreso y prosperidad continuos. No es una coincidencia que esas comunidades que poseen lo mejor en materia de estudios de investigación y en medios de estudio —desde el Instituto de Tecnología de Massachusetts, hasta el Instituto de Tecnología de California— tiendan a traer a las industrias nuevas y crecientes. Congratulo a aquellos de ustedes que aquí, en Dallas, han reconocido estos hechos básicos, mediante la creación del singular y progresista Centro de Estudios de Investigación.

Este enlace entre el espíritu directivo y la instrucción es, no solamente esencial en las comunidades, sino que es aún más indispensable en lo que respecta a los asuntos mundiales. La ignorancia y la falta de información, pueden ser no sólo un obstáculo para el progreso de una ciudad o de una empresa sino que pueden constituir un impedimento para la seguridad de este país, si se permite que prevalezcan en la política exterior, en un mundo de complejos y constantes problemas, en un mundo lleno de frustraciones e irritaciones, el espíritu directivo de las Américas debe tener por guía la luz del saber y la razón. De otra manera, aquellos que confunden la retórica con la realidad y lo plausible con lo posible, obtendrán mayor ascendiente popular con sus soluciones, aparentemente rápidas y simples, de todos los problemas mundiales.

Habrán siempre voces disidentes dentro del país, que expresen criterios de oposición sin alternativas, que encuentren errores y ningún acierto, que perciban tinieblas en todo y traten de influir sin asumir responsabilidades. Tales voces son inevitables.

Pero otras voces se escuchan actualmente en la Nación, que divulgan doctrinas totalmente ajenas a la realidad, totalmente inadecuadas a estos tiempos, doctrinas que al parecer suponen bastan las palabras, sin armas, que el vituperio es tan bueno como la victoria y que la paz es un signo de flaqueza. En un momento en que está disminuyendo la deuda Nacional, y su gravamen consiguiente sobre nuestra economía, ellos ven en esa deuda la mayor amenaza a nuestra seguridad. En un momento en que estamos rebajando el número de empleados Federales que prestan servicios a toda la ciudadanía, ellos temen a estas supuestas hordas de empleados públicos más que las hordas de carne y hueso de ejércitos enemigos.

No podemos esperar que todas las personas, para utilizar la frase de hace una década, "hablen sensatamente al pueblo norteamericano".

Pero podemos esperar que sean menos los que escuchan a los insensatos. Y la idea de que este país marcha hacia la derrota debido al déficit financiero, o de que el poderío es sólo cuestión de lemas, no es más que pura insensatez.

Deseo discutir hoy con ustedes la situación actual de nuestra fuerza y nuestra seguridad porque el asunto requiere evidentemente las más delicadas cualidades del espíritu directivo y los más acertados frutos del saber. Esta Nación no obtiene la fuerza y la seguridad con facilidad ni baratura, ni pueden aquellas explicarse rápida y sencillamente. Hay muchas clases, la nuclear abrumadora, no puede poner fin a una guerra de guerrillas. Los pactos solemnes de Alianza no pueden poner fin a la subversión interna. La exhibición de la riqueza material no puede poner fin a la desilusión de aquellos diplomáticos que han sido víctimas de la discriminación.

Sobre todo, sólo las palabras no bastan. Los Estados Unidos son una Nación pacífica. Y en aquellos puntos en los que nuestra fuerza y determinación son claras, sólo se requiere que nuestras palabras sean convincentes, no beligerantes. Si somos fuertes, nuestra fuerza hablará por sí sola. Si somos débiles, las palabras serán inútiles.

Me doy cuenta de que esta Nación tiende a menudo a identificar los acontecimientos decisivos de carácter internacional con los discursos importantes que les precedieron. Sin embargo, no fue la doctrina de Monroe la que

mantuvo a toda Europa alejada de este Hemisferio; fue la Fuerza de la Flota Británica y la anchura del Océano Atlántico. No fue el discurso que pronunció en Harvard el General Marshall lo que mantuvo alejado de la Europa Occidental el comunismo; fue la fuerza y la estabilidad que representaban nuestra ayuda militar y económica.

En esta administración ha sido también a veces necesario hacer ciertas advertencias específicas, la advertencia de que no podíamos ver indiferentes que los comunistas conquistaran Laos por la fuerza, o verlos intervenir en el Congo, o tragarse a Berlín Occidental o mantener proyectiles ofensivos en Cuba. Pero aun cuando se alcanzaron los objetivos en estos y otros casos, por lo menos temporalmente, nuestra defensa con éxito de la libertad se debió, no a las palabras que utilizamos, sino a la fuerza que estábamos dispuestos a usar en defensa de los principios que estamos dispuestos a defender.

Esta fuerza se compone de muchos elementos diferentes, que van de los disuasivos más sólidos hasta las más sutiles influencias. Y se requieren todos los tipos de fuerza, porque ninguna por sí sola podría cumplir su objetivo. Por consiguiente, hagamos aquí una pausa para analizar el progreso de cada una de las facetas de la potencia de nuestro país.

En primer lugar, como puso muy en claro el Secretario de Defensa McNamara en su discurso del lunes pasado, el poderío estratégico nuclear de los Estados Unidos ha sido tan inmensamente modernizado y ampliado en los últimos mil días, en virtud de la rápida producción y despliegue de los sistemas más modernos de proyectiles dirigidos, que cualquiera y todos los posibles agresores se enfrentan hoy claramente con la imposibilidad de una victoria estratégica, además de la certeza del aniquilamiento total, si algún día, mediante un ataque temerario, nos pusieran en el caso de responder estratégicamente.

En menos de tres años, hemos aumentado en un 50 por ciento el número de submarinos dotados de Proyectiles Polaris que se había proyectado tener listos no después del próximo año fiscal; hemos aumentado en más de un 70 por ciento el programa total de adquisición de Proyectiles Polaris; hemos aumentado en más de un 75 por ciento nuestro programa de adquisición de Proyectiles "Minuteman"; hemos aumentado en un 50 por ciento la parte de nuestros bombarderos estratégicos que se encuentran alerta y listos con sólo advertirles 15 minutos antes; hemos aumentado en un ciento por ciento el número total de armas nucleares disponibles, en manos de nuestras fuerzas estratégicas que se hallan alertas. Nuestra seguridad ha aumentado mediante las medidas que hemos tomado respecto a estas armas para aumentar la rapidez y la certeza de su respuesta, la disposición en que se encuentran en cualquier momento para responder, su facultad de sobrevivir a un ataque y su facultad de poder ser dirigidas y controladas mediante seguras operaciones de mando.

Pero las lecciones del último decenio nos han enseñado que no puede defenderse la libertad sólo mediante la fuerza estratégica nuclear. Por consiguiente, en los últimos tres años, hemos acelerado el desarrollo y despliegue de las armas tácticas nucleares, y hemos aumentado en un 60 por ciento las fuerzas tácticas nucleares desplegadas en la Europa Occidental.

Ni puede Europa ni ningún otro continente confiar

sólo en las fuerzas nucleares, sean estas de carácter estratégico o táctico. Hemos mejorado radicalmente la preparación de nuestras fuerzas convencionales; hemos aumentado en un 45 por ciento el número de divisiones militares listas para el combate; hemos aumentado en un 100 por ciento nuestros modernos equipos y armas militares; hemos aumentado en 100 por ciento nuestro programa de construcción, conversión y modernización de barcos; hemos aumentado en un 100 por ciento nuestra adquisición de aviones tácticos, y en un 30 por ciento el número de las escuadrillas aéreas tácticas, y hemos aumentado el poderío de la infantería de marina la operación "Gran Transporte", que se originó aquí en Texas, mostró muy claramente que esta Nación está preparada, como nunca antes, para trasladar grandes contingentes de hombres, en un tiempo sorprendentemente breve, a posiciones avanzadas en cualquier parte del mundo. Hemos aumentado en un 175 por ciento el número de nuestros aviones de transporte, y hemos logrado ya un 75 por ciento de mejoría en nuestra capacidad actual de aviones estratégicos. Finalmente, más allá de la misión tradicional de nuestras fuerzas militares, hemos logrado un progreso de casi el 600 por ciento en nuestras fuerzas especiales, aquellas que están preparadas para colaborar con nuestros aliados y amigos contra las guerrillas, saboteadores, insurgentes y asesinos que conspiran contra la libertad en una forma menos directa pero igualmente peligrosa.

Sin embargo, el poderío militar norteamericano no está, ni tiene que estar solo contra las ambiciones del Comunismo Internacional, nuestra seguridad y fuerza, a fin de cuentas, depende directamente de la seguridad y fuerza de los demás, y eso explica que nuestra Asistencia Militar y Económica desempeñe un papel de tan esencial importancia para permitir a aquellos que viven en la periferia del mundo comunista que puedan mantener su independencia de elección. Nuestra Asistencia a estas Naciones puede ser penosa, arriesgada y costosa, como pasa ahora en el Sudeste de Asia. Pero no podemos cejar en esta tarea, pues nuestra Asistencia hace posible el estacionamiento de tres millones y medio de soldados aliados, a lo largo de la frontera comunista, a un costo de una décima parte del que exigiría tener listo a un número comparable de soldados norteamericanos. Una penetración comunista realizada con éxito, que exigiese la intervención directa de los Estados Unidos, nos costaría una cantidad varias veces mayor de lo que cuesta nuestro Programa de Ayuda al Extranjero, y podría costarnos, además, muchas vidas norteamericanas.

Alrededor del 70 por ciento de nuestra Ayuda Militar va a nueve países importantes ubicados cerca o en las mismas fronteras del Bloque Comunista. Estos nueve países, Vietnam, la China Libre, Corea, India, Pakistán, Tailandia, Grecia, Turquía y el Irán, están todos encarando directa o indirectamente la amenaza de la agresión comunista. Ninguno de estos países tiene recursos propios para mantener las tropas que nuestro propios jefes militares creen necesarias para el bien común. Al reducir nuestros esfuerzos para preparar, equipar y ayudar a sus propios ejércitos, no haríamos otra cosa que alentar la penetración comunista y, con el tiempo, tendríamos que enviar mayor número de tropas de combate norteamericanas a ultramar. Los mismos desastrosos resultados se

obtendrían con la reducción de la Ayuda Económica que se presta a estas Naciones, que están empeñadas en contribuir a la defensa de la libertad. En síntesis, los 50.000 millones de dólares que gastamos anualmente en nuestra propia defensa, bien podrían ser ineficaces sin los 4.000 millones de dólares pedidos para Asistencia Militar y Económica.

Nuestro Programa de Ayuda al Exterior no está aumentando de tamaño, por el contrario, es más reducido ahora de lo que fue en años anteriores. Ha tenido sus puntos débiles, pero hemos tomado medidas para corregirlos, y la mejor forma de combatir debilidades es reemplazarlas con la fuerza en vez de aumentar esas debilidades por medio de la mutilación de programas esenciales. Dólar por dólar, dentro o fuera del gobierno, no hay mejor forma de inversión en nuestra seguridad Nacional que nuestro tan censurado Programa de Ayuda al Exterior. No podemos permitirnos el lujo de perderlo. Podemos permitirnos el lujo de mantenerlo. Podemos ciertamente hacer tanto por nuestros 19 vecinos necesitados de la América Latina, como el Bloque Comunista está haciendo en la Isla de Cuba solamente.

He hablado de fuerza simplemente en términos de su valor como factor disuasivo y de resistencia a la agresión o al ataque. Pero en el mundo de hoy, puede perderse la libertad sin haberse disparado un tiro, tanto con papeletas de votación como con balas. El éxito de nuestro espíritu directivo, depende del respeto que inspire nuestra misión en el mundo así como de nuestro proyectiles dirigidos; de un más claro reconocimiento de las virtudes de la libertad así como de los males de la tiranía.

Por esto es que nuestra Oficina de Información ha duplicado la potencia de las transmisiones de onda corta de La Voz de los Estados Unidos de América; ha aumentado en un 30 por ciento las horas de transmisiones; ha aumentado las transmisiones en castellano para Cuba y la América Latina a unas nueve horas diarias; ha aumentado siete veces el número de libros norteamericanos que se traducen y publican para lectores latinoamericanos, alcanzando hoy a 3.500.000 ejemplares; y ha tomado otras numerosas iniciativas para llevar nuestro mensaje de verdad y libertad a los más remotos rincones de la tierra.

Y por esto es que además hemos recuperado la delantera en la explotación del espacio exterior, haciendo cada año un esfuerzo mayor que el total de actividades espaciales realizadas durante el decenio 1950 a 59, lanzando más de 130 vehículos espaciales a la órbita de la tierra, poniendo en servicio activo valiosos satélites meteorológicos y de comunicaciones, y poniendo en claro ante el mundo que los Estados Unidos de América no tienen la intención de llegar en segundo lugar en la carrera espacial.

Esta gestión es costosa, pero se paga a sí misma, por lo que representa para la libertad y para América. Pues ya no hay miedo en el Mundo Libre de que una supremacía comunista en el espacio se convierta en una afirmación permanente de dominio y en la base de superioridad militar. Ya no existe por más tiempo dudas acerca de la fortaleza y capacidad de la ciencia, la industria, la educación y el sistema de libre empresa en los Estados Unidos. En síntesis, nuestro Plan Nacional del Espacio representa un gran progreso y uno de los recursos principales de nuestro poderío Nacional. Tanto Texas como

los texanos están contribuyendo grandemente al logro de este resultado.

Finalmente, debe aclararse ahora que una Nación no puede ser más fuerte en el extranjero de lo que es en el aspecto Nacional. Solo una América que practique lo que predica acerca de la Igualdad de Derechos y la Justicia Social, puede ser respetada por aquellos cuyas decisiones afectan a nuestro futuro. Sólo unos Estados Unidos que cuenten con ciudadanos plenamente educados es capaz de resolver los complejos problemas y percibir los peligros escondidos del mundo en que vivimos. Y sólo unos Estados Unidos que progresen y prosperen económicamente pueden sostener las defensas mundiales de la libertad, al mismo tiempo que demostrar a otros pueblos las oportunidades de nuestro sistema y de nuestra sociedad.

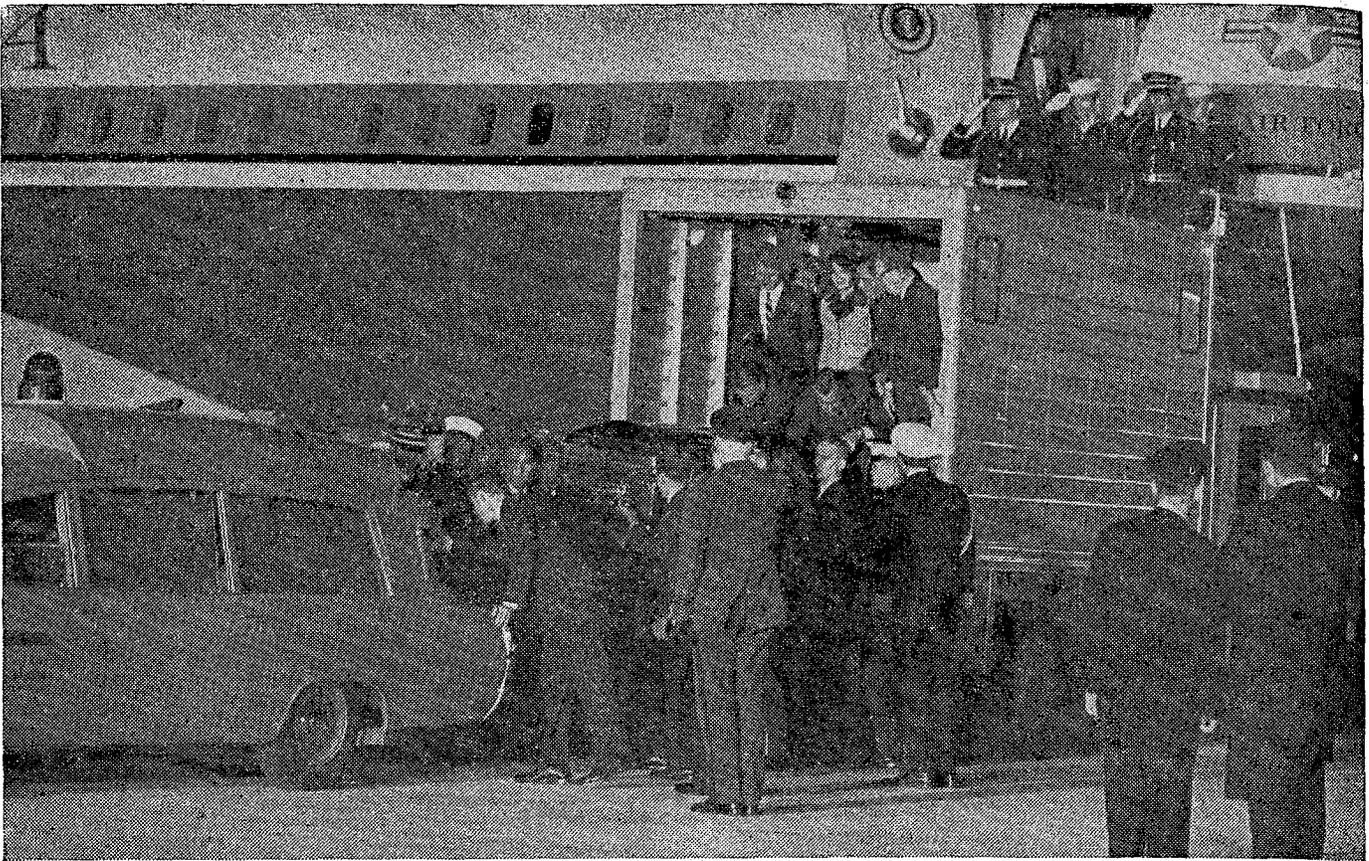
Por consiguiente, está bien claro que estamos reforzando nuestra defensa tanto como nuestra economía, aumentando en proporción sin precedente nuestros ingresos y producción nacionales; avanzando más que la mayor parte de Europa Occidental en el ritmo de la expansión comercial y el margen de beneficios de las corporaciones; manteniendo un nivel de precios más estable que cualquiera de nuestros competidores extranjeros, y reduciendo los impuestos individuales y las corporaciones en la cuantía de unos 11 millones de dólares, como lo he propuesto, para garantizar a este país la expansión más grande y más fuerte de nuestra historia económica de paz.

La producción total de este país, que hace tres años alcanzó a 500 mil millones de dólares, pronto sobrepasará la cifra de los 600 mil millones de dólares, lo que significará un aumento récord de más de cien mil millones de dólares en tres años. Por primera vez en la historia el promedio de salarios de la Industria sobrepasa los 100 dólares semanales. Por primera vez en la historia los beneficios de las corporaciones (una vez descontado todos los impuestos), que han aumentado en un 43 por ciento en menos de tres años, han alcanzado un nivel anual de 7.400 millones de dólares.

Conciudadanos y amigos: Menciono estos hechos y cifras para que se vea que los Estados Unidos son más fuertes hoy que nunca. Nuestros adversarios no han abandonado sus ambiciones, nuestros peligros no han disminuido, nuestra vigilancia no puede aflojar. Pero ahora tenemos el poderío militar, científico y económico para hacer lo que deba hacerse para la preservación y fomento de la libertad.

Tal fuerza nunca será utilizada en respaldo de ambiciones agresivas, sino que será usada siempre en propósitos de paz. No será utilizada para alentar provocaciones, sino para lograr la solución pacífica de los conflictos.

Nosotros, los de esta generación, somos —más por el destino que por elección propia— los encargados de defender las murallas de la libertad mundial. Por tanto, pedimos a Dios que seamos dignos de nuestra fuerza y responsabilidad, que podamos ejercer nuestra fuerza con sabiduría y sensatez, y que podamos lograr en nuestro tiempo y para todos los tiempos la antigua visión de "Paz en la Tierra a los Hombres de Buena Voluntad". Ese debe ser siempre nuestro objetivo, y la justicia de nuestra causa debe acompañar siempre a nuestro poderío. Pues como se escribió hace muchos años: "A no ser que el Señor proteja la ciudad, los guardias vigilan pero en vano".



El féretro con el cuerpo del Presidente asesinado a su regreso de Dallas, Texas, la noche del 22 de Noviembre de 1963. En la descargadora pueden verse al hermano del Presidente Robert F. Kennedy (corbata a rayas) y a la viuda Mrs. Kennedy.

# Oraciones Fúnebres

**MIKE MANSFIELD,**

Líder del sector Demócrata del Senado de los Estados Unidos.

Se escuchaba el eco de la risa, que de pronto se desvaneció.

Y entonces ella tomó un anillo que llevaba en un dedo y lo colocó en las manos de él.

Erase un hombre, ni viejo ni joven, con un rasgo de ingenio, pero un rasgo de ingenio lleno de la sabiduría de un viejo y de la sabiduría de un niño, de pronto, desapareció.

Y entonces ella, tomó un anillo que llevaba en un dedo, y lo colocó en las manos de él.

Erase un hombre marcado por las cicatrices de su amor a su patria; un hombre movido por la avidez de una vida que distaba mucho de haber recorrido todo su camino; de pronto, desapareció.

Y entonces ella se quitó un anillo que llevaba en un dedo y lo colocó en las manos de él.

Erase un padre que tenía un hijito y una hijita que compartían su alegría y, en un momento, todo terminó.

Y ella se quitó el anillo que llevaba en uno de los dedos y lo colocó en las manos de él.

Erase un padre que pedía mucho y daba mucho, y de este pedir y dar tejió con su mujer algo que no puede romperse en la vida, y en un momento, todo terminó.

Y ella, tomó el anillo que llevaba en uno de sus dedos y lo colocó en las manos de él.

Y lo besó y cerró la tapa de su féretro.

En ese instante, ha muerto un poco de cada uno de nosotros.

Con todo, al morir nos dió parte de su ser. Nos dió un corazón bueno del que surge la risa. Nos dió parte de su bondad y un vigor fundido con coraje humano para ir sin miedo en pos de la paz.

El nos dió su afecto, para que, a su vez, nosotros pudiéramos trasmitirlo a los demás, para que nos pudiéramos ofrendar ese afecto los unos a los otros, hasta que no haya espacio, en lo absoluto, para la intolerancia, el odio, los prejuicios y la arrogancia que convergieron en un momento de prejuicios para destruir su vida.

Al dejarnos estos dones, John Fitzgerald Kennedy, Presidente de los Estados Unidos, está con nosotros. ¿Los recogeremos, Señor Presidente? ¿Tendremos la sensatez, la responsabilidad y el valor de recoger esos dones? Elevo mis oraciones a Dios para que así sea!

## EARL WARREN,

Presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

Pocos son los acontecimientos de nuestra vida nacional que unan a los norteamericanos y conmuevan tanto al corazón de todos nosotros como la desaparición de un Presidente de los Estados Unidos.

No hay nada que añada la consternación de nuestra pena tanto como el asesinato de nuestro Jefe, puesto que había sido elegido para personalizar los ideales de nuestro pueblo, la fe que tenemos en nuestras instituciones y nuestra creencia en la paternidad de Dios y en la hermandad de los hombres.

Desgracias de esta índole han abrumado a nuestra nación en otras ocasiones, pero nunca más sorprendentemente que hace dos días.

Estamos apenados, estamos anonadados, estamos perplejos.

John Fitzgerald Kennedy, un Presidente grande y bueno —el amigo de todos los hombres de buena voluntad— un creyente en la dignidad e igualdad de todos los seres humanos, un luchador por la justicia, un apóstol de la paz, ha sido arrebatado de nuestro seno por la bala de un asesino.

Puede ser que nunca lleguemos a conocer los móviles de este horrible asesinato, pero sabemos que tales actos son frecuentemente estimulados por las fuerzas del odio y de la maldad, tales como las que hoy están provocando un holocausto de sangre dentro de la sociedad norteamericana.

¿Qué precio pagaremos por este fanatismo?

Se ha dicho que lo único que aprendemos de la historia es que no aprendemos de ella.

Pero seguramente que podemos aprender si tenemos la decisión de hacerlo. Seguramente que hay una lección que aprender de este trágico acontecimiento.

Si amamos realmente a este país, si somos partidarios de la justicia y de la clemencia; si queremos fervientemente que esta nación sea mejor para aquellos que nos sucedan, podemos al menos abjurar del odio que envenena al pueblo, de las falsas acusaciones que nos dividen y de los resentimientos que engendran la violencia.

Es mucho esperar que el sacrificio de nuestro amado Presidente sirva para ablandar los corazones de aquellos que no serían capaces de cometer un acto de asesinato, pero que no se abstienen de divulgar el veneno que hace surgir en otros la idea de cometerlos.

Nuestra nación está acongojada. El mundo entero se siente más desolado debido a su pérdida. Pero todos nosotros podemos ser mejores americanos, porque John Fitzgerald Kennedy ha estado a nuestro lado, porque ha sido nuestro

líder en un momento de la historia en que su carácter, su vigor y su severa valentía le han permitido llevarnos por un rumbo seguro a través de los obstáculos de mares procelosos que rodean el mundo.

Y ahora que él está libre de las responsabilidades casi sobrehumanas que le impusimos, roguemos a Dios que descanse en paz.

## JOHN W. McCORMACK,

Presidente de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos.

Todo ciudadano que examine retrospectivamente la historia de nuestra querida patria no podrá menos que observar que hemos sido favorecidos por Dios en mayor grado que la mayoría de los demás pueblos.

Al reunirnos hoy en este recinto, sobrecogidos por el dolor, los miembros del Congreso y nuestro pueblo ponen de manifiesto su más sentido pésame a Doña Jacqueline y al Embajador Joseph P. Kennedy y su señora esposa, viuda y padres del extinto Presidente. En el mundo entero millones de personas comparten también su hondo pesar, considerando la muerte del Presidente una tragedia personal, como si se tratara de un querido miembro de la propia familia.

En cada grave crisis de nuestra historia hemos encontrado a un dirigente capaz de asumir el mando y de orientar al país ante los problemas que afronta.

En los primeros años, cuando nuestro poder y riqueza eran tan limitados y tan grandes los problemas a que hacíamos frente, Washington y Jefferson aparecieron para dirigir a nuestro pueblo.

Luego, tras dos generaciones, cuando nuestra patria fue dividida por una guerra fratricida, Abraham Lincoln apareció de la masa del pueblo como un dirigente capaz de reunificar la nación.

En época más reciente, en los días de la crisis económica y de la gran guerra que la agresión facista nos obligó a librar, Franklin Delano Roosevelt se presentó para reorganizar el país y llevar a la ciudadanía a la victoria. Finalmente, hace poco, cuando la guerra fría engendraba una crisis suprema, con la amenaza de una guerra nuclear capaz de destruir todo lo que nuestros antecesores habían edificado con tanto esmero, una vez más, un hombre vigoroso y gallardo vino dispuesto a dirigirnos.

Ningún país debe desesperarse siempre que Dios, con su infinita bondad, continúe dando a la nación dirigentes capaces de orientarla a través de crisis sucesivas que parecen ser el destino inevitable de toda gran potencia.

De seguro, no ha habido país que encarara problemas más gigantescos que los que nosotros hemos afrontado en los últimos años, y seguramente ningún país podría haber tenido un gobernante más capaz en esas épocas de crisis. El Presidente Kennedy poseía todas estas cualidades de grandeza. Tenía profunda fé, completa confianza, comprensión humana y amplia visión para reconocer el verdadero valor de la libertad, la igualdad y la confraternidad que siempre han sido la característica de los ideales políticos de los Estados Unidos.

El valor y sentido del deber de que estaba dotado le dieron la determinación que se requería, para hacer frente a las grandes responsabilidades de la presidencia en momentos de tan grandes pruebas. Estaba dotado de bondad y sentido de humor que le harían más llevadera la carga asumida, y se la harían también llevadera a sus colaboradores, dotes personales que, por otra parte, inspirarían en gentes de todas las razas y todos los planos sociales, avidez de colaborar con él en sus tareas.

Estaba dotado de la tenacidad y la determinación que se requerían para llevar a cabo felizmente cada aspecto de su gestión.

Ahora, cuando una cruel muerte nos ha arrebatado al gran Dirigente, nos hemos de sentir estremecidos e inseguros ante nuestra pérdida. Esto no es sino natural. Pero a medida que las amargas palpitaciones de nuestro dolor empiezan a amainar, debemos dar gracias a Dios que, siquiera brevemente, tuvimos el privilegio de contar con este gran hombre como nuestro Presidente. Porque ahora pasa a ocupar un sitio entre las grandes figuras pasadas de la historia mundial.

Si bien es una ocasión para el duelo profundo, debería ser igualmente una de consagración. Debemos tener la determinación de adherirnos al espíritu de la obra de John Fitzgerald Kennedy y de seguirla, en aras del fortalecimiento de la patria y de un mundo futuro de paz.

# Condolencia del Cuerpo Diplomático en Nicaragua

## ARGENTINA

El Gobierno de la República Argentina, se ha unido a la pesadumbre universal causada por el inesperado asesinato del Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos de América Sr. Kennedy.

He recibido instrucciones oficiales de mi Gobierno, para evidenciar esa pesadumbre con las acostumbradas manifestaciones que rigen el protocolo diplomático. El día del funeral del Ilustre desaparecido, fue declarado en mi País Duelo Nacional, paralizándose todas las actividades públicas.

Personalmente agrego, que la muerte del Señor Kennedy es una pérdida para la humanidad, y que salvo el fallecimiento del Pontífice Juan XXIII, nada me había conmovido tanto. Tal vez se deba esto, a esa comunidad de intereses humanísticos que unían a tan grandes personajes. Ambos fueron apóstoles de la Paz, y su esfuerzo por mantenerla dentro del marco de la dignidad, será perennemente recordado por las generaciones que sobrevengan.

**HECTOR CANTOS,**  
Secretario de Embajada,  
Encargado de Negocios a. i.

## COLOMBIA

Es con el más dolido de los sentimientos con que me permito comunicar que la Embajada de Colombia ha izado a media asta y enlutada su Bandera, y que nuestra Misión se siente hondamente conmovida por la muerte de uno de los más grandes adalides de la paz, del progreso, de la fraternidad y de la democracia universal.

Vuestra Excelencia que la Embajada de Colombia ha izado a media asta y enlutada su Bandera, y que nuestra Misión se siente hondamente conmovida por la muerte de uno de los más grandes adalides de la paz, del progreso, de la fraternidad y de la democracia universal.

El nombre de John Kennedy, admirable Presidente de los Estados Unidos de América, quedó grabado para siempre en el corazón de todos los colombianos y en forma especial en el de nuestro ilustre Presidente Dr. Guillermo León Valencia, cuando con su lucentísima esposa señora Jacqueline de Kennedy, llegaron a Colombia, que los recibió con la más grande admiración y cálido entusiasmo y ca-

riño, en misión de conocimiento, amistad y proyectos de la Alianza para el Progreso, ideal que él soñó y puso en realización para todos los pueblos de América.

Presidente de un gran país que representa en el historial político el papel de potencia dirigente del mundo democrático, no merecía nunca que una mano diabólica y asesina paralizara ese gran corazón, cuyo insocronismo medía y registraba las palpitaciones del propio corazón de América.

Es natural que este hecho trágico y doloroso llegara quizá a afectar el equilibrio político del mundo, porque en sí mismo entraña un amenazante y trágico interrogante o alternativa que posiblemente deba estudiarse y considerarse seriamente.

De ahí que en esta hora de duelo, dramáticamente luctuosa, Colombia quiera sentirse, si se quiere, mucho más vinculada a los Estados Unidos ante el asombroso expectante de este hecho tremendamente trágico y angustiante, que seguramente ha de poner en guardia y alerta a todos los pueblos libres del Hemisferio.

Queremos hacer llegar a la muy admirada y por nosotros muy querida señora viuda de Kennedy, el dolor con que la mujer Colombiana se une al de todas las mujeres del mundo para acompañarla en espíritu, admiración y simpatía, en esta hora de tiniebla y de dolor máximo, expresiones que igualmente queremos hacer llegar a los nobilísimos padres y demás familia del hoy fallecido y muy sentido Presidente de los Estados Unidos.

El mundo ha perdido uno de sus mejores valores. La paz y la democracia al mejor de sus líderes. Los pueblos libres de América a su más eficaz defensor. La humanidad a un amigo. Pero la Historia ha conquistado en virtudes cívicas y en ejemplo, un nombre perfilado en caracteres de gloriosa inmortalidad.

**ANITA DIAZ DE BONILLA,**

Encargada de Negocios a. i.

## CHILE

La muerte trágica del Presidente Kennedy constituye un motivo de profundo dolor par el mundo Occidental, siendo una pérdida muy grave para los pueblos latinoamericanos que habían encontrado en su persona un intérprete en la búsqueda de los ideales superiores de la convivencia humana.

Su memoria vivirá siempre en los hombres que luchan por la paz y la libertad.

**PASTOR ROMAN LARRAIN,**

Encargado de Negocios de Chile.

## EL SALVADOR

La trágica muerte del Señor John Fitzgerald Kennedy, trigésimo quinto Presidente de los Estados Unidos de América ha conmovido a todos los pueblos de la tierra, lo que es explicable si se toma en cuenta que el ilustre hombre de Esta-

do se caracterizó como defensor de la Paz, la Justicia y la Amistad entre todas las naciones.

Las Repúblicas Latinoamericanas, especialmente, tuvieron en el joven Mandatario sacrificado, un amigo leal, respetuoso de sus derechos y profundamente preocupado en mejorar el nivel de vida de estos pueblos impulsando la justicia social, todo ello, sin olvidar el respeto que merecen la soberanía y la libertad de los Estados.

Le vimos en octubre del año pasado confrontar el poderío de su país frente a otro poderío, pero, noble en el reto y resuelto a ir a la guerra —o lo que es lo mismo a la catástrofe— escogió el camino de la Paz donde todo es perdurable, y así, cuanto realizó lo llevó a cabo con honor y coraje, sin perder de vista los ideales de su país ni los compromisos de su Nación con los demás pueblos.

John F. Kennedy ha penetrado ya al recinto de los inmortales; y los Estados Unidos de América fiel a su tradición continuará de pie como guardián de las causas nobles que son el mejor patrimonio de los pueblos libres.

**FRANCISCO LINO OSEGUEDA,**  
Embajador de El Salvador.

## ESPAÑA

Nadie que sea bien nacido puede haber dejado de vibrar enérgicamente ante el criminal atentado de que fue víctima el Presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy. La serie de condiciones personales que reunía, unidas a sus excepcionales dotes de estadista dejarán en el mundo una estela de imborrable recuerdo. El año 1963 quedará señalado como el de la muerte de dos grandes figuras: Juan XXIII y John F. Kennedy.

En España el alevoso acto produjo una inmediata reacción popular. Toda la noche del 22 al 23 de noviembre, la Embajada de los Estados Unidos en Madrid tuvo que permanecer abierta para que los españoles, sin distinciones, testimoniaran su pesar. De madrugada salieron ediciones extraordinarias de los periódicos. Llegó la noticia a España en pleno Consejo de Ministros, que habitualmente se celebran los viernes. Aquél se abrevió y Franco dirigió un mensaje al pueblo español. Al día siguiente, salía camino de Washington para asistir al entierro del Presidente Kennedy, como representante personal del Jefe del Estado español, el Vice-Presidente del Gobierno, Capitán General Muñoz Grandes.

La Embajada de España en Managua y el Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, de común acuerdo, y en señal de sincero duelo, suspendieron los actos que aquélla tenía organizados en la sede del Instituto para los días 22 y 26 de noviembre.

John F. Kennedy: que Dios te haya concedido la paz eterna, que temporalmente con tanto ahinco buscaste en la tierra.

**FELIX FERNANDEZ-SHAW,**  
Encargado de Negocios a. i.  
de España.

## GUATEMALA

El mundo entero ha sido conmovido por la infausta noticia del vil asesinato de que fue víctima el Excelentísimo Presidente de los Estados Unidos de América, señor JOHN F. KENNEDY, y ha sido condenado enérgicamente por el Jefe de Gobierno de Guatemala, Coronel Enrique Peralta Azurdia, quien se expresó así: "En mi calidad de Jefe de Gobierno, expreso mi profunda pena por el sensible fallecimiento del Excelentísimo Señor John F. Kennedy, Presidente de los Estados Unidos. Quiero condenar públicamente el vil atentado de que fue víctima el ilustre desaparecido y la innoble muerte que se dió al Jefe de ese Estado amigo y expreso mi condolencia más sentida al pueblo y Gobierno de los Estados Unidos de América, en nombre del pueblo y Gobierno de Guatemala y en el mío propio".

En su oportunidad expresé al Excelentísimo Embajador de los Estados Unidos de América en Nicaragua Señor Aaron S. Brown, lo siguiente: "En esta hora de pena para el Mundo Libre, conmovido profundamente ante la inmensa tragedia ocurrida el día de hoy (22 de Noviembre), expreso a Vuestra Excelencia mis sinceros sentimientos de pena por la irreparable pérdida del gran estadista Excelentísimo Señor John F. Kennedy, Presidente de los Estados Unidos de América y ruego extender a Su distinguida esposa y a los miembros de esa culta Misión Diplomática, las demostraciones de pesar que formulo en mi nombre, de mi esposa y del personal de esta Embajada, en esta hora de dura prueba para el noble pueblo de los Estados Unidos de América".

Con lo anterior se expresa lo que ha sentido Guatemala en esta trágica hora.

**ENRIQUE PELLECCER LOPEZ,**  
Embajador de Guatemala.

## MEXICO

Mil veces lamentable es el trágico fin del Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos de América John Fitzgerald Kennedy, cuyas virtudes de estadista y gobernante, de hombre y padre de familia, fueron extraordinarias.

El crimen abominable de que fue víctima y la pérdida que su muerte significa para el mundo, han producido general consternación, hondísima pena y profunda indignación en todos los hombres, porque en él se dibujaban los más claros perfiles del varón bueno empeñado en alcanzar el mayor bien para su país, al cual servía devotamente, y para la humanidad anhelante de paz en la concordia y en la comprensión.

Así lo demostró en todo momento el Presidente muerto durante el breve término de su gestión como Primer Mandatario de su país, cuando hizo frente a los siempre importantes y graves problemas con los que tuvo que enfrentarse, acometiéndolos con talento y con decisión digna de encomio, sin rehuir ninguna de sus graves responsabilidades, por el contrario, asumiéndolas con ejemplar entereza, cualquiera que hubiera sido su magnitud.

Para México el Señor Presidente Kennedy fue un leal amigo y buen vecino. Lo demostró en todas sus actitudes, particularmente cuando fue a México en Junio de 1962, en donde declaró que El Chamizal, ese pequeño pedazo de tierra fronteriza mexicana, nos sería devuelto, en cumplimiento de un laudo arbitral

irrevocable e indiscutible. Cumplió su palabra honorable y dio así una prueba inequívoca de que los poderosos también pueden ser justicieros.

México conservará perenne memoria del gran estadista norteamericano, muerto alevosamente en plena madurez intelectual y política, y estoy seguro de que el mundo también recordará con duradera veneración a ese Gran Presidente, valiéndose de su obra como de una fuente de inspiración para alcanzar las metas supremas que la humanidad reclama ansiosamente, o sean la paz y la comprensión universales, sin las cuales no es posible que ni las naciones ni los individuos logren llegar a su destino.

Formulo los más fervientes votos para que en la inmortalidad descansen John Fitzgerald Kennedy y para que la tremenda sacudida que la tragedia produjo en su hogar, desaparezca: para que allí vuelva la paz.

**DANIEL ESCALANTE,**  
Embajador de México.

## VENEZUELA

Abatido por balas asesinas ha caído un hombre en toda la fuerza de la vida y del pensamiento. Murió, como los árboles, de pie. En el cumplimiento de su deber. Ese hombre se llamaba John F. Kennedy y era el Presidente de los Estados Unidos de América. Sobre los hombros de este Hombre, aún joven, recaía una de las cargas más abrumadoras de la historia y su tarea entrañaba una de las más altas responsabilidades de nuestro tiempo.

Su gobierno se fundó sobre los principios de libertad, justicia e igualdad que sirvieron de cimiento al edificio de la nación. Su filosofía política se nutrió de los nobles ideales que proclamaron nuestros padres, —los de la América rubia y los de la América morena— Bolívar, Jefferson, Wáshington. Luchó porque la justicia y la igualdad entre los hombres fuera una realidad y murió en defensa de estos principios. Por eso, el nombre de John F. Kennedy deberá inscribirse como un nuevo mártir en la página gloriosa de los que sucumbieron por estas nobles causas. Su memoria será venerada y amada por todos los hombres de buena voluntad sea cual fuere su credo político o religioso.

Con la muerte de John F. Kennedy la América Latina pierde un gran amigo: el forjador de la Alianza para el Progreso. El estadista que caló muy hondo en la realidad de nuestros problemas y se propuso mediante un amplio programa de desarrollo económico y social al mejoramiento de nuestras clases menos favorecidas.

Los venezolanos hemos recibido con profundo pesar la triste noticia. Durante su visita a nuestro país el Presidente y su bella esposa, supieron conquistarse la amistad de nuestro pueblo.

Ante el dolor que experimenta la nación amiga y el mundo libre por la muerte del Presidente Kennedy, nos queda el ejemplo de su vida y el brillo de su palabra. Su cuerpo se ha reintegrado a la madre tierra, pero como semilla buena, germinará en fruto bueno.

**RAFAEL ARMANDO ROJAS,**  
Embajador de Venezuela.

# El Presidente Lyndon B. Johnson:

27 de noviembre de 1963

## SU PRIMER MENSAJE AL CONGRESO

Señor Presidente de la Cámara de Diputados, señor Presidente del Senado, miembros de las Cámaras, compatriotas:

Habría dado gustoso cuanto tengo para no ser quien os dirigiera hoy la palabra.

El más grande dirigente de nuestros tiempos ha caído, víctima del más vil de los hechos de la época. Hoy, John Fitzgerald Kennedy vive en las palabras y obras inmortales que nos legó. Vive en las mentes y memorias de la humanidad. Vive en los corazones de sus compatriotas.

No hay palabras lo suficientemente elocuentes para expresar el dolor de nuestro sentido de pérdida. No hay palabras lo suficientemente vigorosas para expresar nuestra determinación de continuar por la senda del impulso que él le imprimió a la patria.

El sueño de la conquista de la inmensidad del espacio sideral, el sueño de la mancomunidad a través del Atlántico así como a través del Pacífico; el sueño de un cuerpo de paz destinado a las regiones subdesarrolladas, el sueño de la educación para nuestros hijos, el sueño de trabajo para todo el que lo busque, el sueño del cuidado de nuestros ancianos, el sueño de la igualdad de derechos para todo norteamericano, sin distinciones de raza ni de color de la tez: estos y otros sueños norteamericanos se vitalizaron con su empuje y su consagración.

Ahora, las ideas y los ideales que él encarnó de modo tan noble deberán traducirse en hechos concretos.

Bajo la dirección de John F. Kennedy esta Nación ha demostrado que posee valor para buscar la paz y fortaleza para exponerse a la guerra. Hemos demostrado que somos un amigo bueno y en quien se puede confiar, de aquellos que anhelan la paz y la libertad. Hemos demostrado que también podemos ser un formidable enemigo de los que rechazan la senda de la paz y tratan de imponernos o imponerles a nuestros aliados el yugo de la sumisión a la tiranía.

Esta nación mantendrá sus compromisos, desde Viet-Nam del Sur hasta Berlín Occidental. Seremos insistentes en la búsqueda de la paz, incansables en la búsqueda de puntos de concordancia, incluso con

aquellos con quienes discrepamos y generosos y leales con quienes hagan causa común con nosotros.

En una época en que no puede haber vencidos en la paz ni victoriosos en la guerra, debemos reconocer la obligación de equiparar el poderío nacional con la prudencia nacional, debemos estar preparados a un mismo tiempo para el careo de la fuerza y para la limitación de la fuerza, debemos estar listos a defender los intereses nacionales y a negociar a base del interés común. Este es el sendero por el que debemos continuar. Quienes sometan a prueba nuestro valor, lo hallarán inquebrantable y quienes busquen nuestra amistad la hallarán honorable. Demostraremos de nuevo que el fuerte puede ser justo en el empleo de la fuerza y el justo puede ser fuerte en la defensa de la justicia.

Seguiremos adelante con la lucha contra la pobreza y la desesperanza, la ignorancia y la enfermedad en otros países y en el nuestro propio.

Atenderemos a los intereses de toda la nación, no de una sección o un sector determinado, o de una colectividad determinada, sino de todos los norteamericanos. Somos los Estados Unidos, un pueblo unido, con unidad de propósitos.

La unidad norteamericana no depende de nuestra unanimidad. Entre nosotros hay diferencia, pero ahora, como en el pasado, podemos sacar fuerzas de esas diferencias, en vez de que ellas nos debiliten; sabiduría, en vez de que ellas consigan ofuscarnos. Como pueblo y como Gobierno, somos capaces de unirnos en cualquier programa juicioso, justo y constructivo.

Durante 32 años, el Capitolio Nacional ha sido mi hogar. He compartido con vosotros muchos motivos de orgullo: orgullo en la capacidad del Congreso de los Estados Unidos para actuar, para hacerle frente a cualquier crisis, para hacer que de sus diferencias surjan programas vigorosos de acción nacional.

La bala de un asesino ha hecho recaer sobre mí la enorme responsabilidad de la Presidencia. Estoy aquí hoy para decirles que necesito vuestra ayuda, que no puedo, solo, cumplir con las grandes tareas a realizar. Necesito la cooperación de todos los norteamericanos. La nación ha sufrido una conmoción profunda y en este momento decisivo, es nuestro de-

ber, el vuestro y el mío como Jefe del Gobierno de los Estados Unidos, poner a un lado toda incertidumbre y mostrar que somos capaces de actuar con resolución, que la pérdida brutal de nuestro líder no va a tener como resultado la debilidad, sino la fortaleza de la nación, que podemos y estamos dispuestos a actuar y a actuar ahora mismo.

Desde este hemisiciclo de la Cámara de Diputados, que todo el mundo sepa y que nadie lo interprete mal, que yo consagro este Gobierno a una gestión de firme apoyo a las Naciones Unidas, a la ejecución honorable y resuelta de los compromisos con nuestros aliados; al mantenimiento de un poderío militar que no sea inferior al de nadie, a la defensa de la estabilidad y la solidez del dólar; a la expansión de nuestro comercio exterior; al incremento de nuestros programas de asistencia mutua y cooperación en Asia, Africa y Latinoamérica y a la Alianza para el Progreso en este Hemisferio.

El 20 de enero de 1961, John F. Kennedy dijo a sus conciudadanos que nuestra tarea no estaría terminada "en los primeros mil días, ni en el período de existencia de este Gobierno, ni aún quizá durante nuestra vida en este planeta. Pero —añadió— comencemos".

Hoy, en este momento de nuevas resoluciones, digo a mis compatriotas: continuemos.

Esta es nuestra misión: no dudar, no defenirse, no volverse y prolongar este desgraciado momento, sino continuar en nuestro empeño, de modo que podamos cumplir el destino que nos ha señalado la Historia. Nuestras tareas más inmediatas están aquí en el Congreso.

En primer lugar, ningún discurso de recuerdo ni ningún panegírico podría ser un homenaje mejor a la memoria del Presidente Kennedy que la aprobación, en el término más breve posible, del proyecto de ley sobre derechos civiles, por el cual tanto luchó. Hemos hablado ya bastante en este país sobre la igualdad de derechos. Estamos hablando sobre el asunto desde hace 100 años o más. Por tanto, es ahora el momento de escribir el próximo capítulo, y escribirlo en los textos de la Ley.

Os insto, como lo hice en 1957 y de nuevo en 1960, a que aprobéis una Ley sobre derechos civiles, de modo que podamos marchar hacia adelante y eliminar de esta nación todo residuo de discriminación y opresión basado en la raza o el color. No podría haber un motivo mayor de prestigio para nuestra nación, aquí y en el extranjero.

Y segundo: Ningún acto de nosotros podría continuar más apropiadamente la tarea del Presidente Kennedy que la tramitación, con la mayor rapidez posible, del Proyecto de Ley sobre Reforma Tributaria, por el cual luchó también. Tal Proyecto de Ley tiene por objeto aumentar nuestro ingreso nacional, nuestras rentas fiscales y protegernos contra una recesión económica. Dicho Proyecto de Ley, si es aprobado sin demora y es un clima de ahorro y frugalidad en el Gobierno, significa mayor seguridad para

los que trabajan ahora y más empleos para los que carecen de ellos.

En conclusión, este no es un momento para demoras. Es un momento de acción, de una acción vigorosa y previsoras para aprobar los Proyectos de Ley pendientes sobre educación, a fin de llevar la luz de la enseñanza a cada hogar y pueblo de Norteamérica, de una acción vigorosa y previsoras para brindar oportunidades de empleo a la juventud y para aprobar el Proyecto de Ley de ayuda al exterior. En esta forma, pondremos bien en claro que no estamos abandonando nuestras responsabilidades con este Hemisferio o con el mundo, ni prescindiendo de la flexibilidad ejecutiva en la dirección de los asuntos exteriores. Por último, es el momento de una acción previsoras y vigorosa para aprobar los restantes Proyectos de Ley sobre asignación de fondos.

Con este nuevo espíritu de actividad, el Congreso puede esperar la plena cooperación y apoyo del Poder Ejecutivo. Y en particular, el ahorro y frugalidad mayores. Me esforzaré porque el Gobierno obtenga servicios por valor de un dólar, en cada dólar que invierta. El Gobierno ofrecerá un ejemplo de moderación y economía. Esto no significa que no atenderemos a las necesidades sin cubrir o que no cumpliremos nuestros compromisos. Haremos ambas cosas.

Por haber prestado servicios durante largo tiempo en ambas Cámaras del Congreso, creo firmemente en la independencia e integridad del Poder Legislativo. Os prometo que respetaré siempre esta convicción. Está arraigada en la médula de mis huesos. Con la misma firmeza creo en la capacidad y la habilidad del Congreso, a pesar de las diferencias de opinión que caracterizan a nuestra Nación, para actuar, para actuar con sabiduría, vigor y rapidez cuando surja la necesidad.

La necesidad está aquí. La necesidad es ahora. Os pido vuestra ayuda.

Sé que nos reunimos con pena, pero reunámonos también con renovada abnegación y renovado vigor. Reunámonos para actuar, con tolerancia y mutua comprensión.

La muerte de John F. Kennedy ordena lo que su vida implicaba: que los Estados Unidos deben avanzar. Ha llegado la hora, para los norteamericanos de todas las razas y credos y creencias políticas, de comprenderse y respetarse los unos a los otros. Pongamos fin a la enseñanza y la predicación del odio y el mal y la violencia. Apartémonos de los fanáticos de la extrema izquierda y de la extrema derecha, de los apóstoles del rencor y la parcialidad, de aquellos que desafían la Ley, de aquellos que vierten veneno en las venas de la Nación.

Tengo la profunda esperanza de que la tragedia y tormento de estos terribles días nos aunarán en un nuevo espíritu de compañerismo, haciendo de nosotros, en nuestra tristeza, un solo pueblo. Tomemos

aquí la firme resolución de que John Fitzgerald Kennedy no vivió —ni murió— en vano. Y en este día, víspera del de Acción de Gracias, al hallarnos reunidos para pedir al Señor su bendición, unámonos recordando estas familiares y queridas palabras:

“América, América,  
Que Dios vierta sobre tí su gracia  
Y corone tu bondad  
Con la hermandad,  
de mar a mar”.

27 de noviembre de 1963

## DECLARACION SOBRE LA ALIANZA

He solicitado que me acompañen aquí hoy porque es ésta, en un sentido muy especial, una reunión familiar. Porque nada tuvo mayor significado en la carrera pública del Presidente Kennedy que los vínculos existentes entre nuestros países.

Hace poco menos de tres años, aquí en la Casa Blanca, en este mismo salón, el Presidente Kennedy se reunió con ustedes, los representantes de los países latinoamericanos.

En el primer discurso de su Gobierno dedicado a las relaciones exteriores, hizo un llamado por una Alianza para el Progreso entre las Naciones de América.

Aquí, reunido con ustedes en este mismo salón, reafirmo dicha Alianza y comprometo todos los recursos de mi Gobierno al logro de nuestros objetivos comunes.

De mi propia experiencia personal sé que el futuro de este Hemisferio, las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina, deberán figurar entre los asuntos de mayor importancia de mi Gobierno.

He pasado mi vida con personas que con orgullo proclaman su origen latinoamericano. Entre las impresiones más tempranas y duraderas de mi vida recuerdo haber oído la lengua española y haber visto los ejemplos de sus ricas tradiciones culturales. Comencé mis años de servicio al Gobierno en los tiempos de Franklin D. Roosevelt. De él aprendí que nada es más importante para este país a cuya cabeza estoy ahora que sus relaciones con nuestros buenos vecinos del Sur.

En el mes de octubre de 1960, durante el curso de la campaña electoral, recordé a mis compatriotas de los Estados Unidos que “debemos apoyar, moral y financieramente, la lucha de nuestros amigos latinoamericanos contra la injusticia política, económica y social —no solo para mejorar su nivel de vida sino también para promover la democracia en todos los países—. Por consiguiente, para mí, como para el Presidente Kennedy, la Alianza para el Progreso contiene los principios básicos de la nueva sociedad que estamos construyendo. Estos principios fueron aprobados por todos nuestros países en la Carta de Punta del Este.

El primero de estos principios aprobados es el derecho de toda nación americana a gobernarse a sí

misma, libres de toda dirección o coacción de cualquier origen. Nadie de nosotros le puede decir a otro cómo organizar su sociedad o manejar sus asuntos.

El segundo de estos principios acordados es el derecho a la libertad humana —el derecho de toda persona a expresar libremente sus ideas, de adorar a Dios a su manera y de participar en la vida política de su nación—. La Historia y las circunstancias le han impuesto limitaciones a la democracia en algunas naciones. Pero nunca debemos olvidar que nuestra tarea no estará terminada hasta que todo americano viva con la dignidad de la libertad.

El tercero de estos principios aprobados es el derecho a la justicia social —el derecho de todo ciudadano a participar en el progreso de su nación—. Hemos hecho un llamado de tierra para los que no la tienen, de la educación para quienes se le ha negado y por un fin al privilegio injusto de los pocos que se mantienen a costa de las necesidades de los muchos.

El cuarto de estos principios aprobados es nuestra devoción al progreso económico. Con este fin, nos hemos abocado a un programa cooperativo en el cual las naciones de la América Latina han acordado dedicar sus recursos, contribuir sacrificios adicionales y esperar un duro trabajo. Y los Estados Unidos se han comprometido a este programa y cumplirá sus compromisos.

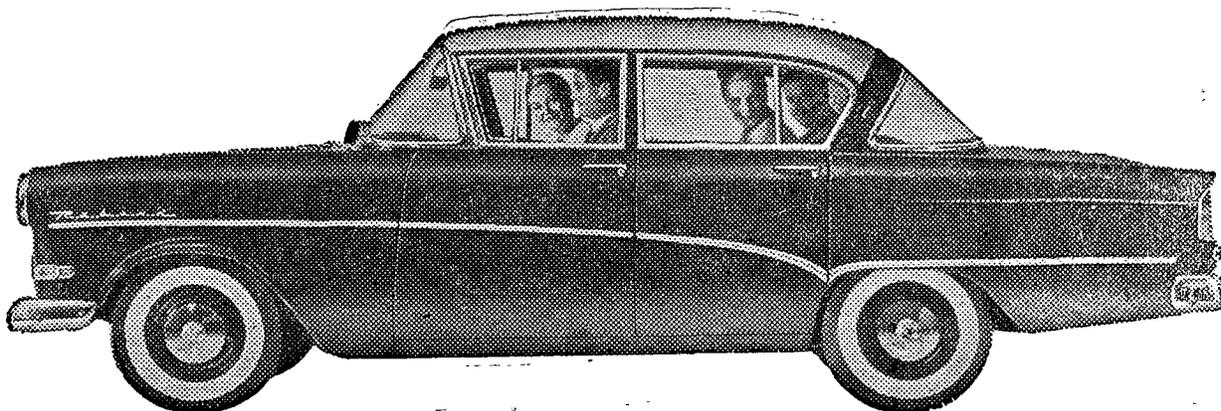
Nos hemos dedicado a estos principios.

Reafirmo la promesa formulada por el Presidente Kennedy la semana pasada de mejorar y fortalecer el papel de los Estados Unidos en la Alianza para el Progreso. Todos sabemos que han existido problemas en la Alianza para el Progreso. Pero los logros de los últimos tres años han comprobado la validez de estos principios. Los logros de los años venideros justificarán nuestra fé en la capacidad de los hombres libres de confrontar los nuevos retos de nuestro nuevo día.

Fué con el espíritu de los principios que hemos enunciado conjuntamente que el Presidente Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso en este salón. Inspirados por su recuerdo y con este mismo espíritu, seguiremos adelante con la tarea.

Que la Alianza sea un monumento vivo a su memoria.

¡Compruebe su briosa acción!



EL NUEVO

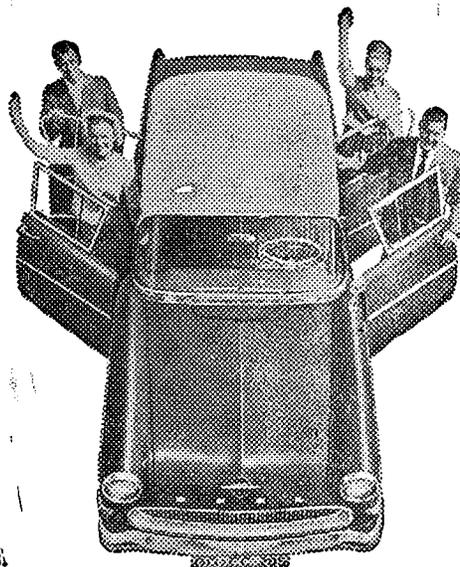
# OPEL REKORD

SEDAN DE 4 PUERTAS

¡He aquí un automóvil pequeño que se porta como grande, dotado de fuerza y aptitud para el máximo rendimiento en las situaciones más diversas! Ya sea en medio del tránsito o en las carreteras, el nuevo OPEL REKORD responde *instantáneamente* en todo momento por virtud de su motor de émbolos de carrera corta y transmisión sincronizada que garantiza máxima agilidad de maniobra y suavidad de marcha. La trocha más ancha y el bajo centro de gravedad del OPEL REKORD aseguran extraordinaria estabilidad y seguridad aún en las viradas más bruscas.

¡Amplia comodidad para 5 personas en un lujoso y estilizado interior! El OPEL REKORD maniobra ágilmente y requiere un mínimo de mantenimiento. De sólida y elegante *carrocería integral*, asegura años de marcha sin traqueteo. Entre las numerosas mejoras que el OPEL REKORD ofrece se destaca el amplio compartimiento para equipaje, el parabrisas panorámico, cierre de volante de dirección y la suspensión perfeccionada.

Vea hoy mismo el Nuevo OPEL REKORD Sedán de 4 puertas.



# OPEL REKORD

EL PEQUEÑO GRAN AUTOMÓVIL FABRICADO EN ALEMANIA POR GENERAL MOTORS

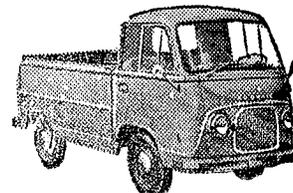
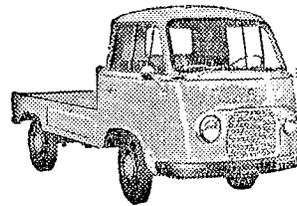
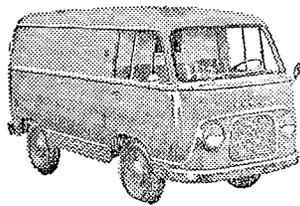
## CASA PELLAS

TELS. 6971 - 6972 - 6973 - 6974 - 6975

# TAUNUS TRANSIT

Una línea de vehículos de carga y pasajeros diseñados para satisfacer las necesidades de su negocio, cualquiera que sea. — Furgonetas de reparto, microbuses, pick-ups... con cualquiera de ellos Ud. obtiene más capacidad de carga, mayor potencia y más economía.

Con un vehículo TAUNUS TRANSIT, su negocio está asegurado pues nunca le fallará por falta de repuestos. Siempre tenemos existencia de todo. — Y para reparaciones? Nuestro Taller cuenta con herramientas de primera.



DISTRIBUIDOR

## JULIO MARTINEZ

Tel: 6841

Apt: 74

PARA ENTREGA INMEDIATA

## FOTOGRAFADOS PEREZ

CARMEN J. PEREZ SU CRS. CIA. LTDA.

Servicio de impresión litográfica. Especialidad en trabajos a colores para sus etiquetas, portadas de revistas, afiches y cualquier otro material de propaganda.

Teléfono 44-87

Frente al Gimnasio Nacional

Managua, D. N.

### Mejores Trajes

# Gómez

T. 30-50

## Managua, Nic.

Vístase elegante

bajo

la dirección de un técnico

graduado

en Habana, Cuba.

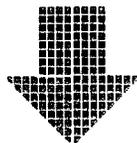
Nuestro lema:

«Ofrecer lo mejor»

Av. Bolívar

Tels. 3050 — 5588

**MUCHOS LO HAN LOGRADO,  
POR QUE NO USTED?**



**SUSCRIBA**

**HOY MISMO**

**Un Contrato de Ahorro  
y Préstamo con**

**LA Inmobiliaria.**

**y sea dueño de**

**SU CASA PROPIA**

# LIBROS DE CALIDAD

**LAS NACIONES UNIDAS**, sus primeros 15 años — por Clark Eichelberger — Editorial Novaro-México, S. A. € 2.00

“Esta obra quiere presentar el desarrollo de las Naciones Unidas con unas cuantas pinceladas trazadas con decisión sobre el fondo de las revoluciones humanas y científicas a que hemos tenido que enfrentarnos. Se estremece uno al pensar qué hubiera sido del mundo hoy si no hubiesen existido Naciones Unidas que, a lo largo de sus quince años de vida, se reunieron una y otra vez para hacerse cargo de las crisis.

Si no vamos a acabar con todo en una explosión nuclear, la revolución científica y humana proseguirá. Es inevitable, pues, que las Naciones Unidas crezcan a la par de aquella”.

“Las Naciones Unidas tienen quince años”, dice el autor en la Introducción a la primera edición de su libro en 1960, “en este lapso se han visto transformaciones científicas, económicas y políticas que lo señalan como uno de los grandes períodos revolucionarios de la historia. Las Naciones Unidas fueron factor decisivo para que el mundo pudiera sobrevivir a tales sucesos. Y, al hacerlo así, ellas mismas cambiaron profundamente. La interpretación de la Carta y su mecanismo propio son muy diferentes de lo que se pensaba en San Francisco en el momento de redactarla”. Léase este libro ameno e histórico.

De venta en **Librería Universal**.

---

**COMO EL KREMLIN SE APODERO DE CUBA** — por James Monahan y Kenneth O. Gilmore — Editorial Diana, S. A. € 14.00

“Así fue como realmente aconteció”, dijo un distinguido periodista cubano, actualmente en el destierro, después de leer el manuscrito de este libro interesante. “Y así sucederá en otras partes del hemisferio, a menos que todos los americanos abran los ojos a los engaños y a las realidades de la conspiración comunista”.

La soviétización de Cuba no se produjo de la noche a la mañana. Comenzó casi inmediatamente después de que Fidel Castro bajó triunfante de la Sierra Maestra en enero de 1959. Cobró ímpetu tras la llegada a la Habana del Viceprimer Ministro Soviético Mikoyán en febrero de 1960. Llegó a la fase decisiva en el verano de 1962.

De venta en: **Librería Selva, Librería Cultural Nicaragüense, Librería Recalde, Rincón del Libro y Librería en Marcha**.

---

**LAS RAICES DEL CAPITALISMO** — por John Chamberlain — Libreros Mexicanos Unidos. € 4.50

En esta obra el autor concede una atención considerable a dos factores disruptivos de trascendental importancia, y que frecuentemente son olvidados por los historiadores de la economía, a saber, las invenciones y el mejoramiento tecnológico. La sociedad libre o abierta, dentro de la cual ha florecido el capitalismo norteamericano se basa en una tradición que tiene sus raíces en la Carta Magna y la Declaración de la Independencia, se afirma con John Locke, James Madison y Adam Smith, y da sus esplendorosos frutos con James Watt, Eli Whitney y Henry Ford.

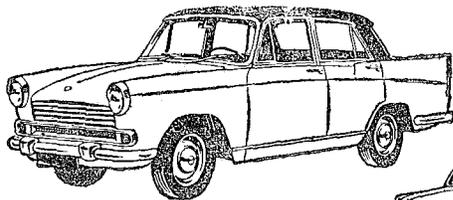
De venta en: **Librería Selva, Librería Cultural Nicaragüense, Librería Recalde, Rincón del Libro y Librería en Marcha**.

---

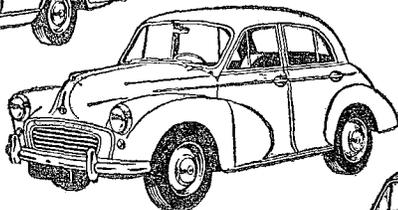
**200 PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE EL COMUNISMO** — por George W. Cronyn — Libreros Mexicanos Unidos, S. A. € 3.00

¿Qué es el Comunismo? ¿Cuál es la situación del individuo bajo el Comunismo? ¿Es cierto que los comunistas han alcanzado una sociedad sin clases? ¿Cómo se administra la justicia en un estado comunista? ¿Existe la religión en los países comunistas? ¿Cómo se cuida a los niños en los países comunistas? ¿Cuántos pueblos han caído bajo el régimen comunista, desde que comenzó la expansión soviética en 1949? ¿Cómo puede reconocerse a los comunistas cuando actúan ocultamente? A 200 preguntas como las anteriores, el autor responde con precisión contundente.

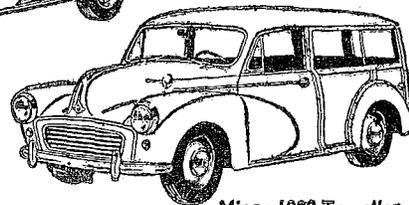
De venta en: **Librería Selva, Librería Cultural Nicaragüense, Librería Recalde, Rincón del Libro y Librería en Marcha**.



Oxford



Minor 1000



Minor 1000 Traveller

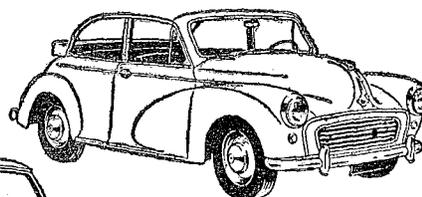
HAY

UN

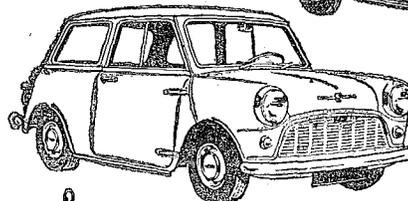
**MORRIS**

PARA CADA FAMILIA

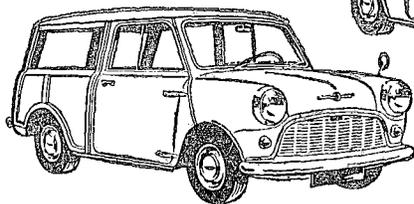
SEA ESTA PEQUEÑA O NUMEROSA



Minor 1000 Convertible



Morris 850

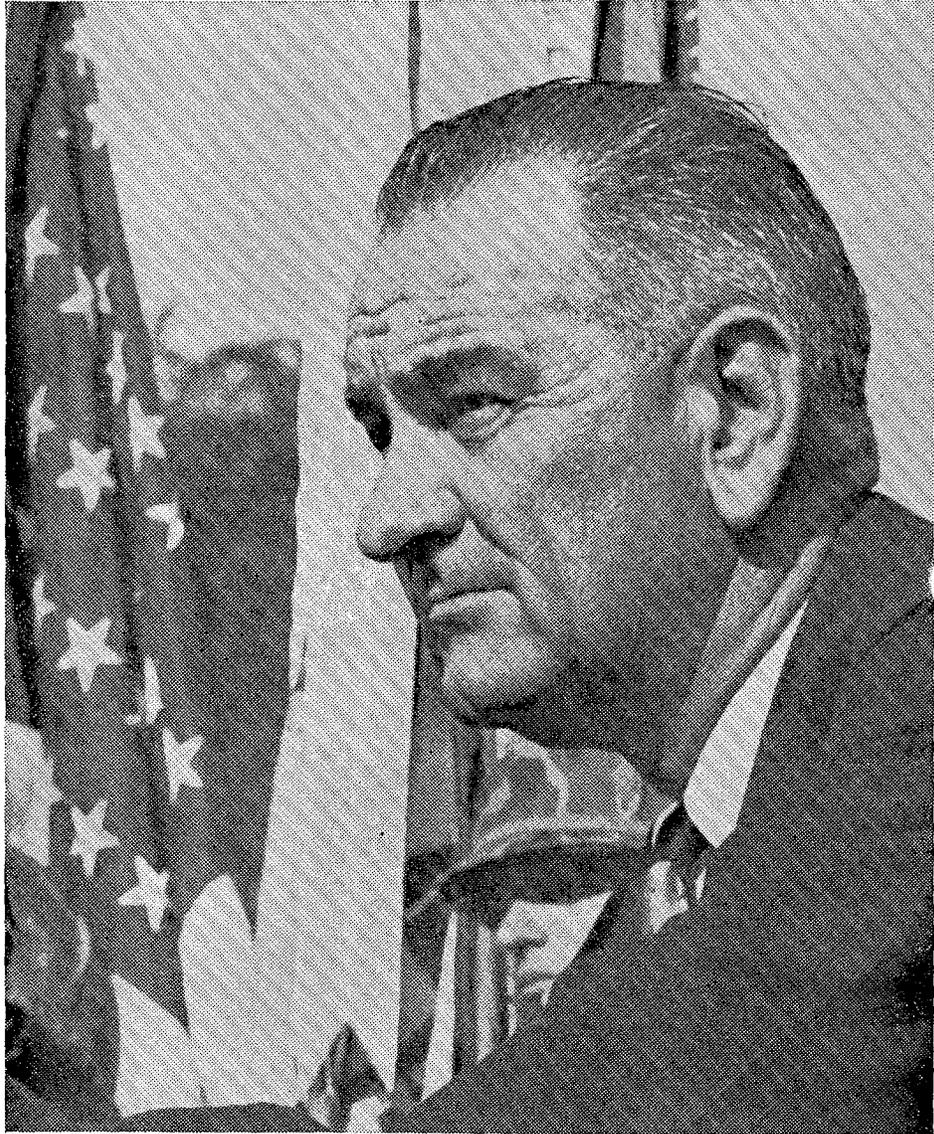


850 Traveller

**DISTRIBUIDORA DE VEHICULOS, S. A.**

AVE. CENTRAL, FRENTE AL BANCO DE AMERICA

**DISTRIBUIDORA DE AUTOS Y CAMIONES "MORRIS"**



**LYNDON B. JOHNSON**  
**Presidente de los Estados Unidos**